Brujería y contracultura Gay

Pensaré cartoneras

Nota editorial

Esta es la primera edición publicada en México por el colectivo Pensaré gracias al esfuerzo inicial de recuperación de lxs compis del proyecto gringo de *Feral Death Coven* y el esfuerzo de la traductora al castellano y lxs editores en el estado español. Precisamente aquí recuperamos la edición del año 2015 en el estado español con algunos cambios. Han desaparecido dos textos de la edición castellano (el de la traductora y el prólogo de Brigitte Vasallo) y se ha introducido un prólogo colectivo y encadenado entre cuerpos e historias que son más cercanas a un nosotrxs del Abya Yala. Es un proceso para aterrizar esta historia decolonial de lxs otrxs durante la Europa medieval en contextos nuestroamericanos. En el colectivo Pensaré venimos haciendo esto con la colección de textos antirracista, antipatriarcal, anticolonial "Hemos decidido dejar de ignorar este hecho". La idea es destramar estos hilos de poder y dominación, que fueron exportados a sangre hacia las américas. También queremos publicar y recuperar de manera autónoma estos conocimientos para los abajos que se mueven y acompañarlxs visibilizando la dominación a la que han sido sometidas lxs excluidxs, potenciado lo clandestino y lo vinculado al margen del violento poder homogenizador.

Colectivo editorial autónomo Pensaré
CDMX-Jobel-València 2017

El texto ha sido maquetado utilizando Libre Office y la tipografía libre *Linux Libertine.*

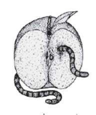
Traducción al castellano Valentina Ripani
Primera edición en ingles, 1978 Fag RAG Books
La edición del estado español está disponible en
http://segadores.alscarrers.org

Descarga en issuu.com/pensarecartoneras
si quieres imprimirlo escribenos!



pensarecartoneras@gmail.com
http://pensarecartoneras.wordpress.com

Esta reedición en Argentina es de



Cuadernos Lumpen

ÍNDICE

Invitación a leer. Prólogo colectivo a la edición mexicana/ 7

Juana de Arco: Travesti y hereje/ 21
¿Quiénes eran las hadas?/ 39
Homosexualidad y guerra de clases/ 65
Herejes: Mujeres, Jotos y Hermanos del Libre Espíritu/ 103
Las sagradas orgías de la brujería/ 121
La contracultura medieval/ 151
El asesinato masivo de mujeres, gays y lesbianas/ 167
Magia sexual en la antigüedad/ 183
Sexo entre los zombies/ 203
Magia y revolución/ 239

Apéndice: Calendario de acontecimientos/ 273
Bibliografía/ 297
Introducción a la primera edición de 1978/ 313
Introducción a la edición gringa de 2013/ 319

UNA INVITACIÓN A LEER

“Ser es una propuesta espiritual” eso dice Wanbli Ohitika con la voz de su pueblo Lacota. En esta frase sencilla, se esconde la lucha del cuerpo de un pueblo que resiste contra el cuerpo occidental cuya propuesta de destrucción es puramente materialista. Como los lacota, muchos pueblos en el mundo han levantado la voz para mostrar que su espíritu tiene voz, que sus religiosidades cuentan y que sus dioses no están muertos como lo supusieron los colonizadores: los cuerpos guardan la memoria de las formas de religación diversas, porque los libros no son los únicos que guardan creencias, a pesar de lo que afirman las religiones abrahámicas, la memoria se perpetua a través del cuerpo, de las emociones, de la lengua.

Ocurre en el cuerpo de uno que no sabe dónde acaba su cuerpo y qué tanto uno es una y no respuesta al mundo. I después uno lee y piensa, y se lee el propio cuerpo y aprende de su culo y del culo de los demás y las demás y ve que en verdad es que todo está conectado. Y entiende que algo hay entre la vergüenza de su culo y la resistencia de un pueblo originario, aunque esté cabrón descifrarlo. Y viviendo, uno aprende que separar las luchas es otra mentira de las identidades solitarias en las que estamos creciendo y muriendo, cada vez más solitas. Y nos dicen que es libertad y que estamos mejor porque podemos decidir más cosas y podemos construirnos a nosotros mismos y tener sexo y tener sexo y tener sexo, sin sentirnos culpables, y reinventar nuestra vida, como si en verdad nada nos atase a nada.

Lo que empezó con el sentir del cuerpo, con el miedo, con la vergüenza, pero con la entrega, con la generosidad, acaba en las imágenes de lo posible. La vida gay convertida en ficción, en una lucha vaciada en la que tu *ser maricón* se ha convertido en *ser gay*, y tu malestar interior ha dado paso a la lucha por una vida normal. Y es aquí donde este libro que presentamos nos golpea diciéndonos que, ¡ya no nos esforcemos, que no vamos a ser normales, que somos maricas! Para el Arthur Evans de 1978 el término gay es un término en el que reivindicarse en rebeldía. Al reconciliar las palabras BRUJERÍA y GAY se rescata un saber del cuerpo gay en el que sentirnos atravesadas por una lucha ancestral. Es aquí donde lxs mariconxs nos recuperamos como mujer y bruja y antisistema.

Es importante reconocer y recuperar estas rebeldías, hacer memorias de nuestras historias, urge reconocernos en medio de una situación especifica de violencia en nuestro país, pues de acuerdo a los reportes del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), en México se cometieron 28 mil 710 asesinatos violentos contra mujeres del año 2000 al 2015, es decir cinco diarios. Así mismo, México es el segundo país con el mayor índice de crímenes por homofobia en América Latina según la Relación de Crímenes por Homofobia realizada de 1995 a 2008 por la organización Letra S, esto sin contar las violaciones correctivas a lesbianas, las terapias de conversión y tantos otros crímenes atroces que se callan. Ante esta situación es de vital Importancia revisar los discursos y echar vistazos históricos a las doctrinas y valores de nuestras creencias, hemos de distinguir lo que es impuesto y lo que es construido de lo que es fundamental, hemos de crear nuevas formas de creer y

hemos de recuperar las antiguas. De esta manera nos replantearemos la relación entre religión y sexualidades, sus maneras de liberarnos o sus maneras de convertirse en dispositivo del control patriarcal, guardián de los colonialismos e industrialismos, la decencia de la familia burguesa, su auto reafirmación como clase dominante y fábrica de fieles –súbditos -obreros, estableciendo la culpa como control de las masas y dividiendo roles o tareas según la lecturas que otros nos imponen de nuestrxs cuerpxs, convirtiendo así a los sujetos en policías del sexo heterosexual -reproductivo.

Varixs y variadxs escribimos este prólogo a modo de introducción coral de *Brujería y contracultura gay* para su edición mexicana, y así nos hermanamos como vividorxs y como luchadorxs, desde muchas partes, y nos borramos como individuaos para ser desde la posibilidad que esta obra nos ofrece: una más del gran conjunto de cuerpas que se han resistido a la hidra desde que sólo era un pequeño monstruito con apenas dos o tres cabezas.

Para el occidental este libro ha de traer la cólera de la imagen de todos esos cuerpos que fueron masacrados durante miles de años para construir esta civilización en Europa, dejando en evidencia que de natural y de civilizada nada tiene esa *cultura suprema* que se alumbró sobre la sangre de su propio pueblo. Debe traer el orgullo de saber que toda esta muerte se construyó con la oposición tenaz de millones de personas que lucharon contra el imperio de la muerte. Hoy ya no son los maricas y bolleras europeos a quienes hay que masacrar, porque ya se les despojó de aquel otro mundo de la madre que amenazaba al sistema. De la

misma forma, se construyó al sodomita en la inventada América, para perseguirles como ocurrió con las mujeres sabias, las brujas a través de la Inquisición que encontró su respuesta en las vestidas de la Colonia que revive Giusseppe Campuzano.

Hoy, la hidra está bien grande y gorda y cientos de cabezas salen de su horrendo corazón. Se construyó la dominación como modelo, se encumbró al soldado y se esclavizó a la madre, de allí viene la *vida normal*. En el camino se ha impuesto la razón, lo estratégico y lo objetivo, contra el cuerpo, contra lo vivo y contra lo subjetivo. Gays, maricas, bolleras, lesbianas, indias... somos cuerpo, cuestionamos con el cuerpo, trabajamos con el cuerpo, podemos sentir el cuerpo. Solamente nuestro cuerpo acabará con el suyo, atrofiado por tantas cabezas.

Nos engañaron, nos dijeron que éramos todas las mas desdichadas, y así lo sentimos. Desde aquí quiero mandar todo mi respeto a los maricones avergonzados por su feminidad, a las bolleras cabreadas por su feminidad, todo mi respeto a las mujeres ninguneadas por su feminidad, pero me dan igual vuestras historias individuales, ya somo todas la misma historia, ya ninguna es el centro y a través del cuerpo común es como saldremos de esta. Nos toca revolver la historia, inventarla, darle la vuelta y rearmar el nuevo cuerpo resistente, aliándonos con quienes plantan batalla por la vida. Se trata de vernos contra *lo hombre* y *lo hetero*, no contra el hombre. Se trata de colocarnos contra *lo blanco y lo occidental*, no contra los blancos y los occidentales. En definitiva, de armar la resistencia orgullosa de todas las hijas de la vergüenza.

ARTHUR EVANS

La historia de las hijas de la vergüenza y sus prácticas religiosas y sexuales no se anudan con las narrativas establecidas denominada “his-story”. Narrativas que no concatenan con la historia de él, de ellos, su historia: la historia de los varones heterosexuales guerreros y conquistadores. Esa historia oficial narrada desde un posicionamiento particular, sesgado, pero que niega esa posición para ensancharla, camuflarla y reenviarla como si fuera el ojo de la verdad, el testigo verás del acontecimiento, el dueño de la totalidad de los puntos de vista.

“His-story”, su historia. Una que está planteada desde las prácticas de dominación fundadas en la guerra. Una historia que inicia con el fin de la Edad de Bronce, el inicio de la edad de Hierro. Una historia que se aleja del momento el que pervivieron, con esfuerzo, religiones de la Dea Madre, del Macho Cabrío que le acompaña; cultos ligados a una sexualidad que celebraba la vida y la existencia; cultos que vinculaban la sociedad con la fuerza de la vida, con las energías cósmicas, en una comprensión organicista de la existencia, no mecánica, ni bélica.

Se trataba de una manera de existir tutelada por la oquedad infinita, por una comprensión del mundo en que la figura de la grieta, la cavidad, la cueva, el abismo, la cavernosidad (todo esto como espacios figurales de la vagina) mantenían relación con un poder de otra manera, un poder vinculado a lo profundo, a la realización del deseo en el mundo, a la manera de erigir una existencia de cara a la perplejidad en la que nos sume la realidad que nos contiene y sobreabarca. Tiempo cuyo archivo se quedó en los sustratos más profundos de la tierra y la memoria. Huellas ocultadas con

clara intención de mantener la estructura de dominación nueva —impuesta desde la Edad de Hierro, edad de las armas, edad de los grandes ejércitos y edad de las sagas de conquista— la cual se alimenta de la sangre de los pueblos: dominación de imperios, ejecución de maneras masculinas de establecer el poder, espacios figurales del falo, falodistopias.

Nuevamente, excavando en la memoria, en el olvido, la rúbrica de esas cosas que perviven aún en la ausencia. Paradoja de una presencia que en su ausencia se evidencia y exige su revelación para mostrarnos saberes que fueron despachados en la hoguera, en la persecución continua, en el ostracismo y el desprestigio. No obstante, vivos en la memoria colectiva de aquellos que, por extraños, se muestran en su diferencia como aquello que ni siquiera va en contracorriente, sino que se aleja de la corriente. Los *queer*, los raros, estos que apelan a los viejos saberes y que impugnan la manera en que el cuerpo y el deseo han sido construidos; los queer, los raros que aún hacemos propicios los vínculos fundamentales con el númen, con las diosas, con la tierra; vínculos eróticos que se establecen de otra manera.

Memoria de ese momento que Arthur Evans nos lleva a reconocer como perseguido, acabado, superado, pero, de alguna manera, vivo en el subsuelo de viejas prácticas; sabiduría de las mujeres, de los chamanes, de las brujas, de las yerbateras, de los magos. O quizás, deseo que nos descubre cuerpos abiertos en las orgías, en los burdeles, en la fiesta, en la danza, en los amores diferentes que se mezclan sin atención de un género, sin atención de un poder o de una

normativa de la sexualidad casada con el Imperio. Maricas y bolleras, transexuales y locas, putos y maricones, descarriados de toda regla. Personajas y animalas a contrapelo que no supeditan su destino, trascendiendo todo lo que, desde una masculinidad hegemónica y conquistadora, se ha establecido. Sexualidad de la oquedad que desatiende la falodistopia de la sociedad guerrera, urbana e industrializada con la que se traicionó y ocultó la fuerza del bosque, del misterio y la caverna. Esta es la vocación de las rameras, las sacerdotisas, las hieródulas, las que hacemos del cuerpo el templo de un deseo que, en vez de conquistar, expresa, celebra, vive y brinda. Esta es la pervivencia de una erótica del don, de una brujería y una contracultura marica, gay.

¡Venimos a *aindiar* este libro! Hasta el *Word* asume esa palabra como una equivocación, como nosotros que en femenino venimos a conjurar a nuestras muertas, mujeres, colas (jotas), con sus sabidurías y sensibilidades otras... contra lo hombre, lo hetero, lo blanco, lo *gay* capitalista y lo occidental, no hacia sus sujetos como ya lo dijeron más arriba. ¡Venimos a aindiar el libro! No sólo a ser testigos de lo que alguien más viene a decir o escribir, porque el libro nos interpela porque sabemos que somos parte de la resistencia del proceso que buscó y busca extinguirnos, que busca acabar con nuestro espíritu y nuestra sabiduría al llamarla magia, por eso consideramos que este libro, ante usted, es un hechizo para atraer la historia de nuestras concavidades, un poderoso intento por limar y arrancar esas protuberancias invasivas que no tienen que ver tan solo con lo biológico, sino también con la violencia, con el ego, con lo "objetivo" y con esa historia escrita con mayúscula que ha intentado aplastarnos.

Por mucho tiempo se nos quiso hacer creer que, con la entrada de *lo gay* y su despliegue leguleyo (conseguible en una tienda de marca), estábamos listos y listas con nuestras luchas, con nuestra historia de brujas y mariconxs danzantes que terminamos como leña de *fagot* para la norma de aquello tiempos. Este escrito nos lleva a comprender lo abominable como categoría histórica incómoda para ciertos momentos, dándonos un monstruoso anclaje desde donde comprender las luchas por la emancipación de nuestras sexualidades, que son la emancipación de nuestras sociedades y que nunca estuvieron separadas como quisieron hacernos creer.

Y es que la monstruosidad de tomar las prendas que no te corresponden, habitarlas, darles otra vida, era y es marca de herejía. Estos escritos-pulsión del Arthur Evans de los años setenta vienen a mostrarnos cuán criminales, herejes, apóstatas, hechiceras, viciosas, sacrílegos y violadorxs de las "inmunidades de la santa iglesia" debemos seguir siendo. Necesitamos convocarnos como talismanes de fertilidad contra esta economía, sociedad y política del capital que se mete en nuestra cama y que nos quiere hacer sentir que estamos solas/solos. Necesitamos reencontrarnos en la ritualidad afectiva y/o sexual entre las y los que nos reconocemos como comunes en nuestras diferencias. Necesitamos encontrar nuevas formas de aprendizaje, que sea común, lejos de poderes institucionales (por lo menos muy críticos a estos) y desde el afecto poético de la oralidad. Este conjuro nos invita a promiscuar nuestros saberes, nuestras prácticas, nuestras ideas y afectos tomándonos de los y las quemadas de la historia de esa parte del mundo, que también promiscua con la nuestra. Para así ir, erráticas, herejes,

juanas tres cocos, marimachas y dragueadas recogiendo nuestra historia desde los escombros.

Desde aquí, junto con otres que han estado en todo tiempo y que, hoy, están en todo espacio, denunciamos la colonialidad espiritual, como lo han hecho nuestras ancestras sabias, nuestres sacerdotes travestidos (sólo desde la mirada patriarcal colonial), nuestras hermanas Gloria Anzaldúa y Sirin Adlbi, quienes nos ayudan a desatar el gran imperativo de lo que denominan religión, que ha buscado ocultar, sin éxito, a otras formas de ser, a otras formas de religar que se muestran en la danza, en la música, en el ritmo de un tiempo ajeno a la modernidad.

Las deidades cuevas-úteros se vuelven necesarias ante el embate militarista que vive nuestro contexto. Necesitamos de ese conjuro de madres, de seres multisexuales que como antes también tuvo una ligazón de clase, entre mujeres y esclavxs, entre las y los campesinos pobres y las diosas madres de los celtas, prima-hermana del dios cornudo. Tenemos que volver a descontrolar este orden vertical, patriarcal, heterosexual y macho, pero la fisura debe venir con ciña histórica, con el olor del humo que heredamos como nietas de las brujas que no pudieron quemar, con la pestaña chamuscada de las marikas que no ardieron del todo. Debemos arrebatarle a los estados nuestra capacidad de auto-convocarnos, de implementar las revoluciones venideras desde nuestros sexos y sus prótesis, nuestra supervivencia depende de aquello en estos momentos del capital sanguinario en el que nos encontramos inmersas. Esta es nuestra primera reivindicación, porque las sexualidades libres, los feminismos, los travestimos siempre fueron

una primera piedra de tope ante la irrupción de lo macho dominante. Invocamos a nuestras mujeres creando del sur "Ave María llena eres de rebeldía", a nuestras Grandes Madres, les invocamos:
Santa Hija de Perra, acuchilla por nosotrxs
Santa Pedro Lemebel, escupe con nosotrxs
Santa Marcella Althaus-Reid, indecentanos
Santa Juana de Arco, haznos cóncavas y travas

En nombre de nuestras madres, planta y aborta con nosotrxs
Mamen.

Este texto introductorio colectivo viene desde y con Àngel Gallego, Yecid Calderón, Cristian Aravena, Ga Ortuño y Miguel Ángel Aguilar
revueltas.

INVOCACIÓN DE LA FUERZA

Isis, el arcoiris de misterios de safiro
tú eres la llamada que oigo
el viento de mis huesos.
Oh, madre de la vida
unigénita de tu vientre de luz
nos elevamos ahora gracias a la muerte de lo masculino
que es la esclavización de Jehová
en la plenitud de la sangre de una dulce mujer
y rabia de hada-
en nuestros conmovidos senos.
Como las mareas de la tierra somos lo bastante fuertes
como para volver de nuevo.

Creo en la diosa
el movimiento por la vida.
Cornudos por nuestro rechazo del género,
brillando gracias a que carecemos de poder
y mamando de nuestra lucha.
Por la rosa de mis chakras
interpelo al andrógino.
Contigo nuestro amor es revuelta
contigo cada uno de nosotrxs somos
átomos de sentido.

Diana
mi amante de amazonas
mi triunfo de brujas bolleras

aliméntanos con el nectar lunar
entre poemas y lágrimas
entre silencio y celebraciones,
y guíanos para destruir
la maquinaria que nos aliena.
Entonces deja que nuestros captores se parasiten
sobre sí mismos.

Oh Kali
la fuente, la destructora,
el retorno: en la dignidad del dolor
tu rostro está tras nuestros rostros.
Somos lo bastante fuertes
como para volver de nuevo

Moonrose Shaundel Angeles

BRUJERÍA
Y
CONTRACULTURA GAY

UNA VISIÓN RADICAL
DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL
Y DE ALGUNAS DE LAS PERSONAS
QUE HAN TRATADO DE DESTRUIRLA

pensaré

JUANA DE ARCO: TRAVESTI Y HERÉTICA

El 30 de mayo de 1431, en la ciudad de Rouen, Francia, una campesina llamada Juana de Arco, de diecinueve años, fue quemada viva en la hoguera como hereje recidiva. La razón inmediata de su muerte fue que se la encontró llevando ropas de hombre en su celda de prisión. Puede que este dato de la ejecución de Juana sorprenda a quienes la consideran como una santa tradicional del cristianismo, pero los registros de la época muestran que difícilmente se la puede tildar de "tradicional".

A partir de 1425, desde que empezó su campaña contra los invasores ingleses de Francia, Juana de Arco fue una obstinada trasvestida. El 23 de mayo de 1430, fue capturada por una facción traidora francesa. La vendieron a los ingleses, que la acusaron de herejía y la pusieron en manos de la Inquisición. En el juicio, los jueces de Juana se horrorizaron de su travestismo. Artículo veinte de la lectura de su acusación:

> *Juana, rechazando y abandonando las ropas de mujer, su cabello cortado como un vanidoso joven, tomó camisola, calzón corto, jubón... botas ceñidas o borceguines, largas espuelas, espada, daga, peto, lanza y otras armas a la moda de un hombre de guerra* (T. Douglas Murray, 345-346).

Antes de que la llevaran ante la corte, Juana se negó a prometer llevar ropas de mujer, aunque su rechazo significara que no podría comulgar. Es más, insistió en que su travestismo era un deber *religioso*, diciendo que: "Por nada del mundo juraré no armarme a mí misma y no ponerme el

vestido de un hombre; debo obedecer las órdenes de Nuestro Señor" (T. Douglas Murray, 87).

Para los jueces, era lo bastante malo ya que Juana hubiera estado llevando ropas de hombre. ¡Pero decir que era un deber religioso era una herejía! Lo que sigue fue una de las acusaciones principales que se lanzaron contra ella:

> *Juana le atribuye a Dios, a Sus Ángeles y a Sus Santos órdenes que van contra la modestia del sexo, y que están prohibidas por la Ley Divina, cosas abominables para Dios y el hombre, prohibidas y amenazadas por el dolor del anatema por parte de la censura eclesiástica, tales como vestirse con los ornamentos cortos, ceñidos y disolutos de un hombre y tanto como ropa interior como encima de las vestes... Atribuir todo esto a una orden de Dios, a una orden que le ha sido transmitida por los Ángeles e incluso por Santos Vírgenes, es blasfemar a Dios y a Sus Santos, destruir la Ley Divina y violar las Reglas Canónicas* (T. Douglas Murray, 346).

Los ingleses dirigieron su atención al travestismo de Juana y urgieron a la Iglesia a condenarla por esa razón. El Rey de Inglaterra, Henry VI, incluso se implicó en este punto. En una carta que escribió sobre Juana, dijo: "Es suficientemente notorio y bien conocido que desde hace algun tiempo una mujer que se denomina a sí misma como Juana la Pucelle [la Doncella], dejando el vestido y la ropa propias del sexo femenino, algo contrario a la ley divina y abominable ante Dios y prohibido por todas las leyes, llevó ropas y armadura como las que llevan los hombres" (W. S. Scott, 52). La facción traidora francesa que capturó a Juana la llamaba *homasse*, que era una peyorativa palabra en francés antiguo que significa "mujer masculina" (Lightbody, 60).

No sólo Juana llevaba ropa de hombre como un deber religioso, sino que a los ojos de los jueces hizo algo más e igual de malo que lo anterior: actuó como un hombre. Al contrario de lo que dictaba la visión cristiana de la feminidad, ella era firme, segura de sí misma, con una fuerte voluntad, y además fue despectiva con sus captores. En el artículo sesenta y tres del edicto original, el juez la condena por "permitirse a sí misma un tono de burla y de escarnio como ninguna mujer en estado de gracia se permitiría" (T. Douglas Murray, 363). Los jueces estaban horrorizados de que Juana hubiera rechazado el papel tradicional de la mujer: "Desdeña también ocuparse del trabajo femenino, conduciéndose a sí misma en todas las cosas más bien como un hombre y no como una mujer" (Murray, 348). El hecho de que Juana hubiera conducido a las tropas masculinas a la batalla e incluso les hubiera dado órdenes les parecía a los jueces otro signo de herejía: "En desacato de las órdenes de Dios y de los Santos, Juana, con presunción y orgullo, ha ido tan lejos como para tomar el mando sobre hombres" (T. Douglas Murray, 359).

Los jueces estaban interesados en la relación de Juana con otras mujeres. En el verano de 1424, Juana dejó a sus padres contra su voluntad y se fue a vivir con otra mujer, La Rousse ("La Roja"), que vivía en Neufchateau. La Rousse, como se supo, trabajaba en una posada; cosa interesante dado que en la Edad Media las posadas a menudo eran burdeles. En el artículo ocho, los jueces acusaban a Juana de salir con prostitutas: "Hacia la edad de veinte años, Juana, por deseo propio, y sin el permiso de su padre y madre, fue a Neufchateau, en Lorraine, y sirvió durante algun tiempo en la casa de una mujer, una posadera llamada La Rousse,

donde vivían mujeres de mala vida, y donde los soldados acostumbraban a alojarse en gran número. Durante su estancia en la posada, Juana a veces estuvo con estas malas mujeres" (T. Douglas Murray, 344).

Los jueces también interrogaron a Juana sobre su relación con otra mujer, Catherine de la Rochelle. Juana admitió ante los jueces haber dormido en la misma cama con Catherine en dos noches sucesivas, pero que la razón para hacerlo era religiosa. Juana afirmó que Catherine le contó que a menudo había tenido por la noche visiones de una "dama", y Juana dijo que ella quería ver también a esa dama. Fuera cual fuera la razón, Juana admitió haber dormido en dos ocasiones con Catherine (W. S. Scott, 97).

Los jueces estaban interesados en la vida sexual de Juana, y la hicieron examinar por un grupo de mujeres para determinar si era virgen. Constataron que lo era.

El comportamiento de Juana durante su proceso difícilmente es el propio de una santa cristiana. Cuando se le exigió que jurara sobre los Evangelios decir la verdad, se negó repetidamente. Lo que solía suceder, después de mucho forcejear durante cada sesión, es que acababa jurando sobre el misal (que es la liturgia). Además, Juana se negó categóricamente a recitar tanto el padrenuestro como el credo, a pesar de que se le pidió en numerosas ocasiones. Sus jueces consideraron que ese rechazo resultaba significativo.

El misterio de Juana se va haciendo más profundo a medida que vamos contemplando otros aspectos de su vida. Antes de su captura, siempre que había aparecido en público había

sido honorada como una deidad por los campesinos, una práctica que ella nunca desalentó. Los campesinos creían que tenía el poder de curar, y muchos se arremolinaban a su alrededor para tocar parte de su cuerpo o de su ropa (que eran ropas de hombre). Posteriormente, su armadura se guardó y se mostró en la Iglesia de Saint Denis, donde fue venerada.

El área de Lorena, donde Juana creció, era famosa por el persistente paganismo de sus gentes. En el siglo anterior al proceso de Juana, el Sinodo de Treves había condenado a los campesinos de Lorena por creer en “todo tipo de magia, hechicería, brujería, augurios, escritos supersticiosos... las ilusiones de mujeres que se jactan de montar a caballo por la noche con Diana o Herodias y una multitud de otras mujeres” (M. Murray, *God of the Witches*, 177).



Juan de Arco, la doncella

Los campesinos que vivían en el mismo vecindario que Juana conservaban recuerdos de profecías provenientes de la antigua religión celta que había existido allí antes de la

introducción del cristianismo. Una de esas antiguas profecías concernía a un área boscosa denominada Bois Chesnu que estaba cerca de la casa de Juana. La profecía, que era bien conocida y que se atribuía a Merlín el Encantador, decía que de Bois Chesnu saldría una doncella que llevaría a cabo muchas maravillas y que uniría al pueblo francés (W. S. Scott, 76, nota).

En ciertas partes de Europa donde las creencias celtas sobrevivieron, la palabra “Doncella” o “Vírgen” era un título religioso, y significaba un tipo de ser divino que tenía el poder de curar a las personas (Hope, 35). La palabra del francés antiguo para este título era *La Pucelle*, que los cristianos franceses a veces aplicaban a la Vírgen María. Cuando se le preguntaba a Juana a qué título respondía, solía decir que ella era “Juana la Doncella, Hija de Dios”.

Los jueces de Juana creían que no la criaron como cristiana, sino como pagana. “En su infancia, no fue instruida en las creencias y principios de nuestra Fe, sino que fue iniciada por ciertas mujeres ancianas en la ciencia de la brujería, la adivinación, las prácticas supersticiosas y los actos mágicos. A muchos habitantes de estas aldeas se les ha conocido siempre por el uso de este tipo de brujería” (T. Douglas Murray, 343).

Los jueces dedicaron mucho tiempo a interrogar a Juana sobre sus supuestas relaciones con unos seres a quienes se les llamaba comúnmente “hadas”, un hecho que ha desconcertado a muchos comentaristas contemporáneos. Cerca del hogar de Juana había una enorme haya (en latín: árbol *fagus*). El rumor decía que las hadas a veces venían y

danzaban alrededor de ese árbol por la noche. En la época de Juana, el árbol era considerado sagrado para Nuestra Señora de Dommremy, pero persistió la sospecha de que había sido, en tiempos, un lugar sagrado para la antigua religión pagana. Cerca de este árbol había un manantial al que los campesinos iban a menudo para curarse de enfermedades.

Juana negó haber visto nunca hadas en el árbol, pero admitió haber participado en celebraciones alrededor de él cuando era una niña. La admisión de este punto, que los jueces consideraron incriminatorio, fue como sigue:

> *lejos de Domremy hay un árbol que ellos llaman "El árbol de las Señoras", otros le llaman "El Árbol de las Hadas"... es un árbol hermoso, un haya [fagus], del que proviene el "beau mai" [el mayo]... A veces estuve allí jugando con las chicas, para confeccionar guirnaldas para Nuestra Señora de Domremy. A menudo escuché a las viejas pueblerinas -que no son de mi linaje- decir que las hadas velan este árbol... En mi caso, nunca las vi ni supe de ellas... He visto a las chicas poner guirnaldas en las ramas de este árbol, y yo misma a veces las puse donde mis compañeras; a veces quitábamos esas guirnaldas, a veces las dejábamos. Desde que supe que era necesario que yo viniera a Francia, me aparté todo lo posible de estos juegos y distracciones.* (T. Murray, 20-21).

El 2 de abril de 1431, todos los cargos de brujería contra Juana quedaron en nada (véase la entrada bajo el epígrafe de "Juana de Arco", en Robbins). La corte aparentemente sintió que no podía demostrarse (salvo con una confesión forzada mediante la tortura) la existencia de prácticas de conjura de demonios. Además, la Inquisición aún no había sido autorizada para abordar la brujería en sí misma. Esto no sucedería

hasta 1451 (Robbins, 272). La corte tenía suficientes evidencias para condenarla de todos modos, teniendo en cuenta que afirmaba que su travestismo era un deber religioso y creía que sus personales visiones eran más importantes que la autoridad institucional de la Iglesia.

Juana fue sometida a un interminable abuso psicológico y se la amenazó con quemarla viva. El 24 de abril de 1431, ya no pudo soportar más la presión y se retractó. Prometió someterse a la autoridad institucional de la Iglesia y dijo que dejaría de llevar ropas de hombre. La corte mostró su piedad, tal y como la entienden los cristianos: fue sentenciada a pasar toda su vida encarcelada, alimentada tan sólo con pan y agua.

El 30 de mayo, Juana retomó las ropas de hombre. No queda claro en los registros si lo hizo deliberadamente o fue engañada por los guardias para que lo hiciera. En cualquier caso, como observa Margaret Murray: "lo extraordinario sigue siendo que el mero hecho de retomar las prendas masculinas fuera la señal para su muerte, sin más dilación. Llevó las ropas [masculinas] en domingo, el martes se le comunicó la sentencia, y el miércoles fue quemada como "idólatra, apóstata, hereje y recidiva" (M. Murray, *The Witch-Cult in Western Europe*, 274). Este hecho es extraordinario porque las leyes que regulaban la vestimenta nunca habían considerado el travestismo un delito capital. Aparentemente, y en opinión de sus jueces, que Juana retomara la ropa masculina debía ser una señal de reincidencia en la "herejía".

Una clave de la importancia del travestismo de Juana nos la brinda un decreto de la Universidad de París. El 14 de mayo

de 1431, la facultad condenó a Juana y urgió a que se la quemara como hereje (los académicos medievales, como sus homólogos modernos, eran en su mayoría portavoces de los valores de la clase dirigente). La *razón* de la condena del *cross-dressing*[1] de Juana por parte de la facultad es bastante llamativa. Dijeron que llevando esa ropa estaba "siguiendo la costumbre de los gentiles y los paganos" (W. S. Scott, 156). Deberíamos detenernos en esta afirmación y plantearnos: "¿*Qué* costumbre? ¿*Cuáles* paganos?". ¿Exactamente a qué se están refiriendo estos académicos? Antes de responder a estas preguntas, de todos modos, debemos examinar primero otro aspecto.

Durante su carrera militar, el amigo más cercano de Juana, su escolta personal y más devoto seguidor, fue un hombre llamado Gilles de Rais (1404-1440). Durante toda su vida, Gilles de Rais fue ampliamente conocido por su homosexualidad.

En 1440, el Obispo de Nantes cargó públicamente contra Gilles de Rais por violar las inmunidades de cierto sacerdote, conjurar a los demonios y sodomía. Ante la insistencia del obispo, se inició y concurrió un proceso civil en el que Gilles fue acusado de acosar y asesinar a niños de forma masiva, en su mayoría chicos jóvenes. En el lenguaje del edicto inquisitorial, de Gilles se dijo que era "hereje, apóstata, conjurador de demonios (...) acusado de crímenes y vicios contra natura, de sodomía, sacrilegio, y violación de

[1] El autor alterna el término de "trasvestismo" con el de *cross-dressing*, que se ha difundido tal cual en castellano y carece del peso patologizador y en cierto modo despectivo del primero [N. de la Trad.].

las inmunidades de la Santa Iglesia” (véase bajo el epígrafe de “Gilles de Rais”, en Robbins).



Primero Gilles lo negó todo y se dirigió a sus jueces de forma despectiva. Entonces él y algunos de sus amigos y sirvientes más fieles fueron torturados empleando métodos cercanos a los que emplea la CIA actualmente. Gilles confesó todo lo que sus jueces querían oír. El 26 de octubre de 1440, nueve años después de la quema de Juana de Arco, Gilles de Rais fue estrangulado ante la multitud.

Los historiadores se hallan divididos sobre lo que realmente sucedió en el proceso de Gilles. Uno de los problemas tiene que ver con la relación con su familia, que estaba molesta por el modo en que malgastaba su dinero. Gilles era uno de los nobles más ricos de Europa, pero se dedicaba a hacer

desaparecer el dinero atendiendo a cualquier capricho que llamara su atención. Gastó mucho, de modo que empezó a vender las propiedades familiares para sufragar sus deudas. Estas ventas de la herencia familiar fueron ya demasiado para sus parientes. En 1436, le pidieron al rey de Francia que decretara la prohibición de vender más tierras de la familia. En septiembre de 1440, un sacerdote trató de tomar posesión de una de las propiedades que Gilles tenía fuera de la jurisdicción del rey y que había vendido por una deuda. Gilles golpeó al sacerdote y lo detuvieron. El sacerdote entonces colaboró con los familiares de Gilles y con el obispo de Nantes, que dió un paso al frente y emitió los citados cargos.

Pero hay otros factores a parte de los económicos. En general, los cargos difamatorios de infanticidio o de acoso contra los niños habían sido empleados en el pasado por las religiones patriarcales contra aquellas personas que practicaban un culto disidente. Por ejemplo, dichos cargos se esgrimieron contra los cristianos en la Roma antigua, contra los judíos en la Europa cristiana, y contra los misioneros jesuitas en China. Es extraordinario que este mismo tipo de difamación se emplee hoy aún de forma muy amplia contra lesbianas y gays. ("No podemos dejar que ejerzan como profesores porque convertirán a nuestros niños", "Practican extraños ritos entre ellos"; etc.).

Sabemos que Gilles practicaba la magia antes de que le detuvieran. En la época de su detención y después de la misma, sucedieron cosas bastante extrañas. El día que debía morir se produjo una gran manifestación en su apoyo (James, 154). ¡Difícilmente el tipo de reacción que suele generar alguien a

quien se considera un pederasta! Después de ser ejecutado, se erigió una fuente en el lugar de su muerte. Durante muchos años más tarde, las madres que daban el pecho solían visitar la fuente y rezar allí para que el flujo de la leche fuera mayor. Cada año, en el aniversario de su muerte, los padres de Nantes flagelaban ritualmente a sus niños en memoria de aquel (Murray, *God of Witches*, 195).

De modo que vemos que en el caso de Juana y Gilles contamos con un conjunto bastante extraño de circunstancias. Por un lado, tenemos una mujer campesina que practicaba el travestismo como un deber religioso; que era masculina tanto en su apariencia como en su comportamiento; que admitió haber dormido en la misma cama con otra mujer; que fue venerada en vida y que provenía de un área en la que las tradiciones paganas eran aún fuertes. Por otro lado, uno de sus mejores amigos fue un hombre que llegaría a ser famoso como homosexual y hechicero. Su cadalso sería considerado, popularmente, como un talismán de la fertilidad.

Para la mayoría de historiadores heterosexuales, estas extrañas circunstancias no tienen mucho significado. Suelen descartar la posibilidad de considerar el proceso contra Juana como un falso montaje político y consideran a Gilles como un “vicioso pervertido sexual” (Russell, 263). Al margen de este planteamiento heterosexual tan superficial, vamos a tratar de reseguir otras claves históricas.

En primer lugar, el énfasis que se le dio al travestismo en el juicio contra Juana es importante porque este jugaba un papel destacado en la religión presente en Europa antes de

la cristiandad. La historiadora Pennethorne Hughes lo plantea de este modo: “El llevar ropas apropiadas al sexo opuesto fue siempre uno de los ritos de la brujería, como lo fue y lo sigue siendo para los pueblos primitivos [sic], durante sus fiestas de fertilidad, a lo largo de la historia del mundo” (Hugues, 108).

Los vínculos entre la brujería y el travestismo aparecen regularmente en la historia de la Europa cristiana. En el siglo VI, el autor cristiano Cesario de Arlés denunció las prácticas paganas del travestismo ritual y la costumbre de llevar vestidos de animales. Los sínodos de los siglos VI y VII condenaron repetidamente el travestismo durante la celebración del año nuevo, cuando los hombres se vestían como mujeres; “una mascarada que probablemente se origina en un rito de fertilidad de algún tipo” (Russell, 58). En el siglo IX, un manual cristiano prescribía una pena para los hombres que practicaban el travestismo ritual (Russell, 74). Un inquisidor del siglo XIII, en el sur de Francia, denunció la adoración femenina de la diosa Diana junto a hombres travestidos (Russell, 156-157).

El travestismo ritual vinculado a las antiguas festividades continuó en Europa en tiempos modernos. “Los deportes del primero de mayo perpetuaban las prácticas, incluyendo incluso el travestismo, y (...) en Gales existía, en el siglo XIX, una danza campesina y una procesión con guirnaldas, guiada por un bailarín [la figura de un Dios cornudo] denominado “Cadi” (Hugues, 125). De forma similar, en la Inglaterra del siglo XX dichas celebraciones, tales como la *Dance of Helston Furry*, las *Morris Dances*, y el *Peace Egg Mumming Play* prosiguen con la tradición (Hugues, 211-

212). En la celebración *Hogmanay*, en Escocia, "los chicos llevaban falda y tocado, y las chicas sombreros y gabanes de hombre" (Hugues, 212). La *Feast of Fools*, una reminiscencia de la antigua religión pagana, ha persistido en tiempos modernos, con clérigos que "llevan máscaras y monstruosos rostros durante las horas del oficio. Bailan en el coro vestidos de mujer, de hombres de mala fama o de juglares. Cantan juguetonas canciones" (Hugues, 111). Hoy en día muchos gays y lesbianas de toda Europa y América consideran la fiesta de Halloween como una festividad gay y lésbica, que incluye celebraciones que integran el travestismo. Originariamente, Halloween era una de las grandes festividades de la religión antigua: la *Night of All Souls* [la Noche de todas las Almas].

A parte del travestismo, una segunda clave para comprender la historia de Juana es su vinculación con las "hadas". Pennethorne Hugues observa que "aquellas personas que hasta fines de la Edad Media se las llamaba 'hadas', de una forma u otra y a menudo eran las mismas a las que, en el siglo XVII, se pasó a denominar como 'brujas'" (Hugues, 76). Todo el mundo sabe que la palabra *fairy* ["hada" en inglés] es una manera despectiva de referise a los hombres gays [en el mundo anglosajón]. Muchos de los epítetos anti-gays mantienen vínculos históricos con la herejía y la brujería.

La palabra *bugger* [joto] proviene de un grupo de herejes cristianos de los siglos XII y XIII. Hugues observa que:

> *(...) este nombre en particular se llegó a asociar con las prácticas homosexuales que se decía que los herejes fomentaban... Aunque fueran conocidos como Bulgari, Bugari, Bulgri o Bourgres, una palabra que, tal y como se plantea, con suma delicadeza: asociada a un infame*

> *significado en el inglés, el francés y el italiano vernacular"* (Hugues, 66).

Durante una época a los hombres gays, en Gran Bretaña, se les llamaba *punks*. Hasta hace poco, en Yorkshire se celebraba anualmente un festival denominado *Punky Night* o *Spunky Night*, y a algunos de sus participantes se les llamaba *punks* (Hugues, 211).

La historia de la palabra *faggot* [joto] revela la íntima conexión que existe entre los hombres gays, la herejía y la brujería. Tanto a las brujas como a los herejes se les solía quemar vivos sobre fajos de palos de madera denominados *faggots*. En el lenguaje coloquial de la época emergieron expresiones como *fire and faggot* o *to try a faggot*,[2] que sugieren que a las propias víctimas se las llamaba *faggots*. *Faggot* incluso se convirtió en "la figura bordada de un haz de leña, que los herejes que se habían retractado eran obligados a llevar en la manga, como emblema de lo que se habrían merecido" (*Oxford English Dictionary*). La palabra *faggot* proviene del latín *fagus*, que significa *haya*. *Fagus*, a su vez, deriva del griego *phagos* o *phegos*, que significaba, originariamente, cualquier árbol que diera frutos o frutos secos que fueran comestibles (en griego, *phagein* significa "comer"). En griego clásico, *phagos* se refiere especialmente a los robles. La quema de brujas, brujos y herejes sobre haces de leña pueden haberse originado a partir de un vínculo religioso con los árboles (especialmente el haya y el roble), que eran sagrados en la Europa pre-cristiana. El antiguo árbol de las hadas cerca de Domremy donde Juana escuchó por primera vez sus voces era un *fagus*.

[2] Ambas expresiones que indicaban "ser quemado vivo" o, figurativamente, esta forma de castigo en particular [N. de la Trad.].

Margaret Murray ofrece una interesante interpretación de estas claves. En 1921, Murray, profesora de Egiptología en el University College de Londres, incomodó a los historiadores convencionales con la publicación de su obra *The Witch-Cult in Western Europe*. Murray planteó el tema como antropóloga: recogió transcripciones de juicios de brujería (la mayoría de Gran Bretaña, donde la tortura era rara), avanzando a través de la evidencia de la existencia de temas comunes, y comparó los resultados con el conocimiento mitológico y arqueológico de los albores de la Europa occidental existentes. Murray afirmó que la "brujería" fue una persistente religión y que varios cultos paganos siguieron existiendo de forma clandestina hasta época reciente. Al examinar las evidencias en torno a Juana de Arco y Gilles de Rais, ella concluyó que ambos eran miembros de dicho culto, una suposición que clarifica muchos de los extraños incidentes que les rodean.

Además de la visión de Murray, hemos visto que Juana de Arco y Gilles de Rais probablemente eran gays. Desde luego, nuestra evidencia, como la mayoría de las evidencias históricas que conciernen a la sexualidad, es circunstancial. Pero Juana, sin duda, no fue una cristiana ortodoxa: se negó a recitar el padrenuestro; contemplaba el travestismo como un deber religioso; rechazó la autoridad de la Iglesia; aceptó que la deificaran en vida; admitió haber dormido en la misma cama con otra joven y reafirmó audazmente su condición de mujer. De forma similar, Gilles de Rais fue bien conocido por su hechicería y por las sospechas de sodomía que recayeron sobre él.

Los más "respetables" historiadores (que suelen ser hombres heterosexuales) han rechazado las aportaciones de Margaret Murray. Pero estos historiadores no ofrecen ningún contexto para poder comprender a Juana, a Gilles o la historia gay.[3] Sus escritos conciernen, principalmente, a las clases dirigentes, que se identifican como heterosexuales e ignoran al pueblo. En su lugar, necesitamos de un contexto orientado hacia el pueblo para reconstruir la historia gay, especialmente en relación a la herejía y la brujería. En las páginas que siguen, crearemos dicho contexto mediante la exploración de ciertos temas que giran en torno a la sexualidad y la religión desde la época pre-histórica, a lo largo de la Edad Media hasta llegar a la modernidad. De este modo, Juana de Arco, Gilles de Rais y otros episodios de nuestra historia oculta dejarán de ser misterios inexplicables.

[3] Aquí, como en otras partes del presente libro, y como era costumbre en los inicios del movimiento de liberación gay en Estados Unidos y también en Europa, el autor emplea el concepto de "historia gay" para referirse tanto a la historia gay como lésbica [N. de la Trad.].



¿QUIÉNES ERAN LAS HADAS?

Los seres humanos son animales. En épocas tempranas, la vida sexual de los humanos se parecía a la de otros animales. Hoy en día las personas están alienadas tanto en su sexualidad como en su naturaleza animal, pero al principio no era así.

Los animales no viven en pulcras y reducidas familias nucleares, como los medios de comunicación suelen afirmar. Por el contrario, el instinto de apareamiento está separado del impulso sexual, y el vínculo heterosexual es débil y limitado (Briffault, I: 212). Para las especies animales más "elevadas", como los mamíferos, el coito heterosexual normalmente sucede cuando la hembra está en celo; cuando no es el caso, los dos sexos suelen vivir separadamente: las hembras y las crías en un grupo, y los machos en otro. Algunos mamíferos viven incluso en *manadas* separadas de machos y hembras, como los renos, alces, antílopes, búfalos, murciélagos, elefantes, ballenas, morsas, wapitis, jabalís y ardillas, así como ciertos monos, orangutanes y gorilas (Briffault, I: 122-23). Normalmente las hembras crian y protegen solas a su progenie. Cuando en la cría participan ambos sexos, como entre muchas especies de pájaros, la pareja suele perdurar tan sólo durante una estación. Los emparejamientos que se mantienen durante más tiempo son raros (Briffault: I: 171). La monogamia y la familia nuclear son cosas prácticamente desconocidas en la naturaleza.

El vínculo más fuerte que existe entre los mamíferos es el que se da entre la madre y la cría, no entre madre y padre. La necesidad del compañerismo de un adulto normalmente

se satisface con miembros del mismo sexo, no del sexo opuesto. Tanto el comportamiento homosexual de la hembra como del macho es común en el mundo animal, especialmente entre las especies "superiores" de mamíferos (Ford y Beach, 138ff). Excepto cuando la hembra está en celo, las distinciones físicas entre los sexos están desenfatizadas. Los animales de un sexo a menudo adoptan la apariencia y los manierismos del otro sexo, y "el desarrollo en el macho de instintos y modificaciones físicas que tienen origen en la hembra están muy generalizados en el reino animal" (Briffault, I: 137).

Entre humanos, las tempranas formas sociales se asemejan a estas prácticas de los animales, como se puede observar en las sociedades de la Edad de Piedra y de Hierro que han sobrevivido. Allí, los hombres y las mujeres se asocian a menudo socialmente con miembros de su mismo sexo; a veces los sexos viven en casas comunes separadas. Por ejemplo, esta organización de la vivienda ha existido entre los moto, los bassa komo de Nigeria, los hottentots, los zulus y los aranda del Congo del Norte. Entre los Aranda, hubo una época en la que incluso los sexos vivían en aldeas separadas (Briffault, I: 509-13). En muchas de estas casas comunes, la homosexualidad se practicaba de forma regular, y "en dichos casos la primera relación sexual homosexual es un rito de amistad" (Van Gennep, 171). Incluso cuando no se constató la costumbre de las casas separadas, los sexos en las sociedades naturales aun así tendían a vivir su vida cotidiana separadamente. "En todas las tribus de los índios de América del Norte se producían escasas relaciones sociales entre hombres y mujeres; los sexos vivían su vida de forma separada" (Briffault, I: 510).

En las formas tempranas de la sociedad humana, el matrimonio era muy diferente de lo que es hoy en día. Cuando un hombre se casaba con una mujer, a menudo este lo hacía también con todas sus hermanas y ella, con todos sus hermanos (Brifault, I: 629ff). "Por muy raras que puedan parecer estas organizaciones sexuales hoy en día, de ningún modo eran por aquel entonces tan extrañas como se puede suponer (...) son muy escasas las áreas habitables del globo donde no puedan hallarse estas formas de asociación sexual o la evidencia de su existencia reciente" (Briffault, I: 756).

Las mujeres gozaron de un elevado estatus en las sociedades antiguas. En los casos en los que los hombres y las mujeres *sí* vivían juntos, a menudo el marido dejaba a su familia y se iba a vivir como un extraño a la casa de su mujer (matrimonio matrilocal). De este modo la esposa tenía una posición relativamente segura. "La práctica del matrimonio matriclocal era la forma original de la unión conjugal, y es contemporánea al origen de la humanidad" (Briffault, I:307). Los derechos de herencia eran transmitidos por la madre, no por el padre (descendencia matrilineal). En consecuencia: "en la gran mayoría de sociedades no culturizadas [sic] las mujeres disfrutan de una posición de independencia y de igualdad con los hombres y ejercen una influencia que podría parecer sorprendente hasta para la sociedad más feminista, moderna y civilizada" (Briffault, I:311). Los observadores blancos sexistas han malinterpretado el papel del trabajo de las mujeres en las sociedades tempranas. Por ejemplo, se considera que las mujeres nativas americanas estaban oprimidas por una vida de duro trabajo, que se opone al concepto europeo de feminidad. Pero su derecho a

acceder a ese trabajo esencial era la verdadera base de su independencia (Briffault, I: 317, 328).

Los tabús y las ceremonias en torno a la menstruación también se han malinterpretado. Estos tabús eran una simple extensión del mundo animal, donde todas las especies limitan el acceso a las hembras cuando están menstruando, embarazadas o lactando. Los tabús de la menstruación fueron originariamente inventados por *mujeres* y se empleaban como vetos contra los avances masculinos durante esos periodos. De hecho, los tabús más severos se hallaron en aquellas sociedades en las que "el ejercicio del poder por parte de las mujeres sobre los hombres era casi despótico" (Briffault, II: 400, 404).

Los observadores blancos suelen malinterpretar el papel de los hombres en las sociedades naturales. Al hablar de líderes masculinos de los grupos e ignorando a las mujeres llegan a la falsa conclusión de que la sociedad en su conjunto está organizada por aquellos. El *jefe*, que es tan sólo el líder de los cazadores y los guerreros, se considera como si fuera un rey o un presidente (Briffault, I: 492). Pero las actividades de los hombres, tales como cazar y hacer la guerra son sólo una parte de la vida tribal. Las labores y actividades de las mujeres son, al menos, tan importantes como las de los hombres.

Claro que encontramos entre las sociedades naturales ejemplos en los que las mujeres son tratadas duramente, incluso con brutalidad. Pero allí donde existe dicha brutalidad, como sucede en ciertas tribus de Australia y Melanesia, hay

evidencias también de la existencia de un sistema previo matrilocal que se rompió (Briffault, I: 334).

Los primeros chamanes (o sacerdotes sanadores) en las sociedades naturales eran mujeres (Briffault, II: 518). Los primeros chamanes hombres imitaban a las mujeres adoptando sus roles y llevando sus ropas. Allí donde el patriarcado ha derrocado al matriarcado, incluso en las sociedades naturales, el poder religioso previo de las mujeres es temido como algo diabólico. La sacerdotisa se convierte en bruja (Briffault, II: 561). Desafortunadamente, Robert Briffault, cuyo libro he estado citando hasta ahora, entra en pánico con la homosexualidad, que despacha como "la satisfacción de vicios anti-naturales" (Briffault, II: 533). Y eso le impide imaginar que pueda haber un vínculo entre los chamanes que practican el *cross-dressing* y la homosexualidad. Pero más adelante veremos que dicho vínculo existe, y del mismo modo que la sacerdotisa fue convertida en la bruja, el chamán gay fue convertido en hereje.

Es probable que en la Europa de la Edad de Piedra los humanos vivieran de forma muy semejante a las gentes que viven en las culturas naturales que han sobrevivido a día de hoy. Por ejemplo, la arqueología sugiere que se practicaba la religión chamanista y que las mujeres tenían un estatus elevado. De forma muy temprana, ya en el siglo 30.000 a. C., hallamos una abundancia de figuritas de mujer y dibujos rupestres que muestran a mujeres dirigiendo ceremonias religiosas (Rawson, 13). Desde aproximadamente el 5.000 a C., las cabezas y los cuellos de muchas de estas figuritas se estrecharon para conformar delgados dildos, de modo que la figura compuesta es la de una mujer gorda con un dildo que

emerge de su cabeza (Rawson, 18). Sabemos a partir de las prácticas de las sociedades naturales actuales en África y en la India que tales implementos a menudo se utilizaban en actos lésbicos rituales en los que una mujer mayor iniciaba a una joven (Rawson, 18 y 71). Además, la antigua deidad venerada por los celtas, los germanos y los anglo-sajones de Europa occidental era una Gran Diosa Madre que estaba asociada con cuevas semejantes a úteros.

Se han encontrado muchas figuritas bisexuales de la Edad de Piedra; de forma notable en Trasimeno, Italia; en las Cavernas de Weinberg, en Bavaria; en el Valle de Jordania; y en Pembrokeshire, en Gales (Rawson, 17). Entre las sociedades naturales que han sobrevivido, las deidades bisexuales a menudo indican la existencia de ritos religiosos bisexuales también (Baumann, *passim*). Muchas pinturas rupestres muestran imágenes de hombres desnudos con erecciones mientras danzan juntos en grupos en los que no hay mujeres. Entre los pueblos naturales, se suele considerar que la eyaculación de un hombre encarna el poder religioso ancestral, "y esto probablemente explica un ritual de iniciación *mascullino (...) durante el cual el hombre adulto inicia a los novicios manteniendo una relación sexual anal con estos" (Rawson, 48).

Los animales (especialmente los que poseen cuernos) también juegan un importante papel en el arte de la Edad de Piedra, y las figuras humanas masculinas aparecen llevando pieles de animales. Estas figuras son, probablemente, chamanes, dado que a menudo las sociedades naturales se identifican a sí mismas colectivamente con los animales que

comen (totemismo) e imitan su comportamiento, incluyendo su vida sexual, en ritos religiosos.

Al final de la Edad de Piedra y al principio de la Edad de Bronce (alrededor del 4.000 a C.), los lugares sagrados se marcaron mediante la presencia de grandes piedras, llamados megalitos, que se extendieron desde Irlanda, a través de Bretaña, hacia Portugal, Italia, Malta, Arabia del Sur, India, Malaya, Sumatra, Indonesia y las Islas del Pacífico (Rawson, 42). Estos lugares, aparentemente, eran sagrados y estaban dedicados a la Gran Madre y a menudo eran considerados como espacios funerarios donde enterrar a los muertos (von Cles-Reden, 11). Algunos autores, señalando las creencias en la reencarnación que han pervivido, piensan que las tumbas megalíticas se consideraban como "reservorios mágicos" de almas que están a la espera de renacer (Rawson, 43). Puede que estén en lo correcto, dado que sin duda se consideraba que las tumbas tenían grandes poderes ligados a la fertilidad. En aquellos tiempos, las mujeres creían que se podrían quedar embarazadas si los visitaban de noche. En algunos juicios de brujería medievales se registra de forma persistente que los sabbats se celebraban en algunos de estos emplazamientos (Grinsell, 77, nota 18).

Un nuevo pueblo se desplazó a este universo de la Europa matriarcal: los celtas. Provenían del este, se diseminaron por Europa, y establecieron una civilización que se extendía desde Turquía, en el oeste, pasando por Europa central y llegaba incluso hasta las Islas Británicas. Los celtas vinieron en oleadas; estas empezaron alrededor del 1500 a C. Dado que conquistaban tribus locales, su sociedad se fue haciendo

cada vez más militarista y patriarcal (Hatt, 63-84). En torno al 500 a C., emergió una cultura nacional celta, una suerte de fusión de ambas culturas: la de los conquistadores y la de los conquistados. Como tal, se alzó entre ambos mundos: el del matriarcado y el del patriarcado (Markale, 16-17).

Un legado de las formas antiguas fue el continuado y elevado estatus de las mujeres celtas. Eran independientes y escogían libremente a sus compañeros sexuales (Hope, *passim*). Tanto el matrimonio como el divorcio eran de mutuo acuerdo, y la esposa mantenía sus propiedades a parte de la familia de su marido (Markale, 32-35). Existían múltiples tipos de matrimonio, incluyendo el matrimonio durante un determinado periodo de tiempo, el matrimonio entre una esposa y un marido, entre un marido y muchas esposas, y entre una esposa y muchos maridos. Si una mujer era más rica, ella -y no su marido- era considerada como el cabeza de familia (Markale,l 36-7). Esta apertura sexual persistió hasta bien entrado el cristianismo. Alrededor del 395 a D., Jeremías, el propagandista cristiano, se quejó de que “la raza irlandesa no tiene esposas individuales y (...) nadie tiene una esposa exclusivamente para él mismo, sino que practican la disipación como si fueran ganado, lo cual parece ser bueno para ellos” (Hope, 295).

Las mujeres jugaban un importante papel en los mitos célticos, como ha mostrado el *Tain Bo Cuailnge* -un poema épico irlandés y pre-cristiano que finalmente fue fijado por escrito en el siglo VIII. Thomas Kinsella, un traductor del *Tain*, escribe: “es probable que el más importante logro del *Tain* y del ciclo de Ulster sea su serie de mujeres (...) sobre cuyas fuertes y diversas personalidades la acción gira conti-

nuamente: Mebd, Derdriu, Macha, Nes, Aife" (Kinsella, XIV-XV). El *Tain* describe las artes de la guerra como un terreno especial de las mujeres. Los hombres aprenden a luchar yendo a la escuela que estas dirigen, y además eran, al mismo tiempo, hechiceras (Markale, 38). La saga medieval *Kulhwch and Olwen*, basada en las tradiciones celtas, describe un grupo de mujeres denominadas *gwiddonot*, que luchan en batallas y pronuncian profecías. "Son amazonas que viven en una casa denominada *Llys of Gwiddonot"* (Chadwick, *The Celts*, 136). Algunas fuentes sugieren que estas mujeres eran lesbianas (Markale, 39).

Los hombres celtas eran conocidos por su homosexualidad. En el siglo primero a C., el historiador Diodorus Siculus dijo sobre los hombres celtas:

> *A pesar de tener mujeres hermosas, les prestan muy poca atención, pero les vuelve locos tener sexo con hombres. Están acostumbrados a dormir en el suelo sobre pieles de animales y darse revolcones con sus compañeros de ambos lados de la cama. Sin preocuparse por su propia dignidad, abandonan sin pudor la floración de sus cuerpos a los demás. Y lo más increíble es que no piensan que esto sea vergonzoso. Pero cuando le hacen proposiciones a otro, ¡sí consideran deshonroso que el otro no acepte la oferta!* (Dordorus, III: 5, 32, 7).

La religión celta, como su vida social, también reflejaba las tradiciones matriarcales tempranas. Las deidades celtas más antiguas eran tres diosas a quienes los romanos llamaban *Matres* o *Matronae* ("Las Madres"). Estas eran versiones de la Gran Madre, venerada ya desde la Edad de Piedra (Chadwick, *The Celts*, 168, y Rawson, 45). Se han encontrado altares dedicados a las Madres por toda Europa. Los relatos sobre ellas pervivieron hasta *época medieval en las

leyendas del Rey Arturo, en las que la diosa Morrigan (la Gran Reina en Irlanda) se convirtió en la figura de Morgana la Faye (*Morgana the *Fairye*). Finalmente, las Madres fueron convertidas en hadas, como indicaba la palabra galesa para hadas: *y Mamau*, que significa "las Madres" (Hope, 32).

Las nuevas fuerzas del patriarcado y del militarismo celta trajeron consigo nuevos dioses que desafiaron las antiguas tradiciones matriarcales, pero incluso después de estos cambios, las Madres conservaron su importancia entre los campesinos y mujeres celtas. Ellas eran quienes velaban por la naturaleza: diosas de la tierra, de la luna, de las plantas, de las animales y del sexo. Su veneración incluía la promiscuidad sexual ritual, incluso con animales, y sus principales sacerdotes eran mujeres (Rawson, 44; Hope, 166-167). Los dos tipos de deidades siguieron existiendo una al lado de la otra. Las clases altas celtas se convirtieron al culto de los dioses patriarcales, mientras que las clases bajas mantuvieron la vieja religión (Hope, 43).

Una manifestación de la Madre Celta era la diosa osa Artio, que era ampliamente venerada. "El nombre *Art*, "Oso", está presente en nombres como el de *Artgenos*, "Hijo del Oso", y se halla muy presente también en los patronímicos galeses e irlandeses y en los topónimos" (Ross, *Britain*, 349). El nombre persistió en época cristiana. Lady Alice Kyteler de Kilkenny, de Irlanda, fue acusada en 1324 de mantener relaciones sexuales rituales con un "demonio" llamado Robin, hijo de Art. El suyo fue el primer proceso de herejía y brujería en Irlanda.

La Diosa Madre hizo sentir su influencia incluso dentro del cristianismo tradicional. Algunas de las primeras iglesias de Irlanda, Gran Bretaña y la Suiza alemana tienen esculpida en la puerta de entrada la figura de una mujer desnuda y en cuclillas, mirando hacia abajo, hacia el devoto que penetra con una mirada intensa, y tiene ambas manos en los labios del coño, que está muy dilatado. Estas figuras son conocidas como sheelag-na-gigs, y "son, de hecho, retratos de las antiguas diosas" que eran "ampliamente recordadas en las tradiciones y festividades de los pueblos" (Ross, *Celtic and Northern Art*, 104). En Francia, la mayoría de santuarios de la Vírgen María están emplazados en lugares que previamente estaban consagrados a las diosas Madre celtas (Markale, 17).

Hay una deidad celta masculina que es tan antigua como las Madres. Es el dios cornudo, "uno de los tipos más básicos de dioses celtas", cuya veneración se remonta a la Edad de Piedra (Ross, *Celtic and Northern Art*, 83; Bober, 40). A menudo se lo ha asociado con las Madres, así como al sexo, a los animales y a la naturaleza. También parece tener vinculaciones con los chamanes. Su gran antigüedad queda demostrada por la existencia de una pintura rupestre de la Edad de Piedra hallada en Ariege, Francia, que muestra a un hombre danzando a lomos de un animal y que lleva los cuernos de un venado. Y en el siglo XVIII, los obreros constructores de la Catedral de Notre Dame, en París, descubrieron un altar celta de piedra y de cuatro lados que data de época romana y que presenta la figura de un hombre barbudo con cuernos. En la piedra está tallada la palabra *Cernunnos*, que significa "The Horned One" (Bober, 28ff).

El dios cornudo estaba especialmente vinculado con la sexualidad masculina y a menudo aparece con una verga en erección. Es más, cuando está erecta, a veces se lo retrata en compañía de hombres, no de mujeres. Un dibujo del dios cornudo de Val Camonica, en Italia, lo muestra sosteniendo un anillo-collar ceremonial en una mano y una serpiente cornuda en la otra. Está siendo adorado por un hombre, y el hombre tiene una erección (Bober, 18; Ross, *Celtic and Northern Art*, 84). Esta imagen es una reminiscencia del arte temprano que se desparramó por toda Europa. Los hombres a menudo presentan erecciones y aparecen juntos en grupos sin la presencia de mujeres (Ross, *Celtic and Northern Art*, 81). Teniendo en cuenta la notoria homosexualidad de los celtas, estos datos sugieren la existencia de un elemento gay en el culto al dios cornudo.

El dios cornudo también es el señor de los muertos y del mundo subterráneo (Bober, 44). Para los celtas, que creían en la reencarnación, la oscuridad y la muerte eran partes del ciclo de la vida y del renacimiento, y la muerte era el verdadero lugar en el que las fuerzas creativas de la naturaleza engendran nueva vida. Dada esta conexión con el mundo subterráneo el dios cornudo a menudo se representaba como negro (Ross, *Britain*, 137). Pero esa negritud no se consideraba malvada, como si lo sería considerada después en las sociedades cristianas.

La caracterización del dios masculino celta como un animal con cuernos debe entenderse teniendo en cuenta la economía y la religión de la época. La supervivencia de los pueblos de la Europa de la Edad de Piedra dependía de la caza del reno, del ciervo rojo y del alce. Entre los primeros

animales que se domesticaron estaban las ovejas y las cabras. Los europeos antiguos, como todos los pueblos naturales, veneraban a los animales de los que dependían, en contraste con los modernos pueblos "civilizados" que objetualizan y destruyen a los animales con toda la impersonal violencia que sólo el industrialismo científico es capaz de diseñar.

Los celtas dataron los días festivos de su religión de acuerdo con el cambio de las estaciones, los hábitos de alimentación de los animales, y la siembra y la recogida de los cultivos. Como en el judaísmo, las festividades empezaban la noche antes de la celebración. Las cuatro grandes festividades celtas (con sus nombres irlandeses) eran *Samhain* (1 de noviembre); *Imbolc* (1 de febrero); *Beltaine* (1 de mayo) y *Lugnasadh* (1 de agosto) (Chadwick, *The Celts*, 181). Estas festividades se celebraban con un ritual de promiscuidad sexual (Hope, 166-167).

Por lo que parece, estas fechas se corresponden exactamente con las festividades más tarde atribuidas a las brujas por los cristianos medievales. Los cristianos denominaban estos días: Halloween, La Candelaria, Walpurgisnacht y Lammas, respectivamente. Había también otras dos festividades, celebradas tanto por los celtas como por las brujas: el solsticio de invierno, el 21 de diciembre, que pervivió como la Festividad de los Locos; y el solsticio de verano, el 23 de junio, que pervivió como la Noche de Verano. *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, escrito a finales del siglo XVI, tiene ecos de esta festividad. La obra está llena de magia, hadas y sexualidad humana y animal. Describe a un

personaje principal llamado Puck, o Robin Goodfellow, un descendiente del dios cornudo (Kott, 213-236).

Después de la conquista romana de los celtas en el siglo I a. C., los druidas celtas urgieron a sus tribus para que resistieran al imperialismo romano. Organizaron rebeliones y profetizaron que el poder romano sería derrocado. "Es probable que podamos contemplar a los druidas como los más formidables nacionalistas y la fuerza anti-romana más fuerte con la que los romanos tuvieron que lidiar" (Chadwick, *The Druids*, 72). Los romanos reaccionaron dirigiendo una campaña de propaganda contra los druidas y los celtas, tratando de retratarlos como a sangrientos bárbaros (Chadwick, *The Druids*, 25). Al generar esta propaganda, los romanos eran como los primeros colonizadores americanos, que pintaron a los nativos índios como "salvajes" con el objeto de sentirse justificados a la hora de asesinarlos y robarles sus tierras. Desafortunadamente, algunos académicos contemporáneos han caído en estas diatribas anti-celtas.



Grabados chámanicos del paleolítico

Los celtas de Europa no eran los únicos pueblos que continuaron con las tradiciones religiosas matriarcales. En Asia Menor hallamos "la Gran Madre de los Dioses" que estaba vinculada con animales, con el sexo y con la naturaleza (Showerman, 230ff). Sus sacerdotes eran tanto hombres como mujeres. Los hombres se castraban a sí mismos, se dejaban crecer el pelo y llevaban ropas de mujer (Showerman, 236-237). Se les llamaba "maestros de orgías", "hechiceros" y "cavernícolas" (Showerman, 236 y n. 55). Los seguidores masculinos de la religión después fueron tildados de "afeminados" por los autores griegos (Showerman, 294-295).

La Gran Madre de los Dioses era venerada con orgías sagradas. Los participantes de los rituales tocaban flautas, castañuelas, címbalos y tambores, y llamaban a todos estos instrumentos las "cuerdas del frenesí" (Showerman, 238). En estos rituales tenían lugar relaciones homosexuales y heterosexuales de todo tipo. Como plantea un académico (un reprimido homófobo), había "ritos sensuales repugnantes y la presencia de un elemento hermafrodita" *(Showeman, 247). Si un hombre quería convertirse en sacerdote de la Gran Madre debía asistir a orgías y en un extático y frenético trance, castrarse a sí mismo (Showerman, 238-239). Esta castración era totalmente voluntaria, y sólo la emprendían quienes deseaban ser iniciados como sacerdotes.

Tras la conquista romana, el culto a la Gran Madre de los Dioses se difundió por toda Europa. En cada localidad, los pueblos conquistados veían en la Gran Madre la misma deidad que sus ancestros veneraban. Esta era especialmente popular entre las clases bajas, que fueron quienes preser-

varon en mayor medida las antiguas tradiciones matriarcales. Las clases altas romanas desconfiaban de ella. Les desagradaba especialmente el hecho de que fuera muy popular entre las mujeres y los esclavos (Showerman, 295 y 300).



El Fascinum

Entre los celtas romanizados de la Europa occidental, el culto a la Gran Madre se difundió bajo el nombre latino de Diana -la griega Artemisa- (Turcan, 48ff). La preferencia celta por la Diana romana es fácil de comprender, si consideramos la historia de su culto. Las deidades oficiales de Grecia y Roma (los dioses Olímpicos) realmente eran advenedizas. Estas derrocaron la antigua tríada de diosas griegas, conectadas con la luna. Como las madres celtas, las diosas

presidían la agricultura, la caza y las artes domésticas, y eran veneradas con orgías sexuales (Graves, *passim*).

En los tiempos de la Roma tardía, fueron absorbidas en la figura de Diana, que era, originariamente, la diosa de la luna nueva (Graves, I: 83, n. 1). En una forma alternativa, también pervivió como las Tres Parcas. De nuevo, como las Madres Celtas, fueron convertidas en hadas por el mundo medieval cristiano ("fairy" [inglés], del latín *fata*, que significa *destino* [inglés *fate*]).

Las Moiras griegas y las Madres celtas también hallan sus homólogas entre los antiguos anglosajones. La antigua deidad anglosajona es la diosa Wyrd (Destino), que era una de las tres hermanas (Branston, 64-65). Más tarde se conocieron como "*the weird sisters*" [las hermanas funestas] ("weird" originariamente significaba funesto). Esta tradición pervivió al menos hasta 1605, cuando se las menciona en el *Macbeth* de Shakespeare (Branston, 66). Según la tradición cristiana ellas estaban asociadas con la brujería, y Shakespeare las retrató como andróginas, como atestiguaba el comentario de Banquo: "Sin duda son ustedes mujeres, mas vuestra barba me impide pensar que lo sean".[1] La creencia en estas tres diosas era casi universal en la antigua Europa. "Es evidente que la concepción de las tres Hermanas se remonta a época indoeuropea y que las ancestras de Wyrd, las Nornas [Islandia], las Parcae [Italia] y las

[1] Del original: "You should be women,/ And yet your beards forbid me to interpret/ That you are so" (1. 1. 38-39 y 43-45) de Braunmuller, A. R. (ed.), *Macbeth*, by William Shakespeare, Cambridge, Cambridge UP, 1997; de la traducción de Pujante, Ángel Luis (trad. y ed.), *Macbeth*, de W. Shakespeare, Madrid, Espasa-Calpe, 1995, pp. 49 [N. de la Trad.].

Moirai [Grecia], eran tres poderosas figuras de al menos seis mil años de antigüedad (Branston, 70).

A lo largo y ancho de todo el área Mediterránea, la tradición religiosa más antigua en muchas culturas fue el culto a la Gran Diosa, a menudo asociada a ritos sexuales. Esta tenía muchos nombres diferentes: Astoreth o Astarte en Palestina; Tanit en Cártago, Ma en Capadocia, Afrodita en Chipre e Isis en Egipto (Showerman, 247; Lethbridge, 19). Los autores romanos eran bien conscientes de esta tradición mediterránea. Por ejemplo, en *El asno de oro* de Apuleyo (siglo II a C.), el héroe Lucius le reza a la luna, llamándola *Regina Caeli*, "Reina del Cielo", un título que más tarde se le otorgó a la Vírgen María. Cuando Lucius cae dormido la diosa se le aparece y le revela su verdadero poder:

> *Heme aquí vengo conmovida por tus ruegos, ¡oh Lucio!; sepas que yo soy madre y natura de todas las cosas, señora de todos los elementos, principio y generación de los siglos, la mayor de los dioses y reina de todos los difuntos, primera y única gola de todos los dioses y diosas del cielo, que dispenso con mi poder y mando las alturas resplandecientes del cielo, y las aguas saludables de la mar, y los secretos lloros del infierno. A mí sola y una diosa honra y sacrifica todo el mundo, en muchas maneras de nombres. De aquí, los troyanos, que fueron los primeros que nacieron en el mundo, me llaman Pesinuntica, madre de los dioses. De aquí asimismo los atenienses, naturales y allí nacidos, me llaman Minerva cecrópea, y también los de Chipre, que moran cerca de la mar, me nombran Venus Pafia. Los arqueros y sagitarios de Creta, Diana. Los sicilianos de tres lenguas me llaman Proserpina. Los eleusinos, la diosa Ceres antigua. Otros me llaman Juno, otros Bellona, otros Hecates, otros Ranusia. Los etíopes, ilustrados de los hirvientes rayos del sol, cuando nace, y los arrios yegipcios, poderosos y sabios, donde nació toda la doctrina, cuando me honran y*

> *sacrifican con mis propios ritos y ceremonias, me llaman mi verdadero nombre, que es la reina Isis.* (Apuleyo, Libro XI, Capítulo I).[2]

Tanto en Asia menor como en la Galia celta muchas de las estatuas de Artemis (o Diana) que se encontraron tenían un rasgo singular: muestran a una mujer desnuda con varias hileras de tetas y rodeada por figuras animales (Turcan, 49). En algunas cuevas de la Edad de Piedra se pueden encontrar grupos de estalagmitas, como en Pech Merle, que están pintadas como tetas con dibujos de animales a su alrededor. Las estatuas de Artemis son similares a estas extrañas figuras y "deben encarnar los ecos de la misma antigua Madre de los Animales, que podemos identificar primero en Pech Merle" (Rawson, 15).

Durante los primeros tiempos de la Cristiandad, Artemis era venerada en la ciudad de Éfeso, en Asia Menor. Su culto era uno de los principales impedimentos para el esfuerzo misionero allí emprendido por Pablo de Tarso. El libro de los Hechos del Nuevo Testamento describe la severidad de la lucha entre ambas religiones. Los adoradores paganos de Artemis generaron disturbios contra Pablo, y en ellos clamaban en contra de que "comience a ser destruida la majestad de aquella a quien venera toda Asia, y el mundo entero" (*Libro de los Hechos*; 19, 23-29).[3]

---

[2] Traducción atribuida a Diego López de Cortegano (1500), corregida y revisada por C., *La metamorfosis o El asno de oro*, de Lucio Apuleyo, Madrid, Calpe, 1920, p. 184 [N. de la Trad.].

[3] *Libro de los Hechos de los Apóstoles*, edición de Reina-Valera, 1960 (RVR1960) [19: *El alboroto en Efeso*, 27]. Consulta en red: https://www.biblegateway.com/passage/?search=Hechos+19&version=RVR1960 (cons. 15/01/2015) [N. de la Trad.].

Los pueblos de Asia Menor veneraban a Artemis con ritos sexuales que incluían la homosexualidad. Por esta razón la mayoría de las denuncias de Pablo en materia del elevado estatus de las mujeres, la sexualidad libre y la homosexualidad, cuando se leen en seguida se convierten en denuncias de *idolatría.* En *Romanos*, Pablo escribe:

> *(...) y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío* (*Epístola a los Romanos* I: 23-27).[4]

En otras palabras: dichos pueblos estaban practicando la religión antigua del sexo y de la naturaleza.

Al tiempo que la Cristiandad subió al poder en el Imperio romano, la veneración de la Gran Madre se erigía como una de las fuerzas más poderosas que se resistieron a ella. Los propagandistas atacaron con rigidez esta religión antigua y acusaron de abuso a sus afeminados sacerdotes. Augusto lo condena así:

---

[4] Biblia Reina-Valera (1602). Consulta en red: https://www.bibliatodo.com/biblia/El-libro-del-pueblo-de-Dios/romanos-1-23 (cons. 15/01/2015) [N. de la Trad.].

> *(…) los bardajes consagrados a la gran Madre, injuriosos para el pudor de uno y otro sexo. Aun hoy en día, con los cabellos perfumados, con color quebrado, miembros lánguidos y paso afeminado, andan pidiendo al pueblo por las calles y plazas de Cartago, y así pasan su vida torpemente* (San Agustín, 271).[5]

Una vez que la Cristiandad se convirtió en la religión oficial del Imperio romano, la veneración de la Madre fue proscrita. "El preeminente papel que jugó la Madre en la lucha final [contra la Cristiandad] probablemente hizo que su santuario fuera uno de los primeros edificios paganos en caer en las garras del fanatismo o la rapacidad del partido cristiano, tan pronto como se retiró toda limitación" (Showerman, 312). Atacada, con sus templos saqueados y destruidos, la veneración de la Madre pasó a la clandestinidad, pero no murió.

Muchas culturas antiguas veneraban a dioses cornudos, además de a la diosa madre. Tras todos estos dioses se hallaba un ancestro común que provenía de la Edad de Piedra. En tiempos pre-cristianos él apareció bajo muchos nombres distintos. En el mundo grecorromano era Dionisos, Baco o Pan; en Creta, el Minotauro; en Cártago, Baal Hammon; en Asia Menor, Sabazios; y en Egipto, Osiris. Solía tener los cuernos de una cabra o de un toro y era venerado con ritos que incluían orgías sexuales, mascaradas animales y travestismo.

Entre los antiguos griegos, como con los celtas, el dios cornudo se asociaba con la homosexualidad. Un antiguo cuenco muestra a Pan, con la verga erecta, persiguiendo a

[5] Montes de Oca, Fco de *La Ciudad de Dios*, de San Agustín, México, Porrúa, 1994 (12 ed.), cap. XXVI [N. de la Trad.].

un joven pastor, que el académico alemán Reingard Herbig describe del siguiente modo:

> *El dios persigue a ritmo veloz y con máxima excitación a un hermoso pastor. El significado de la imagen se ve inequívocamente subrayada por el agregado de un accesorio que debe entenderse de forma simbólica: una figurita de Príapo* [una imagen fálica]*. Aquí Pan es realmente todo lo que encaja con su esencia original: el impulso masculino que busca el alivio, que aquí, siguiendo la preferencia griega temprana, se dedica al 'hermoso joven'* (Herbig, 37).

Al tiempo que los antiguos griegos se volvieron "civilizados" y cayeron bajo la influencia de las instituciones patriarcales, la veneración de Pan fue denunciada y reprimida. El nuevo orden no pudo manejar la sexualidad abierta, el travestismo, el feminismo y la emotividad de la religión. La lucha entre el surgimiento del patriarcado griego y de las viejas tradiciones subyace a la obra de Eurípides: *Bacchae.* La trama gira en torno a un resurgimiento de la veneración de Dionisos (el mismo dios que Pan) y el intento de reprimir la religión por parte del rey Penteo de Tebas, que es un tipo urbano de la ley y el orden, el equivalente griego de Richard Nixon. El mismo Dionisos aparece en la obra como un afeminado joven. El rey Penteo lo detiene, no sabiendo quién es, y le corta el largo pelo. En represalia, Dionisos lleva a Penteo a la locura, ya que Dionisos es el dios de las emociones. Penteo, en su locura, se viste como una mujer y trata de espiar una de las orgías de la religión de Dionisos. Cuando el rey llega a la orgía, las mujeres sacerdotisas (incluyendo la propia madre del rey) son conducidas al frenesí por los ritos. Tomando a Penteo por un león, lo atacan y lo hacen pedazos. Su madre vuelve a Tebas con la cabeza de ese león en su delantal, para descubrir tan sólo

cuando vuelve a estar ebria que ha arrancado la cabeza de su propio hijo. La moraleja del relato es clara: el nuevo orden está reprimiendo aspectos del comportamiento humano que son sagrados para el dios del éxtasis. El precio de esta represión será la locura que destrozará el nuevo orden.

Históricamente, la veneración del dios cornudo fue responsable del surgimiento del teatro en la civilización occidental. (De modo que siempre ha habido una conexión entre el teatro y los hombres gays). En la antigua Grecia, Dionisos fue venerado primero en un ritual de mascarada, canto, danza y sexo por parte de un grupo de personas que se llamaban el coro. Con el tiempo, unas pocas personas emergieron del coro, que representaban unos papeles especiales y que se denominaron "actores". Llegó un punto en el que los aspectos religiosos y sexuales del ritual se olvidaron y la ceremonia se convirtió en una obra teatral, que escenificaba un guión escrito previamente. No se debe al azar que la palabra "tragedia" provenga del griego antiguo *tragoidia*, que significa "canción del viejo verde".

Tras la conquista romana, se mezclaron entre sí varios conceptos del dios cornudo, exactamente como lo hicieron en el caso de la Gran Madre. Lo encontramos de nuevo bajo los nombres de Príapo, Atis, Adonis, Dis Pater y Tammuz. Pero la relación del dios cornudo con la Madre cambió al tiempo que los patriarcas ganaron un mayor control por el mundo. Primero él había nacido de la Madre y estaba subordinado a ella, pero finalmente se convirtió en el único creador del mundo (Campbell, 86).

El triunfo de la cristiandad trajo consigo malas noticias para el dios cornudo. Dado que iba acompañado de la Gran Madre y sus ritos sexuales, la Iglesia hizo todo el esfuerzo que tuvo en su mano para reprimirlo o cambiarlo, de modo que encajara con sus propias necesidades. Este se identificó con el gobernante del mundo subterráneo -Satán- y se consideraba malvado, aunque el dios celta de los muertos no se considerara malo. En la religión judía, Satán había sido un adversario de los humanos, nunca de Dios mismo. El Nuevo Testamento trascendió esta idea, pero aun así, la personalidad del demonio resultaba borrosa. En el 447 d. C., el Consejo de Toledo fijó esta cuestión de una vez por todas, describiendo al demonio como la personificación de la maldad cósmica (Robbins, 132).

Una vez establecida la doctrina del demonio, la Iglesia tomó muchos de los rasgos “malos” del dios cornudo (como la sexualidad) y se los adscribió al demonio (Schoff, *passim*). El propio antiguo dios cornudo se convirtió en el demonio mismo y desde entonces, el arte cristiano representó al demonio con cuernos, pezuñas, piernas peludas y el pene erecto: las características propias del dios cornudo (Ross, *Britain*, 132). Pronto los antiguos espíritus teutones de la fertilidad se convirtieron del mismo modo en “demonios”, subordinados a su vez (Russell, 46). Para los cazadores de brujas medievales la figura del demonio se convirtió en una personificación del sexo. El *Malleus Malleficarum*, un manual utilizado para detectar brujas, afirmaba: “el poder del Demonio reside en las partes privadas de los hombres” (*Malleus,* 26).

Los aspectos "buenos" del dios cornudo fueron tomados y aplicados a las figuras de la Cristiandad. Por ejemplo, en el libro de las *Revelaciones* hallamos a Cristo dibujado simbólicamente como un animal cornudo y llamado "el Cordero" (V:6).

La doctrina del demonio también afectó a la actitud cristiana hacia el color negro. Como el señor celta del submundo, el dios cornudo se representaba como negro. Este no era un color que indicara maldad, ya que el submundo celta era un lugar de descanso previo a la reencarnación, mientras que el submundo cristiano era un lugar infernal y de condenación. Como resultado, el negro para los cristianos se convirtió en un color negativo, que connotaba pecado,[6] muerte,* y el Diablo. Más tarde, cuando los cristianos provenientes de Europa entraron en contacto con pueblos de piel negra, los consideraron como pecadores y malvados. Esta actitud no era la única causa del racismo cristiano, como veremos, pero sí fue un factor.

En las islas británicas, uno de los nombres antiguos del folklore para el dios cornudo era Robin o Robin Goodfellow. En una imagen del siglo XVII se muestra a Robin rodeado por un círculo de bailarines. Este tiene pezuñas, cuernos de cabra y una verga en erección. En una mano lleva una vela, en la otra una escoba ritual (Murray, *God of the Witches*, 97). Robin también figura en los procesos de brujería, así como en el folklore. Ya hemos visto que Lady Alice Kyteler fue acusada de tener relaciones sexuales con un demonio negro llamado Robin, hijo de Art.

[6] El autor hace un juego de palabras entre "skin" [piel] y "sin" [pecado] [N. de la Trad.].

Las tradiciones matriarcales persistieron a través de los celtas, los romanos y las tempranas civilizaciones cristianas, incluso cuando con cada nueva época los intentos de supresión se volvían más vigorosos. El periodo romano vivió una fusión de la Gran Madre con Diana, las Parcas y las Madres Celtas, y paralelamente, se produjo una mezcla entre Pan, Robin, Dionisos, Adonis y el dios cornudo celta. Y entonces los cristianos tomaron una parte de la Gran Madre -aunque mayormente desexualizada, restringida a través de la Virgen María-, mientras que el dios cornudo se proscribió, en tanto que era el demonio. A pesar de estar proscritos, los sacerdotes de esta mezcla matriarcal -que Margaret Murray llama "la antigua religión"- persistieron clandestinamente y fueron conocidos en el folklore como *fairies* [hadas], nombre tomado de las *fateful* [funestas] diosas que veneraban. Más avanzado el periodo medieval, emergieron de nuevo varios remanentes de la antigua religión, sólo que esta vez fueron tildados de herejes y brujas. Como veremos, su mayor "crimen" fue haber experimentado las más altas manifestaciones de lo divino en la práctica libre de la sexualidad.



HOMOSEXUALIDAD Y GUERRA DE CLASES

Los medios de comunicación hace mucho que nos ofrecen la impresión de que la Edad de Piedra fue una época de terror, de violencia y de guerra. Las gentes de la Edad de Piedra a menudo son representadas como unas criaturas similares a las abejas, que se aparean entre sí en pleno vuelo. Sus sociedades a menudo son descritas con peyorativos adjetivos como “primitivas”, “bárbaras”, “salvajes” y “bajas” (en contraste con la sociedad industrial moderna, de la que se dice que es “avanzada”, “civilizada”, “culta” y “elevada”).

A pesar de esta visión hollywodiense de la historia, la cultura de la Edad de Piedra en realidad era bastante pacífica. El testimonio de la arqueología es arrollador en este punto: las gentes que vivieron en la Edad de Piedra *no* practicaban la guerra de forma organizada (Hawkes, 265). Las pinturas y la artesanía del periodo no muestran actividades guerreras, no se han hallado armas en las áreas funerarias, y sus asentamientos no estaban en absoluto fortificados. Puede resultar sorprendente, pero es indudablemente cierto que “la guerra es un desarrollo comparativamente tardío en la historia de la humanidad” (Dawson, 239).

La guerra organizada no surgió hasta la aparición de las ciudades, del conflicto de clases, de la jerarquía gubernamental y de la propiedad privada. De hecho, son precisamente aquellas sociedades de la historia que han sido más “civilizadas” las que se han enfrascado con mayor frecuencia en terribles guerras. Ninguna sociedad de la Edad

de Piedra se planteó siquiera el salvajismo propio de la Alemania nazi contra los judíos o el de la América "democrática" contra los vietnamitas.

Lo que sabemos de los pueblos que viven aún en estrecho contacto con la naturaleza confirma nuestros conocimientos en torno a la paz en la que vivían durante la Edad de Piedra. Por ejemplo, la guerra organizada era extremadamente rara entre los nativos americanos antes de la invasión cristiana (Driver, 355). Cierto es que los índios norteamericanos sí participaban en duelos y contiendas. Pero hasta que los blancos cristianos no les "instruyeron" en la guerra no desarrollaron una organización militar permanente, ni disponían de vestimenta bélica especializada, ni tampoco ceremonias militares (aunque la situación es diferente en el caso de los índios de la América central y del sur, que estaban parcialmente *urbanizados*).

La gente ha vinculado erróneamente a las sociedades naturales con la guerra porque los "bárbaros" estuvieron en conflicto con las sociedades urbanizadas y estratificadas, como en las "invasiones godas" del Imperio romano. Pero los "bárbaros" eran normalmente tribus que vivían en la periferia de las sociedades urbanizadas y que imitaban sus métodos. En el caso de Roma, aquellos a quienes se señalaba como "bárbaros" fueron admitidos durante mucho tiempo en el ejército romano, antes de que las tribus de las que provenían atacasen la ciudad.

La Edad de Piedra resulta sorprendente por otras razones, no sólo por la paz en la que vivían sus gentes. Tal y como podemos determinar a partir de la evidencia arqueológica y

de la comparación con las culturas existentes que viven aún en la Edad de Piedra, en la tribu o en el clan había una propiedad comunal, un gobierno por consenso voluntario sin ninguna superestructura jerárquica, una ausencia de dominio de clase y carecían de toda visión rígida del trabajo (Hawkes, 265ff). Desde luego, es tentador descartar estas ideas como si se trataran de una mera fantasía utópica, y es que estamos tan acostumbrados a la autoexaltación, a la represión del gobierno, a la dominación de clase y a la rígida división del trabajo de nuestra propia sociedad, que aniquila el alma, que es tan idiota y que se basa en una institucionalización del sujeto-zombie ("educación") que se prolonga durante años. Hemos llegado a estar tan condicionados por las universidades, fábricas y oficinas que nos hemos vuelto insensibles, nuestro cerebro está dominado y nos comportamos hasta tal punto como bolas de billar que no podemos concebir que una sociedad pueda regirse de otro modo. Pero las evidencias persisten. Hubo un tiempo en que los seres humanos vivieron de forma distinta.

Las mujeres tenían un elevado estatus en la Edad de Piedra, como hemos visto. Tanto la arqueología, como el mito y la comparación con sociedades que han pervivido señalan que tenían una posición dominante. "Todo apunta a suponer que bajo las condiciones del estilo de vida del neolítico primario, el derecho de la madre y el sistema de clan eran aún dominantes [como lo fueron en el periodo paleolítico], y la tierra generalmente se heredaba por linea femenina. De hecho, es tentador convencerse de que las sociedades neolíticas tempranas, dado su alcance temporal y espacial le otorgaron a la mujer el más elevado estatus jamás conocido" (Hawkes, 264).

Alrededor del 4000 a C. se produjo un extraordinario cambio, que empezó en el Medio Oriente y se fue difundiendo gradualmente desde allí hacia Europa. En ese momento había emergido una nueva era -la Edad de Bronce, que implicó mucho más que la mera fabricación de implementos de bronce-. Por primera vez en la historia surgieron grupos sociales, y estos eran controlados por los hombres y se basaban en proezas militares. En la Edad de Piedra, los humanos habían sobrevivido gracias a la búsqueda de comida, la agricultura y la caza. Entonces llegaron los pueblos que sobrevivían gracias a la guerra.

La vida política y económica de la raza humana se descompuso totalmente por efecto de estos invasores masculinos (Woolley, *passim*). En lugar del comunalismo tribal anterior, nació una nueva institución: el Estado (Woolley, 360).

Los nuevos Estados vivían gracias al trabajo de los pueblos agrícolas y los explotaban económicamente. Se desarrollaron las divisiones de clase, y se impuso la esclavitud cuando antes se trabajaba libremente. Las gentes se fueron separando de esa inmediata y directa forma de vida ligada a la naturaleza, y se espoleó la actividad intelectual en detrimento de la gratificación emocional. Y lo más importante de todo: se derrumbó el estatus de las mujeres, así como la gran importancia de la diosa Madre. "La vida urbana, el fortalecimiento de los poderes intelectuales de la individualidad y la autoconciencia, los dirigentes y sacerdotes masculinos, las conquistas militares; todo ello se combinó para reducir el estatus de la Diosa en los centros de las antiguas civilizaciones todas sus manifestaciones" (Hawkes, 343).

Muchos académicos creen que estos grupos guerreros que dominados por hombres eran una evolución de los cazadores de la Edad de Piedra (que eran normalmente hombres). Por medio de algún proceso, los hombres cazadores en algunas de las primeras sociedades evolucionaron hasta constituir una casta separada dedicada no a la caza sino a la guerra. El cambio, una vez hecho, se perpetuó a sí mismo: las pacíficas tribus de la Edad de Piedra fueron o conquistadas por los nuevos militaristas o bien forzadas a convertirse en militaristas para poder defenderse a sí mismas.

En el nuevo orden social, la propiedad privada hizo su primera aparición en la historia (posiblemente para aprovechar el botín de guerra; Engels, *passim*). Surgieron estrictas jerarquías, siempre características de las sociedades militares, y aportaron un nuevo sentido de la moral, que se regía por la obediencia y la autodisciplina. Los inicios de la guerra de clases se hallan en este periodo, mientras el nuevo orden de guerreros tendía a constituirse en una aristocracia urbana que ejercía su influjo sobre el campesinado.

Las antiguas tradiciones de la Edad de Piedra que habían existido desde tiempos inmemoriales con el tiempo se fueron reafirmando a sí mismas contra las innovaciones de la Edad de Bronce. La nueva clase militar era demasiado pequeña, y la vieja cultura campesina demasiado grande y antigua como para permitir la aniquilación de las formas de vida de la Edad de Piedra. Los conquistadores tendían a quedar absorbidos por las costumbres de los conquistados. Se alcanzó un cierto equilibrio, y las sociedades se estabilizaron en nuevas formas que encarnaban prácticas y

creencias tanto de la antigua Edad de Piedra como de la nueva Edad de Bronce. Tal es el caso, por ejemplo, de la antigua civilización de los sumerios y los reinos más antiguos de Egipto. Allí, a pesar de que se instaurara la guerra organizada, esta "era excepcional y de tipo rudimentario" (Dawson, 238). A pesar de que el estatus de las mujeres era inferior del que gozaban en la Edad de Piedra, estas seguían manteniendo una posición mucho más elevada de la que poseen bajo las primitivas condiciones del industrialismo moderno (Davis, *passim*).

La civilización de la Edad de Bronce conservaba aún buena parte del antiguo aprecio por la sexualidad, especialmente en la religión. Las evidencias arqueológicas son abundantes en este caso, tanto en las nuevas ciudades como en el campo. Por ejemplo: "Al buscar algún rasgo positivo de la religión de la Edad de Bronce captan nuestra atención las extrañas figuras fálicas que se encuentran en las tallas de las rocas del norte de Europa. Sea cual sea el signficado que puedan tener estas figuras, muestran de modo inequívoco que la sexualidad jugaba un gran papel en el culto y en las creencias cuyas expresiones representan" (Runeberg, 247). En las evidencias literarias del Egipto de la Edad de Bronce, el comportamiento homosexual se idealiza como una actividad de los dioses (Licht, 449). La veneración de la Gran Madre y del dios cornudo, aunque junto al de las nuevas deidades militares, persistía casi en todas partes.

Un ejemplo muy importante de la civilización de la Edad de Bronce es la cultura que emergió en Creta. Desde el 3000 a. C. hasta el 2000 a C., diversas olas de inmigrantes provenientes de Asia Menor se mezclaron con los pueblos locales

de la Edad de Piedra, en Creta, y crearon una nueva civilización llamada minoica, en referencia al legendario Rey Minos.

La civilización minoica llegó a su cumbre en el periodo que va desde el 2000 a C. hasta el 1600 a C. Durante ese periodo, las mujeres tuvieron un estatus muy elevado. En el arte minoico se las representa mientras participan en pie de igualdad con los hombres en festividades y en concursos atléticos. Además, la sociedad minoica era pacífica. Las escenas de guerra eran raras. “El énfasis está puesto en la naturaleza y en la belleza” (Hammond, 30). Las dos deidades en jefe de la religión minoica eran la Gran Diosa Madre, que se asociaba con los animales (tales como la serpiente) y el dios cornudo (bajo la apariencia de un toro). La tradición griega posterior asoció, en concreto, la ciudad de Creta con la homosexualidad pública, y gran cantidad de autores antiguos afirmaban que esta fue la fuente histórica de la homosexualidad en Grecia (Symonds, 4).

En la misma península griega, la cultura local mostraba, originariamente, los mismos rasgos pacíficos; esta “era pacífica, agrícola, marítima y artística, y sus creencias religiosas, a juzgar por las figuritas femeninas esteatopigias [de culos gordos], estaban centradas en la diosa madre y puede que estuvieran asociadas con una sociedad matriarcal o al menos con una sociedad que no era extremadamente patriarcal” (Hammond, 37).

Un análisis de la literatura griega temprana muestra que la sociedad de la península era matrilineal, no patrilineal, y que la religión característica era la del chamanismo (Butte-

rworth). Como hemos visto, el chamanismo está asociado con frecuencia con la homosexualidad ritual, tanto femenina como masculina. También existen evidencias de travestismo en los rituales de la Grecia temprana, así como de veneración sexual de las deidades de la tierra (Butterworth, 145ff.).

Todo esto cambió al final de la Edad de Bronce. Se produjeron grandes trastornos en Creta y en Grecia. En torno al 2500 a C., y en adelante, las tribus militaristas dominadas por hombres empezaron a introducirse en partes de la península. Estas veneraban a los dioses masculinos del cielo, los Olímpicos, y estaban organizadas socialmente mediante un patriarcado (Hammond, 39). Estos nuevos invasores hablaban griego, una lengua desconocida hasta entonces en la zona.

Los griegos patriarcales invasores supusieron un trastorno tanto para la vida en Creta como en Grecia. Establecieron una capital en Micenas, una ciudad griega, (por lo que se denominan micenos) y otra Cnosos, Creta. Desarrollaron instituciones burocráticas, sumergieron toda el área del mar Egeo en la guerra, y abrieron violentamente nuevos mercados para sus intereses comerciales (Hammond, 42ff). Al final del siglo XV a C., todos los asentamientos principales de Creta habían sido ya quemados (posiblemente acompañados por una erupción volcánica).

Durante este periodo, el estatus de las mujeres declinó. La sucesión de ritos religiosos, el poder político y la propiedad se volvieron patrilineales, no matrilineales. En religión, el estatus de la Gran Madre cayó, y el poder de Zeus y Ares (el dios de la guerra) aumentó. “Se puso fin al mundo matrili-

neal por medio de varios asaltos asesinos al núcleo de ese mundo, la *potnia meter* [la Reverenciada Madre]. La oposición a la *potnia meter* parece estar íntimamente conectada con el culto a Ares" (Butterworth, 51). Ares era el único dios griego que *no* era conocido por sus relaciones amorosas homosexuales (Symonds, 10).

A partir del 1400 a C., la cultura griega patriarcal se estableció ampliamente a lo largo y ancho del Egeo. A finales del siglo XIII a C., una gran convulsión bélica sacudió los asentamientos griegos alrededor del Egeo, que comprenden pero no se limitan a la famosa Guerra de Troya. Los estados patriarcales dirigentes se destruyeron entre ellos, y se desplazaron migraciones de nuevos pueblos a Grecia.

En el siglo XII a C., durante toda esta confusión, se desplazó una nueva tribu de hablantes de griego a Grecia, desposeyendo a los antiguos señores de la guerra de su poder. Estos pueblos -los dóricos- son de especial interés por su actitud hacia las mujeres y la homosexualidad.

Los primeros dóricos, cuya capital se estableció en Esparta, a menudo son representados de forma negativa, en tanto que toscos y militaristas, en contraste con sus rivales, los atenienses, que suelen despertar aprecio. Esta representación no se corresponde con los hechos y se inspira en gran medida, creo, en el disgusto de los académicos en relación al amor dórico por el sexo gay.

Es verdad que los primeros dóricos eran militaristas, pero en realidad eran menos militaristas que los anteriores micénicos. Por ejemplo, los dóricos no estaban dominados por

una aristocracia militar, y no tenían ninguna burocracia gobernante dedicada especialmente a la guerra, como sí la tenían los micenos. “Los dóricos, cuya organización tribal no excluía armar a todas sus gentes, atacó y derrocó a los acaenos [otra denominación empleada para los micenos], que eran sólo una clase reducida y armada que dirigía a la población griega agrícola, que en su mayoría no lo estaba” (Wason, 30).

Los dóricos mantuvieron muchas de las más antiguas tradiciones de épocas tempranas, especialmente en relación a las mujeres. Por ejemplo, a diferencia de lo que sucedía en el patriarcado previo: “existen múltiples evidencias que demuestran que el estatus de las mujeres entre los primeros dóricos era de libertad y honor; una pervivencia, quizás, del periodo matriarcal” (Carpenter, *Intermediate Types*, 107). Entre los dóricos, las mujeres corrían y peleaban desnudas en público contra otros hombres. Tenían mucho más poder sobre la propiedad que en cualquier otro lugar de Grecia. Tenían el poder de aplaudir o censurar públicamente a los hombres, que temían en gran medida sus críticas (Carpenter, 106ff).

Entre los demás griegos, que habían perdido sus tradiciones previas, a las mujeres no se les permitía comer con sus maridos. No les podían llamar por su nombre, sino que debían decirles “señor”. Vivían recluidas en el interior de la casa (Mueller, 297).

La homosexualidad gozó de un elevado estatus entre los dóricos. De hecho, entonces se contemplaba como una práctica más elevada que en la Atenas del último periodo clásico.

La homosexualidad masculina en Esparta adoptó la forma de la *paiderestia* -el amor de un hombre mayor y más experimentado por un hombre más joven y sin experiencia-. La *paiderestia* era una forma de entrenamiento religioso, militar y educativo. El hombre experimentado iniciaba al inexperto en los misterios de los hombres. Fue a través de la institución de la *paiderestia* que los dóricos transmitieron sus valores culturales. El aprendizaje se producía dentro de una experiencia íntima, personal, emocional y sexual. El hombre más experimentado era llamado *aitas*, que significa el "oyente" o "el que escucha" (Mueller, 300-301). En Creta, donde prevaleció la misma costumbre, los términos correspondientes eran *philetor* ("amante") y *kleinos* ("el renombrado") (Mueller, 302).

La *paiderestia* tenía un origen religioso, como descubrimos en un importante estudio del académico alemán E. Bethe. Bethe señala que el semen se consideraba originariamente como una sustancia sagrada, ya que transportaba el poder del alma del hombre (468). La "inspiración" que tenía lugar entre los hombres dóricos era la transferencia del semen, que se concebía tanto como un acto sagrado como religioso (463).

Desafortunadamente, poco se sabe de la vida sexual griega de las mujeres en Esparta, debido a los prejuicios sexistas de los historiadores occidentales. De todos modos, es muy probable que existieran similares relaciones sexuales y religiosas entre las mujeres, en vistas de su elevado estatus. Plutarco, que escribió en el siglo I d C., dijo de las mujeres de Esparta: "las mujeres solteras aman a hermosas y buenas mujeres" (*Vidas*, v.1, 18, 4). Sabemos que incluso en la isla de

Lesbos, que no pertenecía a la cultura dórica, en el siglo VI a. C., Safo aplaudió y practicó el lesbianismo, y que ella y sus amantes veneraban a Afrodita, la gran diosa, por su capacidad de proteger el amor. Cuando los cristianos llegaron al poder en la Baja Edad Media, empezaron a destruir deliberadamente la mayor parte de la obra de Safo.

A partir de lo que se ha dicho sobre los dóricos, podemos observar la falsedad de las dos mentiras que a menudo repiten los historiadores: 1) que la homosexualidad masculina está históricamente asociada con el menosprecio a las mujeres; y 2) que la homosexualidad fue un desarrollo tardío en Grecia. Por el contrario, la *paiderestia* dórica es un reflejo de unos conceptos ya conocidos, chamanistas y religiosos que se remontan a la Edad de Piedra. Los dóricos, a pesar de haber llegado con posterioridad a los micenos, permanecieron más cerca de las tradiciones sexuales tempranas. Y lo mismo sucede con el mito del desprecio por las mujeres: "Está completamente fundado afirmar que se trata de un mito, basándonos en el hecho de que fue precisamente en Esparta y en Lesbos donde fue más conocido el amor por los chicos y el amor por las chicas y donde los sexos, por lo que podemos saber, se vinculaban entre sí con mayor libertad que en cualquier otro estado griego" (Bethe, 440).

En el siglo XII a. C., como hemos visto, el poder micénico entró en colapso, y Grecia se sumergió en el caos. Las tribus invasoras habían aprendido bien de los métodos militares de los micenos, que ahora imitaban (incluyendo, en ocasiones, también los dóricos). El militarismo volvió de nuevo a estar en auge, y se produjo otra revolución en los asuntos humanos: la Edad de Hierro. Con el advenimiento de la

Edad de Hierro, el poder de los ejércitos dominados por hombres ganó terreno en la política, y vieron la luz poderosas ciudades-estado con ambiciones imperialistas.

Después del año 1000 a C. emergieron las ciudades-estado como unidad política habitual. Las ciudades se convirtieron en centros económicos, y un "nuevo tipo de personas" empezó a hacerse oír en la política: comerciantes, marineros, artesanos y mercaderes (Wason, 52). Se desarrolló una nueva burguesía urbana y luchó por el poder con la antigua clase de latifundistas y señores de la guerra. Las monarquías tendieron a ser reemplazadas por repúblicas, aún bajo la forma de las ciudades-estado. Las diversas ciudades-estado estaban constantemente en guerra entre sí, luchando por construir sus propios imperios comerciales y militares. La esclavitud se difundió en Grecia por primera vez (Wason, 44).

El efecto de este urbanismo, militarismo y desarrollo de la ambición burguesa era predecible. La "civilización" (esto es, la cultura *urbana*) fue perdiendo cada vez más el contacto con la religión natural de los campesinos, que conformaron, junto a los esclavos urbanos, el nivel más bajo del nuevo orden económico. El estatus de las mujeres cayó a causa de las actividades dominadas por hombres como la guerra, el comercio y el servicio al gobierno, que entonces eran actividades cruciales de las que la sociedad urbana dependía para su supervivencia. Se desarrolló un negativo cambio en la actitud hacia la sexualidad en general y hacia la homosexualidad en particular. El sexo ya no era una parte de la religión pública de las clases altas urbanas.

El resultado final de este cambio en los acontecimientos queda bien ilustrado en Atenas durante el periodo clásico (tras el 500 a C.). Durante este periodo, Atenas estuvo casi constantemente en guerra: contra el Imperio militar de Persia, contra Esparta, incluso contra sus anteriores aliados. Durante ese mismo periodo, se desplomó el estatus de la homosexualidad. Ya no se practicaba como un medio para la educación pública ni se contemplaba como una expresión también pública del sentimiento religioso. Se convirtió en un asunto *privado*, algo que se practica en la intimidad de la propia casa entre dos adultos que lo consienten.

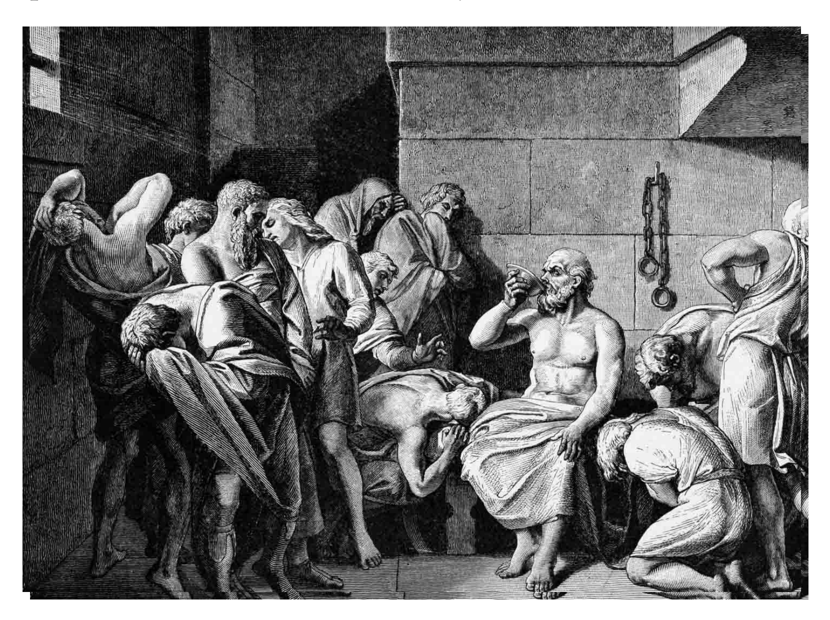
En el periodo clásico tardío, los griegos perdieron el contacto con los orígenes religiosos de la homosexualidad. Los autores cultos reaccionaban con sorpresa y desdén cuando descubrían su presencia en sociedades más “primitivas”, especialmente cuando el travestismo masculino se hallaba implicado. Herodoto describe dicho comportamiento entre los chamanes sciitas como una “enfermedad de afeminación” (*theleia nosos*, citado por Carpenter, 24). La civilización griega clásica se volvió desdeñosa con los hombres afeminados; cosa que no es de sorprender, teniendo en cuenta su desprecio por las mujeres y la importancia que tenía la guerra (y de ahí su machismo) para su economía y su política.

Este cambio de actitud frente a la homosexualidad está claramente evidenciada por un acontecimiento que se produjo en el 399 a C.: el juicio y la condena del filósofo Sócrates. Son pocos los académicos heterosexuales que hayan entendido las verdaderas cuestiones que subyacen a la confrontación de Sócrates con el sistema del momento.

Suelen describir a Sócrates como un defensor de ideas impopulares que fue ejecutado por personas que se sentían amenazadas por estas ideas. En parte es verdad. Pero hay mucho más a parte del hecho que Sócrates fuera gay o su religión. En la segunda mitad del siglo V a C., se desarrolló una reacción contra la educación homosexual. Esta reacción fue dirigida por los sofistas (Bethe, 439). Los sofistas eran académicos profesionales independientes que enseñaban competencias prácticas y conocimientos a cambio de dinero y creían en el aprendizaje basado en los libros. Consideraban la relación entre maestro y pupilo como algo puramente objetivo, mercenario. Rechazaban las tradiciones de la vieja religión natural, en las que el aprendizaje se produce a través de la tradición oral y en la que la sexualidad jugaba un importante papel en la relación entre profesor y alumno.

Sócrates odiaba a los sofistas. Estaba horrorizado por la idea de que los profesores debieran ganar dinero mediante la transmisión de conocimiento. Rechazaba el aprendizaje basado en los libros. Creía que la única manera de aprender era a través del *diálogo* personal. Creía que el sexo era una importante parte del proceso educativo (tuvo famosas relaciones con sus alumnos, como con Alcibiades). Y por último, insistía en que su vocación era sagrada y que estaba personalmente inspirado por algunos espíritus de Dios (en griego, *daimon*; una palabra normalmente usada para denotar los espíritus de la naturaleza, casi nunca aplicada a los dioses Olímpicos). Estas características del método socrático de aprendizaje son también comunes y típicas del chamanismo: la relación sexual entre profesor y pupilo, el énfasis en aprender a través de la comunicación personal y oral en vez

de a través de los libros, y el aura de ser divino del maestro. Desde luego, Sócrates no era un chamán como los que habían existido en la Edad de Piedra, pero puede decirse que estaba siguiendo esa tradición tal y como había logrado pervivir en la Atenas urbanizada y militarizada.



Sócrates enfureció a los sofistas. Atacaba sus prerrogativas económicas, su fetichización de los libros, y su represiva actitud hacia la sexualidad. Al final, los sofistas ganaron. Sócrates fue condenado a muerte por corromper a los jóvenes de Atenas y por creer en unos dioses en los que el estado no creía (Platón, *Apologia*, 24B). El nuevo moralismo de la Edad de Hierro no pudo resistir por más tiempo.

Tras el advenimiento de la Edad de Hierro, toda el área mediterránea se convirtió en un mundo caracterizado por

hondas divisiones de clase y un urbanismo en aumento. Pequeños grupos de señores de la guerra y sus seguidores se asentaban en fortalezas, que más tarde se convertirían en ciudades, y ejercían su influjo sobre las masas de campesinos. El crecimiento económico dependía de la guerra. A finales del siglo IV a C., la mayoría de las ciudades-estado de Grecia se había convertido en "tiranías militares que gobernaban a una población esclavizada y que se sostenían, en última instancia, en ejércitos mercenarios" (Rostovtzeff, 6).

A lo largo y ancho del mediterráneo, los estados rivales lucharon por su supremacía. Al final, la ciudad-estado de Roma demostró ser la más despiadada y violenta de todas y logró conquistar a casi todas las demás.

La naturaleza del estado y la sociedad romana ha sido tremendamente malentendida, especialmente en relación al sexo. La mayoría de la gente piensa aún que los romanos no hacían nada más que sentarse alrededor de mesas de banquete y dedicarse a orgías. Esta visión, que se basa en la propaganda cristiana, es una distorsión. La sociedad romana -cuando se la contempla en el contexto de las culturas que la precedieron- de hecho, era hostil a los placeres sensuales. Es cierto que a los ojos de los primeros cristianos parecía hedonista. Pero no debemos olvidar jamás que los estándares empleados por los cristianos han sido, a nivel de la sexualidad, de los más reprimidos de la historia.

El sistema de valores dominante en Roma, tanto al principio, durante la República, como después, bajo el Imperio, era la de la autodisciplina. Las virtudes aplaudidas en público y que se enseñaban en la escuela eran las virtudes del auto-sa-

crificio por el estado, la obediencia a la autoridad jerárquica y la sospecha frente al placer y al sexo.

No es por azar que Roma sostuvo estos valores. Roma fue un estado en gran medida artificial, creado y mantenido en base a la violencia militar. Los cimientos de la economía romana en expansión eran bastante simples: “Los romanos esclavizaban al enemigo y mantenían sus tierras” (Levy, 62). La guerra era la esencia de la economía romana. La propiedad sustraída a las tribus y naciones vencidas pasaba a ser propiedad del estado y se dividía entre los más agresivos señores romanos de la guerra, que se convertían en propietarios gestores de la tierra. A menudo los propios pueblos vencidos eran enviados a Roma, donde pasaban a conformar un ejército de trabajo esclavo (Levy, 62). Los señores de la guerra romanos desarrollaron valores machistas, porque dichos valores validaban sus actividades guerreras y servían de apoyo a la economía.

Como es de esperar, las mujeres, las lesbianas y los hombres gays -especialmente los afeminados-, sufrieron bajo dicho régimen. En el 186 a C., el Senado prohibió la práctica de las Bacanales, que era un antiguo ritual ligado a la sexualidad y la naturaleza en honor a Baco, una variante del dios cornudo. El historiador Livio registró los argumentos de un cónsul en favor de esta prohibición, que incluía la condena del elevado estatus de las mujeres y de los hombres gays en las Bacanales y su subversiva influencia sobre el militarismo romano:

Un gran número de sus seguidores son mujeres, que es el origen de todo el problema. Pero también hay hombres que

son como mujeres, y que se han unido a esa contaminación mutua (...)¿Pensáis, ciudadanos, que los jóvenes hombres que han tomado parte en esta blasfemia pueden convertirse en soldados? ¿Puede confiarse en ellos tras abandonar este obsceno santuario?
(Partridge, 54).

Auspiciadas por dicha prohibición, se produjeron extensas persecuciones y se registra la detención de unas 7000 personas (Partridge, 55). La naturaleza de clase de esta opresión es evidente, teniendo en cuenta que el antiguo culto de Baco era popular, sobre todo, entre las clases bajas (Finley, 82).

El estatus de las mujeres cayó bajo el militarizado patriarcado romano. Bajo la original ley romana, la esposa de un hombre y sus hijos eran considerados como su propiedad personal, de la que podía disponer a voluntad, como si se tratara de mesas o sillas. De todos modos, este extremo se suavizó más tarde, aunque no por nada que tuviera que ver con los romanos. Fue resultado de la influencia, sobre la legislación romana, de costumbres más indulgentes, propias de los pueblos conquistados (Bury, V. 2, 403).

Alrededor de 169 a C., se aprobó la Scantinia o ley Scatinia, que proscribía la pederastia y la podía castigar con la muerte (Meier, 180). El emperador Augusto reafirmó dicha condena y también hizo del adulterio un delito público. Las leyes anti-gay de Roma fueron en primera instancia diseñadas para controlar el comportamiento de las clases bajas y a menudo fueron ignoradas o burladas por los miembros de las clases altas. A pesar de que la homosexualidad era tole-

rada entre las clases altas, había perdido claramente la gran significación social y religiosa de la que había gozado en épocas más tempranas. Entonces se asoció con la culpa, el desprecio por uno mismo y la crueldad.

Este declive del estatus de la homosexualidad queda ilustrado por el caso del emperador Adriano y su amante, Antino. Cuando Antino murió, en el 120 d C., Adriano ordenó que se erigieran estatuas suyas por todo el Imperio. Algunos historiadores comparan este acto con la represiva mentalidad de la moderna sociedad industrial y consideran que muestra el elevado estatus del que gozaba la homosexualidad en Roma. Sea como sea, en realidad, cuando se compara el acontecimiento con *épocas anteriores*, vemos que el aprecio de la homosexualidad ya había disminuido. Un historiador lo explica bien como sigue:

> *Para Adriano, la relación con Antino era un asunto personal y respetado por la sociedad en la que vivía, al mismo nivel que otras relaciones emocionales serias. Pero sea cual sea el componente ético y estético que hubiera en la relación, se trataba de un asunto individual y privado entre ambos. La pederastia ya no era un medio empleado por el estado en la educación de los jóvenes, controlado por las más altas autoridades y una obligación que los mejores hombres asumían en primera persona. Ya no estaba institucionalizada, no ocupaba lugar en el culto, y sus símbolos habían dejado de ser expresiones ampliamente reconocidas de los más nobles objetivos de la vida comunal de la sociedad* (Vangaard, 131).

Con el tiempo, el estado romano fue militarizándose cada vez más. “Mientras el ejército, en su nueva forma, era la mayor fuerza organizada de Roma, sus jefes estaban obligados no sólo a representar la fuerza militar del estado, sino

también a convertirse en sus líderes políticos" (Rostovzeff, 26). Ya en el 49 a C., Julio César, el militar que venció a las tribus celtas de la Europa occidental, logró su poder en Roma mediante un golpe de estado. La república se convirtió en una dictadura militar. Aunque César fuera a continuación asesinado, dicha nueva forma de gobierno se mantuvo.

Fue durante este periodo de creciente militarización del estado romano que surgió el cristianismo; un dato de gran significación para las mujeres, las lesbianas y los hombres gays, como veremos en breve.

La opresiva estructura de clases de Roma se reflejaba en la relación entre la ciudad y el campo. Señores de la guerra, burócratas, fabricantes, académicos y otros miembros de las clases altas tenían su residencia en las ciudades, cuyo crecimiento era deliberadamente promovido por las leyes imperiales. En Europa occidental, el emperador Augusto trató de reprimir el sistema tribal de los celtas en favor de urbanizarlos (Rostovtzeff, 51). La nueva clase de la burguesía urbana apoyó dichos esfuerzos a cambio de que les garantizaran "una posición privilegiada entre las masas de las poblaciones rurales de las provincias" (Rostovtzeff, 83). El resultado de estos desarrollos fue que las clases oprimidas del Imperio fueran clases rurales, tanto si permanecían en la tierra de los terratenientes como si vivían, desposeídos, en las ciudades.

Las clases que vivían en el campo sostuvieron los valores de la vieja religión y cultura, que incluían elementos que se remontan al periodo matriarcal. Mantuvieron sus propias y

antiguas lenguas y se resistieron categóricamente a los esfuerzos por hacer que aceptaran la cultura griega y romana. Sólo las clases privilegiadas de las ciudades hablaban las lenguas oficiales: el latín y el griego. El resto de la población hablaba celta, ibérico, ilirio, tracio, etc. (Rostovtzeff, 298). En realidad, la literatura griega y romana que los académicos modernos exhiben ante nuestros ojos como la base de la civilización occidental es la voz de una minoría de opresores.

Las clases oprimidas que vivían en la ciudad consideraban las culturas tribales y rurales como "a medio civilizar o incivilizadas" (Rostovtzeff, 180). Las desaprobaban especialmente por su sexualidad libertina. El emperador Tiberio hizo que se lanzara y se hundiera en el Tiber la imagen de Isis, la diosa del sexo (una versión de la Gran Madre) (Partridge, 60). Los poetas romanos y otros manipuladores de la opinión pública mencionaban la homosexualidad en un contexto de escarnio, ridículo y sátira (Gibbon, V. 2, 377).

A pesar de esta represión cultural, las antiguas tradiciones llegaron a veces incluso a penetrar en las clases altas. El ejemplo más famoso es el de Elagábalo, un sacerdote de un culto ligado a la sexualidad y a la naturaleza, que se convirtió en emperador de Roma en el 218 d. C. Como emperador, a menudo aparecía en público vestido de mujer, practicaba sexo ritual con miembros de ambos sexos y declaraba públicamente que uno de sus amantes masculinos era su marido. Los sentimientos de las clases dirigentes eran de ultraje. Fue asesinado por un indignado guarda pretorio en el 222 d C. Su cuerpo fue mutilado, arrastrado por las calles de Roma y arrojado al río Tiber. "Su memoria fue

marcada por el Senado con la eterna infamia" (Gibbon, V. 1, 129).

El surgimiento y triunfo del patriarcado romano trajo consigo un profundo cambio en los valores humanos. Primero de forma gradual y más tarde como una gran avalancha inmediatamente previa al triunfo del cristianismo, una ola de adusto ascetismo recorrió la civilización grecorromana. "Impregnó la filosofía y la religión. Fue barriendo toda visión seria de la vida, como una poderosa marea, especialmente desde el siglo I a C., desde el Este hasta el Oeste, ganando impulso mientras lo forzaba todo a su paso. Todos los grandes profesores, desde Platón hasta Juan Bautista, desde Pablo hasta Plotino, aceptaron axiomáticamente el ascetismo como algo esencial y una cualidad propia de la vida religiosa" (Angus, 216-217). En el nuevo sistema de valores, el sexo y el cuerpo quedaron degradados. "La copulación misma se convirtió en un pecado (...) La materia era considerada como mala o como el lugar del principio del mal; el objeto de la vida era liberar el alma del contacto y la contaminación de la materia, del cuerpo, de su perdición" (Angus, 222).

La causa de este fenómeno cultural era el imperialismo creciente del estado romano. En el Bajo Imperio, el ejército se convirtió en una casta separada que empleaba a un enorme número de soldados con una organización elaborada y burocrática. Junto al emperador, este era el mayor y el único consumidor de los bienes y servicios producidos por el imperio (Rostovtzeff, 149). Todas las decisiones importantes llegaron a ser dictadas, sea directa o indirectamente, por las necesidades del ejército. Los emperadores se

ponían y se quitaban al son de las diversas facciones del ejército. Las legendarias últimas palabras del emperador Severo a sus hijos resumen la escena: "Manténganse unidos, enriquezcan a los soldados y desprecien lo demás" (Rostovtzeff, 354).

Esta amarga militarización de la sociedad fomentó el ascetismo. En primer lugar dio pie al "culto a la disciplina"; la idea del severo auto-sacrificio en nombre del estado. En segundo lugar, y más importante aún: resultó en una estrangulación de la vida política local (Halliday, 41). Las decisiones se tomaban desde arriba, y a menudo con gran violencia. Eran frecuentes las guerras civiles ruinosas, cada vez que las diversas facciones del ejército no lograban ponerse de acuerdo con un emperador. La economía era peligrosamente inestable, y puesto que dependía de las necesidades de la guerra, se volvió cada vez más regulada, con un exceso de altos cargos, burocrática, y perdió el contacto con las necesidades de la gente. Todas las expresiones de libertad estaban sofocadas. Se formó un sistema de policía secreta para espiar a la población. La gente, sencillamente, no tenía ningún control sobre sus vidas. La vida diaria se volvió peligrosa, y lo mejor que podía esperar la persona era que la dejaran en paz. La religión ascética se convirtió en un opiáceo para el dolor, capacitando a la gente para reprimir sus necesidades reales y así evitar el sufrimiento de la frustración constante. El gobierno tenía una buena disposición hacia la religión ascética porque mantenía a la gente callada y obediente.

Fue dentro de este marco histórico que el cristianismo entró en escena. Desde el primer momento, la religión cristiana

fue una de las religiones más ascéticas del imperio. Jesús el Nazareno, creyendo que el mundo estaba a punto de acabarse, llamó a sus seguidores a renunciar al interés en las cosas mundanas y prepararse para la época que estaba por venir. Pablo de Tarso basó toda su teología en el concepto de pecado y veía su presencia en prácticamente toda forma de sensualidad humana. La nueva religión alimentó y reforzó la sensación de desesperación que no dejaba de crecer dentro del estado romano:

> *En no pocos aspectos, el cristianismo fue un nuevo reflejo del pesimismo que estaba impregnando el mundo antiguo en los siglos inmediatamente anteriores y posteriores al principio de la era cristiana. Adoptó, aunque transformados para adoptarlos, muchos de los característicos sentimientos del pesimismo filosófico griego y romano (...) cultivando ciertas prácticas como el ascetismo, la mortificación y el celibato* (Thompson, 61-62).

De todos modos, el cristianismo difería de una manera muy importante de otras religiones ascéticas: hacía un fuerte hincapié en la organización colectiva. Los movimientos ascéticos que no eran cristianos nunca estuvieron bien organizados, ni tampoco fueron, por lo general, intolerantes con otras religiones. Los cristianos, por un lado, eran totalmente intolerantes en relación a cualquier religión que no fuera la suya propia y por el otro, estaban organizados con mucha eficacia (Gibbon, V. 1, 383). De hecho, fue debido a su fanatismo y celo por la organización que los cristianos fueron percibidos originariamente como una amenaza por parte de las clases romanas dirigentes. En consecuencia, se les persiguió esporádicamente durante los siglos I y II.

El cristianismo tuvo otra peculiaridad importante. En contraste con las antiguas religiones sexuales, el cristianismo fue, desde el primer momento, una religión *urbana*. La palabra "cristiano" se usó primero en Antioquía, una gran metrópolis de Asia Menor. "El cristianismo temprano era una religión de pueblos y ciudades; era urbana, no rural. Se difundió de ciudad en ciudad, de provincia en provincia, a través de las vías de comercio e intercambio por tierra y por mar" (Thompson, 56). Los primeros cristianos eran miembros de las nuevas clases urbanas: artesanos, comerciantes y vendedores (Thompson, 57). Orientados a lo urbano, tendían a asimilar la vida rural con todo lo no-cristiano. La palabra "pagano" proviene del latín *paganus*, que significa "residente en el campo". San Agustín llamó a su comunidal cristiana ideal como la *ciudad* de Dios y subtituló su libro homónimo con la frase "Contra los *pagani*" [paganos].

A inicios del siglo III d. C., el cristianismo se difundió rápidamente entre el ejército, mientras los soldados reaccionaban al énfasis cristiano en la disciplina, el orden organizacional y la obediencia. Una religión rival, el mithraísmo, también había crecido rápidamente en el ejército ya en el 60 a. C. (Taylor, 251-252). El cristianismo absorbió buena parte del espíritu militarista de esta religión e incluso hasta algunas de sus festividades (como el 25 de Diciembre, el día del nacimiento de Mithra, el hijo del dios sol, y el Domingo, el día del Sol, en contraste con el sábado, el *sabbat* judío). Durante este periodo, con la conversión de los soldados y la absorción del mithraísmo, el cristianismo empezó a cambiar: de una vaga federación de células a una

jerarquía unificada, controlada y centralizada de obispos y arzobispos (Gibbon, V. 1, 421).

El emperador Constantino enfatizó los rasgos militaristas del cristianismo y los incorporó a la vida en el ejército. Se adoptó la cruz como símbolo militar y se colocó en escudos y banderas. Los godos y los germanos fueron reclutados en el ejército y se les hizo desfilar bajo el signo de la cruz. Las primeras dos letras de la palabra "Cristo" en griego conformaron un logotipo y se estamparon en monedas con la inscripción *in hoc signo vinces* ("Por este signo podrás conquistar") (Gibbon, V. 1, 644, 656).

Al convertirse en emperador, el propio Constantino se autoproclamó como el protector del cristianismo, hizo de él una religión legal en todo el Imperio, colocó sistemáticamente a cristianos en los puestos burocráticos de alto nivel en el gobierno y en el ejército, animó a la gente a donar dinero a la Iglesia y finalmente, se convirtió a la nueva religión en su lecho de muerte. Fue el primer gobernante romano en darse cuenta de que una religión bien arraigada en la aséptica apariencia del ejército podría ser muy útil para controlar el estado: "La pasiva y sumisa obediencia que se inclina bajo el yugo de la autoridad o incluso de la opresión, debió parecer a los ojos del monarca absoluto la más conspicua y útil de las virtudes evangélicas" (Gibbon, V. 1, 640).

Los emperadores cristianos que siguieron a Constantino consolidaron esta política. El cristianismo se convirtió en la religión del estado; se prohibieron todas las demás religiones. Los ricos y los poderosos se convirtieron en gran número al cristianismo y donaron vastas cantidades de

dinero a la Iglesia. Los obispos se convirtieron en algo más que en funcionarios religiosos; en muchas partes del Imperio, tanto en el Este como en el Oeste, absorbieron y desempeñaron las funciones de funcionarios del gobierno, generales y jueces. También se convirtieron en terratenientes de enormes estados. Por ejemplo, el obispo de Capadocia, en el siglo V, poseía casi toda la tierra de la provincia de Capadocia (Thompson, 82).

La Iglesia misma fue asumiendo progresivamente los poderes del gobierno, desarrollando una elaborada burocracia (Thompson, 77). Y en tanto que el mayor terrateniente de la sociedad, la Iglesia también se convirtió en el mayor propietario de esclavos y el más importante defensor de la esclavitud. La Iglesia amplió los límites de la esclavitud más allá de la forma que tenía en el Imperio romano secular (Thompson, 86). Los cristianos sistematizaron todo un conjunto de leyes de esclavitud que más tarde facilitaron la esclavización de personas de otras etnias en los siglos XVII y XVIII. "Fue el más cristiano de los emperadores, Justiniano, quien codificó el derecho romano (...) dotó a la Europa cristiana de unos cimientos legales listos para la esclavitud, que introdujeron en el nuevo mundo cientos de años más tarde" (Finley, 88-89).

Y de este modo el cristianismo se fue convirtiendo, de forma creciente, en algo más que una mera religión. Se convirtió en un sistema de poder y propiedad. Los gobernantes señores de la guerra y los terratenientes de la civilización romana se convirtieron al cristianismo y lo asumieron como propio, al tiempo que la sociedad se desplazaba de la antigua economía hacia el feudalismo medieval. La Iglesia misma

emergió como el cuerpo empresarial más potente de la sociedad, asiendo en sus manos no sólo las llaves de San Pedro[1] sino también el gobierno y los mayores medios de producción.

Mientras estos cambios estaban teniendo lugar, los propagandistas cristianos hicieron un llamamiento a la destrucción del paganismo por la prevalencia de la homosexualidad en las religiones de las antiguas culturas naturales. San Agustín, uno de los autores más influyentes, llamó la atención repetidamente sobre este amor por la sexualidad y urgió para que fuera destruido. Estaba especialmente furioso en relación a la veneración de la Gran Madre, cuyos sacerdotes en jefe eran gays travestidos. Tras ridiculizar a varios dioses sexuales rurales, dice: "Lo mismo se aplica a los los bardajes consagrados a la gran Madre, injuriosos para el pudor de uno y otro sexo. Aun hoy en día, con los cabellos perfumados, con color quebrado, miembros lánguidos y paso afeminado, andan pidiendo al pueblo por las calles y plazas de Cartago, y así pasan su vida torpemente (San Agustín, 271)".[7]

Constantino declaró la pederastia como delito capital; los emperadores Valentiniano y Teodosio aplicaron la pena de muerte en la hoguera. Justiniano inició un pogrom contra los hombres gays, a los que reunió en gran número, torturó y quemó vivos. Un autor antiguo señala: "A algunos los castró, mientras que en el caso de otros, ordenó que se introdujeran afiladas cañas por sus orificios genitales y que

[1] "Las llaves de San Pedro" es un símbolo de la Iglesia Católica y en particular del papado [N. de la Trad.].

[7] Montes de Oca, Fco, La Ciudad de Dios, de San Agustín, México, Porrúa, 1994 (12 ed.), cap. XXVI [N. de la Trad.].

celebraran una procesión en el foro con estos cautivos" (Teodosio de Melitene, citado por Bury, 4112, nota 5). Los cargos de homosexualidad se convirtieron en una herramienta de la caza de brujas de disidentes políticos, como sucedería más tarde en la Edad Media (Gibbon, V. 2, 378). En el siglo IV d. C., los emperadores Valentiniano y Valente emprendieron una caza de brujas de los practicantes de "magia". Desde el extremo de Italia y Asia, jóvenes y ancianos se vieron arrastrados y atados con cadenas hasta los tribunales de Roma y Antioquía. Senadores, comadronas y filósofos expiraron en ignominiosas y crueles torturas" (Gibbon, V. 2, 856).

Así, el triunfo del cristianismo representó el triunfo de los peores elementos patriarcales de la civilización romana. Fue el triunfo final de los hombres militaristas que habitaban las ciudades y de sus seguidores, que llegaron de forma creciente al poder, primero bajo la República y luego bajo el Imperio. Una vez victoriosos, adoptaron una nueva religión patriarcal, prohibieron otras religiones, se apropiaron de los medios de producción, reducieron al resto de la población a la esclavitud, reforzaron un código universal de obediencia ciega a la autoridad, degradaron a las mujeres y suprimieron la sexualidad.

En el pasado, los grupos patriarcales victoriosos siempre habían llegado a cierta acomodación con las tradiciones matriarcales y rurales más antiguas, que siguieron existiendo y moldeando la sociedad de una manera importante. Pero las cosas fueron distintas tras el 300 d. C. Por primera vez en la historia de Occidente, los defensores del patriarcado intentaron erradicar y destruir totalmente todo lo que

estuviera conectado con las religiones del sexo que existían en el mundo rural. Sus sucesores continuaron después con las mismas tácticas del terror en la Edad Media, con sus ataques contra brujas y herejes.

Las instituciones represivas y los valores establecidos por estos defensores del patriarcado se convirtieron en la base para el desarrollo del industrialismo. Las nuevas ciudades que emergieron en la Edad Media tardía nacieron en el contexto de un profundo desprecio cristiano por la vida rural. "El cristianismo (...) reforzó el prejuicio contra lo rural, al hacer del hombre de campo (*paganus*) un pagano, el rebelde contra la palabra del dios cristiano"(*Fontana Economic History of Europe*, V. 1, 71). Esto no es de sorprender, ya que las nuevas ciudades se formaron primero alrededor de las fortalezas de los señores de la guerra cristianos y las edificaciones de los monasterios.

Estas nuevas ciudades le debían su existencia a la violencia y a la represión contra el campo. Se convirtieron en "un desarrollo anormal, un peculiar cuerpo, totalmente ajeno al entorno que les rodeaba". Al tiempo que el campo mismo fue industrializándose gradualmente, los campesinos fueron forzados a abandonar la servitud rural para convertirse en esclavos en los talleres urbanos (Fontana, V. 1, 18, 180). La mentalidad de las nuevas ciudades era típicamente cristiana: estas desplegaban un amor por el orden, la disciplina, la puntualidad y la autocontención. Estas actitudes eran "indispensables para el desarrollo del capitalismo y para la revolución industrial" (*Fontana*, V. 1, 94).

Otro legado que le dejó el cristianismo al industrialismo fue la objetualización de la naturaleza. En la vieja religión, los árboles, las rocas y las plantas eran contempladas como seres vivos con las que las personas podían comunicarse personalmente. A menudo se les veneraba como dioses. Los cristianos veían a estos seres naturales como meros objetos a utilizar por parte del orden más elevado de la creación: el ser humano. El nuevo urbanismo reforzó esta creencia. Los cristianos vivían dentro de los muros, lejos del contacto con los seres naturales, que entonces se convirtieron en meros "recursos". Un resultado de esta actitud fue la rápida deforestación de Europa. "Los grandes bosques de Europa (...) se contemplaban como un enemigo al que talar de raíz" (Thompson, 610). Como es de esperar, estas prácticas condujeron a una aguda reducción de la madera, especialmente en Inglaterra. Allí, este estado de las cosas condujo, a su vez, a la adopción del carbón para las actividades de manufactura, una práctica que "encarriló a Inglaterra hacia la Revolución Industrial" (Fontana, V., 2, 12).

La evolución de los monasterios subyace en los cimientos del desarrollo de una economía monetaria. En el siglo IV d. C., los monasterios tenían capital y se les permitió poseer patrimonio (Thompson, 139). La disciplina, el ascetismo y el ordenamiento de los monasterios les capacitó para adquirir una gran riqueza en un breve periodo de tiempo. "En el aspecto religioso, los monjes eran unos intensos fanáticos, mientras que en lo económico se volvieron avariciosos" (Thompson, 141). Sobresaliendo con sus riquezas, los monasterios se convirtieron en los primeros bancos de la Edad Media. A pesar de que la ley cristiana en esta época prohibía la usura, los monasterios estaban eximidos. "Un

argumento común era que, en tanto que el monasterio era una sociedad y no una persona, no había ningún pecado vinculado a la adopción de la usura" (Thompson, 638).

Otro importante paso adelante en la vía de la industrialización fue el militarismo cristiano. Llegada la Edad Media, la Iglesia se había convertido en un gran poder militar. Los obispos, los abades e incluso los Papas, eran señores de la guerra que a menudo se enrolaban personalmente en el campo de batalla (Thompson, 655-657). El aprecio cristiano por la guerra, junto a la intolerancia cristiana hacia cualquier otra religión, condujo al desarrollo de las cruzadas, que empezaron en el siglo XI. Las cruzadas fueron el primer gran impulso del imperialismo europeo. Trajeron consigo mercados extranjeros que pasaron a estar bajo el control occidental, fomentaron el desarrollo de las ciudades, crearon una economía monetaria en el lugar de la economía natural del trueque y promovieron el desarrollo de una nueva clase: la burguesía (Thompson, 397).

Fue con el mismo temperamento presente en el militarismo religioso que Europa emprendió una segunda ola de expansión en el siglo XVI: los denominados "viajes de descubrimiento al Nuevo Mundo". En realidad, eran expediciones imperialistas con dos objetivos: difundir la religión cristiana y obtener oro (Gilbert, 30). Estos invasores europeos aniquilaron las culturas de los pueblos nativos con los que se encontraron (todas ellas de otras etnias), y prestaron especial atención a barrer del mapa sus sagrados travestis gays. El oro y los lingotes de plata robados a los pueblos naturales fue devuelto a Europa, donde sirvió de base para las expansiones financieras de los negocios europeos. En los

siglos sucesivos, los europeos blancos esclavizaron a millones de personas provenientes de las culturas naturales para proveer de la fuerza de trabajo necesaria para sostener al creciente monstruo industrial. A las víctimas esclavizadas, que eran de otras etnias, se las consideraba que eran menos que seres humanos. "Estas gentes de piel oscura carecían tanto de la cultura cristiana que los europeos consideraban esencial para la salvación, como de la tecnología para resistirse al dominio europeo" (Gilbert, 288).

La violencia del militarismo cristiano también fue interiorizada por la propia Europa. El más famoso ejemplo de ello fue la interminable caza de herejes y la movilización de los ejércitos para barrerles del mapa. En los tiempos de los primeros emperadores cristianos, empezó una campaña "para expoliar a los templos paganos de sus propiedades" (Thompson, 71). Las propiedades de las que se apoderaban eran empleadas para pagar el creciente coste de la burocracia gubernamental, y los obispos se convirtieron en especuladores financieros de estos procedimientos (Thompson, 71, 77). En la Edad Media tardía, la caza de brujas y herejes fue un ejemplo de lo mismo. La caza de brujas se convirtió en una importante industria en la Edad Media. La cruzada contra los albigenses se convirtió en "una serie de gigantescas expediciones bucaneras" (Thompson, 490). El rey de Francia apoyaba la cruzada porque quería que las provincias del sur estuvieran bajo su poder, al tiempo que así unificaba el estado francés y establecía rutas comerciales directas con el Este (Thompson, 492). En un incidente con otro rey francés, los templarios fueron acusados de practicar la homosexualidad y privados así de sus propiedades con el objetivo de construir el Tesoro

Francés y asegurar los gastos de guerra. En todas partes, la caza de herejes contribuyó a brindar el capital necesario para construir el aparato del estado emergente.

El arraigado militarismo de la civilización cristiana condujo al desarrollo de una industria armamentística de gran peso, en la que se practicaron por primera vez los modernos métodos de producción a gran escala. "Es característico de la modernidad temprana, que hasta el siglo XVII los mejores ejemplos de organización industrial a gran escala fueran fábricas, propiedad del estado, que se encargaban de la producción de material de guerra" (Gilbert, 51). El sistema de la fábrica moderna es, por tanto, un descendiente directo del militarismo cristiano.

El beneficiario real del militarismo cristiano fue una nueva institución que se convirtió en el epítome de la violencia institucionalizada: el estado-nación. Esto sucedió porque el negocio de la guerra fue convirtiéndose cada vez más en la especialidad de príncipes seculares y de las nuevas fuerzas económicas que los apoyaban (la burguesía). Los estados-nación que crearon llegaron a tener un monopolio de la violencia institucionalizada, y así terminaron también poseyendo el monopolio del poder político.

A pesar de que la violencia cristiana era la responsable del nacimiento del moderno estado-nación el Estado se enzarzó en una salvaje lucha con su padre. Con el tiempo, el estado salió victorioso. El gobierno del clero fue reemplazado por el gobierno de los políticos. La escolástica fue reemplazada por la ciencia. La burocracia gubernamental relevó a la jerarquía de la Iglesia. Pero a la sombra, persistió la misma domina-

ción de clase, el urbanismo, el militarismo, el racismo, la explotación de la naturaleza y la represión de las mujeres y la sexualidad.

El triunfo del estado-nación trajo consigo un cambio en los valores cristianos, coincidiendo con el surgimiento del protestantismo. El luteranismo, la primera forma exitosa de protestantismo, surgió porque ciertos insignificantes estados en Alemania estaban deseando usar sus ejércitos para resistirse al poder militar católico. Lutero nunca olvidó esta deuda y apoyó continuamente el poder del autoritarismo secular. Por ejemplo, en 1525, Lutero urgió al estado para que suprimiera con violencia a los campesinos rebeldes, a quienes comparaba con perros enloquecidos (Gilbert, 155). El luteranismo se volvió una religión profundamente reaccionaria, cuyos miembros provenían, en su mayoría, de la clase media y alta (Gilbert, 156).

En el calvinismo, la exitosa acumulación de dinero se consideraba como un signo de la gracia de Dios; el trabajo alienado era una "llamada de atención"; y el cálculo egoísta era un signo de racionalidad. La confianza burguesa en el calvinismo ha conducido a algunos autores como Max Weber a concluir que el protestantismo le había allanado el camino al surgimiento del capitalismo. Pero como acabamos de ver, toda la tradición cristiana estuvo empleándose durante todo un milenio para llegar a ese mismo fin.

Lo que realmente cambió con el protestantismo es que este trató de purgar a la cristiandad de las influencias que había tomado del paganismo. La denominada "Reforma" fue en realidad una reacción contra el Renacimiento, en el que la

influencia pagana (incluyendo una sexualidad libertina) tuvo un enorme impacto en la cultura occidental. Los protestantes hicieron hincapié en los escritos anti-sexuales y misóginos de Pablo de Tarso. Detestaban todo lo que sugiriera sensualidad. En algunos casos, registraron Iglesias, reventaron órganos, rompieron estatuas, rechazaron la adoración de María (cuyo culto era una pervivencia, dentro del patriarcado cristiano, de los anteriores valores matriarcales).

Los puritanos fueron los más fanáticos de los protestantes. John Knodd atacó el estatus de las mujeres en su panfleto *El primer toque de trompeta contra el monstruoso regimiento de las mujeres* (Partridge, 116). Thomas Hall publicó un panfleto llamado *Lo odioso del pelo largo* (Patridge, 118). Los puritanos insistían en sexistas códigos de vestimenta. "Los puritanos intentaron, por razones que no deberían resultarnos tan obscuras, masculinizar a los hombres tanto como fuera posible, y en correspondencia, desfeminizar y convertir en negativos a los miembros del sexo opuesto" (Partridge, 117-118).

Todas las sectas más importantes del protestantismo estaban de acuerdo en reprimir severamente la sexualidad, en inocular una obediencia incuestionable frente a la autoridad -tanto del estado como del hombre cabeza de familia- y menospreciar las culturas que no fueran ni cristianas ni blancas. El surgimiento de la burguesía abrazó con ansia estos valores y los tradujo en una política pública, en la que ha permanecido hasta día de hoy.

Y así, la historia humana en Occidente ha consistido en el nauseabundo espectáculo del ascenso del poder patriarcal, primero de forma gradual durante la Edad de Bronce, después con un repentino impulso con el triunfo de la cristiandad, y finalmente de forma abrumadora con la embestida del industrialismo. En correspondencia con este ascenso se produjo una caída; primero, del estatus de las mujeres, después de la gente rural, luego de los gays y las lesbianas, y finalmente, de las personas de otras etnias.

Las viejas culturas naturales han desaparecido en todas partes. Los celtas desaparecieron, conquistados por Cesar. Los campesinos de Europa desaparecieron; fueron asesinados, esclavizados o transformados en un proletariado urbano. Los índios han desaparecido también, barridos del mapa por orden del Papa y de Washington. El tercer mundo cada día desaparece un poco más. Todos ellos han desaparecido, y en su lugar ha llegado ese hijo de la ciudad de Dios, ese Leviatán que todo lo conquista: el nuevo estado industrial.
Y así es cómo los hombres blancos heterosexuales lograron el control de nuestras vidas.

HEREJES: MUJERES, JOTOS Y HERMANOS DEL LIBRE ESPÍRITU

La cristiandad no siempre estuvo bien definida. La doctrina establecida de la Iglesia actual era, originalmente, tan sólo una de las muchas visiones que competían entre sí. Prevaleció porque se vio favorecida por los interés gobernantes de la época. Todas las demás concepciones fueron suprimidas. Entre las primeras visiones que se reprimieron había movimientos populares que trataban de combinar el paganismo con el Nuevo Testamento. El ejemplo más famoso, el gnosticismo, emergió en el siglo I en Asia Menor (Turquía occidental). Los gnósticos creían que el conocimiento logrado a través de la experiencia mística personal (*gnosis*) era más importante que los dogmas de fe (*pistis*) (Vangaard, 150; Obolensky, 3; Runciman, 7). En la tradición de la Gran Madre, muchos gnósticos creían en una diosa: Helena, Barbelo, Silencio o Sabiduría (Quispel, 73-74). Los gnósticos generalmente creían que las cosas de este mundo y del mundo mismo eran malas. Muchos rechazaban a Jehová el Creador como un demonio malvado.

Los gnósticos eran ascéticos, de una manera que resulta difícil de entender para la modernidad. Creían en la negación de este mundo y la purificación de uno mismo, pero a veces practicaban la satisfacción sexual como un medio para la purificación. En ocasiones parecían creer que la mejor manera de trascender la "maldad" era experimentarla. Eran sensibles al ascetismo pagano, que a diferencia del cristiano, incluía *tanto* la autosatisfacción como la autonegación. Por ejemplo, los ritos antiguos de la Gran Madre que compren-

dían orgías sexuales, eran incluso presididas por sacerdotes célibes. Puesto que rechazaban al dios del Antiguo Testamento, los gnósticos simpatizaban con las víctimas de la ira de ese Dios. "Surgieron sectas que rendían reverencia a Caín, a los sodomitas y a los egipcios" (Runciman, 10).

Aparecieron ritos sexuales orgiásticos entre algunos gnósticos y escandalizaron a los cristianos tradicionales. Las autoridades romanas utilizaron estas prácticas para desacreditar al conjunto de la cristiandad. Los cristianos tradicionales, en consecuencia, condenaron a los gnósticos a negar toda conexión con ellos. En el 177 d. C, Ireneo, un misionero de los celtas, condenó a un grupo de gnósticos por su promiscuidad. En el siglo III, el obispo Clemente de Alejandría denunció a los gnósticos por celebrar orgías, como hiciera el historiador Eusebius (Cohn, *Demons*, 9; Benko, 113). Un relato de dichas prácticas que brindaba Epifanio, un monje del siglo IV que había sido gnóstico, afirmaba que los hombres y las mujeres tenían sexo en común y que veneraban el semen y la sangre menstrual como el cuerpo y la sangre de Cristo, respectivamente (Benko, 110). Según Epifanio, los gnósticos creían en el placer sexual pero no en la procreación, porque el nacimiento dividía el alma y el mundo. La salvación consistía en reunirse y volver a Barbelo, la Gran Madre, por medio de ritos sexuales comunales (Benko, 110; 117-118). Muchos historiadores creen que el informe sexual de Epifanio era falso (Cohn, *Demons*, 9ff). A pesar de que, por lo general, sí se admite su fiabilidad en lo referente a otros aspectos de la fe gnóstica (Benko, 111).

En el 242 d. C., un gnóstico mesopotámico llamado Mani, empezó a enseñar que los creyentes gnósticos se dividían en

dos categorías: los líderes (o electos) y los seguidores (u oyentes) (Runciman, 15). Tanto los hombres como las mujeres eran líderes en la religión de Mani, en contraste con la cristiandad tradicional, que prohibió que las mujeres fueran sacerdotes. También se prohibía a los líderes poseer riquezas personales, al contrario que la cristiandad tradicional, formada por ricos sacerdotes y obispos. Mani creía en un dios bueno y en un dios malo (Jehová). La salvación significaba escapar del control de Jehová y renunciar a toda posesión material y poder terrenal, incluso por parte de la Iglesia. La religión de Mani se difundió velozmente y se convirtió, bajo el nombre de maniqueísmo (o manicainismo) en un serio rival para la cristiandad tradicional. San Agustín, más tarde obispo de Hipona, fue maniqueo durante nueve años, antes de convertirse al cristianismo. Acusó a los líderes maniqueos de libertinaje, y afirmó que esta era la razón de su conversión (Cohn, *Demons*, 17). Más tarde, los autores cristianos tildarían de "maniqueo" a todo movimiento popular, siempre que presentara la creencia en más de un dios, un prominente papel de liderazgo femenino y un sentido pagano del ascetismo.

En el siglo IV tardío, apareció un tipo maniqueo de herejía (conocido como masalianismo) en Siria y Asia Menor. Los masalianistas (o mesalianos) eran cristianos gnósticos cuyos líderes eran tanto mujeres como hombres (Runciman, 23). Creían que el periodo de estricta autonegación era necesario para alcanzar un estado purificado, y al llegar a ese punto el pecado ya no era posible. Una vez llegados a ese estado, los creyentes ya no requerían de la autonegación y podían participar en cualquier acto sexual exentos de pecado (Obolensky, 50). "Las doctrinas mesalianas eran la expresión

extrema del deseo por comprehender la revelación mística a través de la experiencia sensual" (Loos, 72). En el siglo X, las creencias masalianas habían llegado hasta Bulgaria, donde se fusionaron gradualmente con el bogomilismo, una herejía llamada así por la existencia de un sacerdote llamado Bogomil. Los bogomiles creían en dos dioses, rechazaban la jerarquía de la Iglesia y predicaban la resistencia pasiva frente a la autoridad del gobierno (Loos, 53-56; Runciman, 74-75; Obolensky, 126ff). Primero eran estrictamente puritanos, pero con el tiempo fueron acercándose a los mesalianos. "Bajo la creciente influencia del masalianismo, los bogomiles perdieron totalmente su reputación como puritanos y se les vinculó con la forma más extrema de indulgencia sexual" (Obolensky, 251). Ambos grupos fueron perseguidos por los cristianos tradicionales.

Bajo el calor de la persecución, los bogomiles se aliaron con las masas de Bulgaria, donde el paganismo aún era potente. Boris, el rey, no se convirtió al cristianismo hasta el 864 d C. (Loos, 41). Su intento por imponer el cristianismo al pueblo resultó en una guerra civil en la que venció y dejó ciego a su hijo, que era miembro de la rebelión pagana. "El pueblo llano de Bulgaria, que estaba obstinadamente vinculado con sus propias costumbres de culto pagano sentía un amargo resentimiento" hacia Boris y sus sucesores cristianos (Loos, 42). Los bogomiles entraron en política, "abrazando la causa de los siervos contra sus amos, de los oprimidos contra los opresores" (Obolensky, 141).

Algunos historiadores han negado que los eróticos masalianos tuvieran ninguna conexión con los bogomiles. Estos han creído que la palabra "masaliano" no se refería a

ninguna herejía en realidad, sino que se utilizaba como un término general para insultar a los bogomiles (Cohn, *Demons*, nota 18). Pero las evidencias muestran que el término tenía un significado técnico bien definido. Aparece repetidamente desde el primer momento en los relatos del bogomilismo. Es empleado de este modo por Teofilacto, patriarca de Constantinopla, en el 950 d. C.; por Cosmas, el sacerdote, alrededor del 969; por el teólogo Eutimio Zibageno alrededor del 1100; por Anna Comnena, hija del emperador bizantino, en el 1148 y por el cabildo de Tirnovo en el 1211. Anna Comnena escribió:

> *A mi modo de ver, ahora se funden entre sí dos doctrinas muy malas y despreciables que llegaron a ser conocidas en tiempos pasados: la impiedad, como se la puede llamar, de los maniqueos, que también llamamos la herejía pauliciana, y la desvergüenza de los masalianos. Esta era la doctrina de los bogomiles, compuesta por los masalianos y los maniqueos* (Anna Comnena, 412).

En los albores del siglo XIV, cuando la influencia masaliana estaba en su mejor momento, un monje bogomil llamado Lázaro apareció en Tirnovo, la capital de Bulgaria. Defendía el nudismo y la libertad sexual como formas de salvación. Fue detenido, pero se negó a retractarse, y en consecuencia, lo marcaron con un hierro candente en la cara y lo condenaron al exilio (Runciman, 97). Otro bogomil, Teodosio, defendía el sexo orgiástico, pero no se registró su destino. La mayoría de bogomiles no compartía estas ideas, pero constituyen un ejemplo de hasta dónde podían conducir las enseñanzas bogomiles. Los bogomiles eran vegetarianos estrictos, rechazaban todo alimento que hubiera sido creado como resultado de una relación sexual hetero. Como en el caso de los masalianos, las mujeres ocupaban cargos promi-

nentes de liderazgo (Loos, 53-59; Obolesnky, 117-140). En el siglo XI, las prácticas y enseñanzas bogomiles habían surgido en Bulgaria y se transmitieron rápidamente por Europa. En el Oeste, a estos herejes se les conoció como "cátaros", del griego *katharoi*, que significa "los Purificados". Pasados cien años, los cátaros se las ingeniaron para organizar una Iglesia rival, crear una civilización alternativa en el sur de Francia y montar ejércitos en su nombre.

A partir de su primera aparición en el Oeste de Europa, los cátaros se asociaban con la práctica de sexo ritual. Un ejemplo temprano de lo que era probablemente la herejía catarista apareció en Orleans, Francia, en 1022. Según este, que es el relato más temprano del que se dispone:

> *Adoraban al demonio, que primero se les apareció como un etíope* [esto es, un hombre negro]*, y después como un ángel de luz, y que diariamente les traía mucho dinero. En obediencia a sus obras, en privado rechazaban completamente a Cristo y practicaban en secreto abominaciones y crímenes de los que es vergonzoso hasta hablar, mientras que en público fingían ser verdaderos cristianos* (Wakefield y Evans, 75).

Un relato posterior de uno de sus participantes, relataba tras su detención que a los creyentes se les ofrecía "comida celestial" y se les decía "verás a menudo con nosotrxs visiones angélicas, en las que podrás apoyarte como consuelo y podrás visitar cualquier lugar que desees de inmediato y sin dificultad" (Wakefield y Evans, 78). El informe decía que se encontraron en secreto en cierta casa hasta que un demonio descendió en forma de un animal, y entonces las luces se apagaron y hubo una orgía. Si nacía una criatura que hubiera sido engendrada durante estos

actos sexuales esta era asesinada, después quemada y sus cenizas se guardaban para preparar “la comida celestial”.

La mayoría de los historiadores consideran estos registros tempranos o bien como patológicas fantasías o bien como estereotipos empleados por la Iglesia para perjudicar a los disidentes (Lerner, 34; Cohn, *Demons*, 20). Pero la primera interpretación ignora las evidencias del folklore, y la segunda ignora el hecho de que tales estereotipos no fueron utilizados ampliamente por la Iglesia hasta el siglo XIII.

Estos cambios tempranos tienen cierto sentido si los tomamos en consideración dentro del contexto de la herejía, del paganismo y del folklore. Los celtas veneraban a un dios negro cornudo, a quienes más tarde los cristianos identificaron con el diablo. Los herejes en cuestión florecieron en Orleans, en aquel tiempo parte de la Galia celta, mientras que las tradiciones antiguas persistieron hasta los tiempos de Juana de Arco (la Doncella de Orleans). A lo largo de la Edad Media, los autores de la Iglesia condenaron contínuamente el acto de vestirse como animales durante los rituales campesinos. Hasta el siglo XX, los campesinos portugueses se vestían con pieles de gato para realizar danzas rituales (Alford, 356). En las religiones chamanistas a menudo el sacerdote se vestía como el dios animal a quien se invocaba.

Se decía que el alimento celestial de los herejes brindaba el consuelo angélico. El único sacramento que fue atribuido posteriormente a los famosos cátaros fue el *consolamentum* (“consuelo”), que sus líderes, que se consideraba poseían el alma de un ángel, debían administrar. Como sucede con las acusaciones de infanticidio, la Iglesia católica siempre ha

afirmado que quienes realizan abortos están cometiendo asesinato. Las mujeres a quienes más tarde se acusó de brujería eran a menudo abortistas. En épocas paganas, el niño recién nacido no se consideraba como una persona hasta que la madre (o la familia) lo aceptaban formalmente. Si el niño estaba deformado, o simplemente no había sido deseado, era asesinado o abandonado a la intemperie. Entre los pueblos naturales, esta actitud hacia el recién nacido es la regla general, que se observa también ampliamente difundida entre los animales, que abandonan, asesinan o incluso se comen a los pequeños no deseados. Es probable que los herejes en Orleans realizasen algún rito de aborto, sobre todo teniendo en cuenta que los cátaros consideraban el dar a luz como un grave pecado.

Mucho antes de que la Inquisición creara sus estereotipos, los cátaros tenían la reputación de tener una actitud de tolerancia hacia el lesbianismo y la homosexualidad masculina. En 1114, el abad francés Guilbert de Nogent escribió sobre dos hermanos, Clement y Evrard, a quienes conocía personalmente. Dijo que eran unos herejes que tuvieron muchos seguidores entre los campesinos locales de Bucy-le-long:

> *Condenan el matrimonio y el acto de engendrar hijos a través de las relaciones sexuales. Y sin duda, allí donde se han diseminado, por el mundo latino, se les puede observar viviendo con mujeres pero no bajo el nombre de marido y mujer, sino que se sabe que los hombres están con hombres y las mujeres con mujeres; entre ellos es inmoral que los hombres aborden a las mujeres* (Wakefield y Evans, 103).

Los seguidores de Clement y Evrard fueron acusados de celebrar orgías en las celdas y de asesinar a todas las criaturas que nacían de dichas uniones (Wakefield y Evans,

103). Durante un juicio ante el obispo de Soissons, uno de los hermanos confesó, pero se negó a arrepentirse, mientras que el otro hermano negó las acusaciones. Ambos fueron mandados a la hoguera.

Las acusaciones de lesbianismo y de homosexualidad masculina lanzadas contra los cátaros se convirtieron en rutina. "Esta, la primera alegación explícita de homosexualidad, también se convirtió en un lugar común en los juicios posteriores. Una vez tras otra aparecen variaciones en las expresiones *vir cum viris* [el hombre con hombres] y *femina cum feminis* [la mujer con mujeres]" (Russell, 95, nota). La palabra utilizada para designar a un "cátaro" en la mayoría de las lenguas de Europa llegó a ser el mismo término empleado para "homosexual": en alemán, *Ketzer*, en italiano, *Gazarro* y en francés, *Herite*. En varias lenguas, la palabra empleada para referirse al bulgarianismo (la herejía que se originó en Bulgaria) también llegó a significar "homos-exual": italiano, *bulgaro*; francés, *bougre* e inglés, *bugger* (Russell, 238-239). La herejía y la homosexualiad se volvieron tan intercambiables que quienes eran acusados de herejía trataban de demostrar su inocencia reafirmando su heterosexualidad. Un tejedor del siglo XIII acusado de herejía replicó: "Señores, ¡escuchadme! No soy hereje, ya que tengo una esposa y duermo con ella. Tengo hijos" (Wakefield, 213). Cuando el pueblo de Toulouse se rebeló contra los cazadores de herejes dominicos, "la queja que elevaron era que estos estaban acusando injustamente de herejía a decentes hombres casados" (Wakefield, 213).
La mera sospecha de homosexualidad era suficiente para condenar a una persona por herejía, aunque no se supiera si la persona creía o enseñaba ninguna doctrina herética. En

1381, se pensó que un mendigo alemán y epiléptico llamado Brother Hans tenía poderes mágicos. Al ser detenido y torturado por la Inquisición, confesó que era un "pervertidor de chicos jóvenes" (Lerner, 145). Por consiguiente, lo quemaron bajo la sentencia de herejía aun cuando no había estado implicada en ello ninguna disputa doctrinal.

Dado que a menudo ambas palabras llegaron a significar tanto "herejía" como "homosexualidad", a veces tenemos problemas para saber exactamente a qué hacen referencia los códigos legales de la época. En 1272 las leyes de Orleans, de Anjou y de Marne estipulaban que se enviaría a la hoguera a cualquiera que fuera culpable de *bougerie*. Los historiadores aún debaten si se refiere a la homosexualidad, a la herejía o a ambas cosas (Bailey, 141-142). Como resultado de esta confusión, la orientación sexual de una persona se convirtió en una prueba de la ortodoxia religiosa y la lealtad política. "La herejía se volvió un concepto sexual más que doctrinal; decir que un hombre era hereje quería decir que era homosexual y viceversa" (Taylor, 131).

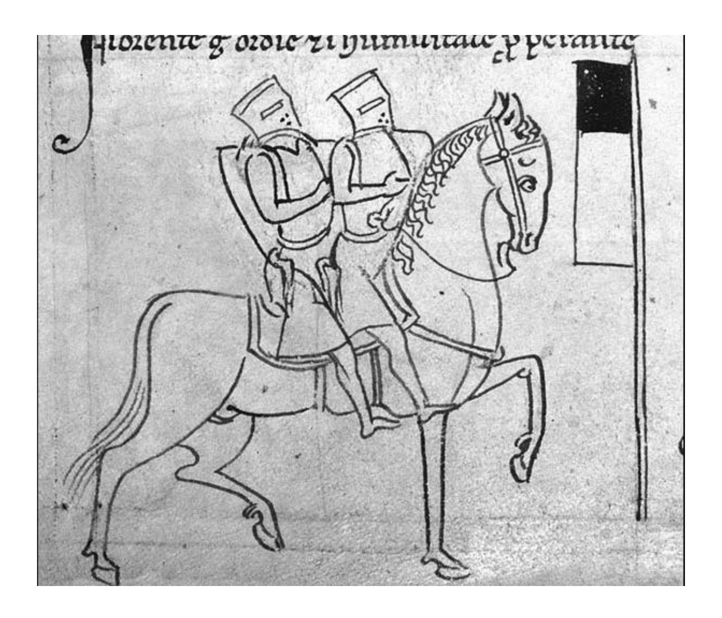
Los historiadores hetero raramente creen que las acusaciones que se lanzaron en la época vinculando a los cátaros con la sexualidad gay sean ciertas. Pero su homofobia, que influye en el modo en que abordan las evidencias, se revela en el propio lenguaje que emplean. Una conocida historiadora medieval llama a las lesbianas "pervertidas", mientras que otro historiador tilda a los actos sexuales gays y lésbicos de "sucias aberraciones sexuales" (Lerner, 119; Wakefield, 41).

Hay una buena razón para aceptar la vinculación entre el catarismo y el sexo gay: la especial visión de los cátaros respecto a la moral. Los cátaros no creían en el infierno, en el purgatorio ni en la condenación, pero como muchos otros pueblos antiguos, sí creían en la reencarnación. Para ellos, las almas siguen renaciendo como animales o seres humanos hasta que escapan del ciclo de la vida. Llegará un momento en el que todas las almas habrán escapado, y ninguna estará condenada. Los cátaros sostenían que sólo había un pecado; este se produjo cuando los ángeles, conducidos por el dios malo, Jehová, se rebelaron y fueron destronados del cielo (Borst, 175; Loos, 140). Estos ángeles se convirtieron en almas humanas rebajadas a la materia, de modo que renacen contínuamente. Sólo cuando recuperen su angélico estado original, a través de una completa renuncia del mundo, escaparán del ciclo de renacimientos y volverán al buen Dios.

Los cátaros creían que sólo una diminuta minoría era capaz de llegar a ese estado angélico. Estos eran los *chatari*, los "perfectos". Llevaban una vida completamente ascética y eran venerados como ángeles. Había sólo una manera de convertirse en un perfecto: a través del rito de iniciación llamado *consolamentum* ("consolación"), que era una imposición de manos. Una vez recibido este sacramento, se esperaba de los perfectos vivieran una vida de estricta autonegación (Loos, 142). Es por eso que los cátaros solían arreglárselas para recibir el rito justo antes de su muerte (Wakefield, 36). La mayoría de cátaros no habían pasado por el *consolamentum* y vivían rigiéndose con un código moral diferente respecto al de los perfectos. No tenía sentido para ellos hacer penitencia, practicar el ascetismo o confesarse. Y,

de hecho, los cátaros rechazaban todos los sacramentos de la Iglesia, incluida la penitencia. Lo único que realmente contaba era conseguir el *consolamentum* antes de la muerte, y sólo entonces llevar una vida totalmente ascética.

Los perfectos temían la procreación, dado que haría que otra alma angélica quedara atrapada en la materia. El sexo no debía conducir al nacimiento. El lesbianismo y la homose: xualidad masculina eran, así, formas seguras de practicar el sexo, si es que había que practicarlo. "En tanto que no conducía a la concepción de niños, consideraban como algo positivo fomentar esa relación sexual, o al menos no desalentar su práctica; todo lo contrario de lo que sostenía la visión católica" (Runciman, 152).



Caballeros templarios cabalgando juntos

A pesar de que los *líderes* cátaros eran austeros, muchos *seguidores* creían que hasta que recibieran el *consolamentum,* los actos sexuales que no implicasen el riesgo de inducir el nacimiento de otra criatura eran permisibles (Borst, 182). Muchos de ellos les contaron a los inquisidores cristianos en Toulouse y Turín que no pensaban que la homosexualidad fuera pecado (Borst, 182, notas). "Incluso quienes eran más hostiles en relación a los últimos bogomiles y cátaros declaraban que los iniciados llevaban, a nivel personal, unas vidas sin tacha, pero que ellos mismos se entregaban a una vida de suma inmoralidad y parecían animar a los creyentes a hacer lo mismo" (Runciman, 176).

Los cátaros además eran vegetarianos estrictos. Se negaban a comer carne, huevos, queso o cualquier producto lácteo (Wakefield, 38). Y es que consideraban a los animales como almas reencarnadas, de modo que matar a un animal para comérselo era equivalente a matar a un ser humano. Además, la procreación –incluso en el mundo animal– era la obra del Dios malo. Como en el caso de los bogomiles, las mujeres jugaban un papel importante entre los cátaros. Se consideraba que los hombres y las mujeres eran iguales; muchas mujeres llegaron a ser líderes cátaras. Las mujeres cátaras también luchaban en la batalla. Fue una mujer que manejaba la catapulta quien mató a Simon de Monfort, líder del ejército católico que atacó a los cátaros en el sur de Francia. El catarismo desdeñaba la institución del matrimonio, como algo que no era mejor que la prostitución (Wakefield, 33). El catarismo se mostraba tolerante hacia otras religiones. Las áreas controladas por los cátaros estaban entre los lugares más seguros para los judíos. En el sur de Francia, una fusión entre el pensamiento cátaro y

judío produjo la *Kabbala*, un libro del misticismo judío (Wakefield, 61). Los cátaros tenían una actitud de fomento de las artes. Las áreas cátaras de Francia fueron las primeras en las que se desarrolló la poesía trobadoresca, una poesía marcada por la sensualidad y la obscenidad (Briffault, 3:488 ff;Wakefield, 56-57, notas). Después de que se acabara con los cátaros, esta tradición continuó, a pesar de que lo hizo bajo una forma erótica menos abierta. En tiempos, tuvo un tremendo impacto en el desarrollo de la poesía occidental moderna. El catarismo era, esencialmente, una religión de las clases bajas y fueron tejedores quienes la difundieron de ciudad en ciudad. En 1157 dichos tejedores fueron condenados por predicar contra el matrimonio y practicar la promiscuidad (Runciman, 121; Russell, 128; Loos, 117; Cohn, *Millennium*, 153).

Dada su íntima vinculación con las clases bajas, del catarismo surgieron algunas ramas paganas, que yo llamo "el catarismo de izquierdas". Algunos cátaros veneraban al sol como si fuera un dios. Entre 1176 y 1190, un hombre llamado Bonaccorso, un cátaro que se había convertido al catolicismo, dijo de algunos cátaros en Milán: "Sostienen que el demonio mismo es el sol, y Eva la luna; y cada mes, dicen, cometen adulterio" (Wakefield y Evans, 173). Aquí al sol se le llama demonio, pero entre los cátaros el demonio era considerado como un dios. En 1350, se registró que los herejes hablantes del armenio veneraban al sol (Russell, 93, n. 49). Armenia era un conocido baluarte cátaro. Durante la guerra entre los cátaros y los católicos en Francia, los líderes cátaros se refugiaron en una fortaleza de la que se rumoreaba que era un templo pagano dedicado al sol (Waskefield, 173 y notas).

Entre algunos cátaros el dios malo llegó a tenerse en alta estima. Los herejes de Austria, Brandenburgo y Bohemia en los albores del siglo XIV fueron acusados de venerar a "Lucifer" (Russell, 177-179; Lerner, 25-26; 30-31). La palabra *Lucifer* significa literalmente "el que porta la luz" en latín, y esto se aplicaba en la antigüedad pagana al sol y a la estrella de la mañana (Venus). Entre los cristianos medievales, se empleaba como otro nombre para el diablo. Este uso surgió de la malinterpretación del *Libro de Isaías*, en el que el rey de Babilonia es comparado con la estrella de la mañana: "¡Cómo has caído de los cielos, Oh, estrella de la mañana, hijo del amanecer!" (*Libro de Isaías*, 14:12). En la traducción latina de este pasaje, "estrella de la mañana" se convirtió en *Lucifer*, haciendo parecer, de forma falsa, que Isaías estaba hablando de cómo Satanás fue expulsado del cielo. A partir de este doble significado –como el que porta la luz y como demonio– la palabra *Lucifer* fue fácilmente usada para describir al dios de la veneración solar de los cátaros, ya que los cristianos consideraban que la veneración del sol era el culto al demonio.

Las prácticas de los cátaros de izquierdas desencadenaron frecuentes acusaciones por parte de los cristianos contra los cátaros: celebraban orgías sexuales, mataban a niños (abortos) y veneraban a un demonio. Las acusaciones aparecieron antes de la creación de la Inquisición y continuaron durante épocas posteriores. Una buena muestra de estas es una carta anónima de 1390 que describía a un grupo llamado los "Luciferanos":

> *Primero ellos veneran a Lucifer y creen que es el hermano de Dios, injustamente arrojado del cielo... le ofrecen en sacrificio a sus hijos... se reúnen en lugares clandestinos... Se*

satisfacen en ansias promiscuas y en abominables disipaciones (Lea, 1:206).

La creencia cátara de que el demonio era un dios -unida a la noción tradicional de que el Demonio rige todo lo concerniente al sexo- les conduciría, naturalmente, a rituales orgiásticos, especialmente a aquellos cátaros que permanecieron cercanos a las antiguas tradiciones paganas. Además, el sexo ritual era una parte del gnosticismo, que es la raíz histórica del catarismo. Y más tarde las herejías que se construyeron sobre el catarismo negaron la existencia de toda ley moral. Visto de este modo, el sexo ritual era parte de una duradera tradición herética.

En el siglo XIII surgió una nueva herejía. Las personas formaron grupos comunales independientes, tanto de hombres como de mujeres. Abandonaron todas sus propiedades (si es que tenían alguna) y viajaban por todo el país pidiendo pan. Rechazaban toda forma de regulación o control por parte de la Iglesia. Las mujeres eran conocidas como beguinas y los hombres como beghardos (y de ahí la palabra inglesa *beggar,* mendigo). Dentro de algunas (pero no todas) comunidades beguinas y beghardas, nació una herejía conocida como Libre Espíritu, que posteriormente tomó forma por sí misma. Desde el primer momento, las beguinas, los beghardos y el Libre Espíritu fueron acusados de ser lesbianas y gays, respectivamente (Lerner, 39, 70-71, 117). En 1339, dos hombres -John y Albert de Brunn- se unieron a la orden dominica tras renunciar a su participación previa en el Libre Espíritu. Afirmaban que cuando eran Libres Espíritus no consideraban que ninguna pasión de la carne, incluida la sodomía, fuera pecaminosa (Lerner, 108-

110). En 1367, un Libre Espíritu alemán, John de Ossmannstedt, fue interrogado por la Inquisición. Respondió con impaciencia sin ninguna coerción y declaró que quienes son verdaderamente libres – es decir, que no pueden estar sujetos a ninguna autoridad (Lerner, 136). Dijo que las personas deben actuar basándose en sus emociones sexuales, incluso si eran incestuosas, y rechazó toda distinción entre santidad y placer, diciendo: “como sucede con los sacramentos, un Libre Espíritu no tenía que confesar porque estaba libre de pecado y hasta jugar al ajedrez podía revelar a Dios en igual medida que la eucaristía si uno gozaba con ello, porque Dios se halla en el placer” (Lerner, 138). Los Libre Espíritu sostenían que “una de las marcas seguras del 'sutil en espíritu' era, precisamente, la habilidad por satisfacerse en la promiscuidad sin temer a Dios o a los escrúpulos de la conciencia”. Dado que Dios podía experimentarse a través del sexo, el acto sexual mismo asumió “un valor trascendental, casi místico” (Cohn, *Millenium*, 189). Muchos académicos no se toman seriamente a los Libre Espíritu. Un historiador despacha a John de Ossmannstedt tratándolo como a un psicópata: “Hay personalidades que disfrutan siendo el centro de atención, de modo que dirán o harán lo que sea para seguir en el candelero. John podría corresponderse a este tipo, o bien puede que estuviera levemente trastornado” (Lerner, 138). Otros académicos les cuelgan a los Libre Espíritus la etiqueta de “aberrantes”, “megalómanos aberrantes”, “esquizofrénicos” y “nihilistas” (Cohn, *Millenium*, 149, 151, y 185).

Los Libre Espíritu perduraron hasta el siglo XVII en Inglaterra, donde eran conocidos como Ranters. Uno de ellos, Abiezer Coppe, era un miembro de un grupo llamado *My*

One Flesh [Mi carne que es una]. A veces escribía extáticos pasajes espirituales repletos de imágenes gays:

> *Besos eternos, que han dado los ardientes cuadrigas, para montarme velozmente en el pecho de aquél a quien mi alma ama (su excelente Majestad, el Rey de la gloria). Donde he estado, donde he estado, abrazado, acogido, y besado con los besos de su boca, cuyos amores son mejores que el vino, y he sido totalmente vencido con ellos allí, más allá de la expresión, más allá de la admiración.* (Cohn, *Millenium*, 370-371).

Coppe condenaba a las gentes de Sodoma no por su homosexualidad, sino porque ellos "llamaban Ángeles a los hombres, no veían más allá de la forma humana" (Cohn, Millenium, 363). A pesar de que los Ranters apoyaron la revolución de Cromwell, cuando los revolucionarios llegaron al poder acabaron con ellos. En 1650, el Parlamento aprobó una ley que prohibía a los Ranters defender que ciertos tipos de acciones humanas, incluyendo la sodomía, no fueran pecaminosas por sí mismas (Cohn, *Millenium*, 326). Esta no fue la única ocasión en la historia en la que los defensores de la libertad sexual apoyaron una causa revolucionaria para después ser silenciados, tras su llegada al poder, por los propios revolucionarios.

Llegado el siglo XIV, algunos Libre Espíritu llegaron a la conclusión de que la propiedad privada era tan contraria a la justicia como lo era la Iglesia a la verdadera religión (Cohn, *Millenium*, 193). En 1317, John de Durbheim, el obispo de Estrasburgo, inició una persecución contra los Libre Espíritu, acusándoles de urgir a los pobres a robar a los ricos, aduciendo que toda la propiedad debería ser compartida (Lerner, 86). Los líderes proptestantes no estaban menos

molestos por el vínculo entre los Libre Espíritu y las clases bajas. En 1525, Martin Lutero condenó al analfabeto Libre Espíritu Loy Pruystinck de Antwerp por su íntima asociación con ladrones, prostitutas, mendigos y trabajadores del artesanado. (Cohn, *Millenium*, 177-178). Muchos Libre espíritu llegaron a la conclusión que sólo los pobres podían llegar a ellos, y “apostólico” se convirtió en sinónimo de “pobre” (Cohn, *Millenium*, 162-163). Abiezer Coppe ponía en boca de su dios las siguientes palabras: “Y mientras viva, voy a hostigar tu honor, pompa, grandeza y superfluidad y la convertiré en paridad, igualdad y comunidad” (Cohn, *Millenium*, 361).

Ha existido una continua tradición de rebelión dentro del propio cristianismo, influida por el paganismo. Esta tradición incluye el gnosticismo, el maniqueísmo, el masalianismo, el bogomilismo, el catarismo, el Libre Espíritu y otros movimientos que dentro del restringido marco del cristianismo tradicional se han denominado “herejías”. En muchos casos en los que aparecieron, estos movimientos desplegaron cinco importantes rasgos: 1) la creencia en más de una deidad; 2) la presencia de mujeres en prominentes papeles de liderazgo; 3) un sentido pagano del ascetismo, que ha incluido tanto la autonegación como la autosatisfacción; 4) hostilidad hacia la riqueza y el poder de la Iglesia; y 5) una tolerancia hacia el sexo gay. La fuerza subyacente que nutrió estas herejías fue el paganismo que había sobrevivido en las clases bajas. Pronto la Iglesia se movilizaría contra este paganismo en sí mismo, llamándolo “brujería”.



LAS SAGRADAS ORGÍAS DE LA BRUJERÍA

“Diana es el Demonio”
Tomás de Torquemada,
Gran Inquisidor de España

Mientras que los tildados de “heréticos” trataron de combinar el paganismo con el cristianismo, otros (especialmente los campesinos de clase baja) consideraban los ritos paganos en su antigua forma pre-cristiana. En la Baja Edad Media, los sínodos de la Iglesia condenaron repetidamente los ritos paganos que habían pervivido, incluyendo el uso ceremonial de imágenes sexuales (Russell, 55 y 58, notas; Cohn, *Demons*, 157; Summers, *History*, 99). Los cristianos también estaban molestos con la veneración de la Gran Madre que había sobrevivido, que se honoraba más a menudo bajo el nombre de “Diana, la diosa de los paganos”. Las condenas por su veneración persistieron desde la Baja Edad Media hasta el siglo XVI. Los primeros relatos hablan de ritos sexuales, describen las estatuas de la diosa que se habían conservado y registran la existencia de una fuerte resistencia popular ante el cristianismo, hasta el punto de que mataban a los misioneros (Russell, 57; 58, n. 21; 61, n. 25; Cohn, *Demons*, 212; Grimm, 237). A finales del siglo IX, un hostil autor ofrecía esta descripción:

> “No hay que omitir que algunas mujeres embrujadas, pervertidas por el diablo, seducidas por ilusiones y fantasmas de demonios, creen y ellas mismas confiesan que montan encima de ciertas bestias a altas horas de la noche con Diana, la diosa de los paganos, y una innumerable multitud de otras mujeres, y en el silencio de

> la mitad de la noche atraviesan grandes distancias por la faz de la tierra y obedecen sus órdenes como si fuera su ama, y que son convocadas a servirla durante ciertas noches. Ojalá fueran ellas las únicas que perecen por su falta de fe y como infieles. Pero una gran multitud, embaucada por esta falsa opinión, cree que esto es cierto, y al hacerlo, se desvían de la fe recta" (Russell, 76).

A raíz de esta difusión y a la antigua naturaleza de su culto, la diosa tuvo muchos otros nombres a parte de Diana. En Alemania se la llamaba Holda o Holle. En Noruega y las islas danesas, era Hulla, Huldra, or Huldre. En Suiza y Austria, reaparecía como Berchta, Bertha o Perchta. Por todas partes, era conocida como Faste, Selga, Selda, Abundia, Satia, Befana, y Befania (Grimm, 221-225; Russell, 49, nota). Sea cual sea su nombre, se la solía contemplar como una poderosa deidad, que gobierna sobre el tiempo, los animales, la sexualidad, el hilado, el tejido, la vida de las plantas y la morada de los muertos.

Cientos de años antes de las grandes cazas de brujas de la Inquisición, algunos cristianos ya habían considerado a quienes veneraban a la Gran Madre como brujas –al contrario de la visión de algunos historiadores quienes consideraron que estos primeros relatos no tenían nada que ver con la brujería (Cohn, *Demons*, 212). En los albores del siglo XI, Burcardo de Worms llamó a la diosa que cavalga de noche "la bruja Holda" (Russell, 81). Y en Alemania, la palabra *hollefahren* (formada por *Holle* [infierno] y *fahren*, que significa viajar) llegó a significar "el viaje de las brujas" (Grimm, ya citado).

Otros cristianos, especialmente los “cultivados”, tendían a reírse con estos relatos. El filósofo del siglo XII, John de Salisbury, registró la existencia, en su época, de la creencia en una diosa que cabalgaba de noche y que celebraba reuniones en aquellos lugares donde se había asesinado a niños (¿de nuevo una referencia al aborto?). Ridiculizando estos relatos, este exclamó: “está claro que son tontas mujeres del populacho y hombres de poca fe quienes hacen circular estas cosas” (Cohn, *Demons*, 219). Como muchos de sus homólogos académicos modernos, John sentía que las experiencias de las mujeres y de los hombres “que carecían de educación” tenían poca relevancia para la historia.

El espectro del que los intelectuales trataban de reírse no iba a desvanecerse así como así. En 1249, Guillermo de París describía la creencia de la gente en una deidad -Abundia o Satia- que viajaba de noche con una banda de seguidores a quienes brindaba prosperidad (Ginzburg, 49). En 1270, Jean de Meung, autor de algunos apartados del *Roman de la Rose*, transmitía la existencia de una creencia popular en que había personas que vagabundeaban de noche con la Dama Habonde y que un tercio del mundo se le había unido (Russell, 135). En 1279, el obispo Auger de Montfaucon condenó a las mujeres que vagabundeaban de noche con Diana, Herodias o Bensozia (Alford, 355). En 1320, un franciscano inglés preguntó con disgusto: “¿Y qué decir de los miserables y supersticiosos que dicen que de noche ven sobre todo como hermosas reinas y otras doncellas viajan con Lady Diana y participan en danzas con las diosas de los paganos, que en nuestra lengua vulgar llamamos “duendes”?” (Russell, 175).

Pronto las autoridades tuvieron lista una respuesta sobre qué hacer con estas salvajes hadas. Llegado el siglo XIV, la Iglesia tendió cada vez más a interpretar este tipo de actividad como obra de "demonios". El dominico Jacopo Passavanti escribió:

> *Lo que sucede es que los demonios adoptan la apariencia de hombres y mujeres que están vivos, y caballos y bestias del corral, y van de noche en compañía a través de ciertas regiones, donde son vistos por la gente, que los confunden con esas personas cuya apariencia han adoptado; y en algunos países esto se llama 'la tregenda' [que ha pasado a significar 'el sabbat de las brujas' en italiano moderno]. Y los demonios lo hacen para inducir a error, provocar un escándalo y desacreditar a aquellos de quienes han adoptado su apariencia, mostrando que realizan actos deshonrosos en 'la tregenda'. Hay algunas personas, especialmente mujeres, que dicen que van de noche en compañía de dicha 'tregenda', y nombran a muchos hombres y mujeres que les acompañan; y dicen que quien dirige el gentío y que conduce a los demás es Herodias, que mató a San Juan el Bautista, y la antigua Diana, diosa de los griegos.* (Cohn, *Demons*, 215, 216).

Al tiempo que los intelectuales cristianos se fueron convenciendo cada vez más de que estas prácticas las conducía el diablo, se fueron inclinando cada vez menos por reírse de ellas, como habían hecho antes. En 1370, la Inquisición, en Milán, condenó a una mujer por ser miembro de la "sociedad de Diana" (Russell, 210). En 1384, una campesina italiana llamada Sibillia fue procesada ante una corte secular (y posteriormente ante la Inquisición, en Milán). Esta admitió abiertamente que pertencía a una sociedad que salía cada jueves por la noche con la "Signora Oriente" y que "le rendían homenaje" (Russell, 211). Sibilla dijo que nunca había confesado estas cosas porque nunca se le había

ocurrido que fueran pecaminosas (Kieckhefer, 22). Se le dio una reprimenda y fue sentenciada a llevar dos cruces rojas como penitencia. Seis años más tarde, en 1390, Sibillia se encontró de nuevo frente a la Inquisición. Admitió las mismas prácticas, diciendo que se remontaban a su infancia y de nuevo insistió en que no había pecado en ellas. Pero ahora admitió que no se usaba el nombre de Dios en las celebraciones por miedo a ofender a Oriente (Russell, 212). En el mismo año de 1390, Pierina de Bugatis fue procesada por cargos similares tanto ante la corte secular como la Inquisición en Milán. En sus celebraciones, dijo, no sólo aparecían personas, sino también animales y las almas de los muertos. Afirmaba que viajaba con un grupo de mujeres que robaban en las casas de los ricos, mientras que rodeaban las de los pobres, eludiéndolas. También afirmó que la Signora Oriente gobernaba su sociedad como Cristo gobernaba el mundo (Russell, 213).

La forma en que los historiadores profesionales han reaccionado ante los procesos de Sibillia y Pierina es indicativo de cómo los hombres blancos heterosexuales y con valores cristianos han ignorado, borrado y distorsionado la historia. Norman Cohn considera estos juicios como “algo que hasta el momento sólo había sucedido en la mente de viejas tontas asumió una existencia material objetiva” (Cohn, *Demons*, 217). Como suele ocurrir, Cohn recurre al estereotipo sexista y en relación a la vejez, y sencillamente, ignora las evidencias. Incluso rechaza a otros historiadores partiendo de la misma base. Por ejemplo, entre las muchas razones por las que no puede admitir el planteamiento de Margaret Murray respecto a la brujería está que “en el momento en el que

dirigió su atención hacia estos asuntos tenía ya casi sesenta años" (Cohn, *Demons*, 109).

En el caso del historiador Jeffrey Russell, los prejuicios son otros. Admite que las experiencias de Sibillia y Pierina eran en cierto sentido reales, pero no puede permitirse admitir que fueran un ejemplo de nada religioso. Dice que con lo que nos enfrentamos aquí y en casos similares son meras "antiguas tradiciones de la gente" o como mucho: "extraños ritos de fertilidad" (Russell, 212-213).

Para el historiador Richard Kieckhefer, las prácticas de Sibillia y Pierina puede que sean religiosas, pero *nunca* podrán considerarse paganas. "Sería engañoso hablar de ellas como pervivencias paganas conscientes y deliberadas, ya que parece que las personas que participaban en ellas se consideraban a sí mismas como cristianas, a pesar de las reservas que los hombres de la Iglesia tenían, evidentemente, a ese respecto" (Kieckhefer, 22). Aquí constatamos no sólo una infrainterpretación de las evidencias, sino una completa falsificación de las mismas. ¿Dónde es que las mujeres dicen que se consideran a sí mismas como cristianas? Lo que dijeron es que no consideraban las cosas que hacían como *pecaminosas*. ¿Y qué narices quiere decir Kieckhefer con "las reservas que los hombres de la Iglesia tenían, evidentemente, a ese respecto"? Hace que suene como si sus inquisidores hubieran tenido una serie de educadas reservas durante una discusión teológica mientras compartían un té. No estamos lidiando aquí con meras *reservas*. ¡Estas mujeres fueron acusadas de *herejía*!

A pesar de los prejuicios de historiadores como estos, abundan las evidencias que indican que la religión pagana continuó hasta llegar al siglo XV. Alrededor del 1421, Gobelinus Persona mencionaba la creencia popular de la época: que Domina Hera voló en la noche entre Navidad y la epifanía y trajo consigo una abundancia de cosas buenas para las personas (Lea, v.I, 176-177). En 1428, empezaron las primeras cazas de brujas realizadas con métodos inquisitoriales en Suiza. En estos procesos, se torturaba a la gente hasta que confesaran que veneraban "al Diablo" en vez de a Diana o Herodias (Cohn, *Demons*, 225-226). En 1435, el inquisidor Johann Nider relataba que las mujeres campesinas se imaginaban que volaban con Diana tras haber frotado sus cuerpos con un ungüento (Cohn, *Demons*, 219-220). Más tarde, Bartolommeo Spina y Johann Weyer, un médico, ofrecieron relatos parecidos. En 1439, Thomas Ebendorfer, en su libro *De decem praeceptis,* condenó la popular práctica de dejar comida y bebida fuera de la casa por la noche para Perchta de Habundie (Ginzburg, 51). En 1487, Tomas de Torquemada, el Gran Inquisidor de España, declaró que "Diana es el demonio" (Russell, 235).

Podemos ver claramente la transición desde la veneración de Diana hasta la veneración del Demonio en los procesos de brujería del siglo XVI. En 1525, una mujer llamada Wypat Musin, de Burseberg, en el Tirol, fue procesada por "superstición". Confesó que dos años antes, en la noche de una de las cuatro festividades trimestrales del año, había visto una multitud de almas muertas que eran conducidas por Frau Selga, la hermana de Frau Venus (Ginzburg, 58). En 1532, Domenica Barbarelli confesó viajar y danzar con Diana, a quien ella llamaba la "Señora del Juego" [*Domina Ludi*]

(Ginzburg, 36, n. 3). En 1573, una mujer suiza con el significativo apodo de *Seelenmutter* ("Madre de las almas") fue detenida. La juzgó la corte secular por "fantasías no-cristianas" y fue quemada por bruja (Ginzburg, 59).

El caso mejor documentado de cómo la Inquisición convirtió a los seguidores de la Gran Madre en brujas sucedió en Friuli, Italia, en la década de 1570. En aquella época, existía un grupo de personas que se llamabn, abiertamente, los benandanti (esto es, los vagabundos). Ellos admitieron, sin coerción ni torturas, que en ciertos momentos del año (los primeros días de las cuatro estaciones), entraban en trance. En este estado, tenían la experiencia de dejar sus cuerpos y hacer cosas que revelan una curiosa mezcla de creencias cristianas y paganas. Cuando estaban en ese estado extracorporal, viajaban en compañía de animales y cargaban con cañas de hinojo, que usaban como armas contra otro grupo de espíritus, que eran malvados y que llevaban cañas de sorgo (Ginzburg, 4). A estos espíritus les llamaban "brujas" y afirmaban que ellos luchaban por la fe de Cristo (Ginzburg, 34).

El académico italiano Carlo Ginzburg ha mostrado que los benandanti eran, de hecho, pervivencias de un culto chamanista. Este culto existió siempre entre ciertos segmentos de la población campesina, desde los días del paganismo (Ginzburg, 40 ff). Los benandanti, originariamente, veneraban a una diosa del tipo de Diana, que era la señora de la vegetación y el crecimiento y también la reina de los muertos. Ella era el centro de una religión que se difundió ampliamente a lo largo de Europa. Durante el cambio de estaciones, sus seguidores celebraban los cambios como un conflicto ritual

entre distintos espíritus de la naturaleza (Ginzburg, 39). En el transcurso de los siglos, los benandanti fueron absorbiendo ciertas creencias cristianas. Algunos de ellos llegaron a la conclusión de que por lo que luchaban durante las festividades estacionales era por la fe de Cristo.

Alrededor del siglo XVI, estos rituales ya no se escenificaban, pero sí se siguieron experimentando, aunque sólo cuando los creyentes entraban en trance. Sin embargo, los benandanti insistían una vez tras otra en que sus experiencias eran reales (Ginzburg, 20). Muchos historiadores modernos, quienes tienen marcados a fuego los valores cristianos/industriales, sencillamente no saben qué hacer con estas experiencias chamanísticas y otras similares. Nos encontramos con que Norman Cohn sugiere que los benandanti sufrían de catalepsia (Cohn, Demons, 124). Este autor piensa que las experiencias de los chamanes en general son "total y puramente imaginarias" (Cohn, Demons, 222). Desde luego que estos trances implican efectos psicológicos, y desde luego también que la fantasía es una parte esencial de las mismas. Pero eso no significa que debamos negarnos a ver la realidad que hay en ellas; quizás un tipo de realidad ante la cual la civilización industrial está ciega y que preferiría que nunca hubiera existido.

Además de tener estas visiones, los benandanti eran curanderos. De hecho, la Inquisición cargó en primera instancia contra ellos por esa razón. El 21 de marzo de 1575, un sacerdote habló con la Inquisición, en Friuli. Dijo que había ido en busca de cierto Paolo Gasparutto, que afirmaba que curaba a gente empleando el poder de unos vagabundos que viajaban de noche llevando cañas de hinojo. A través del

interrogatorio a Gasparutto, la Inquisición dejó al descubierto las prácticas de los benandanti (Ginzburg, 3 ff). El hecho de que hicieran hincapié en las cañas de hinojo hace pensar en la antigua veneración de Dionisos. Dionisos era una versión del dios cornudo y estaba asociado con Cibeles, la Gran Madre (Véase Capítulo 2). Tanto él como la Gran Madre eran venerados por mujeres y por hombres vestidos con ropa de mujer. Estos veneradores llevaban varas hechas con tallos de hinojo gigantes (cañaheja o *ferula communis*) con una piña al final (véase *Las Bacantes*, de Eurípides). (La palabra del italiano moderno para hinojo es *finocchio*, que también quiere decir "homosexual"). Una vez que la Inquisición se dio cuenta de lo difundidas que estaban las prácticas de los benandanti, iniciaron un amplio ataque contra ellos. Los miembros del culto fueron detenidos, sólo que ahora se les torturó hasta que confesaron lo que los Inquisidores querían oír. Y aquello en lo que estaban interesados los Inquisidores no era en Diana, sino en el Demonio (y es que veían a Diana como a un demonio).

El resultado fue que se torturaba sistemáticamente a los benandanti hasta que lograban que afirmasen que eran brujas y que veneraban al Demonio. Alrededor de 1618, muchos de los benandanti, sometidos a este extremo tormento físico y psicológico, de hecho, llegaron a considerarse a sí mismos como brujos veneradores del Demonio (Ginzburg, 108 ff). De modo que la evidencia en lo concerniente a los benandanti es una prueba concluyente de que el paganismo sobrevivió hasta época muy tardía en Europa y que los cristianos convirtieron a estos paganos en brujos.

La última fase de la transformación de todo esto en brujería se presentó cuando las seguidoras de Diana se convirtieron en brujas que volaban por la noche sobre escobas. Como veremos más tarde, los paganos a veces utilizaban drogas alucinógenas que les producían visiones relacionadas con el vuelo. Estas drogas se tomaban bajo la forma de un ungüento que se frotaba por el cuerpo y se absorbía a través de la piel. Para los inquisidores, esto se convirtió en el bálsamo de las brujas, que hacía que fueran capaces de volar por la noche.

Las evidencias de que Diana se transformó en el Demonio se han preservado en algunos de los dialectos campesinos que aún existen en Europa. Así, por ejemplo, en Sardeña, *Jana* (derivado de Diana) significa "bruja". En Asturias, *Dianu* significa "demonio" y lo mismo en el caso de *Diano*, en Galicia, y *Dianho* en algunas partes de Portugal (Alford, 359).



Unión de opuestos según el conocimiento gnóstico

Encontramos desglosadas pervivencias de la veneración de Diana incluso en la actualidad. En 1935, un visitante de Portugal relataba su presencia en la ciudad de *Janas*, que fue construida sobre un antiguo templo pagano. Pudo contemplar una festividad pública que aún tenía huellas del paganismo. Los campesinos trajeron su ganado de los campos y caminaban en un gran círculo siguiendo las varillas del reloj alrededor de la Iglesia. Las mujeres más viejas llegaban montando a lomos de burros. La gente hacía pequeñas ofrendas votivas cubiertas de cera con forma de ganado y las situaban en el altar. La visitante escuchó persistentes rumores de que un gallo se había matado en la iglesia y que su sangre se esparcía por las ofrendas, aunque no lo vió con sus propios ojos (Alford, 359-360).

En la mayoría de relatos que tienen que ver con Diana, suele parecer que sus seguidores fueron mujeres. Pero existían ritos similares entre grupos sólo de hombres, con un dios masculino. Como con Diana, el líder de las tropas masculinas tuvo diferentes nombres, dependiendo de su emplazamiento en Europa. Entre los más comunes estaban Herne el Cazador, Herla el Rey, Herlechin, Herlequin, Harlequin, Hellequin, Hillikin, Berchtold, Bertholt, Derndietrich, Quatembermann y Kwaternik (Russell, 49 y Ginzburg, 58). En mi opinión, esta figura masculina es una pervivencia del dios celta cornudo. Como vimos en el Capítulo 2, el nombre latinizado del dios celta cornudo era *Cernunnos*, que significa "El Cornudo" (Bober). La terminación -os en esta palabra es el sufijo que los griegos y los antiguos latinos añadían a la mayoría de nombres masculinos que tomaron prestados de otras lenguas. De modo que la forma original, deslatinizada, era probablemente *Cernunn*. Ahora, los

prefijos *-cer* y *-her* son raíces indoeuropeas intercambiables y ambas significan “cuerno”. De modo que una variante del mismo nombre es *Hernunn.* La última palabra, sospecho, era el ancestro celta de *Herne*, que es uno de los nombres más antiguos para la figura masculina a la que nos estamos refiriendo. Otra variante de *Herne* era *Herla*. De *Herla* viene *Herla, the King* [el rey Herla], y de ahí viene *Herlequin* y *Harlequin* (véase “Harlequin” en el *Random House Dictionary*). Las representaciones medievales de Arlequín confirman estas especulaciones que se basan en la lengua. Y es que suelen mostrarle vistiendo un gorro de dos picos que le penden, similares a cuernos.

En la tradición literaria latina, Arlequín se convirtió en la figura del Loco, como por ejemplo aparece en la comedia italiana tardía. Suele mostrarse vestido con ropas brillantes, y esta es la apariencia tradicional del Arlequín en la escena italiana. Su manifestación como el Loco es interesante, porque en la Edad Media sobrevivió una fiesta del paganismo llamada la Fiesta de los Locos. Solía tener lugar alrededor del primero de Enero (la festividad de Janos, el hermano de Diana), y se caracterizaba por la bebida, la fiesta, las orgías sexuales y el travestismo (Russell, 51, 58-59; Rawson, 74).

La palabra “Loco”, cuando se aplicaba a Arlequín no significaba, originariamente, tonto o estúpido, sino más bien frenético, extático o loco, como la palabra francesa *folie*, que significa locura o demencia. Este último significado está, sin duda, en la línea de la naturaleza extática de la Fiesta de los Locos. Los ritos de Arlequín se originaron en el campo y en los bosques e impresionaron a los observadores cristianos

por su salvajismo. Esta impresión se ve confirmada por las palabras con las que los cristianos describían a lo seguidores de Arlequín. Se les llamaba de distintas maneras: *sauvages*, *selvatici*, *selvaggi*, *selvatici*, y *homines selvatici*, refiriéndose a "hombres salvajes", de la raíz *silvus*, que significa "bosque" (Russell, 49). A lo largo de la Edad Media, hallamos numerosas descripciones de tropas de hombres que siguen de noche a Arlequín. Como ejemplo, consideremos al historiador y monje Orderico Vital. En el siglo XI, relató en su *Historia de la Iglesia*, que estas creencias existían en Bonneville, Francia. Una noche, ya tarde, un sacerdote dijo haber sido testigo de la procesión de una gran multitud montada a caballo y a pie, entre quienes había muchas personas que habían muerto hacía poco. Al verlo, reaccionó diciendo que: "Estas son sin duda las tropas de Arlequín, de la que había oído hablar, y en cuya existencia nunca había creído" (Lea, v. I, 171). Este relato recuerda a los benandanti, que a menudo decían que veían tanto a los vivos como a los muertos.

En el siglo X, los intelectuales cristianos habían transformado al dios pagano cornudo en el Demonio y la ley cristiana empezó a definir a los antiguos dioses teutones de la fertilidad como "demonios" (Russell, 48). La Iglesia llamó a estos espíritus *incubi* (esto es, demonios que están panza arriba) o *succubi* (demonios que están boca arriba). A ojos de la Iglesia, eran demonios que podían coger el cuerpo de un hombre o de una mujer a su voluntad y mantener relaciones sexuales con seres humanos de ambos sexos. Por ejemplo, en el siglo XVII, Isidoro de Sevilla dijo que los Teutones veneraban a un espíritu que vivía en los bosques llamado *Scrat*, que en inglés antiguo significa hermafrodita. Afir-

maba que entre los latinos se les llamaba *incubi* (Wright, 75). Alrededor de 1218, Gervais de Tilbury señaló que muchas personas afirmaban haber visto espíritus de la naturaleza y del bosque que los antiguos celtas llamaban *Dusii*, pero que la gente de su época (esto es, los cristianos) los llamaban *incubi* (Lea, v. I, 173). Alrededor de 1455, Felix Hemerlin relataba que en Dinamarca y Noruega los demonios frecuentemente aparecían bajo forma humana y se les llamaba “trols”. Y añadía:

> *Y como suele ser costumbre, no les asustan los hombres, pero los hombres practican la obediencia con ellos, a quienes incluso se les llama 'incubi' y 'succubi' y están mezclados [esto es, tienen relaciones sexuales] adoptando forma humana con los hijos e hijas de los hombres* (Lea, v. I, 160).

Estos ejemplos muestran que la Iglesia no se inventó ni sacó de la nada a los *incubi* y a los *succubi*. Tras el concepto estaban dioses paganos menores, a veces hermafrodíticos, que se creía que tenían relaciones sexuales con seres humanos. Cuando los practicantes del paganismo pasaron a ser considerados como brujas y brujos, la Iglesia hizo cada vez más hincapié en la importancia de los *incubi* y los *succubi*. En 1489, el Papa Inocencio VIII publicó una bula atacando a los *incubi* y *succubi*:

> *Ha llegado recientemente a nuestros oídos, no sin gran pena por nuestra parte, que en algunas partes del alta Alemania, así como en las provincias, ciudades, territorios, regiones y diócesis de Mainz, Koln, Trier, Salzburg y Bremen, muchas personas de ambos sexos, en detrimento de su propia salvación y renunciando a la fe católica, se entregan tanto a los demonios masculinos como femeninos (Kors, 108).*

La publicación de esta bula marcó un punto de no retorno en la historia de la brujería. Brindaba un fuerte apoyo papal

a la creciente consideración de la brujería como una forma de herejía en sí misma, y por tanto sujeta a la Sagrada Inquisición. "Estableció, de una vez por todas, que la Inquisición contra las brujas gozaba de la aprobación papal y además abría la puerta a los baños de sangre que se producirían durante el siguiente siglo" (Russell, 230). Es desde la fecha de esta bula que podemos marcar el inicio de "la brujomanía europea".

Pocos historiadores han analizado la dimensión sexual de la bula de Inocencio. La razón que este tenía para clasificar la brujería como una herejía era que los "demonios" tenían relaciones sexuales con seres humanos de ambos sexos. Dichas personas eran culpables de "renunciar a la fe católica" –en latín, *a fide catholica deviantes*, literalmente: "desviados de la fe católica" (Lea, 1: 161). La visión occidental del inconformismo sexual en tanto que "desviación", se origina en la ortodoxia religiosa. Los psiquiatras modernos, al adoptar esta visión, han asumido el papel que en tiempos jugaban los sacerdotes y los inquisidores al reprimir el disenso.

Dado que los cristianos creían que los *incubi* y los *sucubbi* eran espíritus malvados sin cuerpo, llegaron a una pequeña polémica teológica: ¿Cómo pueden unos seres sin cuerpo mantener relaciones sexuales? Caesarius de Heisterbach, un monje e historiador del siglo XIII, ofreció una memorable respuesta en su *Dialogus*: los demonios recogían todas las corridas que se habían eyaculado "de forma contraria a la naturaleza" ¡y las usaban para hacer cuerpos para ellos! (Lea, 1:152). Sea como sea que los demonios obtuvieran sus cuerpos, tener relaciones sexuales con ellos era un delito.

"Mantener relaciones sexuales con un demonio era equivalente al sexo anal, cuya pena era la hoguera" (Robbins, 467). Margaret Murray en *El culto de la brujería en Europa occidental* proponía que los *incubi* y los *succubi* eran en realidad humanos que representaban a dioses paganos y que tenían relaciones sexuales tanto con sus seguidores masculinos como femeninos. Tras examinar muchos de los cargos lanzados contra las brujas, Murray concluía:

> *Las evidencias de las brujas dejan claro y de forma arrolladora que el denominado "Demonio" era un ser humano, generalmente un hombre, ocasionalmente una mujer. En los grandes sabbats, en los que él aparecía con gran despliegue, estaba disfrazado para que no se le reconociera; en las pequeñas reuniones, al visitar a sus devotos o cuando inducía a un posible converso a unirse a las filas de la sociedad de brujería, aparecía en su propia persona, normalmente vestido con las ropas de la época.* (Murray, 31)

El sexo jugaba un gran papel en las tradiciones del paganismo que habían pervivido. Muchos relatos dan a entender la presencia de rituales sexuales, de travestismo y su veneración por la naturaleza, a veces en asociación con áreas sagradas que se conoce se remontan a la Edad de Piedra o a la Edad de bronce. Por ejemplo, las condenas de la Iglesia tanto del ritual de travestismo como de la veneración de imágenes de órganos sexuales son frecuentes (véase el calendario que se adjunta en el Apéndice). En lo que concierne a la veneración que pervivió del sexo en general, contamos con muchas evidencias. En el siglo XI, el historiador alemán de la Iglesia, Adam de Bremen, relataba que el dios Fricco –representado por un enorme dildo– aún era venerado en Upsala, Suecia, y que los viernes estaban consagrados a dicho dios (Wright, 26). En el siglo XIII, hallamos

muchos informes que conciernen a actos de veneración alrededor de dildos. En el 1268, se produjo una plaga de una enfermedad propia del ganado en el distrito escocés de Lothian. *The Chronicle of Lanercost* relata que algunos de los miembros del clero urgieron para que se levantara una imagen de Príapo (esto es, un dildo) para proteger al ganado (Wright, 31). En 1282, en Inverkeithing, Escocia, un sacerdote de la parroquia dirigió una danza de Pascua en la que unas niñas pequeñas bailaban alrededor de un dildo (Wright, 31-32). Algunos historiadores se mofan de este relato, pero si nos permitimos interpretar seriamente el texto original, podemos descubrir las motivaciones del sacerdote. Cuando el obispo le interpeló, *el sacerdote dijo que era una antigua costumbre de los campesinos* (Wright, 31-32). El obispo aparentemente le creyó, porque se le permitió mantener el cargo. ¿Podemos imaginar qué habría pasado si en la actualidad un sacerdote católico hiciera lo mismo en Boston, por ejemplo?

En el siglo XIV un grupo de armenios, probablemente cátaros, practicaban el culto al sol y celebraban orgías (Russell, 93, n. 49). En 1353, el *Decameron* de Bocaccio mencionaba una sociedad secreta llamada los "vagabundos" (una reminiscencia de los benandanti) que se reunían dos veces al mes para festejar y realizar orgías (Russell, 193). En 1375 una mujer italiana, Gabrina Albetti, fue llevada a juicio en Reggio por enseñar a otras mujeres a quitarse la ropa por la noche y rezar a las estrellas. Fue condenada por una corte secular, la marcaron con hierro candente y le cortaron la lengua (Russell, 210). En el siglo XV, John Zizka acusó a los herejes bohemios llamados adamitas de practicar el nudismo, danzas rituales alrededor de fogatas y la sodomía

(Lerner, 123). Este relato probablemente se refiere a prácticas paganas, ya que las danzas alrededor del fuego eran un rasgo común de las fiestas paganas que sobrevivieron bajo el cristianismo, como la Fiesta de San Juan Bautista (el solsticio de verano). Alrededor de 1455, el papa Calixto III prohibió las prácticas religiosas que aún se celebraban en su día en cuevas decoradas con caballos. Un historiador del arte piensa que se refiere a las cuevas de la Edad de Piedra, ya que a menudo estas tenían pinturas rupestres de animales y, originariamente, se utilizaban como emplazamientos religiosos de tipo chamanista (Rawson, 10).

En el siglo XVI, hallamos más vínculos entre los emplazamientos de la Edad de Piedra y de la Edad de Bronce y las acusaciones de brujería. En 1514, el inglés John Panter fue acusado de visitar anualmente una localidad durante el solsticio de la fiesta de San Juan Bautista con el propósito de consultar a los demonios. El lugar al que iba estaba en la parroquia de Doulting, cerca del emplazamiento de 12 montículos funerarios de la Edad de Bronce (Grinsell, 73). En 1566, John Walsh de Netherburg, en Inglaterra, dijo que consultaba a las "hadas", que residían en grandes pilas de tierra y que estas le habían otorgado sus poderes para la brujería. Estas pilas eran montículos funerarios prehistóricos (Brinsell, 73-74). En el mismo siglo, continuaron descaradamente las prácticas paganas, incluso dentro de algunas iglesias. En 1562, en la iglesia católica de San Eutropio, en Orange, se solía venerar un gran dildo de madera y piel, que fue saqueado y quemado públicamente por los protestantes (Wright, 51).

En la Inglaterra del siglo XVII, muchos monumentos de la Edad de Bronce eran reputados por ser lugares en los que se celebraban los sabbats de las brujas y se mencionan repetidamente en los juicios de brujería. En el norte occidental de Francia, los emplazamientos de los monumentos de la Edad de Piedra a menudo estaban asociados, en el folklore, con los sabbats de las brujas. Algunos montículos funerarios incluso tenían un nombre que aludía a la brujería, como uno que se halla en Brabant, que se solía llamar *Le Lieu du Sabbat* ("El lugar del sabbat") (Grinsell, 76-77).

Estos relatos traen a la mente otras historias sobre montículos mágicos que circularon en Italia. En 1630, Diel Breull de Assia dijo que él había viajado al Montículo de Venus, donde conoció a Frau Holt, que era una protectora de la fertilidad de la tierra. En 1632, Breull fue torturado por la Inquisición hasta que confesó que había venerado allí al Diablo (Ginzburg, 64-65). En 1649, un grupo de personas llamadas la Hermandad de John, fueron juzgadas en Leopoli. Dijeron que habían visitado las almas de los muertos en el Montículo de Venus y que tenían el poder de evocarlas (Ginzburg, 64).

El paganismo continuó incluso durante el siglo XVIII. El 30 de diciembre de 1781, el relato de un testigo narra que en una iglesia en Isernia, Nápoles, el dios fálico Príapo aún era venerado bajo el nombre de San Cosme. La gente colocaba modelos de cera de penes y testículos en su altar, como ofrendas votivas (Hamilton, 18-21). En 1794 el ministro de Callander, en Pershire, Escocia, afirmaba que los ritos paganos aún eran practicados en esa área (Hope, 73). En Bretaña las gentes siguieron celebrando rituales sexuales en

los lugares donde había monumentos de la Edad de Bronce hasta el siglo XIX. Y no abandonaron esas prácticas sin más, sino que las defendieron, ya que "hasta el siglo XIX la Iglesia combatió con vigor y con éxito desigual las prácticas paganas y a menudo obscenas asociadas a los monumentos megalíticos" (von Cles-Reden, 260).

Incluso de forma tardía, a inicios del siglo XIX, los nombres de las antiguas deidades aún se utilizaban en algunos lugares. La diosa Démeter era venerada con su propio nombre y en la forma de una antigua estatua en Eleusis, Grecia, hasta el 1801. El culto fue derrotado en la época por dos ingleses, Clarke y Crips. Formaron una escolta armada, entraron y sacaron por la fuerza la estatua de la diosa, provocando disturbios entre los campesinos (Briffault, v. III, 182).

Las festividades de los antiguos dioses paganos a menudo se celebraban con orgías sexuales. Además, no debería sorprendernos descubrir que los inquisidores vinculaban la brujería con la sexualidad. Cuando alguien era detenido bajo sospecha de brujería, se le preguntaba exhaustivamente sobre su vida sexual. A menudo se les torturaba hasta que confesaban cualquier posible forma de actividad sexual. Como dijo un historiador: "La curiosidad de los jueces por conocer todos los posibles detalles sobre las relaciones sexuales y su industria de cara a hacer avanzar las pesquisas era insaciable, de modo que estos eran recompensados con una abundancia de enloquecidas invenciones" (Lea, II:916-917).

En los siglos XVI y XVII, la gente de la que se sospechaba que era sexualmente poco ortodoxa podía fácilmente ser acusada de brujería, igual que sucedía antes, y también se las podía acusar con facilidad de herejía. En Innsbruck, Austria, el famoso cazador de brujas Henry Institoris no estaba seguro de que un acusado hubiera matado a alguien usando veneno o brujería, "a pesar de que él se inclinaba por esta última sospecha, basándose en el hecho de que el sospechoso tenía un historial de laxitud sexual, y por ello sin duda era propenso a dichas actividades tales como la brujería" (Kieckhefer, 49-50).

Durante el periodo de auge de la caza de brujas la gran mayoría de estas eran mujeres. Algo comprensible, dado que estas eran las transmisoras en jefe de las antiguas tradiciones paganas. Bajo las primeras formas de paganismo, las mujeres habían disfrutado de una situación de gran libertad sexual. Su vinculación con el sexo desatado y el paganismo resultó en la creación del estereotipo cristiano que considera a las mujeres como depravadas sexuales.

Este estereotipo se revela muy claramente en el *Malleus Maleficarum*, un manual oficial del siglo XV para perseguir a las brujas. Los autores del *Malleus* se preguntaban por qué hay más brujas mujeres que hombres, y respondían, en la línea de la mejor tradición patriarcal, que "ya que son más débiles, tanto en mente como en cuerpo, no sorprende que suelan caer más a menudo bajo el influjo de la brujería" (*Malleus*, 44). Los autores continuan con ese razonamiento, afirmando que las mujeres son más sexuales que los hombres y por tanto es más probable que sean controladas por el demonio: "Pero la razón natural es que ella [la mujer]

es más carnal que el hombre, como queda claro por sus muchas abominaciones" (*Malleus*, 44). Su actitud subyacente hacia la sexualidad de las mujeres queda bien resumida en estas palabras: "Una mujer es algo hermoso de contemplar, contaminante para el tacto, fatal si se mantiene... Toda la brujería proviene del deseo carnal, que en las mujeres es insaciable" (*Malleus*, 46-47). En los peores periodos de la caza de brujas, cualquier mujer podía encontrarse en la situación de ser arrastrada ante la Inquisición y ser acusada de ser una bruja por el mero hecho de tener la reputación de disfrutar del sexo. Lo mismo podía sucederle a un hombre, si tenía la reputación de ser gay. Desafortunadamente, los historiadores profesionales no le han prestado a este último hecho demasiada atención. Y es que suelen tener una actitud hacia la homosexualidad muy similar a la que hallamos entre los cristianos medievales.

La homosexualidad masculina y la brujería a menudo estaban vinculadas entre sí, del mismo modo que el sexo gay estuvo anteriormente vinculado con la herejía. Algunos académicos tal vez se dejen confundir por la visión de la homosexualidad que se encuentra en el *Malleus Maleficarum*, que era el primer manual de caza de brujas que contaba con la aprobación papal. ¡Y es que, según el *Malleus,* la homosexualidad es tan desagradable que ni tan siquiera los demonios querrían practicarla! En palabras del *Malleus*:

> *Y debe hacerse notar con esmero que, a pesar de que la Escritura habla de que Incubi y Succubi se calientan con mujeres, en ningún lado leemos que los Incubi y Succubi caigan en vicios contra-natura. No hablamos sólo de sodomía, sino de cualquier otro pecado en el que el acto se ejecute erróneamente fuera del canal adecuado. Y la*

verdadera enormidad de tal pecado, de este modo, se muestra por el hecho de que todos los demonios por igual, de cualquier orden, abominan y piensan que es vergonzoso cometer tales acciones. (*Malleus*, 29-30)

El *Malleus* concluía diciendo que cualquiera que cometiera un acto sexual gay después de los 33 años, es probable que no tuviera ya ninguna esperanza de salvación:

De hecho muchos dicen, y se cree verdaderamente, que nadie puede perseverar sin peligro en la práctica de dichos vicios más allá del periodo de la vida mortal de Cristo, que vivió durante 33 años, a menos que sea salvado por alguna gracia especial del Redentor. (*Malleus*, 30)

Por desgracia para gays y lesbianas, la Inquisición no siguió el *Malleus*, y creía que el demonio era responsable de la homosexualidad. En 1582, la Inquisición de Avignon, en Francia, dictó esta sentencia contra un grupo de brujos y brujas, a quienes condenaron: "Vosotros, hombres, habéis fornicado con *succubi* y vosotras, mujeres, con *incubi.* Habéis cometido infamemente genuina sodomía y los más innombrables crímenes con ellos por medio de su frío tacto" (Lea, v. I, 485).

La homosexualidad y la brujería llegaron a estar tan íntimamente asociadas que ambas a menudo se hallaban vinculadas en los populares folletos que circulaban sobre el asunto. En 1460, apareció un panfleto anónimo durante el juicio de las brujas de Arras, Francia. Lanzaba la siguiente acusación:

A veces, de hecho, se perpetran indescriptibles ultrajes al intercambiar mujeres, por orden del demonio que preside, pasando de una mujer a otra mujer y de un hombre a otros hombres, y abuso contra la naturaleza de las mujeres por

> *parte de ambas partes y de forma similar contra la naturaleza de los hombres, o por parte de una mujer con un hombre fuera del orificio regular y en otro orificio* (Robbins, 468).

En 1589, apareció en París un panfleto anónimo de 15 páginas que acusaba al rey Enrique III de Francia de ser homosexual y brujo (Summer, *Popular History*, 164-165). En Lisboa, en 1612, la homosexualidad y la brujería estaban tan entremezcladas que las autoridades estaban confundidas y no sabían, ante los casos de brujería, si ejecutar el procedimiento civil para criminales o hacerlo bajo los procedimientos religiosos (Lea, v. II, 485). En muchos juicios de brujería, las acusadas eran torturadas hasta que confesaban que durante el sabbat, tenían lugar actos sexuales gays y lésbicos. En 1615, Gentien Le Clerc, acusado de brujería, fue juzgado en Orleans. Se le hizo confesar que "tras la misa, ellos danzan, y entonces se acuestan juntos, hombres con hombres y mujeres con mujeres" (Murray, *The Witch-Cult in Western Europe,* 249).

Durante el momento más álgido del terror, los jueces, teólogos e intelectuales combinaban rutinariamenste las acusaciones de brujería con las acusaciones de lesbianismo y homosexualidad masculina. Un buen ejemplo de ello es Henry Boguet, que juzgó personalmente una gran cantidad de casos. Alrededor de 1619, escribió en su obra, el *Discours des Sorciers*:

> *Quizás supongas que allí se practica todo tipo de obscenidad, incluso aquellas abominaciones por las que el cielo hizo que lloviera fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra son bastante comunes en estas reuniones.* (Summers, *History*, 157)

En 1620, el inquisidor portugués llamado Manuel do Valle de Moura, publicó un libro sobre brujería. Dijo que en Portugal la Inquisición tenía jurisdicción para perseguir la sodomía y que ningún convicto escapaba a la hoguera (Lea, v. II, 481-485). En 1625, el jesuita Paul Laymann publicó una obra moral llamada *Theologia Moralis*, que afirmaba que el adulterio y la sodomía eran crímenes que conducían a la brujería (Lea, v. II, 680).

La asociación entre el sexo gay y la brujería no se limitaba a la Europa continental. En 1661, la irlandesa Florence Newton fue llevada a juicio y acusada de haber besado agresivamente y haber convertido en bruja a una joven sirvienta, Mary Longdon (Robbins, 352-353). En 1670, en Escocia, Thomas Weir, un respetado soltero de setenta años, dejó estupefacta a la opinión pública confesando, por iniciativa propia, sus prácticas de brujería, fornicación y sodomía (Robbins, 534).

En el siglo XVI, la Inquisición había creado el esteretipo del brujo. Según este estereotipo, un brujo era una persona que tenía el poder de hechizar a personas, estaba ligada al Diablo, volaba por el aire de noche, conspiraba para derrocar la civilización cristiana y asistía a reuniones periódicas donde se celebraban salvajes ritos sexuales (Cohn, *Demons*, 147). Se detuvo a muchas personas bajo la sospecha de brujería y a menudo se las torturaba hasta que confesaban practicar todo lo que dictaba dicho estereotipo. Como resultado, se quemó a mucha gente que no tenía absolutamente nada que ver con ninguna de esas prácticas.

El estereotipo del brujo era una fantasía desarrollada por la Inquisición, pero en la base había cierta realidad. Abundan las evidencias de la supervivencia de la veneración del sexo y la naturaleza, tanto en la herejía gnóstica como en las tradiciones campesinas. Las brujas existían, pero no eran monstruos adoradores del diablo inclinados por el infierno para destruir la raza humana. Eran simplemente, practicantes de corrientes fragmentadas del antiguo paganismo que habían pervivido. Curaban, entraban en trance, tenían visiones y celebraban grotescos ritos en honor de los mágicos poderes del sexo y la naturaleza. Como los paganos de la antigüedad, no hacían una distinción entre sexo y religión. Para ellos, el sexo era una manifestación del poder religioso. A los ojos de los patriarcales cristianos, era una herejía y equivalía a adorar al Diablo.

LA CONTRACULTURA MEDIEVAL

La religión antigua tenía una visión del mundo coherente. Tras sus muchas formas yace una actitud básica hacia la vida, una manera de sentir y experimentar la naturaleza y a los demás, transmitida de generación en generación. Esta visión del mundo se manifestó primero en el antiguo paganismo, entonces en la herejía medieval y, finalmente, en la brujería. Aunque la religión antigua y el cristianismo se influyeran entre sí y en algunos casos incluso se fusionaran, las creencias que estaban en la raíz y las formas sociales que presentaba la religión antigua conformaron una genuina contracultura, radicalmente opuesta a la forma de vivir y pensar de los cristianos tradicionales.

La religión antigua era politeísta. Su deidad más importante era una diosa que se veneraba como la Gran Madre. Su segunda deidad más importante era el dios cornudo, asociado con los animales y la sexualidad, incluyendo la homosexualidad. Estas y otras deidades eran veneradas en el campo, de noche y mediante fiestas, danzas, mascaradas animales, travestismo, orgías sexuales y el uso de drogas alucinógenas. Los actos sensuales estaban en el corazón de la religión antigua, ya que se trataba de una religión mundana de alegría y celebración. El testimonio de las propias brujas , cuando no se las coaccionaba, constituye un testimonio de este gozo. Pierre de Lancre, un juez del siglo XVII, relataba: “Jeanne Dibasson, de veintinueve años, nos cuenta que el sabbat es el verdadero paraíso, que allí hay más placer del que uno puede expresar” (Murray, *Witch-Cult*, 25). A veces, motivados por el deseo de desacreditar el paganismo, los inquisidores torturaban a las brujas hasta

que negaban su gozo y decían que las celebraciones eran desagradables. Al hacerlo, los inquisidores eran como algunos psiquiatras actuales, que "tratan" a pacientes homosexuales, afirmando que la vida gay y lésbica no podrá ser jamás una vida feliz.

Las mujeres eran las sacerdotistas en jefe y líderes de la religión antigua, y desempeñaban el papel de profetas, comadronas y curanderas. Las mujeres sacerdotisas se hacían pasar por la diosa y actuaban en su nombre. Aunque también existían grupos de sacerdotes (como los druidas), jamás suprimieron el papel religioso de las mujeres. La supestructura material de la religión antigua era un sistema social matriarcal que se remonta a la Edad de Piedra.

La religión antigua era una religión del campo y del bosque, y no de la ciudad. En el periodo temprano, las referencias a toda iglesia o templo eran raras, y se vuelven más frecuentes sólo bajo la influencia tardía del patriarcado y del cristianismo. Los seguidores de la religión antigua tenían una forma de vida rural en una relación de dependencia directa respecto a la naturaleza y sentían un sentido de la comunidad con todas las plantas y la vida animal. En el mundo de la Edad de Piedra del que emergió el paganismo, no existía ningún "gobierno", excepto el de las gentes mismas. Incluso en el periodo de la Edad Media temprana, su cultura estaba desprovista de todo institucionalismo, tal y como lo conocemos ahora. Posteriormente, la brujería conservó esta hostilidad característica hacia la autoridad institucional. "En la historia del cristianismo, la brujería es un episodio de la larga lucha entre la autoridad y el orden

por un lado, y la profecía y la rebelión por el otro" (Russell, 2).

Tanto los antiguos paganos como las últimas brujas eran personas formadas, que poseían un vasto conjunto de conocimientos sobre hierbas, plantas, animales, signos atmosféricos, astronomía y medicina. Este conocimiento, junto a sus mitos y poesía, eran transmitidos por medio de la palabra de una generación a otra. El aprendizaje era una cuestión de íntimo diálogo personal. Originariamente, la religión antigua no sabía nada ni de libros ni de control burocrático del conocimiento por parte de universidades. No fue hasta que los cristianos se volvieron más poderosos que hicieron que lo libresco se introdujera en la religión antigua.

La religión cristiana, en sus formas tradicionales, se oponía a estos rasgos de la religión antigua. Los cristianos veneraban sólo a un dios, que describían en términos que sugieren la heterosexualidad masculina ("Dios es el padre"). Este dios existía en gran aislamiento, por encima de la naturaleza que él creó y dominó, mientras que las deidades de la religión antigua siempre permanecieron subordinadas a la naturaleza. El dios cristiano era también completamente intolerante en relación a cualquier otra deidad o espíritu. Los cristianos estaban llenos de odio hacia las deidades que los demás veneraban y que no fueran su "único dios verdadero" y esta actitud se remonta a Jesús de Nazaret, que comparaba a estas gentes con la mala hierba:

> *Y respondiendo Él, dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre, y el campo es el mundo; y la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del maligno;y el enemigo que la sembró es el diablo, y la siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles. Por*

> *tanto, así como la cizaña se recoge y se quema en el fuego, de la misma manera será en el fin del mundo. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que son piedra de tropiezo y a los que hacen iniquidad; y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes.* (Mateo, 13: 37:42).

Mientras que la religión antigua era tolerante con cualquier sexualidad, el cristianismo tradicional condenaba toda manifestación de la sexualidad excepto la heterosexualidad monógama santificada por el matrimonio. Jesús de Nazaret no tuvo en absoluto vida sexual, y Pablo de Tarso condena constantementre el adulterio, la fornicación y la homosexualidad tanto masculina como femenina. "El primer elemento religioso más particularmente perseguido y reprimido por el cristianismo fue la naïf y bastante hermosa adoración de la sexualidad de la naturaleza y de los seres humanos" (Legman, 103-104). Allí donde los misioneros se encontraron con los denominados "primitivos", la primera cosa que hicieron es hacer que la gente se sintiera culpable por el sexo, la desnudez, y el propio hecho de tener un cuerpo. Los grandes poderes que se hallaban tras la homófoba americana Anita Bryant[1] también eran una coalición de iglesias, sinagogas y grupos de este tipo.

El odio del cristianismo por el sexo estaba encajado en su odio hacia las mujeres. Al dios cristiano siempre se dirigen

[1] Anyta Briant es una cantante norteamericana, más conocida por su campaña, a mediados de 1970, contra los derechos de los homosexuales. Su acción provocó multitud de protestas tanto en Estados Unidos como en Europa. Prosiguió en esa línea fundamentalista cristiana hasta 1980, en que el divorcio de su marido hizo que los ultraconservadores le retiraran su apoyo y se apartó de la política [N. de la Trad.].

como "Él" y no encontramos a ninguna mujer entre los discípulos de Jesús de Nazaret. Las mujeres siempre han estado excluidas del sacerdocio. Pablo de Tarso instituyó:

> *La mujer debe aprender con serenidad, con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe al hombre y ejerza autoridad sobre él; debe mantenerse ecuánime. Porque primero fue formado Adán, y Eva después. Además, no fue Adán el engañado, sino la mujer; y ella, una vez engañada, incurrió en pecado.* (I Timoteo, 2: 11-14)

Durante las cazas de brujas de los siglos XVI y XVII, los inquisidores señalaron a las mujeres como peligrosas. En muchas ocasiones, las mujeres fueron condenadas precisamente porque se les asociaba con el sexo. Los hombres heterosexuales que controlaban el cristianismo consideraban los sentimientos sexuales como pecaminosos; y ya que las mujeres despertaban estos sentimientos, debían ser pecaminosas. La condena de las mujeres era una consecuencia natural de la condena del sexo.

A diferencia de los valores anarcoides de las brujas, el cristianismo estaba obsesionado con las instituciones establecidas. La actitud de Pablo de Tarso era típica de esta tradición:

> *Sométase toda persona a las autoridades superiores, porque no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrean condenación para sí mismos.* (Carta a los Romanos, 13: 1-2).

El concepto de jerarquía se difundió a lo largo y ancho del mundo cristiano por obra de Pseudo Dionisio Aeropagita, "el padre del misticismo cristiano". En su ideología, la jerar-

quía de la Iglesia era un símbolo de la jerarquía del cielo, que a su vez era un símbolo de la estructura interna mística de Dios. La única manera que tenían los cristianos de conocer a Dios era obedecer a quienes ocupaban el siguiente y superior escalafón en la jerarquía de la Iglesia, ya que la jerarquía en sí misma era una imagen de la divinidad. Dionisio hizo de la obediencia algo más que un simple deber moral; se convirtió en el medio para la gracia misma, dado que la burocracia se había elevado al nivel de principio místico. Posteriormente, el protestantismo erradicaría el concepto de dispensación jerárquica de la gracia, pero conservaría la idea de la importancia mística de su propia jerarquía. Como resultado, tanto en el catolicismo como en el protestantismo, Iglesia y jerarquía se convirtieron en sinónimos.

El cristianismo consideraba el aprendizaje como una práctica libresca, y estableció un sistema de universidades por toda Europa. El aprendizaje se convirtió en impersonal y objetivo, y consistía en el estudio de documentos y libros en un aula bajo el control de una burocracia central. La Iglesia proscribió cuidadosamente y destruyó aquellos libros que estaba prohibido que los fieles leyeran. El efecto de estas prácticas era separar la razón del sentimiento y hacer del aprendizaje una búsqueda objetiva, que se realizaba dentro de los confines de una institución. El aprendizaje se convirtió en algo burocratizado.

El cristianismo y la religión antigua diferían en el modo que tenían de considerar la desnudez, el pelo, las drogas y los animales. Entre los celtas, la desnudez nunca se contempló como algo vergonzoso, y el cuerpo desnudo era respetado

como una fuente de poder religioso. Los guerreros celtas a veces luchaban desnudos para incrementar sus poderes mágicos en el campo de batalla (Chadwick, *The Celts*, 134). Las deidades principales de la religión antigua generalmente se muestran desnudas, y la deidad masculina tenía el miembro en erección. Los campesinos de Europa siguieron usando pequeños amuletos de la buena suerte, que representaban tanto los genitales masculinos como femeninos, hasta mucho tiempo después de que el cristianismo se convirtiera en la religión oficial (Hamilton).

El desprecio del cristianismo por el cuerpo desnudo estaba lógicamente conectado con su odio por el sexo. En el Antiguo Testamento la primera caída en el pecado está vinculada con la vergüenza que Adán y Eva sentían en relación a su desnudez:

> *Y fueron abiertos los ojos de entrambos, y conocieron que estaban desnudos: entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales.* (*Génesis* 3:7).

Cuando el Dios Yahvé apareció en el Jardín del Edén, Adán se escondió: "Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí". (*Génesis*, 3: 10)

El Nuevo Testamento siguió en la misma línea, y varias afirmaciones de Jesús de Nazaret animaron a algunos cristianos a convertirse en fanáticos ascetas:

> *Pero yo les digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.* (Mateo, 5: 28-29).

En el siglo III, tanto la palabra como el espíritu de esta afirmación fue seguida por Origen, un padre de la Iglesia, que se castró a sí mismo para evitar la tentación sexual.

Los cristianos medievales tenían una actitud de morbosidad hacia la desnudez. Algunos de ellos incluso se negaban a bañarse porque ello implicaba devestirse. Circulaban una serie de relatos en torno a los primeros santos cristianos, que decían no se habían bañado ni una sola vez en toda su vida. El resultado inevitable de este tipo de pensamiento fue la generalización de multitud de enfermedades, especialmente patologías de la piel, que plagaron constantemente la Edad Media.

En el arte cristiano de la Edad Media, los genitales raramente se muestran, y la forma humana normalmente aparece macilenta y ajena a lo sensual. Un motivo común es el cuerpo torturado o mutilado de algunos mártires cristianos. El emblema más importante de la cristiandad medieval -el cuerpo agonizante de Jesús de Nazaret clavado en la cruz- resume el conjunto de la mentalidad cristiana: crucificar el cuerpo por la salvación de su alma. Durante el Renacimiento, los artistas cristianos empezaron a mostrar una imagen corporal más positiva. De todos modos, la causa que subyacía era el *revival* de los valores griegos paganos; no tuvo nada que ver con el cristianismo *per se*. La denominada "Reforma" fue una revuelta contra este resurgimiento, dejando como legado la esterilidad artística del protestantismo moderno.

La religión antigua apreciaba el vello corporal. Los relatos y poemas celtas frecuentemente aplauden el hermoso pelo

largo tanto de hombres como de mujeres. Entre los antiguos germanos, Holle (la gran diosa madre) estaba asociada con el pelo largo, dando pie a la expresión germana de un hombre de pelo largo y despeinado: *Er ist mit der Holle gefahren*, que significa, literalmente, "Él ha estado viajando con Holle" (Grimm, 223). Las hadas, también, se asociaron con el pelo largo hasta época muy tardía. Se registran testimonios que hablan de hadas de pelo largo y vestidas de verde en Danffshire, Escocia, hasta 1793 (Hope, 14).

Los cristianos medievales asociaban el pelo largo con el demonio. William de Auvergne, el filósofo del siglo XIII y Obispo de París, dijo que las mujeres debían cubrirse el pelo en la iglesia porque "la belleza del pelo excita con fuerza el deseo de los *incubi*" (Kors, 152). Pablo de Tarso pensaba que el pelo largo era aceptable entre las mujeres, pero antinatural en los hombres: "La naturaleza misma ¿no os enseña que al varón le es deshonroso dejarse crecer el cabello? Por el contrario, a la mujer dejarse crecer el cabello le es honroso; porque en lugar de velo le es dado el cabello" (I Corintios, 11: 14-15). A pesar de tolerar el pelo largo en las mujeres, insistía en que se cubrieran en la iglesia: "Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, afrenta su cabeza; porque lo mismo es que si se hubiese rapado. Porque si la mujer no se cubre, que se corte también el cabello; y si le es vergonzoso a la mujer cortarse el cabello o raparse, que se cubra." (I Corintios, 11: 5-6).

La religión antigua celebraba sus ritos con drogas alucinógenas. Walter Map, un eclesiástico del siglo XII, afirmó que conocía a ciertos herejes que les habían servido, a personas inocentes, un "alimento mágico" que afectaba a su mente

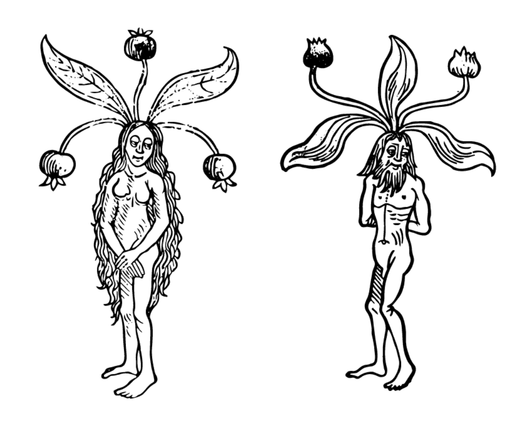
(Russell, 131). Johann Weyer, un médico del siglo XVI que se opuso a la opresión de las brujas, escribió: "Las experiencias de las brujas son sueños delirantes inducidos por drogas con las que ellos confeccionan sus ungüentos" (Lea, II: 505). Weyer identificó que muchas de las sustancias del denominado "ungüento para volar" de las brujas eran "alucinógenos".

Margaret Murray fue la primera académica moderna que sugirió que las brujas usaban alucinógenos. Sus sospechas han sido confirmadas por Michael Harner, que concluyó que el ungüento de las brujas contenía atropina y otros alcaloides, "todos ellos con efectos alucinógenos" y que pueden ser absorbidos a través de la piel (Harner, 128). Algunos historiadores rechazan las conclusiones de Harner, pero sus razones suelen limitarse meramente a sus prejuicios contra quienes consumen drogas. Norman Cohn ridiculiza a Harner porque su libro "fue publicado siguiendo una moda dictada por los experimentos psicodélicos, y las experiencias que muestra son invenciones" (Cohns, *Demons*, 118).

El papel de los alucinógenos en la religión de las brujas es interesante en relación a la antigua veneración de Dionisos (el dios cornudo del mundo grecorromano), que era también el dios de la borrachera. El vino se consideraba originariamente como un alucinógeno religioso, y aportaba a los participantes de las orgías sagradas visiones parecídas a las relatadas por las brujas. Los antiguos consideraban que el vino tenía un poder mágico destilado a partir de las fuerzas vitales de las plantas, Al beber vino, los adoradores de Dioniso se convertían en *entheos*, "llenos del dios"; literalmente, "borrachos de divinidad".

La antigua religión tenía una actitud de reverencia hacia los animales. Ambas deidades principales –la Gran Madre y el dios cornudo– tenían una orientación animal. Los cristianos llamaban "Diana" a la Gran Madre, la señora y la protectora de los animales, por su semejanza con la diosa grecorromana de los animales y de la luna. A parte de sus cuernos, el dios masculino tenía barba, pezuñas y patas peludas, y sus adoradores se vestían con pieles de animales. Las mascaradas de animales eran tan comunes en la Edad Media que se especificaron detalladas condenas contra estas prácticas. Teodoro, el arzobispo de Canterbury del siglo VII, escribió:

> *Si cualquier persona en las calendas de Enero se viste de venado o de toro; esto es, vestirse como un animal salvaje y ataviarse con la piel de un rebaño y ponerse la cabeza de una bestia; a quienes con esta guisa se transformen a sí mismxs bajo la apariencia de un animal salvaje, se someterán a la pena de tres años porque eso es demoníaco.* (Summers, *History*, 134)



Mandrágoras

A lo largo de la era cristiana, las confesiones de brujas, la transcipción de juicios y los escritos populares muestran que ciertos miembros masculinos del culto de las brujas se vestían con pieles animales (posteriormente, con cuero negro) y celebraban sexo ritual con otros brujos durante el Sabbat. El animal más común de las mascaradas animales eran el toro, el gato, el perro, el caballo y la oveja (Murray, *The Witch-Cult in Western Europe*, 61).

En Inglaterra, las brujas se asociaban con los denominados *familiars*, que eran animales domésticos que se solían tener por propósitos mágicos, tales como el famoso gato negro. Dado que a menudo se les acusó de comunicarse con dichos animales, las brujas mismas afirmaban que podían adoptar y hacer que otros adoptaran la forma de una animal. Estas historias no deben descartarse como meras fantasías, especialmente teniendo en cuenta el uso de los aclucinógenos por parte de las brujas. "Existen evidencias documentadas de la existencia, durante un periodo de *siglos*, de la creencia de que ciertas mujeres (no necesariamente siempre las viejas), en tiempos antiguos, podían adoptar o hacer que otros adoptaran la forma de un animal" (Baroja, 39; la cursiva es del original).

El cristianismo siempre ha transmitido el desprecio por los animales, creyendo que los animales son inferiores a los seres humanos. En el Antiguo Testamento, se les ordena a los seres humanos que gobiernen sobre los animales: "Y los bendijo Dios; y díjoles Dios: Fructificad y multiplicad, y henchid la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces de la mar, y en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra" (Génesis, 1: 28).

En el Nuevo testamento, los animales no juegan ningún papel en los planes de Dios para la salvación, y Dios mismo nunca es venerado como un animal. Anteriormente, los padres de la Iglesia, absorbiendo estas tradiciones del intelectualismo griego, enseñaban que los seres humanos eran superiores a los animales porque ellos poseían el *logos*, el poder de razonar. Los padres consideraron todas estas funciones no-intelectuales (como la sexualidad) como "pasiones animales" y por tanto, por debajo de la dignidad de los purificados cristianos. La palabra "animal" ha llegado a connotar desde entonces la bajeza.

La actitud de la religión antigua hacia el cuerpo, el pelo, los alucinógenos y los animales también eran coherentes. Son aquellos valores que cabe esperar encontrar en una cultura que estaba prácticamente desprovista de instituciones burocráticas, y que existía en virtud de una dependencia directa respecto a la naturaleza. Dado que vivían de este modo, los primeros paganos rurales y, posteriormente, las brujas y brujos medievales, consideraban su sensualidad como la clave de quienes eran en tanto que personas, y no como una porquería que hubiera que eliminar de sus almas. Su propia supervivencia dependía de estar en contacto con su cuerpo y saber cómo comunicarse con plantas y animales. Como resultado, su mundo era un mundo encantado, el mundo de los sentimientos naturales.

La actitud cristiana tradicional también era coherente. Estaba basada en valores de una cultura que dependía, para su supervivencia, de una elaborada dominación y jerarquía, un hecho de tipo social que teñía su visión de todo el universo. En el mundo externo, estaba la dominación de

Dios sobre la naturaleza, de los seres humanos sobre los animales, de los hombres sobre las mujeres, del Papa sobre los obispos, del Rey sobre los nobles, de los estados e Iglesias sobre las personas. En el mundo interno, estaba la jerarquía del alma: el intelecto sobre el cuerpo, los pensamientos sobre las pasiones, la preparación disciplinada para una vida futura sobre la anarquía de la sensualidad inmediata. La represión sexual, la auto-disciplina y la obediencia eran los medios para la supervivencia en dicha cultura, así como las llaves del cielo. También eran las herramientas que capacitaban a la Iglesia y al estado para acumular un vasto control institucional sobre las vidas de los seres humanos. Y así los cristianos vivían y morían "dentro de los muros", al margen del contacto con las emociones naturales.

Estos mismos valores cristianos se han abierto camino en las mentes y en las leyes de todas las naciones altamente industrializadas. Tanto si se han erigido como capitalistas o como comunistas, los gobiernos de todas las naciones "desarrolladas" del mundo temen la desnudez, las drogas, el pelo largo, los animales y el sexo. Como la civilización cristiana medieval, las culturas industriales contemporáneas están institucionalizadas y son sociedades burocratizadas, totalmente dependientes de la dominación y la jerarquía para su supervivencia.

Todos nosotrxs somos socializados desde el momento en que nacemos: en aulas, prisiones, oficinas, fábricas, hospitales y manicomios. Dependemos totalmente de las grandes instituciones para cubrir nuestras necesidades diarias. Somos pocos quienes podemos hacer lo que la mayoría de personas a lo largo de la historia han siempre considerado

como actividades humanas esenciales: cosechar nuestra propia comida, hacer nuestra propia ropa, construir nuestras propias casas, preparar nuestras propias medicinas y crear nuestros propios dioses y diosas. Y muy pocos podemos expresar sin sentimiento de culpa el pleno potencial de nuestras energías sexuales, comunicarnos con los animales o transfirgurarnos por medio del poder de los espíritus de las plantas. En cambio, hemos inoculado en nuestros cerebros los rasgos que hacen posible que las grandes burocracias e instituciones satisfagan nuestras necesidades y por tanto que la alienación de la naturaleza, la represión sexual, la autonegación y la obediencia dominen nuestras vidas.

EL ASESINATO MASIVO DE MUJERES, GAYS Y LESBIANAS

"No piensen que he venido para meter paz en la tierra: no he venido para meter paz, sino espada"
Jesús de Nazaret (Mateo, 10: 34)

El cristianismo y la religión antigua, con sus ramificaciones heréticas, no pudieron coexistir en paz. Los miembros de la clase cristiana gobernante estaba convencidos de que la suya era la única religión verdadera y de que todas las otras religiones servían al demonio. Recordaban las palabras de Jesús de Nazaret: "Ve por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa" (Lucas, 14:23). De modo que, empuñando la espada, los gobernantes cristianos trataron de aniquilar a quienes no pudieron convencer.

La situación se volvió crítica a finales del siglo XII. Alrededor de 1150, los cátaros tenían su propia cultura, dialecto, religión y tradición de autogobierno en Languedoc (sur de Francia) (Wakefield, 62). Los cátaros se oponían al catolicismo y se mostraban tolerantes en relación a gays, lesbianas, judíos y paganos. Muchos de los líderes paganos eran mujeres, y las artes florecieron libres de censura. Los líderes de la Iglesia estaban alarmados por la difusión del catarismo y empezaron a elaborar condenas contra sus prácticas y enseñanzas. En 1150, Geoffrey de Auxerre publicó su obra *Supper Apocalypsim*, que acusaba a los cátaros de defender el sexo libre (Russell, 128). En 1157, el Sínodo de Reims abordó y denunció formalmente el cata-

rismo. El Sínodo acusaba a los cátaros de participar en orgías y afirmaba que los tejedores cátaros itinerantes condenaban el matrimonio y fomentaban la promiscuidad (Runciman, 121; Russell, 128; Loos, 117; Cohn, *Millennium*, 153).

Las creencias cátaras se difundieron rápidamente por el resto de Europa, y se volvieron muy fuertes en Lombardía y en Renania. Aparecieron otras herejías. En 1173, Peter Waldo (o Waldes), un rico mercader de Lyon, Francia, atacó la riqueza de la Iglesia e invirtió todas sus posesiones en la fundación de los valdenses. En 1184, el Papa Lucio III condenó a los valdenses y autorizó el uso de la Inquisicón (sin tortura) para descubrirlos (Wakefield, 44 y 133).

En 1208, el papa Inocencio III asumió la cruzada Albigense para borrar del mapa a los cátaros de Languedoc, que también eran conocidos como los albigenses, por la ciudad de Albi. Desde el 1209 hasta el 1229, las tropas católicas, conducidas por Simon de Montfort, invadieron Languedoc, arrojaron al país a una sangrienta guerra civil, y dirigieron una campaña de exterminio. Las gentes de Languedoc resistieron con igual determinación y violencia, y casi salen victoriosos, de no ser porque el Rey de Francia, que hasta el momento no se había comprometido, se unió a la fuerzas católicas.

El 12 de abril de 1229, los albigenses fueron finalmente sometidos, a excepción de un pequeño grupo que resistía en la fortaleza de Montsegur. Fueron totalmente derrotados en 1243, y los quemaron en masa. Uno de los relatos de Cesar,

el autor cristiano, resulta indicativo de la violencia de las tropas invasoras:

> *Gracias a las confesiones de algunas de estas personas, [las tropas] eran conscientes de que los católicos estaban entremezclados con los herejes, de modo que le preguntaron al abad: 'Señor, ¿qué podemos hacer? No podemos distinguir a los buenos de los hechizados'. El abad, como los demás, tenía miedo de que los herejes fingieran ser católicos por miedo a la muerte y una vez que los cristianos se hubieran marchado, volvieran a su perfidia. Se relataba que gritó: ¡Matenlos! El Señor sabe quiénes son los suyos'* (Wakefield, 197).

Al final de las Cruzadas, ambas partes firmaron un acuerdo. Dando en prenda un tercio de sus tierras, el Condado de Tolosa prometía aliarse con la Iglesia y el Rey de Francia. Además, juró dar caza a todo hereje que hubiera sobrevivido, a arrebatarles sus empleos a los judíos y derribar las fortalezas de treinta castillos. También estuvo de acuerdo en dejar que se construyera una universidad -la Universidad de Tolosa- con el propósito de luchar contra la herejía y propagar los valores cristianos (Wakefield, 127-130). Irónicamente, César Augusto, mil doscientos años antes, había fundado una universidad en esa misma ciudad para combatir las enseñanzas de los druidas (Chadwick, *The Druids*, 78).

A pesar de la cruzada, el catarismo y otras herejías se difundieron. Entre el 1227 y el 1235, el papa Gregorio IX creó una maquinaria para la caza permanente de herejes: la Oficina de la Sagrada Inquisición. Creada en origen por la Iglesia Católica, la Inquisición más tarde sería copiada también por las cortes y los países protestantes. Antes de que se instaurara la Inquisición, los herejes eran juzgados ante las cortes

seculares o de los obispos, que actuaban de forma independiente y carecían de toda dirección central. Raramente iban buscando herejes, y lidiaban sólo con casos que se hubieran sometido a su atención. Con la creación de la Inquisición, todo esto cambió.

La Inquisición declaró que la herejía era un *crimen excepta* ("un delito excepcional"), lo que significaba que las persecuciones estaban excentas del proceso legal usual. Según estas reglas establecidas por la Inquisición, se entendía que una persona era culpable hasta que no se demostrara su inocencia (véase bajo la entrada de "Inquisición", en Robbins, p. 266). Una mera sospecha o un rumor eran suficientes para llevar a una persona ante la Inquisición con tales acusaciones. Los testimonios que incriminaban a los acusados no estaban definidos ni eran públicos, y a los acusados no se les daba el derecho de tener un careo con los testigos de la acusación. En muchos casos, al acusado se le negaba el derecho a contar con un abogado. En los casos en los que se permitía que lo tuvieran, una defensa demasiado vigorosa del acusado podía resultar en que el abogado fuera acusado también de herejía.

Tras el año 1256, todos los acusados de herejía fueron –en su mayoría– torturados hasta que "confesaban". La tortura era severa y podía resultar en la muerte. A quienes confesaban se les solían seguir torturando hasta que daban los nombres de sus cómplices. Después de lo cual el acusado era presentado ante la corte y se le hacía jurar que su confesión había sido "voluntaria"; si se negaban a hacerlo, eso resultaba en más torturas. Una vez que los acusados confesaban y juraban que sus confesiones eran "voluntarias", eran

llevados ante las autoridades seculares para ser ejecutados. Quienes confesaban eran generalmente estrangu-lados, y se quemaban sus cuerpos (a veces se les condonaba por una sentencia a prisión de por vida, alimentados tan sólo con pan y agua). Quienes se negaban a confesar o quienes se retractaban de su confesión eran quemados vivos. Oficialmente, era la autoridad secular, y no la Inquisición, quien ejecutaba a los herejes. A lo largo de toda la historia de la Inquisición nunca hubo ni un sólo caso de simple exculpación (Robbins, 270).

Los costes de la gestión de la Inquisición los pagaban los acusados, a quienes se les usurpaban sus propiedades y se dividían entre los denunciantes y los jueces. La caza de herejes se convirtió en la industria más importante de la Edad Media, y premiaba a quienes apoyaban a la Inquisición. En 1360, el inquisidor Nicolás Aymerich se quejaba de que las autoridades seculares en su área ya no le brindaban a la Inquisición el apoyo suficiente: "En nuestros días ya no quedan herejes ricos; de modo que los príncipes, al no tener la perspectiva de ganar demasiado dinero, no se implican en lo absoluto. Es una pena que una institución tan beneficiosa como la nuestra deba sufrir tantas incertidumbres respecto a su futuro" (Robbins, 271).

Las autoridades que habían creado la Inquisición mostraban una extraordinaria preocupación por las cuestiones sexuales. En 1233 el Papa Gregorio IX lanzó una bula llamada *Vox in Rama*, que acusaba a los herejes de practicar ritos sexuales y llamaba a su aniquilación:

> *Toda la Iglesia solloza y gime y no puede hallar ningún consuelo cuando estas cosas se originan en su seno. Son las más detestables de las herejías, un horror para quienes las*

> *oyen, opuestas a la razón, contrarias a la piedad, odiosas para todos los corazones, enemigas de la tierra y del cielo, contra las que los mismos elementos deben levantarse. Ni aunque toda la tierra se levantara contra ellas, ni aunque las propias estrellas revelaran sus iniquidades al mundo entero sería castigo suficiente, de modo que no sólo los hombres, sino los elementos mismos deben combinarse para su destrucción y borrarlas de la faz de la tierra, sin ahorrar por edad ni sexo, de forma que deben ser un eterno oprobio para las naciones.* (Lea, 1: 202)

Seis años antes, Gregorio había lanzado otra bula, *Extravagantes*, que condenaba la sodomía (Bailey, 98). Las condenas por homosexualidad aparecieron también entre clérigos, en los decretos del Tercer Consejo Laterano, en 1179, el Consejo de París en 1212, y en el Consejo de Rouen, en 1214 (Bailey, 127).

Dada la identificación de la homosexualidad con la herejía, la creación de la Inquisición parece haber estimulado a las autoridades seculares para empezar a acosar a lesbianas y gays. En 1260, el código legal de la ciudad de Orleans proscribió el lesbianismo y la homosexualidad masculina, llamando a que se les mutilara en el caso de que se tratara de una primera y una segunda ofensa, y en el caso de que fuera ya la tercera, que se les quemara vivos (Bailey, 142). En 1262, el *parlamento* de Amiens tuvo que decidir en una disputa entre el obispo y el gobierno de la ciudad, en materia de quien tenía la autoridad de tratar a los sodomitas, inclinándose finalmente en favor de la ciudad (Bailey, 143). El hecho de que la homosexualidad pasara a ser considerada como una forma de herejía se muestra claramente en una ley de 1290 aprobada por el rey Eduardo I de Inglaterra. La ley llamaba a la muerte en la hoguera en el caso de los

sodomitas, pero lo hacía en el contexto de una condena dirigida a los criminales *religiosos*: “La misma sentencia debe aplicarse sobre los hechiceros, hechiceras, renegados [refiriéndose a los apóstatas], sodomitas y herejes públicamente convictos” (Bailey, 145-146).

La Sagrada Inquisición convirtió la homosexualidad en herejía. “La herejía se convirtió en un concepto sexual, más que doctrinal; decir que un hombre era herético era decir que era homosexual y viceversa” (Taylor, 131). Dados los métodos de la Inquisición –basados en rumores y en la confesión forzada de sus cómplices– un gran número de lesbianas y gays perdieron la vida. Pero los historiadores heteros no han documentado este aspecto de la Inquisición, del mismo modo que no han documentado el asesinato masivo de gays y lesbianas en los campos de concentración de Hitler.

La Inquisición conduce, inevitablemente, al abuso político. Uno de los más famosos abusos fue el de la acusación de homosexualiadad que se lanzó contra la Orden de los Caballeros Templarios, una orden monástica militar. El viernes 13 de octubre de 1307, Felipe IV, el Hermoso, Rey de Francia, dejó estupefacta a toda Europa al mandar detener a 5000 miembros de la Orden por toda Francia (Legman, 3ff). Los Templarios fueron conducidos ante la Inquisición y acusados de cinco delitos de herejía: (1) que a los miembros que entraban en la Orden se les exigía que escupieran sobre la cruz y rechazaran la religión cristiana; (2) que durante su iniciación los iniciados besaban al iniciador en la boca, pene y agujero del culo; (3) que la sodomía era una práctica legítima y esperada por todos los Templarios; y (4) que los

Templarios celebraban ritos religiosos secretos donde veneraban a una deidad no cristiana (Lea, en Legman).

Primero, Jacques de Molay, el Gran Maestro de la Orden y los demás miembros que habían detenido negaron las acusaciones. Pero cuando fueron sometidos a tortura, muchos "confesaron". Bajo una aparente negociación de los cargos, el propio de Molay acordó declararse culpable de haber rechazado a Cristo, si se retiraba la acusación de homosexualidad (Legman, 107-108). El 22 de noviembre, el Papa Clemente lanzó la bula *Pastoralis praeeminentiae*, que urgía a todos los monarcas de Europa a emular la acción de Felipe el Hermoso (Lea, en Legman, 177). En los años que siguieron, se dió caza a los Templarios en toda Europa. Exiliados, encarcelados o ejecutados, vieron cómo se confiscaban sus propiedades, y la orden fue abolida.

La mayoría de historiadores creen que las acciones de Felipe eran puramente mercenarias. Aunque la fundación de los Templarios data del 1128 como una orden monástica y militar de cruzados pobres, al llegar al siglo XIV habían logrado acumular vastas riquezas y se habían convertido en los principales banqueros de la Edad Media. Tanto el Papa Clemente como Felipe tenían deudas con ellos. Los Templarios también habían logrado increíbles privilegios legales. Estaban eximidos de todos los impuestos, estaban por encima de la ley secular, mantenían a su propio grupo de confesores y celebraban el culto en sus propias capillas, a las que los demás no podían acceder. Legalmente, los Templarios franceses ni siquiera podían ser juzgados por Felipe, sino que sólo estaban sometidos al Papa (Lea, en Legman, 152). Felipe estaba desesperado por conseguir dinero, ya que

tenía enormes deudas de guerra. Previamente, había devaluado la moneda, había detenido a todos los judíos de su reino, había usurpado sus propiedades, y los había proscrito (Lea, en Legman, 154). Su tratamiento de los Templarios era coherente con su ruda política para subvencionar, por todos los medios posibles, el emergente aparato del estado-nación de Francia. A diferencia de las brujas, ningún Templario defendió su supuesta herejía ante la perspectiva de ser torturado, y de Molay retiró su confesión, a pesar de que sabía que el retirarla podía causarle que lo quemaran vivo (Lea, en Legman, 163). A pesar de que es probable que los historiadores estén en lo cierto al considerar a los Templarios como víctimas de un montaje y que no tenían nada que ver ni con la herejía ni con la sodomía, el significado real de su proceso es que muestra hasta qué punto se había identificado la sodomía con la herejía, en virtud del modo en que ambas acusaciones podían ser usadas con propósitos políticos.

En 1310, el rey Felipe lanzó también las acusaciones póstumas de conjura, apostasia, asesinato y sodomía contra el Papa Bonifacio VIII, que había muerto en 1303 (Cohn, *Demons*, 185). Las razones eran puramente políticas. En 1296, había tratado de imponer un impuesto sobre las propiedades de la Iglesia para pagar su guerra contra Inglaterra. El Papa lanzó una bula prohibiendo el impuesto y excomunicó a quienes trataron de ejecutarla. El rey hizo detener al Papa, pero este último se negó a retractarse de su excomunicación y poco después murió. La única manera de invalidar la excomunicación era declarar hereje al difunto Papa. De todos modos, el esfuerzo se demostraría innecesario, cuando el nuevo Papa Clemente V (un secuaz del rey)

retiró la excomunicación, y el rey cerró el caso (Cohn, *Demons*, 182).

A pesar de estos episodios, que implican a pontífices y reyes, los inquisidores dedicaban la mayor parte de su energía en tratar de exterminar a los herejes de las clases bajas. En 1311, el Papa Clemente V lanzó su bula *Ad Nostrum*, que llamaba a la aniquilación de la herejía que se estaba difundiendo en aquel momento, la del Libre Espíritu, muy popular entre los pobres. El lanzamiento de esta bula marcó un periodo de crucial transición que terminó en 1484 con la bula anti-brujería del Papa Inocencio VII. Entre estas dos fechas el concepto de brujería de la Iglesia fue modificado por completo. Ya no se consideraba simplemente como el acto de dañar a otra persona mediante la magia (hechicería), sino que se consideraba como una forma de adoración del diablo (brujería demoníaca). En efecto, la brujería pasó a contemplarse como una forma de *herejía*, de modo que cayó bajo la jurisdicción de la Inquisición.

Bajo el paganismo, se pensaba que la brujería era simple hechicería (la habilidad de bendecir o maldecir). Las leyes paganas se restringían a casos de daño demostrado en materia de maldición o hechicería. Si el acusado era exonerado, quien lo había acusado era castigado; de modo que las leyes favorecían al acusado. "Las antiguas leyes paganas tenían conocimiento de la magia sólo en la forma de *maleficium* [hechizo], e incluso en esos casos se juzgaban solamente en términos del daño causado a la vida, a la salud o a la propiedad" (Cohn, *Demons*, 157). Bajo la Iglesia original, de todos modos, tanto las actividades mágicas benéficas como las dañinas -ya que supuestamente prove-

nían del demonio- se consideraban malas. Es más, la Iglesia originaria consideraba la brujería esencialmente como una tradición pagana. Esta identificación con el paganismo queda clara en la ley cristiana:

> *También existen otras maldades, la mayoría de ellas perniciosas, que sin duda quedaron de la práctica de los paganos. Como son los magos, los adivinos, las brujas, los augures, los encantadores, los interpretadores de sueños, a quienes la ley divina declaraba que debían ser castigados con impavidez* (Lea 1:138).

A pesar de su desprecio por lo mágico, la Iglesia original no organizó un ataque a gran escala contra los magos y brujas porque no era aún lo suficientemente fuerte. El cristianismo de la baja Edad Media era en gran parte un asunto del rey y de las clases altas de los señores de la guerra. El resto de la sociedad seguía siendo pagana. Además, los primeros cristianos medievales se veían obstaculizados por la ruptura de la autoridad central entre la Iglesia y el Estado. La anarquía favorecía el paganismo.

A inicios del siglo XIII, con la elección del Papa Inocencio II, la Iglesia logró estar mucho más organizada y lista para actuar. Su objetivo inmediato era la herejía: los numerosos y difundidos intentos de combinar el cristianismo tradicional con elementos de la antigua religión. A inicios del siglo XIV, la Iglesia como institución era más fuerte que nunca, y les llevaba la delantera a los herejes en todas partes. Ahora empezaba a mirar hacia las fuentes históricas de herejía: la antigua religión que había sobrevivido y que los historiadores modernos consideran como "folklore", "fantasía campesina" y "extraños ritos de fertilidad". La clase gobernante del siglo XV, sintiendo amenazado su privilegio, su

poder y su visión del mundo por estas fuentes, fantaseó con que Satán estaba conspirando para derrocar el poder de la Iglesia de Cristo en la tierra. Los intelectuales cristianos alimentaron el estereotipo de la brujería demoníaca (Kieckhefer, *passim*). En 1451, el Papa Nicolás V declaró que las actividades mágicas estaban sometidas a la Inquisición (Robbins, 272). Y en 1484, el Papa Inocencio VIII dió el bene: plácito papal a la idea de los intelectuales de que las brujas eran herejes adoradoras del demonio.

Así, fue la combinación de dos factores lo que produjo las cazas masivas de brujas de los siglos XVI y XVII: el gran poder y el gran miedo que anidaban en el seno de la clase gobernante cristiana. La combinación fue mortal y condujo a horribles consecuencias. La mayoría de la Europa conti: nental llegó a convencerse de que las brujas y brujos estaban por todas partes: "Todo infortunio y accidente de una aldea era atribuida a la brujería (Lea, III, 508).



Los métodos desarrollados por la Santa Inquisición (y más tarde adoptados también por las cortes protestantes) garantizaban un permanente flujo de “confesiones”. Cualquier persona que fuera inconformista corría el riesgo de ser llevada ante la corte y torturada hasta que confesara y nombrara a sus cómplices. Entre los métodos más comunes de tortura empleados contra las brujas estaban el romperles los dedos con un torno, arrojarles alcohol en la espalda y prenderles fuego, obligarles a sentarse encima de brasas ardiendo, verterles aciete hirviendo en las botas, asarles las plantas de los pies con fuego hasta que asomaran las articulaciones, estirar su cuerpo en la rueda hasta que cada articulación se dislocara, arrancar trozos de piel con pinzas candentes al rojo vivo, amputarles partes del cuerpo y sacarles los ojos. Si corrían rumores de que una persona era homosexual, esto hacía que fuera sospechosa de brujería. Muy típico de la actitud de la época es la obra *Theologia Moralis*, publicada en 1625, que arguye que la sodomía es un delito que conduce a la brujería (Lea II: 670).

Las personas detenidas eran interrogadas exhaustivamente sobre su vida sexual, y casi siempre se las torturaba hasta que condensaban una abundancia de “delitos” sexuales. Las mujeres que mostraban cualquier signo de independencia o de inconformidad eran muy sospechosas. Hasta el siglo XIV los juicios citan a mujeres y hombres por igual. Pero a partir de entonces la mayoría de las víctimas fueron mujeres (Russell, 279). No hay duda de que las lesbianas sufrieron en gran medida durante este periodo.

El catolicismo romano no gozó del monopolio del terror de la caza de brujas. Algunas de las peores atrocidades fueron

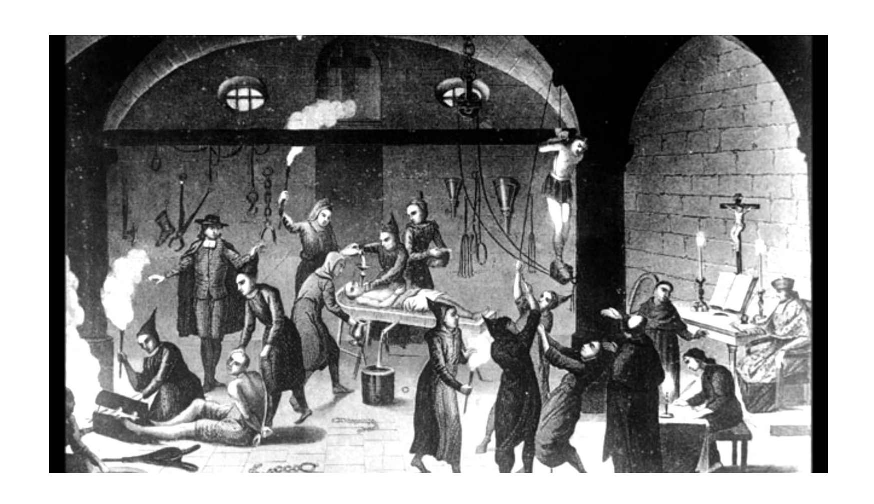
perpetradas por los protestantes, que introdujeron la Inquisición en países que habían sido indulgentes (Trevor-Roper, 138). John Calvin dio caza a sus enemigos religiosos, así como a las brujas. En una ocasión hizo alarde de haber tentado al unitario Michael Servetus en Ginebra con disimulo y entonces haber hecho que lo quemaran vivo por hereje. En Ginebra, los delitos más triviales también fueron eliminados: danzar era ilegal; una vez se detuvo a un grupo de damas de honor por decorar a una novia con demasiados colores; un niño fue decapitado por golpear a su padre (Taylor, 158; 163). "Lo que lograron los puritanos y calvinistas en la Reforma fue el restablecimiento de la actitud depresiva y culpabilizadora en tanto que fuente de toda religión" (Taylor, 282).

Es imposible determinar cuántas personas fueron asesinadas por los cristianos cazadores de brujas. Las estimaciones varían entre varios miles de cientos hasta casi diez millones. Pero es probable que, en todo caso, la mayoría de dichas estimaciones se queden cortas, ¡dado el enorme volumen de transcripciones y registros de la corte que aún permanecen en los archivos y bibliotecas de toda Europa sin que nadie los haya visto ni analizado.

La opresión de las mujeres, gays y lesbianas bajo el cristianismo no era accidental. Su libertad y elevado estatus en la religión antigua las convirtió en el primer blanco de la nueva religión, que era profundamente contraria a la sexualidad. Teniendo en cuenta estas atrocidades, no se puede sostener, como algunos siguen haciendo, que la religión cristiana haya sido, en general compasiva, aunque en ciertos momentos se hayan producido terribles injusticias. A

lo largo de toda la historia, el cristianismo ha sido la religión de la espada. Los pocos cristianos que en el pasado alzaron sus voces contra las atrocidades de sus compañeros creyentes siempre constituyeron una diminuta minoría, y a menudo ellos mismos terminaron en la hoguera, acusados de herejía.

Los cristianos dieron caza a herejes y brujas durante mil cuatrocientos años, del siglo III hasta el XVII. El objetivo, que cumplieron, era aniquilar toda una cultura. En su mayor parte, la religión antigua y las herejías que inspiró fueron borradas de la faz de la tierra. En su lugar se elevó el adusto y disciplinado edificio del cristianismo y las violentas fuerzas que han mantenido al cristianismo en el poder.



MAGIA SEXUAL EN LA ANTIGÜEDAD

Se pueden encontrar creencias y prácticas similares a la religión antigua de Europa en todo el mundo. La práctica del *cross-dressing* tanto por parte de hombres como de mujeres, las mascaradas con pieles de animales y el sexo ritual son comunes a las tradiciones más antiguas de las sociedades no industriales. En estas, lesbianas y gays a menudo se erigen como chamanes (sacerdotes-curanderos).

El relato más completo del papel mágico desempeñado por gays y lesbianas en las sociedades naturales fue escrito por el eurdito alemán Hermann Baumann, que recogió evidencias de las Américas, de Asia, de África y de Europa. En relación a los índios americanos, Baumman escribió que "los conquistadores, los misioneros, los viajeros, etc., realizaron descripciones de los hombres afeminados y "hermafroditas" que, según ellos, se decía que había en gran número entre las poblaciones índias originarias" (Baumann, 21). Estos "hermafroditas" no eran personas que poseyeran los órganos de ambos sexos, sino miembros de un sexo que adoptaban los vestidos y atributos del otro sexo y tenían relaciones sexuales con miembros de su mismo sexo. El más famoso ejemplo de esta práctica fue el denominado *berdache* –hombre gay travestido entre los índios de la Pradera, llamados así por los franceses a partir de una palabra árabe que significa "esclavo". De hecho, el berdache no era para nada un esclavo, sino que ocupaba una despreciable posición tan sólo a los ojos de los blancos homofóbicos que se toparon con ellos. Entre los nativos americanos, antes de que adoptaran los valores blancos, el *berdache* era una

persona mágica que jugaba un papel consolidado en su cultura.

George Catlin, quien viajó por Norteamérica a inicios del siglo XIX registrando las costumbres índias, deja un relato y testimonio ocular del *berdache* entre los sioux. Estos tenían una jubilosa danza especial en honor de los *berdache* (a quienes ellos llamaban *I-coo-coo-a*) y sus amantes. Horrorizado por el gran honor debido al *I-coo-coo-a*, Catlin escribió: "Esta es una de las costumbres más indecibles y desagradables que he visto nunca en el país índio" (Catlin, v. 2, 4ª ed., 215). Urgía a los blancos invasores a reprimir dicha costumbre: "Me veo obligado a referirle al lector el país en el que se practica, y donde desearía que se hubiera extinguido antes de tener que registrarla" (Catlin, 215). Según Baumann, la institución existía en todos los grupos lingüísticos y culturales más importantes de Norteamérica (Baumann, 21).

La difusión de la homosexualidad de los índios norteamericanos se utilizó como excusa por parte de los blancos cristianos invasores para justificar su exterminación. Sus ritos religiosos sexuales se adoptaron como prueba de su supuesta inferioridad racial, comparada con la cultura sexualmente más reprimida de los invasores. Como Baumann hace notar:

> *En la época, fue rápidamente asumido como un signo de la degeneración de las razas índias, o al menos como una razón para derrotar rápidamente a su población. A pesar de que estos relatos, a menudo fantasiosos (que circularon desde el siglo XVI hasta el XIX), estaban teñidos de una sensibilidad que atendía a los gustos de la época de los observadores europeos, sin embargo son extraordinar-*

> *iamente importantes, dado que fueron precisamente las prácticas eróticas las que desaparecieron rápidamente en épocas posteiores, suprimidas por las críticas maliciosas y ridículas de los leídos observadores europeos.* (Baumann, 21)

Los propios índios, generalmente, contemplaban al *berdache* con temor reverencial (Baumann, 21-22). En una cultura (a diferencia de la nuestra) en la que las mujeres gozaban de un alto estatus, no se consideraba deshonroso para un hombre vestirse con ropas de mujer. La ridiculización de los hombres de apariencia afeminada se produce porque en nuestra cultura los hombres miran a las mujeres por encima del hombro (se contemplan como algo degradante para el supuesto estatus más elevado de su propio sexo). Si las mujeres se consideraran como iguales a los hombres, ningún hombre se sentiría amenazado por un hombre con apariencia de mujer. Las mujeres tenían un estatus mucho más elevado entre los índios norteamericanos que el que tienen las mujeres en las modernas sociedades industriales (Briffault, v. I, 311-328). Ellas solían gozar de igualdad política, religiosa y sexual y en la mayoría de casos formaban un grupo social independiente, separado del control de los hombres. Incluso desempeñaban el papel de guerreras. Cuando los barcos del almirante Colón atracaron por primera vez en una isla cerca de Puerto Rico en 1496, fueron atacados por "una multitud de mujeres armadas con arcos y flechas" (Steiner, 23).

A veces, el *berdache* jugaba un papel sexual en los grandes festivales religiosos de los índios norteamericanos. Entre el pueblo de los índios de Nuevo México, se escogía a un hombre como *mujerado*, a quienes los demás hombres se cogían por el ano como parte de la festividad de primavera

(Baumann, 24). En la danza del búfalo de los sioux, los demás hombres se cogían de forma ritual a un hombre vestido con cuernos de búfalo.

En algunas danzas índias -como sucedía en las danzas europeas paganas- se empleaban dildos. “De hecho, hemos sabido que en las comunidades de los yuma, existen numerosos actos rituales en los que los hombres se visten como mujeres para cumplir la función del papel femenino en un rito de fertilidad, mientras que el papel masculino lo representan a veces hombres con un falo, y ambos papeles representan la cópula como un talismán de la fertilidad” (Baumann, 24). Como en la Europa antigua, estas prácticas eran gozosas celebraciones pensadas tanto para la prosperidad de la tribu como de la naturaleza.

El *berdache* también podía jugar un importante papel político. En 1935, un anciano navajo dijo: “Creo que cuando todos los *nadle* [chamanas lesbianas y chamanes gays] hayan muerto, ese será el fin de la cultura navaja... Ellos son los líderes, como el presidente Roosevelt” (Baumann, 25). Entre los índios otoe, convertirse en *berdache* podía ser el clímax de la vida de un hombre, incluso de un guerrero (Irving, 94).

Muchos autores hetero siguen instiendo en que el *berdache* no tenía un lugar de honor entre los índios norteamericanos, sino que como mucho se toleraba como una especie de monstruo gracioso. Basan sus conclusiones en los relatos de algunos informes blancos que a veces dan esa impresión. Pero si leemos con atención dichas descripciones, vemos que a menudo los obervadores se contradicen. Por ejemplo,

en 1564, Jacques de Morgues ofreció un relato de los *berdaches* presentes entre los índios de Florida, diciendo que "son considerados odiosos por los propios índios" (Katz, 286). Y sin embargo, ¡continúa diciendo que son los curanderos de la tribu!Un buen ejemplo de cómo la reacción del observador blanco puede entrar en conflicto con la práctica de los índios es el relato del jesuita Joseph Lafitau alrededor del año 1711. Él dice en relación a los *berdaches* Illinois y de otras tribus: "Ellos creen es un honor rebajarse a sí mismos a todas las ocupaciones de las mujeres... y esta adopción de una vida extraordinaria hace que les consideren como personas de un orden superior, por encima del hombre común" (Katz, 288).

Es verdad que algunos relatos muestran que los *berdaches* eran objeto de la burla de otros hombres y mujeres. Pero los índios bromeaban acerca de todo tipo de personas. Las risotadas y el regocijo eran típicos del carácter índio. Los propios jefes de la tribu a menudo eran objeto de bromas. "Quienes detentaban el poder solían tener que aceptar que serían objeto de bromas, especialmente de burlas y mofas sexuales" (Burland, *North America*, 123). Las mujeres ridiculizaban a menudo a los hombres y a veces celebraban rituales satíricos que giraban en torno a ellos. Pero nadie se ha preocupado de registrar las bromas que los *berdaches* podrían haber hecho sobre los hombres hetero.

El arte de los índios norteamericanos refleja una actitud abierta hacia el sexo gay. Los ejemplos más antiguos de su arte (a parte de las puntas de flechas) provienen de los valles de Ohio y Mississipi, entre el 100 a C. y el 900 d C. La temá-

tica gay de algunas de estas expresiones artísticas ha escandalizado a los antropólogos (Burland, 121).

A pesar de que la mayoría de relatos tempranos que conciernen a los índios americanos describen a los *berdache* masculinos, las lesbianas también jugaron un importante papel en las tribus. En general, los sexistas observadores blancos tendían a mirar por encima del hombro a las mujeres índias, y considerar su trabajo como inferior al de los hombres, y a brindar mucha menos información en lo que respecta a las mujeres. Un relato interesante es el del jesuita Lafitau, que dijo que observó casos de “amazonas” en las tribus que visitaba, que eran mujeres guerreras travestidas (Carpenter, *Intermediate Types*, 24). Sus observaciones provienen de los pubelos Ilinois y Sauk, pero yo sospecho que la institución de la guerrera lesbiana estaba tan bien consolidada entre los índios norteamericanos como lo estaba en la Europa antigua.

Los misioneros cristianos denunciaban la actitud de los índios norteamericanos hacia la religión como brujería, exactamente como habían hecho antes los católicos y los protestantes en Europa con la antigua religión que pervivió.

Un autor del siglo XVII, Cotton Mather, denunció a los índios como “las verdaderas ruinas del ser humano” (Mather, 504). Les acusaba de celebrar “diabólicos ritos” en los que “el demonio” se les aparecía (Mather, 506). En este contexto, debemos señalar que las famosas cazas de brujas producidas en la aldea de Salem en 1692 empezaron con las acusaciones dirigidas a tres jóvenes puritanas sexualmente reprimidas. Estas tres jóvenes habían estado presentes en

ciertas ceremonias índias dirigidas por dos índios caribeños, John y su esposa Tituba (Hansen, 56ff).

Es triste decirlo, pero los índios norteamericanos de hoy en día han perdido completamente el contacto con su cultura sexual original, exactamente como los europeos perdieron todo contacto con la antigua religión. Sin embargo, ciertos mitos han pervivido aún entre los índios, que cuentan, en un lenguaje simbólico, la historia de lo que les ha sucedido. Un hermoso ejemplo es un mito de los índios de Caddo, que fue registrado en algún momento entre 1903 y 1905:

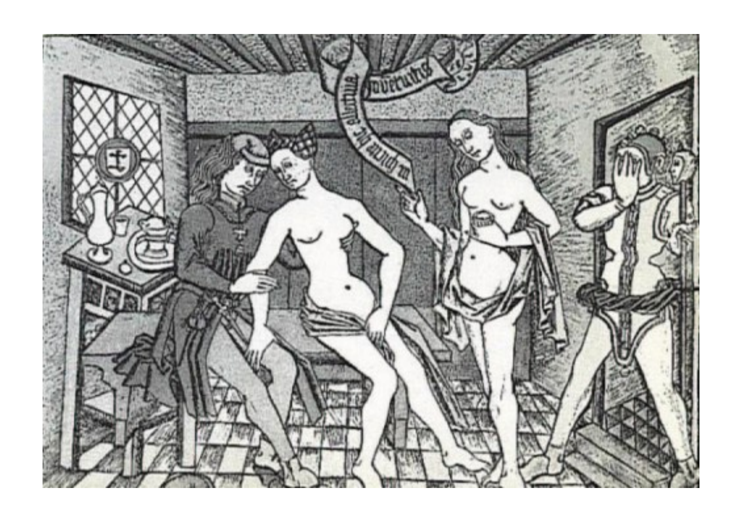
> *Hubo un tiempo en el que vivía entre las gentes un hombre que siempre hacía las tareas de las mujeres y se vestía como las mujeres e iba con ellas, y nunca iba con los hombres. Los hombres se reían de él, pero a él no le importaba, y seguía trabajando y jugando sólo con las mujeres. Estalló la guerra con alguna otra tribu, y todos los hombres fueron a luchar excepto este hombre, que se quedó atrás con las mujeres. Después de que el grupo guerrero se hubiera ido, un viejo, que era demasiado mayor para irse con ellos, vino hacia él y le dijo que si no iba a luchar lo mataría, porque era una deshonra tener un hombre como él en la tribu. El hombre se negó a ir, diciendo que el Gran Padre no le había mandado a la tierra para luchar y no quería. El viejo no prestó atención a sus excusas, y le dijo que si no iba a luchar haría que los guerreros le matasen cuando volvieran de la batalla con el enemigo. El hombre dijo que no podrían matarlo, que siempre volvería a la vida, y que hechizaría a la gente haciendo que lucharan y se mataran entre ellos. El viejo no le creyó y cuando el grupo de los guerreros volvió a casa les dijo a los hombres que debían matar al hombre porque era un cobarde, y no podían dejar que un cobarde viviera en la tribu. Lo golpearon hasta que pensaron que estaba muerto, y ya estaban listos para enterrarlo cuando pegó un brinco; estaba vivo. Le golpearon de nuevo hasta que cayó, y entonces le cortaron la cabeza. Pegó un brinco sin cabeza y*

> *se puso a correr, asustando a todo el mundo. Estaban a punto de dejar de matarlo cuando alguien se dio cuenta de que le había salido una pequeña mancha de color púrpura en el meñique de la mano inzquierda. Se la cortaron; entonces se estiró y murió. Poco después mucha gente empezó a luchar y a pelearse, e incluso mataron a sus propias hermanas, hermanos, padres y madres. Los demás trataron de detener la lucha, pero no pudieron, porque la gente estaba hechizada y no podía evitarlo. Entonces el viejo recordó lo que el cobarde le había dicho, y se lo contó a la gente, y todos se lamentaron de haberlo matado.* (Dorsey, 19)

Esta actitud religiosa hacia lesbianas y gays no se limitaba a la zona que ahora llamamos de los Estados Unidos continentales. También se ha hallado una vinculación entre el travestismo gay y el poder mágico en las sociedades nativas que viven en el área que hay alrededor de Bering Strait. Tal es el caso entre los kamchadales, los chikchi, los aleuts, inoits y kodiak islanders, donde se ha registrado la existencia de chamanes gays y lesbianas. En estas sociedades, los hombres gays se dejan crecer el pelo muy largo, llevan ropas de mujeres y despiertan un gran respeto político y religioso. "La homosexualidad es algo común, y su relación con el chamanismo o el sacerdocio es extremadamente marcada y curiosa" (Carpenter, 18). Entre las gentes de yukon se registró que las lesbianas travestidas gozaban de una posición similar, muy elevada tanto en la religión como en la política (Carpenter, 18).

Aquí, como en otras partes, los antropólogos hetero se quedaron sorprendidos con lo que observaron. El relato clásico de los chamanes chuckchi es del observador ruso W. Bogoras. Los describe en un capítulo que tiene el homófobo

título de “Perversión sexual y chamanes transformados”. Afirma que los nativos chismorreaban sobre los chamanes por el hecho de que fueran “tan peculiares” (Bogoras, 451). Aun así, procede a admitir que el chaman gay “disponía del favor de todos los hombres jóvenes que desease” (Bogoras, 451). También admite que los demás sienten un gran respeto por sus poderes mágicos.



En América central y del sur, han pervivido muchos relatos de gays y lesbianas travestidos en las religiones de las sociedades nativas. Por ejemplo, en 1554, Cieza de León describía a unos prostitutos gays similares a aquellos que el Antiguo Testamento menciona que vivían en Canaan. Este los asocia con el diablo: “el Diablo ha ganado tal dominio en esa tierra que, no contento con hacer que la gente cayera en pecado mortal, de hecho, les había persuadido de que este era una forma de santidad y de religión” (Carpenter, 34).

En 1775, Thomas Faulkner describía que entre los patagonios, quienes desempeñaban el papel de magos eran hombres gays afeminados (Carpenter, 37). La prostitución masculina sagrada fue descrita por los conquistadores en el México precolombino. Las esculturas de Yucatán muestran que la homosexualidad masculina era "la costumbre del país" (Bloch, 49). Los jóvenes prostitutos religiosos, a quienes los españoles llamaban *maricones*, existían entre los índios de los Andes (Bloch, 50).

La situación en América central y del sur era, de todos modos, complicada, debido al surgimiento de las civilizaciones patriarcales como las de los aztecas y los incas. Los aztecas eran una sociedad altamente militarizada, dominada por una clase dirigente de guerreros. Como todas las sociedades de este tipo, tenían una actitud represiva hacia el sexo (Burland, *Middle America*, 147ff). Por ejemplo, temían la desnudez e identificaban el sexo con la diosa bruja Tlazolteotl. Entre los incas del Perú, la moral sexual oficial también era muy estricta (Osborne, 191). Pero las civilizaciones sudamericanas que no eran ni patriarcales ni militaristas, hallamos mucha libertad sexual, exactamente como entre los índios norteamericanos. Esto se aplica en el caso de los mochica, que florecieron entre el 200 a C. y el 700 d. C., en Perú. Su arte muestra con libertad todo tipo de actos sexuales diferentes, incluyendo el sexo gay, con naturalidad y sin ninguna reserva (Osborne, 193).

Los chamanes gays y las chamanas lesbianas también existieron en África. Es el caso de los *omasenge*, presentes entre los ambo, en el Sureste de África (Baumann, 33). Entre los banti y los kwanyama todos los que se dedicaban a la medi-

cina eran gays y lesbianas travestidos. También se registró la presencia de personas gays dedicadas a la medicina entre las siguientes sociedades: los ovimbundu y kimbundu del norte de Angola, los lango de Uganda, los konso del sur de Abisynia, los cilenge-humbi del Sur de Quillenges, y los barea-kunama, los korongo y los mesakin, del norte de África (estos ejemplos han sido extraídos de Baumann).

En ciertas sociedades africanas, se celebraban orgías sagradas en las que gays y lesbianas jugaban un papel importante. Los participantes de la orgía relataban que un espíritu divino tomaba el control sobre ellos y las conducía a realizar actos sexuales homosexuales. En lo que concierne al pueblo matriarcal de los bantu, Baumann observa: "Durante estas orgías a veces sucede que un ondele masculino entra en una mujer, provocando deseos sexuales que conducen, como malvada consecuencia, a actos lésbicos" (Baumann, 34-35). Incluso en ciertas sociedades en las que los comentaristas europeos afirman que la homosexualidad no está aceptada, como en algunas partes de Angola, durante los grandes festivales religiosos, las personas son poseídas por espíritus travestidos y homosexuales (Baumann, 36).

También se ha encontrado la figura del gay y la lesbiana considerados como seres mágicos en Madagascar, la gran isla bajo la costa del sudeste de África. Entre los manghabei, a los travestidos hombres sagrados se les llama tsecats (Bloch, 45-46). Los sakalavas y los betanimenes de Madagascar conocían la misma institución (Bloch, 46-47).

Aunque, sin duda, esta actitud de apertura hacia el sexo gay, incluso dentro de un contexto religioso, no es un rasgo

universal en África. Como observamos en el caso de América central y del sur, la libertad sexual en África puede estar restringida en gran medida en las sociedades que son patriarcales y militaristas. En general, se suele encontrar más a menudo una actitud abierta hacia el sexo en aquellas sociedades naturales que no han emprendido un programa de construcción de un imperio y que están libres de una estructura de clase rígida y jerárquica.

Cuando los invasores cristianos se toparon en África con las prácticas religiosas homosexules, las atribuyeron al diablo, exactamente como habían hecho los cristianos en el caso de los índios de Norteamérica, y con los brujos y brujas durante la Edad Media. En 1492, el cristiano converso León el Africano, escribió en relación a las sagradas lesbianas de Marruecos:

> *El tercer tipo de adivinos son mujeres-brujas, que afirman tener una relación de familiaridad con los demonios. Cambiando su voz, se muestran dichosas de que el demonio hable dentro de ellas: entonces pasan a hacerles preguntas con gran temor y temblando a estas viles y abominables brujas, planteando las cuestiones que pretenden presentarles y por último, tras ofrecerles algunos pagos al demonio, parten. Pero las gentes más sabias y honestas llaman a estas mujeres 'sahacat', que en latín significa 'fricatrices' [Lesbianas], porque tienen la maldita costumbre de cometer indecentes actos veniales entre ellas, que no puedo expresar en términos castos* (Carpenter, 39).

Podríamos seguir subrayando el papel sagrado de gays y lesbianas en las sociedades no industriales, y citar numerosos ejemplos fuera de América y África. Basta decir que el travestismo y la sodomia ritual (o el culto de deidades andróginas, que suele ser indicativo de esto) también se

encuentran en Australia, las Islas del mar del sur, Oriente Medio, Europa y el Lejano Oriente (incluyendo la India, China, Japón y Vietnam).

Además, las orgías sexuales indiscriminadas son comunes y se practican de forma rutinaria en las sociedades no industrializadas como una forma de devoción religiosa. Los relatos de estas orgías sagradas provienen de todo el mundo. Se puede encontrar un excelente relato de su práctica en el libro de George Scott: *Phallic Worship* (el término "fálico", en esta obra, se usa para referirse a los genitales de ambos sexos, y no sólo al pene). Por ejemplo en las Américas, han pervivido imágenes de los antiguos yucatecas que muestran escenas religiosas en las que los hombres realizan actos de "indescriptible bestialidad" (Scott, 122-123). En el Lejano Oriente, sucede lo mismo. En Japón, muchas de las prácticas más antiguas de la religión natural indígena persisten bajo la apariencia del shintoismo. Los antiguos templos Shinto están llenos de arte orgiástico y "fueron el escenario de orgías sexuales que rivalizan con las bacanales de la antigua Roma" (229). En la antigua China, una de las diosas más celebradas era Kwan-Yin, una variante de la Gran Madre. Esta era adorada con orgías que incluían prácticas homosexuales (222). Los artefactos religiosos más antiguos de la India están llenos de imágenes de orgías y se veneraban los órganos sexuales de ambos sexos (183). Jaques-Antoine Dulaure, en su clásico libro sobre la veneración del sexo, señala que "la celebrada y antigua pagoda de Jagannath, y la no menos antigua de Elephanta, cerca de Bombay, de cuyos bajorrelieves hizo William Alen unos esbozos en 1784, ofrecen las más indecentes imágenes que una imaginación corrupta puede concebir (*The Gods of Generation*, 83).

Las orgías sagradas se producían de forma regular en los ritos religiosos de los pueblos antiguos que vivieron alrededor del mar Mediterráneo. Tal era el caso, entre otros, de la veneración de Isis en Bubasti, Egipto; los festivales de Baal-Peor en Oriente Medio; la veneración de Venus en Chipre; la veneración de Adonis en Byblos; y, desde luego, de Dionysia, Floralia y Bacanalia (Bloch, 95).

El propósito de estas orgías sagradas ha quedado oscurecida por los comentaristas modernos, que suelen ser hombres hetero. Las orgías no se celebraban para aumentar la población, como se suele afirmar. La idea de que el propósito del sexo es la procreación es una idea industrial moderna, derivada en última instancia de la tradición judeocristiana. Algunas de las sociedades naturales más antiguas ni siquiera sabían que los niños se producen cogiendo. Además, la mayoría de las sociedades naturales restringían deliberadamente el crecimiento de la población a través del uso de anticonceptivos herbales y abortos. Sus ritos tampoco eran un secreto que simbolizara ningún significado teológico profundo.

Todas las evidencias indican que los pueblos naturales cogían por placer. Su propósito era celebrar el sexo. Sus orgías eran actos de veneración sexual del poder del sexo que sentían en ellos mismos y en la naturaleza que les rodeaba. Sus fiestas religiosas eran particularmente gozosas: danzar, celebrar, coger juntos. Los índios que han sido observados en las Américas; los mitos que han sobrevivido en Europa, los artefactos que existen, provenientes de todo el mundo; todo ello testimonia el placer con el que lo hacían

quienes celebraban las orgías. Geroge Scott ha observado correctamente "que, sin excepción, la veneración del sexo por parte de las razas primitivas [sic] se originaba en el placer asociado con el coito, y no con la concepción de que dicha relación traería niños al mundo" (47).



De modo que cuando los académicos industrializados llaman a estas celebraciones "ritos de fertilidad", como normalmente hacen, se trata de una tergiversación. Las orgías no eran torpes intentos de incrementar el producto nacional por parte de unas personas que tenían una comprensión muy ruda de las leyes económicas. De hecho, los pueblos naturales creían que a través de estos actos sus cuerpos se harían más fuertes, las cosechas crecerían más altas, el sol brillaría más y habría una profusión de lluvias cuando lo necesitaran. Pero creían estas cosas porque poseían un sentimiento tribal colectivo del poder del sexo, como algo que palpita en toda la naturaleza; su experiencia

del sexo era tan abierta, pública, comunal e intensa que sentían que reverberaba a través del conjunto del cosmos. En este aspecto, se distinguían de las personas de la sociedad moderna industrial que pratican el sexo meramente para la procreación: de forma privada, a oscuras, aisladamente y con sentimiento de culpa.

Las sociedades no industrializadas no se sentían en absoluto avergonzadas a la hora de practicar todo tipo de actos sexuales en público, porque la noción de obscenidad sexual, como el ideal del sexo procreativo, es una idea moderna, cristiana e industrial. "En las tribus, donde no hay una idea de la decencia, como la que suele existir en la sociedad civilizada [sic] emergente, y tampoco existe un concepto de obscenidad asociado con el mostrar los órganos sexuales, ni siquiera con la realización del acto sexual mismo. No hay ningún tabú ligado ni con la visión de las partes reproductivas ni tampoco con el hecho de que personas no autorizadas las toquen" (Scott, 125).

Las sociedades no industrializadas también, y en general, tratan a quienes se dedican a la prostitución, tanto heterosexuales como homosexuales, de forma muy diferente a como lo hacen las sociedades cristianas/industriales. En las sociedades modernas, como sabemos, el prostituto o prostituta es un ser puramente económico: una mujer o un hombre que alquila su cuerpo en beneficio del orgasmo o la fantasía de otra persona. Además, su trabajo, en las sociedades industriales, es algo que se mira por encima del hombro, como algo sucio, y las prostitutas y los prostitutos a menudo se ven inmersos en una red de desprestigio social, acoso legal, y explotación por parte de proxenetas.

En las sociedades no industriales, los prostitutos a menudo son tratados con gran respeto religioso, y sus actividades son consideradas como actividades religiosas. Por ejemplo, el antiguo Oriente Medio, la tierra de Canaán, más tarde invadida por los israelitas, estaba originariamente poblado por una sociedad en la que la prostitución gay masculina era muy prominente. Estos prostitutos se localizaban en los templos. Como con las brujas medievales, los hombres y las mujeres que personificaban a las deidades se pensaba que se convertían literalmente en dioses, y mantener relaciones sexuales con estas personas era considerada como la forma más elevada y tangible de comunión religiosa con la deidad.

El pago se hacía al templo como una forma de ofrenda religiosa, tras haber tenido relaciones sexuales con un prostituto sagrado. En el original hebreo del Antiguo testamento, los prostitutos masculinos se llaman *kadeshim*, que significa, literalmente: “los consagrados”, cosa que indica su elevado estatus a los ojos de sus adoradores (Carpenter, 29). La mayoría de transliteraciones de esta palabra a otras lenguas eliminan la connotación positiva de la palabra y la traducen mal, de forma negativa, como por ejemplo: “afeminados” (Dukaure, 130-131). Los líderes israelitas denunciaron esta religión sexual y natural como una forma de brujería (Carpenter, *Intermediate Types*, 50).

A lo largo y ancho del mundo antiguo, tanto la prostitución masculina como femenina se asociaba con la religión. Tal era el caso en la veneración de Baal-Peor, Moloch y Aqstarte (Siria); Osiris e Isis (Egipto); Venus (Grecia y Roma), Mithra (Persia); Myllita (Assyria); Alita (Arabia); Dilephat (Chaldea); Salambo (Babilonia); y Diana Anaitis (Armenia).

En la civilización mediterránea, el dios masculino asociado con estos fenómenos pasa a llamarse Príapo (que significa "pene erecto" y "dildo" en latín). Es una gran reminiscencia del dios cornudo de las brujas: "En las estatuas que se yerguen en los templos, Príapo se representaba bajo la forma de un hombre peludo, con patas y cuernos de cabra, y sostenía una vara en la mano y estaba dotado de un formidable miembro viril" (Dupouy, 503). La deidad femenina correspondiente era una figura de la Gran Madre que a menudo se asociaba con la tierra o la luna, una reminiscencia de la Diana de las brujas.

El prostituto religioso parece ser, sencillamente, una extensión histórica de la práctica de la celebración de sexo ritual con el chamán, tanto hombre como mujer. En las sociedades tribales (en las que las ciudades, los templos y el dinero eran desconocidos) hemos visto la práctica común del sexo ritual con el chamán, de forma individual o en orgías. Tan pronto como las sociedades mediterráneas cayeron víctimas del urbanismo y de la economía monetaria, la función del chamán en el campo se transformó en la del sacerdote en el templo, y el dinero entonces entró en escena como una forma de ofrenda religiosa. De modo que vemos cómo la historia gay, la historia de la prostitución y la historia religiosa de las sociedades no industriales están imbricadas.

El fenómeno de la "brujería" en Europa no fue de ninguna manera algo aislado y peculiar de cierto periodo de la historia del continente. Todo lo contrario: hubo un tiempo en que la veneración ritual del sexo y la naturaleza fue dominante en todo el mundo, y aún lo es en las sociedades que los académicos industrializados denominan "primi-

tivas". En estas sociedades, como en el caso de las brujas, las lesbianas y gays suelen gozar de un elevado estatus, son vistos con buenos ojos, y los actos sexuales de todo tipo están asociados con las más sagradas formas de expresión religiosa. Cierto es que había también grandes diversidades y variaciones en las creencias y prácticas de estas sociedades, pero había un gran rasgo común que las distingue radicalmente de la tradición cristiana/industrial: su pasión por la sexualidad. Esta pasión por la sexualidad era "la religión primitiva universal del mundo y ha dejado su huella indeleble en nuestras ideas, nuestro lenguaje y nuestras instituciones" (Howard, 7).



SEXO ENTRE LOS *ZOMBIES*

Veo.
Llevo la sonrisa zombi
del cuerdo mientras pasamos de puntillas por los espejos pasados
sosteniendo contra el pecho las granadas de nuestra verdad.

Claudia Reed, "Women's Work"
en la revista Plexus.

La civilización americana empezó con un genocidio.

Cuando llegaron los primeros colonizadores europeos a Norteamérica, no tropezaron con una tierra baldía. Por el contrario, se encontraron con una multitud de pueblos naturales que llevaban viviendo allí desde hacía siglos de forma ininterrumpida. Estos pueblos naturales habían desarrollado algunas de las más elevadas culturas de la historia. Vivían una vida plena, larga y saludable. La guerra organizada, en el sentido moderno, era rara o desconocida. El trabajo era libre. Las mujeres generalmente disfrutaban de un elevado estatus, y tanto gays como lesbianas eran contemplados con temor reverencial y religioso. Desarrollaron hermosas artes y artesanía, para las que casi todo el mundo tenía competencias. Se las ingeniaban para satisfacer todas las necesidades básicas de la existencia humana con mucha gracia y belleza, y eran capaces de hacerlo sin intervención de las ciudades, la policía, las instituciones mentales o las universidades. A pesar de que conocían la violencia interpersonal, sus formas palidecen en comparación con el nivel de violencia que podemos encontrar en cualquier sociedad occidental durante los pasados dos mil años. Los índios amaban la

naturaleza y sabían cómo hablar con las plantas y los animales, a quienes contemplaban como iguales. Eran capaces de sentir (y no sólo saber) que todo lo que hay está vivo.

A este escenario llegaron los blancos industrializadores, cargados e impelidos por doscientos años de instituciones patriarcales. Los blancos denunciaron a los índios como "primitivos", "salvajes" y "bárbaros". Les acusaron de venerar a demonios y ridiculizaron a sus chamanes gays y a sus chamanas lesbianas. Les enseñaron cómo practicar la guerra organizada. Los plegaron a la violencia entre ellos, robaron su tierra y lograron matarlos a casi todos, poniendo en cuarentena a los supervivientes en unos campos de concentración que llamaron "reservas".

El genocidio blanco contra los índios influyó en cómo los blancos pensaban en el sexo: llegaron a verlo como un instrumento de la política imperial. Para ellos, el propósito del sexo era engendrar tanta gente como fuera posible para desbancar la relativa baja densidad de la población índia y de la población de colonizadores de las otras naciones europeas. Los líderes coloniales tenían la vista puesta con impaciencia en el día en que el rápido crecimiento de la población de blancos americanos forzara y se abriera camino en todo el hemisferio occidental, tanto el en del norte como en el del sur. En 1751, Benjamin Franklin publicó sus *Observations Concerning the Increase of Mankind* [Observaciones sobre el crecimiento de población]. En esta obra, urgía a los americanos a engendrar hijos rápidamente para poderse apropiar de nuevas tierras. Hacía un llamamiento al gobierno británico para desplazar por la fuerza a

los índios locales para hacer espacio para el creciente número de americanos que se estaban engendrando (van Alstyne, 20-21).

Uno de los más francos defensores de esa misma política fue Thomas Jefferson. En 1786, cuando los estados estaban bajo los Artículos de la Confederación, Jefferson afirmó: "Nuestra Confederación debe considerarse como el nido, del que toda América, la del Norte y la del Sur, va a poblarse" (van Alstyne, 81). Más tarde, en 1801, con la Constitución ya vigente, Jefferson continuaba en la misma línea: "Aunque nuestro interés presente pueda restringirnos dentro de nuestros límites, es imposible no mirar hacia adelante, hacia tiempos distantes, cuando nuestra rápida multiplicación se expanda más allá de estos límites, y cubra todo el continente Norte y Sur de gente que hable la misma lengua, que esté gobernada de forma parecida y se rija por leyes similares" (van Alstyne, 87). Jefferson señalaba continuamente hacia las tribus índias en retirada, a quien consideraba unos salvajes, y urgía a los americanos a "presionarlos" hasta barrerlos del mapa (Williams, 179). Incluso urgió a los ricos americanos a hacer que los líderes índios contrajeran deudas con ellos "porque observamos que cuando estas deudas van más allá de lo que el individuo puede pagar, se muestran voluntariosos a pagarlas mediante la cesión de tierras" (Williams, 187). Los primeros colonizadores franceses tenían una visión similar del sexo, como una herramienta para la reproducción. Se preguntaban, como los americanos, quién llenaría antes el continente con sus poblaciones (de Riencourt, 5). Esta perversa visión del sexo (que debía ser totalmente incomprensible para los índios) era compartida fácilmente por los colonizadores. Había estado muy

presente durante alrededor de diecisiete siglos en la religión cristiana. Las diversas iglesias de Europa (tanto la católica como la protestante) fueron durante mucho tiempo instituciones imperialistas. Habían defendido la misma visión del sexo por razones similares. Esta visión también se encuentra en el antiguo estado de Israel, que invadió la tierra de Cannán, forzó el desarraigo de la población local y creció tan rápidamente como pudo para poblar por completo la tierra. Esta actitud arraigo tanto que se proyectaba en el Dios israelí. En consecuencia, en el libro del *Génesis*, aceptado tanto por los judíos como por los cristianos, la primera órden que les da el dios israelita a Adán y Eva es: "Fructificad y multiplicad, y henchid la tierra, y sojuzgadla" (*Génesis* I: 28). En Nueva Inglaterra, los puritanos estaban obsesionados con la historia del antiguo estado israelita. Se consideraban a sí mismos como los fundadores de un Nuevo Israel en la tierra salvaje de los americanos (van Alstyne, 8). Comparaban a los índios con los canaanitas adoradores del sexo a quienes los israelitas habían matado.

El imperialismo y la heterosexualidad compulsiva van de la mano, cosa que el antiguo estado israelí no tardó en comprender bien, como hicieran las iglesias cristianas de Europa y los líderes coloniales americanos. En los orígenes de América, este uso del sexo había sido beneficioso. Gracias a la veloz reproducción y a la invasión continuada de inmigrantes, la población colonial creció y pasó de 250.000 habitantes en 1700 a 1.400.000 en 1750, un aumento de más del 500% en sólo cincuenta años (Williams, 103).

El gobierno británico se alarmó con este rápido crecimiento de la población colonial y trató de detener la usurpación de

tierras índias al Oeste de las montañas de Alleghenies. De todos modos, el interés de la corona por hacer esto no estaba motivado por ninguna razón humanitaria. Y es que no quería perder el lucrativo comercio de pieles que habían impuesto a los índios (de Riencourt, 6-7). Estas restricciones encolerizaron a la clase colonial dirigente. La *Declaración de Independencia*, que escribió Jefferson en gran medida, atacaba al rey por estas políticas. Se señalaba como justificación para la rebelión contra el rey el hecho de que “se haya propuesto frenar la población de estos estados”.

Teniendo en cuenta el uso imperialista del sexo en las colonias y el gran lastre de la tradición cristiana de Europa, no resulta sorprendente que las colonias proscribieran la sodomía. Incluso la ruptura de la Revolución no tuvo ningún efecto a la hora de cambiar estas leyes. La *Carta de Derechos* hablaba sólo de derechos intelectuales tales como el de expresión, de credo y de reunión. No tenía nada que decir en materia de derechos sexuales, de las emociones o del cuerpo. Jefferson, quien está en el origen de la *Carta de Derechos*, ayudó a redactar una ley que decía que los hombres gays debían ser castrados (Katz, 24). Es más, el derecho a la libertad de credo (y aún es así) se consideraba que se aplicaba sólo a las religiones patriarcales. Las orgías religiosas públicas en las que se emplean alucinógenos nunca han estado permitidas en los Estados Unidos.

La América de aquellos primeros años era una sociedad esclavista, El primer asentamiento permanente inglés en Norteamérica estaba en Jamestown, fundada en 1607. Muy poco después, en 1619, se trajo la primera embarcación de esclavos negros a la ciudad de James (Hacker, 57). A lo largo

de los siglo XVII y XVIII, las gentes provenientes de las culturas negras africanas fueron secuestradas, vendidas a traficantes de esclavos y las montaban en barcos que cruzaban el mar hacia América. Quienes sobrevivían a las miserables condiciones del viaje eran vendidas a la clase dirigente colonial. Entre el 1686 y 1786, se obligó a más de 2.000.000 personas negras a convertirse en esclavas en el Caribe y en las colonias americanas (Hacker, 101).

Los esclavos eran la base de la economía del Norte, así como del Sur. Esto se debe a la naturaleza de las relaciones comerciales en el sistema industrial de la América temprana. Los barcos provenientes de Nueva Inglaterra enviaban comestibles, madera y animales al Caribe; volvían de allí con azúcar y melaza, con las que hacían ron; exportaban el ron a la costa de África y con el dinero compraban esclavos; los esclavos eran devueltos al Caribe y a las colonias. Por tanto, "el comercio de esclavos posibilitó la expansión de la economía mercantil de Nueva Inglaterra y de los puertos coloniales" (Hacker, 101). Hemos visto que gays y lesbianas cumplían el papel de chamanes en el África negra, exactamente como lo cumplían entre los nativos índios americanos. La esclavización de los negros, como la aniquilación de los índios, es un ejemplo del modo en que el estilo de vida americano, sexualmente reprimido, construye su imperio sobre la agonía de los pueblos naturales.

La esclavitud blanca también se difundió en América. Adoptó la forma de criados ligados por contrato. Muchos de los inmigrantes pobres que emigraron de Europa hacia América tuvieron que venderse a la esclavitud (normalmente durante siete años) para pagar los costes del viaje. A

pesar de que esta forma de esclavitud no era de por vida, los criados ligados por contrato tenían el estatus de esclavos durante ese tiempo. "La América colonial se construyó sobre el trabajo forzoso de blancos y negros. Más de 250.000 hombres, mujeres y niños blancos y otras 250.000 personas negras -*que constituyeron en total al menos la mitad de los inmigrantes originales de las principales colonias en torno al 1700*- llegaron de este modo" (Hacker, 97; las cursivas son mías). El beneficiario de esta opresión era la clase colonial dirigente, conformada por terratenientes de grandes propiedades, especuladores de tierras y ricos comerciantes. Un buen ejemplo de esta clase fue George Washington, que era el amo de una plantación, especulaba con la tierra y era tambiénun comerciante de pieles de animales y de grano y prestamista (Hacker, 112).

Cuando la frontera se desplazó hacia el Oeste, las primeras personas que se mudaron tras echar a los índios no fueron bandas de pioneros, sino ricos especuladores y grandes empresas inmobiliarias. "El Oeste no fue abierto por robustos pioneros; fue abierto por el especulador de tierras que precedió en las tierras salvajes incluso a los Daniels Boone"[1] (Hacker, 131-2). La mayoría de los pioneros que siguieron a los especuladores de tierras no eran los pobres y los pisoteados. Se trataba de la clase media en ascenso, ya que el viaje era muy caro (Hacker, 202). Estos primeros pioneros sacrificaron con impaciencia masas de animales salvajes para vender sus pieles (Hacker, 133). Las imágenes

[1] Daniel Boone (1734-1820) fue un pionero y colonizador estadounidense que abrió varios caminos y el primer asentamiento de habla inglesa en la región de Kentucky [N. de la Trad.].

de estos invasores adornan hoy en día los anuncios de cigarrillos en tanto que ideal de la masculinidad norteamericana.

En la historia temprana de Europa, la antigua veneración de la sexualidad se había originado en una sociedad agraria matriarcal, por parte de gentes que vivían en una íntima comunión emocional con las tierras. Este es el antiguo dato económico y religioso que subyace tras las fuerzas culturales de la brujería y la herejía en nuestros tiempos. Esta tradición logró sobrevivir adoptando una forma u otra en Europa hasta el siglo XVII. En América -a parte de los índios, que fueron masacrados- nunca arraigó ninguna tradición de vínculo con la naturaleza similar a esta- “El granjero americano empezó desde el principio como un granjero capitalista” (Hacker. 6). Los granjeros americanos eran emprendedores, estaban interesados sólo en ganar todo el dinero que pudieran gracias al petróleo, y tan rápido como fuera posible para mudarse cuando los recursos de la tierra se agotaran. Debido a que agotaban rápidamente la tierra, tendieron a convertirse en una clase de especuladores de tierras. Así que desde el primer momento nos encontramos con la estrechez de miras de la vida americana rural y la actitud represiva de sus pequeñas ciudades. La tierra no se contemplaba como una manifestación de la Gran Madre que hubiera que venerar y adorar colectivamente. Era un mero recurso a explotar y vender en base a criterios de competitividad en los mercados de las grandes ciudades. En la historia americana, no hubo ningún contrapeso ante las fuerzas sexualmente represivas y de aniquilación de la naturaleza de las instituciones patriarcales. La ausencia de dicho contrapeso ha tenido unas

impactantes implicaciones para la vida sexual, religiosa y cultural de América.

Desde los primeros días de la independencia de los ingleses, los líderes americanos describieron con alegría la nueva sociedad como un imperio y reinvindicaban una política de vigoroso imperialismo. En 1773, John Adams llamó a la anexión de Canadá y Nueva Escocia, y dijo: "Un imperio está surgiendo en America" (Williams, 112). En 1783, George Washington describía a los estados como un "imperio naciente", una expresión que se convirtió en un lugar común por aquel entonces (van Alstyne, 1). La clase dirigente de terratenientes y ricos comerciantes contemplaba con mirada codiciosa las vastas extensiones de tierras de los índios, los canadienses, los franceses y los españoles.

Durante la Revolución Americana, se produjo una considerable agitación entre las clases bajas, y muchos pobres clamaban por la anulación de las deudas y la redistribución de tierra. En muchos estados, los radicales pobres incluso tomaron la maquinaría del gobierno. Algunos de ellos expresaban una visión anarquista. Pero alrededor de 1780, la clase alta empezó a reafirmarse a sí misma. Los líderes de la clase alta querían un gobierno centralizado que prohibiera a los estados anular las deudas. Querían un gobierno que fuera lo bastante fuerte como para sufragar la guerra y emprender un programa continental de construcción del imperio. A raíz de estos intereses de la clase alta emergió el movimiento constitucionalista. Su orador principal, James Madison, afirmaba abiertamente que los poderes del gobierno central "deben estar constituidos de tal modo que protejan a la minoría de opulentos de la mayoría" (Hacker,

187). En efecto, el movimiento constitucional se convirtió "en una campaña bien organizada por una coalición de líderes de la clase alta de América para establecer la institución más apropiada para un imperio americano mercantilista" (Williams, 148). En las varias elecciones para la nueva constitución, sólo se permitía votar a menos de un cuarto de los hombres adultos, y las mujeres no tenían voto (Hacker, 188). La nueva constitución fue aprobada (aunque con escasos votos) por estos pocos miembros selectos. El 30 de abril de 1789, George Washington fue nombrado presidente, y el mundo fue testigo del nacimiento de lo que se convertiría en una terrorífica nueva institución: el gobierno de los Estados Unidos.

El dato más llamativo de la historia americana -un dato que ha condicionado todos los aspectos de la vida de la nación, incluyendo su vida sexual- es el militarismo del gobierno de Estados Unidos. De hecho, si es verdad que la naturaleza de toda institución está determinada por lo que hace y no por lo que dice, nos acercaríamos a la verdad al considerar al gobierno de los Estados Unidos, esencialmente, como una máquina de guerra.

En 1775, incluso antes de que se creara el gobierno, los colonialistas entraron en guerra con Inglaterra. Invadieron Canadá y trataron de usurpársela, pero los repelieron. En 1799, el gobierno de Estados Unidos dirigió una breve guerra naval contra Francia, y en 1812 estaba de nuevo en guerra contra Inglaterra. En 1812, el gobierno de Estados Unidos trató de apropiarse de Canadá por segunda vez y de nuevo fue repelido. En 1823, se aprobó la Doctrina Monroe. En efecto, advertía a los poderes europeos que en adelante,

el gobierno de EEUU sería el único poder imperialista a quien se le permitiría operar en América del Norte y del Sur (van Alstyne, 99). A lo largo de todo este periodo, se llevó adelante una despiadada guerra genocida contra los hombres, las mujeres y los niños índios. En la década de 1830, el presidente Andrew Jackson gastó, él sólo, alrededor de 200 millones de dólares (una enorme cantidad de dinero para la época) en guerras de aniquilación contra los índios (Williams, 320).

En 1847, el gobierno de EEUU invadió México. Los americanos tomaron Ciudad de México, y forzaron a los mexicanos a abandonar la mitad de todo su territorio. A parte de esta guerra se hicieron con el botín de los estados de California, Nuevo México, Texas (con el Río Grande como frontera), Arizona, Utah y Nevada (de Riencourt, 17). En 1835, el gobierno norteamericano envió al Almirante Perry a Japón para abrir por la fuerza el país a los intereses comerciales americanos. Desde 1861 hasta 1865, los americanos estuvieron implicados en una sangrienta guerra civil entre los capitalistas de las plantaciones del sur y los capitalistas comerciantes y fabriles del norte.

En 1890, el último de los rebeldes índios fue masacrado en la Batalla de Wounded Knee. En 1891, la Reina Liliuokalani subió al trono de Hawaii y trató de eliminar la influencia americana en las islas. En 1892, fue derrotada por los marines de Estados Unidos. En 1898, el presidente McKinley, ante la insistencia del imperio mediático de los periódicos de Hearst, declaró la guerra a España y se apropió de Cuba, Guam, Puerto Rico y Filipinas.

A finales del siglo XIX, la actitud del gobierno de Estados Unidos hacia el resto del mundo, y especialmente hacia los pueblos naturales, queda bien resumida en las palabras del senador de Indiana, Albert Beveridge: “No renunciaremos a nuestro papel en la misión de nuestra raza, confiada por Dios, de civilizar el mundo” (van Alstyne, 187). Más tarde estas palabras resonarían en Wodroow Wilson, quien en 1902, cuando era un simple ciudadano, dijo que es “nuestro peculiar deber” enseñar a los pueblos naturales “el orden y el autocontrol” e “impartirles, si es posible... el ejercicio y el hábito de la ley y la obediencia” (van Alstyne, 197).

Durante las primeras dos décadas del siglo XX, Estados Unidos invadió Cuba, Haití, Nicaragua y Santo Domingo -esta última en dos ocasiones-. En 1903, el presidente Theodore Roosevelt apoyó un golpe contra el gobierno de Colombia para establecer un gobierno títere en la región del Canal de Panamá. El gobierno títere le otorgó el perpetuo usufructo del canal a Estados Unidos, algo que el gobierno de Colombia se ha negado rotundamente a cumplir.

En 1917, el gobierno de Estados unidos le declaró la guerra a Alemania y Austria, y así entraron en la Primera Guerra Mundial, que acabó en 1918. El 7 de diciembre de 1941, Japón bombardeó Pearl Harbor, un mes después de que el Secretario de Guerra, Stimson, hubiera escrito en su diario personal que el presidente Roosevelt “había planteado la cuestión de cómo maniobrar para que los japoneses dieran el pistoletazo de salida” (de Riencourt, 61). El gobierno estadounidense puso fin a la II Guerra Mundial lanzando bombas atómicas sobre los japoneses, asentando así el

precedente para el uso de armas nucleares en momentos de guerra.

En 1947, el gobierno de Estados Unidos creó la Agencia Central de Inteligencia (CIA). En la década de 1950, el gobierno estadounidense se vió envuelto en una guerra fría con la URSS y con una guerra en caliente con Corea. En 1953, la CIA derrocó al gobierno de Irán e instaló a un Shah fascista; en 1954, derrocó al gobierno de Guatemala. En 1960, derrocó al gobierno de Laos, y desde entonces ha estado tan activo que nadie puede seguirle el ritmo. En la década de 1950, el gobierno de los Estados Unidos estableció un protectorado militar sobre más de 40 naciones que cubría 24.140 kilómetros cuadrados y más de 600 millones de seres humanos (de Riencourt, 96). A finales de la década de 1960, el gobierno de EEUU sacó a la luz la existencia de una guerra secreta en Indochina, que se convirtió en la guerra más larga de la historia americana.

El militarismo del gobierno de EEUU, profundamente arraigado a lo largo de su historia, ha tenido una profunda influencia en los valores americanos. Ha afectado a la forma en que los americanos piensan en la naturaleza, en los demás, en sus propios cuerpos y en los roles sexuales. Ha tenido un notable efecto sobre el concepto americano de cordura, que se refleja en el movimiento psiquiátrico americano. El padre de la psiquiatría americana fue Benjamin Rush, que vivió del 1746 al 1813. Benjamin Rush fue el médico general del ejército continental. Era un severo defensor de la disciplina, que creía en el uso de la violencia contra los pacientes mentales. Condenaba tanto la masturbación como la sodomía. Creía que ser negro era una

enfermedad. Encerró a su propio y rebelde hijo en un manicomio durante 27 años (Szasz, 137ff). Hoy en día es contemplado con admiración por muchos psiquiatras americanos.

La Asociación de Psiquiatría Americana publica de forma regular una lista oficial de desórdenes mentales, que, como muchos lectores saben, recientemente incluía la homosexualidad (la A.P.A se vió obligada a abordar el asunto gracias a la acción de los activistas gays). Esta lista, que es comparable al índice del Vaticano (excepto que se aplica al comportamiento y no a los libros), es de origen militar. Fue desarrollada por primera vez por el Brigadista General William C. Menninger, que fue el jefe de la división psiquiátrica de la oficina del Cirujano General del gobierno de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial (Szasz, 38). Antes de que el A.P.A adoptara la lista, fue empleada por todas las divisones de las fuerzas armadas. Su propósito era erradicar a los hombres que no encajan con el sacrificio militar. Hoy en día, al menos la mitad de todos los psiquiatras americanos están empleados en instituciones (Szasz, 235). La naturaleza institucional de la A.P.A misma se remonta a sus inicios. Su nombre original era el de Association of Medical Superintendents of American Institutions [Asociación de Superintendentes médicos de las Instituciones Americanas]. La primera propuesta aprobada públicamente por dicho grupo era una justificación del uso de la violencia en el "tratamiento" de los dementes (Szasz, 306). La mayoría de las instituciones mentales en América están gobernadas siguiendo un modelo militar (con líneas de mandos, control central, la amenaza del confinamiento

forzado, etc.). En 1964, había más personas confinadas en instituciones mentales que en la cárcel (Szasz, 65).

En la URSS, la psiquiatría tiene un tinte militar parecido y también se utiliza para reprimir la disidencia. En la Alemania nazi, el papel más destacado en el desarrollo del uso de las cámaras de gas fue desempeñado por psiquiatras, y sus primeras víctimas fueron pacientes psiquiátricos (Szasz, 214). En esas cámaras se exterminó a un número incalculable de gays y lesbianas.

El militarismo americano ha afectado al modo en que los americanos ven la masculinidad, exactamente como el militarismo romano afectó a las opiniones de los romanos. Todos los hombres americanos han sido condicionados a lo largo de su vida para pensar en la agresividad disciplinada como algo masculino, a mirar por encima del hombro el afeminamiento, el sentido de la diversión, la pasividad, y una emotividad abierta; a admirar la dureza en otros hombres, a sentirse intimidados por todo aquello a lo que se cuelgue la etiqueta de "propio de nenazas"; a disfrutar de relaciones de dominación y obediencia, a estremecerse de emoción al ver cómo se inflinge dolor en los demás; a ponserse cachondos con los uniformes; y a ser capaces de acomodarse a sí mismos funcionando dentro de grandes, impersonales y jerárquicas instituciones. La sociedad americana considera a los hombres que interiorizan estos valores dotados de una salud mental admirable. Pero este es el concepto de salud mental que sustenta la guerra. Cuando llegan las órdenes, estos saludables hombres están listos para matar a otros hombres siguiendo dichas órdenes. Están totalmente faltos de preparación para lidiar con otros

hombres de una manera abiertamente amorosa, cálida y sexual. Para ellos, eso es de locos. Hasta hace muy poco, la mayoría de los psiquiatras estaban de acuerdo con esa idea.

En 1960, con la elección del presidente John Kennedy, se produjo un revolucionario cambio en la naturaleza del militarismo americano. Este cambio tuvo asombrosas repercusiones en todos los aspectos de la vida americana. El presidente Kennedy centralizó el control de todas las actividades de compra del Pentágono dentro de la oficina del Secretario de Defensa (entonces Robert McNamara). Se escribieron estrictos requerimientos en los contratos para empresas que hicieran negocios, otorgándole al Pentágono el derecho a decidir sobre todas las decisiones de gestión importantes de estas empresas, determinando sus presupuestos, y a supervisar los despidos y contrataciones de empleados. En efecto, las empresas que hacían negocios con el Pentágono se convirtieron en subsidiarias de una empresa gigante en la que el Pentágono actuaba como la oficina central. Kennedy y McNamara hizo deliberadamente estos cambios sobre el modelo de imperio del negocio de la Ford Motor Company, y el Pentágono siguió el patrón de la oficina central de la Ford (Melman, *Pentagon Capitalism*, 2ff).

El efecto de estos cambios fue la creación del monopolio de negocios más grande de la historia de Estados Unidos, y posiblemente del mundo. Por medio de estas acciones, el presidente y otros oficiales en jefe del gobierno de los Estados Unidos tomaron el control de 15.000 a 20.000 empresas que son los primeros contratistas con el Pentágono y sobre unas 45.000 a 60.000 empresas que están

subcontratadas. El número total de empleados que trabajan para estas empresas no se sabe, pero el propio Departamento de Defensa emplea al 10% de toda la fuerza de trabajo de la nación (Melman, *Pentagon Capitalism*, 83). Más de dos tercios del gasto del gobierno de Estados Unidos cada año está dedicado a sufragar las presentes o pasadas operaciones militares, a pesar del hecho de que dicho gasto a menudo se disfraza con frases como "pagos a individuos" o "intereses de la deuda nacional" (Melman, *Pentagon Capitalism*, 83). Desde 1946 hasta 1969, el gobierno de Estados Unidos gastó más de un trillón de dólares en inversión militar; la mitad de esta cantidad se gastó bajo las administraciones de John Kennedy y Lyndon Johnson. En 1968, el imperio del negocio del Pentágono produjo 44 billones de dólares de riqueza en bienes y servicios. Una cifra que excede con mucho las ventas de los principales negocios civiles de América (AT&T, duPont, GE, GM). En estas operaciones post-intercambio, el imperio de negocios del Pentágono escaló hasta llegar a ser el tercer distribuidor de venta al por menor, sólo superado por Sears y A&P (Melman, *Pentagon Capitalism*, 24, 73).

El producto manufacturado por este gigante imperio del negocio es la guerra. Ejemplos recientes de ello son la guerra genocida contra Vietnam, Laos y Cambodja. Estas guerras sucedieron, no porque fueran en interés de los norteamericanos, sino porque hacer la guerra es su trabajo, su especialidad, el único producto del mayor monopolio de la nación. Un gobierno que se gasta dos tercios de su presupuesto nacional en la industria de guerra es un gobierno que confeccionará guerras.

Un efecto de este nuevo tipo de militarismo es la cooptación de la ciencia y la tecnología. Más de dos tercios de los investigadores técnicos de América trabajan en la actualidad para el imperio de negocios del Pentágono (Melman, *Our Depleted Society*, 4). Otro efecto es la influencia del Pentágono sobre las universidades. Durante el periodo que va de 1963-1966, la investigación en armamento químico y biológico fue realizada por 38 universidades contratadas por el Pentágono (Melman, *Pentagon Capitalism*, 99).

Un tercer efecto es el control del Pentágono sobre el proceso electoral. Tanto la gestión como los sindicatos de las empresas subsidiarias del Pentágono realizan enormes contribuciones a las campañas de los candidatos políticos. También invierten mucho dinero en propaganda política. En 1963, el secretario McNamara elogió públicamente el liderazgo del AFL-CIO [Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales] por "utilizar ampliamente los medios de comunicación para promover una mayor comprensión entre sus millones de miembros y el público del objetivo vital de los programas de defensa" (Dibble, 182). Un notorio ejemplo de este control sobre el proceso electoral es la compra-venta de la Presidencia. "La fuente más importante de los fondos y el apoyo político de toda campaña para la nominación y elección presidencial reside en el complejo militar-industrial. También es la fuente oculta más competente" (Stone, 25).

En 1969, el Pentágono mantenía un ejército de 339 miembros de su *lobby* en Capitol Hill,[2] es decir: un miembro del *lobby* por cada dos miembros del Congreso (Melman,

[2] Sede del Congreso [N. de la Trad.]

Pentagon Capitalism, 175). En los casos en los que el Congreso vota contra los deseos del Pentágono, a menudo este sigue adelante y hace lo que quiere igualmente. Por ejemplo, en diciembre de 1966, se reveló que el año anterior, el Pentágono había invertido 20 billones de dólares en la guerra de Vietnam. Exactamente el doble de lo que había autorizado el Congreso (Melman, *Pentagon Capitalism*, 182). Esta inversión constituye una violación de la Constitución de los Estados Unidos y de la ley norteamericana. El asunto nunca fue investigado, y nadie jamás fue imputado. Pronto todo el mundo se olvidó de ello. Se podrían citar ejemplos similares que implican a distintos directivos de la presidencia.

A través de la CIA y del FBI, los oficiales en jefe del gobierno que controlan el imperio de negocios del Pentágono también imponen el reino de la propaganda y del terror sobre las vidas de los americanos. En 1967, se reveló que el dinero de la CIA estaba siendo canalizado hacia la Cruzada hispanoamericana de Billy Graham, el National Council of Churches, el Harvard Law School, la National Student Association, el Institute of International Labor, fundado por Norman Thomas, y cientos de universidades, iglesias, sindicatos y otras organizaciones (de Riencourt, 110).[3] A mediados de la década de 1970, salió a la luz que el FBI y la CIA habían estado durante largo tiempo leyendo el correo de la gente, asaltando oficinas, introduciendo infiltrados y elementos disruptores en grupos radicales, infiltrándose o vendiendo a medios de comunicación disi-

[3] El autor cita una serie de epígonos de la derecha norteamericana y de instituciones conservadoras de la vida pública de la época [N. de la Trad.].

dentes, censurando noticias de los medios de comunicación consolidados, entrenando y equipando a las fuerzas de la policia local y posiblemente, asesinando a los líderes de las protestas.

En 1976, un comité del Congreso que investigaba al FBI y a la CIA afirmó que un ex-informador del FBI (Robert Merritt) ayudó a que el FBI siguiera controlando y espiando a gays y lesbianas, especialmente cuando se hallaban vinculadas a la izquierda radical. "Merritt contó al Comité que los agentes del FBI lo instruyeron para dirigir allanamientos, hacerles llegar cartas no abiertas adquiridas de forma ilegal, y solicitar y brindar información al FBI en relación a las tendencias homosexuales de personas políticamente destacadas e individuos de la *New Left*"[4] (*Report of the House Select Committee on Intelligence*, 43). Los informadores y agentes del gobierno siguieron espiando y cooptando a los grupos políticos de gays y lesbianas, así como al resto de la *New Left*.

Los Estados Unidos son una sociedad acuartelada. El alcance del control del Pentágono y de la policia secreta sobre la vida americana ha sido el equivalente material a un golpe de estado militar. Como cuando César Augusto tomó el control en roma en el 27 a. C.; en la actualidad es lo mismo: el Senado se continua reuniendo, se eligen los tribunos de la gente, las cortes abordan decisiones, nuevos presidentes ocupan las oficinas, y se observan todas las formalidades apropiadas. Pero tras el espectáculo del gobierno visible se

[4] Por *New Left* [Nueva Izquierda], movimiento antiestatista afín al socialismo libertario y cercano al 68 europeo, surgido en Estados Unidos en los sesenta [N. de la Trad.].

cierne el arrollador poder institucional de los militares y de la policia secreta. Cierto, aún existe cierto grado de libertad de expresióin y pensamiento, especialmente para las clases medias y las clases profesionales privilegiadas. Pero si un grupo se convierte en una amenaza efectiva para el sistema -como el movimiento negro en la década de 1960- pronto se encontrará con que hay inflitrados en su organización, se ponen bombas en sus locales, y se asesina a sus líderes. Precisamente mientras escribo estas palabras oigo relatos de cómo el FBI suele asesinar a los activistas índios. Es poco probable que la prensa de la clase media recoja estas noticias.

El imperio de negocios del Pentágono ha vertido su sombra sobre las vidas de gays y lesbianas. En primer lugar, ni el Pentágono ni tampoco ninguna empresa del amplio abanico de sus negocios subsidiarios contratarán por voluntad propia o conscientemente a un gay o a una lesbiana. Esto convierte al imperio de negocios del Pentágono en el mayor discriminador de gays y lesbianas del país, a quienes además anima a imitar la apariencia y el estilo de vida hetero para conseguir trabajo. Pero lo que es más importante aún: la sombra del militarismo introduce en las vidas de millones de trabajadores americanos el espectro del machismo. Los siguientes dos hechos se pueden vincular con esta cuestión: 1) la mayoría de los hombres gays de la sociedad americana de mediados de la década de 1970 eran de los que se identifican con lo masculino y llevaban cuero y ropa tejana; 2) el empleador más poderoso de los Estados Unidos es la máquina de guerra del Pentágono. Tomemos en consideración la calle Castro, el espacio de relación gay más importante de San Francisco y el centro de uno de los

guetos gays más grandes del país. Durante un día cualquiera, la calle Castro se llena de una multitud de conformistas imitadores de lo varonil, meticulosamente embutidos en tejanos, cuero, e incluso uniformes parecidos a los de los nazis. Una de las saunas más famosas de San Francisco hasta hace poco se llamaba *The Barracks* [Los Cuarteles]. Otro popular bar se llama *The Folsom Prison* [La cárcel de Folsom]. Otro es el *Bootcamp* [El campo de entrenamiento]. Estos datos de la vida gay ganan importancia si pensamos que un tercio de todos los trabajos del área de la Bahía de San Francisco están ligados al Departamento de Defensa (Gellen, 190). Históricamente, la superestructura del estilo sexual ha estado determinada por la subestructura del poder económico. Nuestra sociedad nunca se librará del machismo, no al menos hasta que se haya librado también del militarismo.

La historia del militarismo en los Estados Unidos, que culmina con el imperio de negocios del Pentágono, no es un dato social aislado. El militarismo está relacionado con el industrialismo. Es más, el militarismo y el industrialismo no son exclusivos de los Estados Unidos. Se pueden observar fenómenos similares en todas las sociedades "desarrolladas", sin importar que sean capitalistas o comunistas. El industrialismo, como el militarismo, ha tenido un devasatador impacto en nuestra vida sensual y sexual. Desde el final de la era cristiana, ha sido la fuerza más penetrante en la mutilación de la cultura gay. Ningún análisis de las opresión de gays y lesbianas en tiempos modernos que se precie puede prescindir del análisis de la naturaleza del industrialismo.

El industrialismo es el proceso mediante el cual las personas dejan de producir cosas directamente para cubrir sus necesidades inmediatas. En su lugar, las cosas se producen a través de una serie de instituciones especializadas y centralizadas. Las instituciones productoras pueden ser bastandte variadas (por ejemplo, fábricas, universidades, gobiernos) dependiendo de las cosas que producen (coches, conocimientos, ley y orden). En toda sociedad dada, hay distintos grados en el modo en que estas instituciones centralizadas y especializadas controlan la producción. Por ejemplo, entre los índios americanos, prácticamente no existían estas instituciones. En la América moderna, por otro lado, casi todos los aspectos de la vida han sido industrializados. Cuando la mayor parte de la producción de una sociedad (sea cual sea su naturaleza) está controlada por instituciones especializadas, a esta sociedad la llamamos "industrializada".

No hay ningún ejemplo en la historia de una sociedad no industrial que haya escogido un sistema altamente industrializado. En todos los casos, el industrialismo se impuso a las personas por medio de la violencias de las instituciones mismas. En Europa, el industrialismo ha sido un edificio que se ha erigido sobre la sangre y los horrores de siglos de violencia cristiana. En América, llegó al poder mediante la aniquilación de los índios y la esclavización de los negros. En Rusia, fue el fruto de la guerra del terror estalinista contra los campesinos. En el Tercer Mundo moderno, está llegando por todas partes al poder mediante las ambiciones imperialistas en conflicto de América, Rusia y China. En todos estos casos, el militarismo ha sido el medio empleado por el industrialismo para triunfar. Por tanto, el industria-

lismo no es sólo un sistema de producción. *Es también un sistema de poder.*

¿Por qué los pueblos naturales se resisten, por todas partes, al industrialismo? En primer lugar, el industrialismo no es necesario para que una cultura natural sobreviva (como sí lo es, en cambio, que las civilizaciones "más desarrolladas" les dejen en paz). El ejemplo clásico es el de los índios noretamericanos, que han logrado cubrir todas las necesidades humanas básicas con un mínimo de instituciones centralizadas y sin destruir su entorno.

Hay una segunda razón para esta resistencia a ser industrializado. El industrialismo, por su propia naturaleza, destruye la magia de la existencia humana. Tomemos en consideración el modo en que, en tanto que sujetos industrializados, nos relacionamos con nuestro entorno. Por todas partes vemos enormes ciudades, autopistas, fábricas, universidades y aeropuertos. Por todas partes los árboles, las plantas y los animales han sido masacrados. En 1969, el Atmospheric Sciences Research Center afirmó que no quedaba ni una sola parcela de aire incontaminada en Norteamérica (Roszak, 16). Thor Heyerdahl cruzó el mar atlántico en una barca hecha a mano. Relató que no pudo encontrar ni un sólo tramo de agua en el que no hubiera petróleo durante toda su travesía (Roszak, lac. cit.). ¿Qué tipo de personas somos si le hacemos esto a nuestro entorno? "Sólo aquellos que han roto el diálogo interno y silencioso del hombre con la naturaleza, sólo quienes experimentan el mundo como algo muerto, estúpido o ajeno y por tanto no sienten la llamada a reverenciarlo, han sido capaces de haber vuelto la vista hacia su entorno y sus compañeros con la fría y meticulosa-

mente calculada rapacidad propia de la sociedad industrial" (Roszak, 168).

Hemos visto en los capítulos anteriores cómo el triunfo del cristianismo y la emergencia del sistema industrial resultaron en la objetualizción de la naturaleza. De lo que tenemos que ser conscientes ahora es que esta objetualización ha resultado en el amortecimiento de nuestras emociones. Los pueblos naturales de todas partes creen que la tierra, los árboles y la luna son personalidades vivas, que nos hablan y con quienes nos podemos comunicar. Solemos reirnos de ellos y tildarlos de salvajes. ¿Podrían estar en lo cierto, después de todo? De ser así, cuando nos hablan sobre estas cosas deben sentirse como una persona vidente cuando le trata de explicar el color a una persona ciega.

Otra pérdida del sistema industrial es el arte. Somos pocos quienes hemos logrado conservar alguna competencia artística. Los artistas son considerados pájaros raros, ligeramente bizarros, y no del todo normales, como todos los demás. La competencia artística que se ha conservado ha sido cooptada por las instituciones industriales, tanto para vender pasta de dientes (como sucede en Occidente), como por el socialismo (como sucede en el Este). Tan raro es el arte en nuestras vidas que los objetos artísticos están encerrados en instituciones especiales (museos), que podemos ir a visitar en ocasiones especiales. No hay duda de que en pocas generaciones también habrá museos dedicados a los árboles.

¿Y cómo no habrían de ser así las cosas, en relación al arte? En una sociedad industrial, ya no hacemos las cosas por

nosotrxs mismxs. Las compramos como consumidores. *El arte forma parte del proceso de 'hacer'.* En las sociedades naturales, las personas lo hacen todo por ellas mismas. Como resultado, cada palmo de su entorno está lleno de arte. Los museos son desconocidos. Allí donde ha triunfado el industrialismo, el arte ha desaparecido de la vida de las personas, y los museos han ocupado su lugar.

El industrialismo ha asesinado al animal que hay en nuestro interior. Nos convertimos en personas encerradas, rodeadas de cemento y plástico, trabajando horas y horas en tanto que trabajadores en las fábricas, burócratas o académicos, viviendo en nuestras calaveras y muertos en relación a nuestros cuerpos. “El hombre fue creado para tener una habitación en la que moverse, para mirar hacia largas distancias, para vivir en habitaciones en la que, incluso cuando son diminutas, estén abiertas a los campos. Mírale ahora, encerrado por las reglas y las necesidades arquitectónicas impuestas por la superpoblación, en un armario de veinte por veinte centímetros, abierto al mundo anónimo de las calles de las ciudades” (Ellul, 321).

El industrialismo sigue afirmando que los humanos son superiores a los animales y que la “civilización” consiste en alejarse cuanto más mejor de nuestra naturaleza animal. Wilhelm Reich creía, y no se equivocaba, que el ascenso del fascismo en los países industrializados dependía de la represión de nuestra naturaleza animal dentro de la familia burguesa. “La teoría del super-hombre alemán se origina en los esfuerzos del hombre por disociarse a sí mismo del animal” (Reich, 334). Cuando se aliena de su naturaleza animal, la gente llega a considerarla mala, y entonces busca

una figura de autoridad exterior para mantenerla reprimida. "El líder", sea político o religioso, suprime desde afuera aquello que está dentro y se teme. Los nazis asociaban la homosexualidad con el comportamiento animal (y estaban en lo cierto, como sucede con toda la sexualidad). Purgaron violentamente su propio partido de gays y lesbianas que se sabía que lo eran, destruyeron los primeros antecedentes del movimiento de liberación gay, y mandaron a masas de gays y lesbianas a las cámaras de gas (Lauritsen). Se pueden encontrar actitudes similares entre los rusos estalinistas (cuya mayor obsesión era industrializar Rusia lo más rápidamente posible).

El sistema industrial ha hecho que nos olvidemos de cómo vivir. Los pueblos naturales saben cómo hacer sus propias casas, comida, medicinas, ropa, ritos religiosos y regular su estado de ánimo y entretenerse. Estas habilidades les protegen de la esclavización del dinero. Dado que las personas siempre conservan sus habilidades para sobrevivir, es muy difícil para una aristocracia monetaria tomar el control de sus vidas. Las personas no necesitan dinero para sobrevivir. De todos modos, viviendo en una sociedad industrial, no hemos aprendido las habilidades necesarias para vivir. Hemos pasado a depender totalmente del dinero para cubrir cada una de nuestras necesidades. Si el dinero desaparece, no tenemos nada que comer, nada que ponernos, ningún lugar donde dormir. En consecuencia, nos hemos vuelto totalmente dependientes de quienes controlan el dinero. En los países capitalistas, estos son los grandes monopolios. En los países comunistas es el Estado.

El industrialismo ha degradado tanto el trabajo como el ocio. La mayoría de personas de las sociedades industriales son, de hecho, esclavos de la rqiueza, trabajan cuarenta horas a la semana o más en “empleos” monótonos y odiosos con el único propósito de ganar el suficiente dinero para vivir y disfrutar de la vida. Cuando vuelven a casa debilitados por ese alienante trabajo, no les queda nada de sus almas excepto el ocio alienado: la televisión, las películas, los periódicos; todo ello los adoctrina en los valores industriales. Como las escuelas y universidades, estos medios de comunicación son parte de la anestesia general.

Los trabajadores de las sociedades industriales tienden a trabajar muchás más horas que las personas de las culturas naturales. Y el trabajo industrial es mucho menos interesante. Los trabajadores industriales están ligados a sus empleos por medio de su dependencia del dinero y el constante adoctrinamiento de las instituciones. “La tendencia natural del hombre, como se manifestaba en las sociedades primitivas [sic], es sin duda trabajar hasta cansarse. Entonces se relaja, participa en deportes, en la caza, en ceremonias orgiásticas o conciliadoras u otras formas de disfrute físico o desarrollo espiritual. Esta tendencia del hombre primitivo por lograr la satisfacción desespera a quienes se consideran a sí mismos como agentes de la civilización y sigue desesperándolos en la actualidad. Lo que se ha llamado “desarrollo económico” consiste en gran medida en diseñar estrategias para superar y poner límites a la tendencia de los hombres a contemplar sus objetivos como beneficios y por tanto como algo que se basa en sus esfuerzos” (Gailbrath, 279).

El industrialismo ha devastado nuestra vida sexual. Nos lamentamos de tratar el cuerpo de los demás de forma insensible, como si fuera un objeto que usar y del que disponer. Y aun así no logramos percatarnos de que lo tratamos todo (incluyendo a nosotrxs mismxs) como tratamos a los objetos que usamos y de los que disponemos. Sin caer en la cuenta de que es un efecto directo del sistema de poder del industrialismo. Si hemos estado condicionados durante toda nuestra vida para objetualizarlo todo, ¿cómo no vamos a objetualizar a quienes nos excitan sexualmente?

El sistema industrial ha reducido el sexo a una actividad productiva, del mismo modo que reduce todas las funciones humanas a meras actividades productivas. Bajo el industrialismo, el propósito del sexo se ha convertido en algo puramente económico: alimentar a los consumidores, trabajadores y soldados por cumplir su papel en las jerarquías industriales y militares. Las relaciones sexuales se han reducido a relaciones productivas. La unidad básica de producción de personas es la familia heterosexual monógama.

El sexo mismo está encerrado en secreto, en lo privado, en la oscuridad, en algo que se supone embarazoso y cargado de culpa. Así es cómo el sistema industrial logra mantenerlo bajo control. Entre los pueblos naturales, como hemos visto, el sexo es parte de la religión pública y la educación de las tribus. Se convierte en una celebración colectiva de los poderes que mantienen unido el universo. Su propósito es su propio placer. Todo grupo de personas con estas prácticas y valores nunca podrá ser dominada por las instituciones industriales. Por eso lo primero que hacen las

sociedades industriales cuando entran en contacto con los "primitivos" es hacerles sentir culpables en relación al sexo y a sus cuerpos. Las herramientas históricas para hacerlo han sido las religiones patriarcales.

El sistema industrial por entero es como una fantástica noche de muertos vivientes en la que toda la población ha sido reducida emocionalmente al nivel de *zombies*. Han amortecido nuestro entorno, nos han privado del arte, han esterilizado nuestra naturaleza animal, nos han usurpado las habilidades de supervivencia, han degradado nuestro trabajo y ocio, y han diezmado nuestra vida sexual. Y así, nos hemos convertido en una especie de muertos vivientes; muertos en relación a la naturaleza, entre nosotrxs, para nosotrxs mismxs.

Habrá personas que digan: "Aunque esto fuera cierto, el industrialismo también ha generado su propio anticuerpo, algo que en última instancia lo transformará. Esto es, la tecnología, que en sí misma no es ni buena ni mala. Podemos transformar el mundo y hacerlo mejor si usamos la tecnología de la forma correcta. ¡La tecnología nos salvará!". Por desgracia, las evidencias históricas no apoyan esta idea. Por ejemplo, se acostumbra a decir que la computarización iba a eliminar los trabajos idiotizantes y repetitivos, brindándole a las personas más tiempo libre y también dando a luz nuevos tipos de empleo que iban a permitir una mayor creatividad. De hecho, lo que ha sucedido es todo lo contrario. Como indica un estudio de las evidencias actuales con las que contamos: "el único empleo creado por la computarización ha sido el de operador de

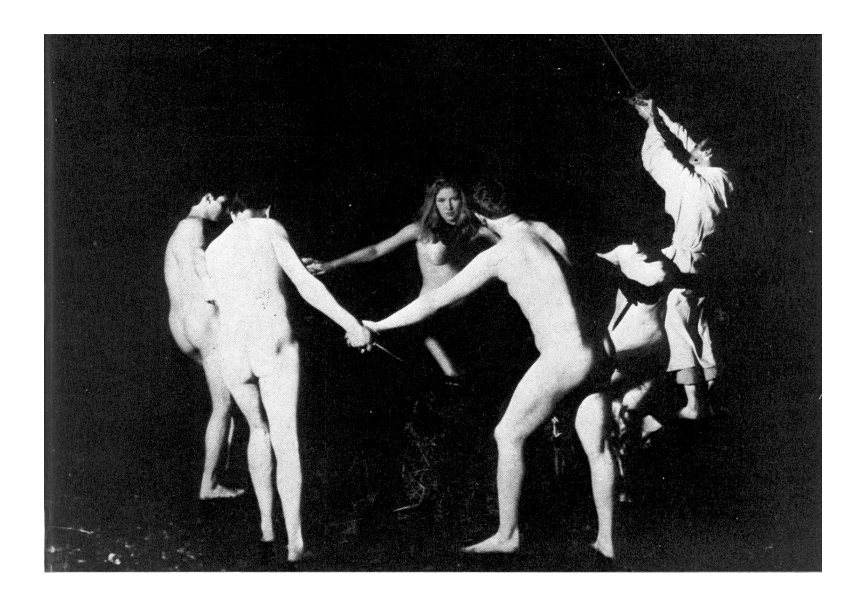
digitación de datos”[5] (Braverman, 83). El operador de digitación de datos es uno de los trabajos más alienantes de la sociedad moderna. Implica lidiar con máquinas de la forma más mecánica y alienante que existe, tanto para el cuerpo como para la mente.

Una de las áreas más importantes en las que las computadoras han tenido un impacto masivo es el del trabajo administrativo. Desde 1900 se estaba produciendo una desastrosa caída del estatus de los trabajos administrativos, en su salario, y en las dimensiones creativas que se permitían en dichos empleos (Braverman, 51). No es casualidad que desde 1900, el sector mecánico de la clase trabajadora se haya incrementado de un 50% a un 67% y un 75% (Braverman, 113). “Basta un instante de reflexión para darse cuenta de que los nuevos empleos de la clase trabajadora tienden a crecer, no en contradicción con la rápida mecanización y 'automatización' de la industria, sino en armonía con esta” (Braverman, 114). De hecho, el efecto de la tecnología ha sido crear un vasto excedente de trabajadores dispuestos a realizar un trabajo alienante a cambio de un salario más bajo (Braverman, 114).

El economista Harry Braverman señala que la desastrosa caída del estatus de los administrativos se corresponde con un cambio en su perfil sexual. En 1900, tres cuartas partes de todos los administrativos eran hombres. En 1960, dos tercios eran mujeres (Braverman, 50). Como muchos de los

[5] Empleo desempeñado en su momento y en mayor parte por mujeres. Vinculado a una fase de la historia de las computadoras en la que los datos debían introducirse aún mediante tarjetas perforadas; la operadora de digitación era la encargada de introducir dichas tarjetas y extraerlas [N. de la Trad.].

que hemos pasado por trabajos administrativos, un gran número de los hombres que han conservado estos puestos son gays. De modo que el sector con mayor crecimiento de la fuerza de trabajo de la América industrial -el único que está entre los peor pagados y en buena parte debido al desarrollo tecnológico- se basa en la explotación de lesbianas y gays.



La situación recuerda a los primeros días de la tecnología industrial en Inglaterra. Los primeros trabajadores de las fábricas eran mujeres y niños, no hombres. Debido a esta situación, se fomentaba que las familias tuvieran muchos hijos. Tener una gran familia significaba contar con más trabajadores, que podían ponerse a trabajar a cambio de un salario. "Con el ascenso de la fábrica, la práctica de la

contratación de niños mal pagados y de trabajo femenino y el hecho de que se prefiriera al masculino en algunas áreas e industrias quizás hizo que el hombre se enfrentara a la *necesidad* económica de casarse antes, y reproducirse rápidamente y en abundancia" (Lazonick, 40; las cursivas son del original). Históricamente, la tecnología industrial ha sido la causa de la superpoblación, y no al revés.

La tecnología no ha producido tampoco que dispongamos de más tiempo libre. Entre 1941 y 1965, un periodo de gran innovación y aplicación tecnológica, la media de horas de trabajo por semana aumentó (Gailbrath, 370, nota 1). Durante más o menos el mismo periodo, el poder económico de los trabajadores declinó. Desde 1940 hasta 1950, los precios del mercado se doblaron (Burns, 113). Sólo desde 1964 hasta 1970, el poder adquisitivo del dólar se desplomó un 20% (Melman, "From Private to Pentagon Capitalism", 4). Cada año que pasa, los bienes que se producen son de menor calidad.

Históricamente, la tecnología ha estado vinculada con el militarismo. Como hemos visto, más de dos tercios de los investigadores técnicos nacionales están ahora empleados por el imperio de negocios del Pentágono. Las mayores innovaciones técnicas siempre se han producido durante épocas de guerra. El propio sistema moderno de fábricas es una innovación tecnológica crucial, que derivó de los negocios del siglo XVII que manufacturaban material de guerra (Gilbert, 51).

Es verdad que las máquinas y las habilidades técnicas no son malas por sí mismas, sino que se vuelven malas cuando

son controladas por poderosas instituciones que están más allá de la voluntad de las personas. Pero la esencia de la tecnología industrial es la propia fusión de la habilidad técnica con el poder institucional. *La tecnología industrial, como el propio industrialismo, es un sistema de poder.*

Para ser efectivo, requiere la cuantificación de necesidades, que significa que las necesidades personales son devaluadas y reducidas a las necesidades de la masa. Una vez aplicada crea unos problemas que sólo pueden resolverse desarrollando todavía más tecnología. Por tanto, surge una inevitable élite de expertos. Para ser más eficiente, necesita de más control centralizado. Por tanto, surge el monopolio. En la Unión Soviética, la industria más importante estaba controlada por una sola institución: el Estado. En los Estados Unidos, ya en 1944%, el 62% de todos los trabajadores eran empleados por el 2% de las empresas (Ellul, 154). Hoy en día, la concentración es, sin duda, mucho más alta.

Todas las naciones altamente industrializadas de la tierra, sin importar que sean comunistas o capitalistas, muestran los mismos efectos en cuanto al impacto de la tecnología: concentración de poder político y económico en manos de unos pocos, una creciente reglamentación de cada uno de los aspectos de la vida, incluyendo pensamientos, emociones e incluso fantasías; y la devastación del medio ambiente. “A pesar de todos los hombres de buena voluntad, de todos los optimistas, y de todos los que hicieron historia, las civilizaciones del mundo han sido rodeadas por una banda de ladrones” (Ellul, 127).

Desde luego, es posible desvincular la habilidad técnica del control institucional, pero entonces ya no dispondríamos de tecnología industrial. Un cambio como este significaría un *nuevo tipo de tecnología*, muy distinta a todos los sistemas productivos que prevalecen hoy en día en el planeta.

Un último pero se podría objetar: "Mira todo el progreso que ha traído consigo la tecnología. ¿Qué pasa con el progreso?" Y, de hecho, es cierto que la tecnología ha traído consigo un progreso que alivia la carga de trabajo, aunque *sólo a las clases dirigentes de las sociedades industriales*. Y además, ¿a qué precio? ¿Qué pasa con la aniquilación de las antiguas culturas de Europa y las culturas de los índios americanos? ¿Qué pasa con la esclavización y explotación de los negros? ¿Y el trabajo del Tercer Mundo actual, que se basa en la explotación? ¿Y la destrucción de la naturaleza? ¿Y el modo en que se ha distorsionado la sexualidad? ¿Qué pasa con los millones de millones personas asesinadas en una serie de guerras que la tecnología ha hecho posible? Sí, los supervivientes (algunos de ellos) han tenido suerte. Pero cuando tomamos en consideración el *elevado* precio histórico que hemos debido pagar, "no podemos afirmar con seguridad que, de 1250 a 1950, se haya producido un progreso" (Ellul, 192).

El erial industrial se cierne sobre nosotrxs desde el pasado. Es la gestación de alrededor de unos 2.000 años de gobierno patriarcal, la última cría de las instituciones cristianas y/o industriales. Es vasto. Es poderoso. No ha respetado ninguna cultura ni ninguna ideología. Se ha difundido como un cáncer sobre toda la faz de la tierra. Ha arruinado nuestro trabajo, nuestro arte, nuestro entorno y nuestra

vida emocional y sexual. Nos ha costado el sentido mágico de la vida.

Si alguna vez nos erguimos sobre los muertos y recuperamos nuestro lugar en la naturaleza, tendremos que hacer algo más que tener fe en el Estado, en el partido o en la tecnología; todo ellos son meros sustentadores del industrialismo. Tendremos que aprovechar las energías que nos quedan y que ahora restan sepultadas en nosotrxs mismxs y en la naturaleza. Y eso significa que tendremos que, en adelante, hacer acopio de unos poderes que no se han dado a conocer desde los días de los chamanes.

No queremos tus reformas.
Queremos saltar sobre
las ruinas de esta
sociedad, jugar con
el fuego que extinga
todo su poder, bailar
hasta la muerte de
la humanidad domesticada

MAGIA Y REVOLUCIÓN

¿En qué consiste la revolución?

Muchos respondemos a esta pregunta de memoria. Como si alguien hubiera apretado un botón, largamos la "respuesta correcta" que nos hayan enseñado en nuestra corriente de pensamiento.

La respuesta que nos sabemos de memoria es mala porque hace que omitamos muchas cosas que se dan por sentadas. Por ejemplo, casi todos nosotrxs estamos encerrados en la costumbre de verlo todo con una mirada patriarcal. Cargamos con esta visión de túnel incluso cuando nos permitimos dejar volar nuestra fantasía revolucionaria.

En el pasado, fueron muchos los revolucionarios que al llegar al poder, creyeron erróneamente que estaban dando inicio a un nuevo orden. A menudo lo único que hicieron fue reestablecer el viejo orden patriarcal bajo una gestión más eficiente o humana. En mi opinión, esta ha sido la ruina de las dos fuerzas progresistas más importantes de los cien últimos años: el liberalismo y el socialismo industrial. A continuación, echaremos un vistazo a estos dos movimientos a la luz de lo que hemos descubierto sobre la historia gay. Creo que así veremos la necesidad de trascenderlos a ambos.

Históricamente, el liberalismo se ha asociado con la burguesía. Fue originariamente la ideología de los comerciantes europeos y de los propietarios de negocios, en su

revuelta contra la aristocracia terrateniente y la monarquía. Hoy en día es, principalmente, la ideología de los miembros cultos de la clase media y los miembros dotados de una mentalidad reformista de las clases profesionales privilegiadas. Los representantes del liberalismo moderno a menudo están vinculados con escuelas y universidades. Su gran esperanza es reformar, por medio de la educación y el compromiso pacífico.

El liberalismo tiene un buen registro de éxitos a la hora de terminar con algunas formas de opresión. Ha sido muy beneficioso para aquellos miembros oprimidos de la sociedad que han sido capaces de adaptarse a los estilos de vida de la clase media. En este sentido, han sido especialmente de ayuda las personas que han escalado socialmente provenientes de un entorno de la clase media baja.

Pero para quienes no pueden o no quieren ajustarse al estilo de vida de la clase media, el liberalismo ha tenido poco que ofrecer. Los Estados Unidos han sido testigos de doscientos años de instituciones básicamente liberales y una gran hueste de líderes liberales y programas (los ejemplos más recientes han sido el New Deal, la New Frontier y la Great Society)[1]. A pesar de esta tradición liberal, los Estados Unidos son, hoy en día, una sociedad corrupta y acuarte-

[1] El New Deal es el nombre que le dio Roosevelt a su política intervencionista para contrarrestar los efectos de la Gran Depresión (1933-1938) ;la New Frontier era una expresión para referise a la administración nacional y los programas exteriores del presidente demócrata liberal, John F. Kennedy; la Great Society era un conjunto de programas nacionales lanzados por el presidente Lyndon B. Johnson para acabar con la pobreza y la injusticia racial (1964-65) [N. de la Trad.].

lada, que vive de la explotación de las personas de otras etnias de todo el mundo y que reprime violentamente dentro de sus propias fronteras a gays, lesbianas, a las mujeres, a los negros, a los pobres, a los índios y a la Madre Tierra.

El gran defecto del liberalismo es que acepta los valores básicos de la cultura occidental, dado que esta cultura ha sido transmitida de generación en genración por medio de escuelas y universidades. Como hemos visto, esta tradición culrural representa, en todas partes, los valores de las clases patriarcales dirigentes. Por ejemplo, fueron los líderes más cultos de la Europa medieval quienes elevaron la voz con más ahínco en pro de la aniquilación de las brujas, los herejes y los estilos de vida que estos practicaban. "Cuanto más versado estuviera un hombre en la erudición tradicional de la época, más probable era que apoyara a los doctores de brujas [esto es, a los cazadores de brujas]. A menudo descubrimos que entre los más feroces de los que abogaban por la quema de brujas estaban los más cultos patrones del pensamiento contemporáneo" (Trevor-Roper, 154). Este salvajismo cultural no terminó con el fin de la Edad Media. "Fue promovido por los popes culturales del Renacimiento, por los grandes reformadores protestantes, por los santos de la Contrarreforma, por los académicos, abogados y hombres de la Iglesia" (Trevor-Roper, 91).

Ya en la contemporaneidad, las escuelas y universidades se han convertido en sirvientes del complejo militar-industrial. La mayor parte de su dinero proviene del gobierno, de los militares, de la industria privada. Sus regentes casi siempre provienen de la clase dirigente (La influencia de la familia

Hearst[2] sobre la Universidad de California es un notorio ejemplo de ello). Las escuelas y universidades modernas presionan a los alumnos para que adopten hábitos de aprendizaje despersonalizado, miedo a la autoridad, auto-objetualización y una pavorosa competitividad. Estos rasgos de carácter son la esencia del retorcido tipo de personalidad del industrialismo moderno. Son precisamente los rasgos caracteriales necesarios para mantener un sistema social que ha perdido completamente el contacto con la naturaleza, la sexualidad y las necesidades humanas reales. Las licenciaturas que ofrecen las escuelas y universidades contemporáneas se han convertido en poco más que en peajes de admisión a las clases profesionales privilegiadas. A pesar de esta deprimente situación, los liberales modernos como John Kenneth Gailbraith siguen poniendo su esperanza en la salvación de la nación en "la clase educativa y científica" (Gailbraith).

El liberalismo no puede reconocer que las escuelas y universidades han sido los más importantes vehículos para la difusión de los prejuicios contra gays, lesbianas, mujeres y personas del Tercer Mundo. Los más corrientes prejuicios hasta hace dos días se enseñaban en las escuelas como si se tratara de refinadas ideas por parte de los eruditos profesores. Las escuelas y universidades, y no la gente de a pie, han sido quienes han "demostrado", por medio de los métodos académicos más "rigurosos", que gays y lesbianas están enfermos, que las mujeres son inferiores a los hombres y que las culturas del Tercer Mundo son primi-

[2] Una de las dinastías más poderosas de los Estados Unidos, dueña de uno de los grandes imperios de medios de comunicación del país [N. de la Trad.].

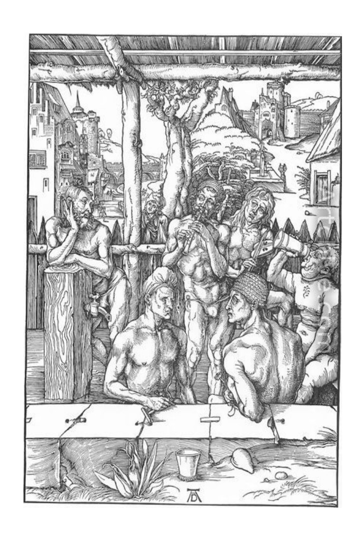
tivas, bárbaras y salvajes. Del mismo modo que las escuelas hoy en día siguen enseñando que la razón es mejor que la emoción, que los animales son inferiores a los humanos, que las rocas, las montañas y las estrellas son objetos inanimados, que lo más importante en la vida es lograr un trabajo y que la educación consiste en leer libros.

Los liberales veneran el profesionalismo. Nos urgen a convertirnos en historiadores profesionales para investigar la historia, a los sociólogos a investigar cómo funcionan los grupos sociales, a los psicólogos, a descubrir el alma. No se dan cuenta de que cuanto más "educada" sea la persona más posibilidades tiene de encarnar esa personalidad retorcida propia del industrialismo moderno y por tanto ver la realidad a través de los ojos sin vida de la mentalidad industrial. No se dan cuenta de la terrible ironía presente en el hecho de que muchas instituciones profesionales ahora hagan justamente lo contrario de lo que predican. Y así nos encontramos con departamentos públicos de ecología que funcionan como agencias que venden permisos para violar la tierra, asilos y hospitales que son lugares en los que la mayoría de las personas muere, periódicos que son medios para distorsionar y censurar las noticias, escuelas que son cementerios de todo aprendizaje y crecimiento personal y departamentos de defensa que son máquinas para planificar y llevar a cabo agresivas guerras. Los liberales están ciegos ante el hecho de que las clases profesionales privilegiadas de la moderna sociedad industrial están totalmenste en quiebra, porque han sido compradas y pagadas por el podrido sistema que las alimenta con su dinero y sus valores.

Los liberales también están ciegos ante la lucha de clases. Pasan por alto el hecho de que lo que se denomina “civilización” occidental ha sido posible sólo gracias a una ola tras otra de dominación patriarcal. Como hemos visto, la dominación se ha desarrollado a saltos, y empezó en la Edad de Bronce, se incrementó durante el periodo del patriarcado grecorromano, la era cristiana y finalmente, en la edad oscura del industrialismo. En cada uno de estos periodos, los patrones de dominación se han ido transmitiendo en secuencia de una clase dirigente a la siguiente. Los liberales rara vez son ni siquiera conscientes de esta secuencia, no hablemos ya entonces de resistirse a ella.

Dentro del contexto del movimiento gay, los liberales han sido muy eficaces a la hora de modificar las leyes y las actitudes de algunos profesionales. Pero el liberalismo gay ha tenido poca relevancia para aquellos de nosotrxs que rechazamos el estilo de vida de la clase media. En el peor de los casos, el liberalismo gay ha animado a los hombres gays a imitar el comportamiento de los profesionales heteros que ansían ascender socialmente. Esta es la propuesta impulsada por David Goodstein, el millonario propietario de The Advocate, el órgano dirigente del liberalismo gay en los Estados Unidos. Goodstein, que está tan orgulloso de su hobby como criador de caballos, urge a los hombres gays a convertirse en personas “respetables” y a escalar por medio de su empleo para ser asimilados por el sueño americano. En efecto, su deseo es que todos nosotrxs nos convirtamos en *Straight-Identified-Faggots* (o STIFFS, para resumir) [Jotos que se Identifican con los Heteros].

Encontramos un énfasis más sutil en el profesionalismo y en los valores de la clase media defendidos por la National Gay Task Force, el grupo político liberal gay más importante de la nación. El NGTF admira enormementee el ideal de persona gay con estudios superiores, miembro de la clase media profesional. Hace hincapié en la importancia de un "planteamiento profesional" de la liberación gay. La propia NGTF se rige internamente siguiendo un modelo propio de una organización económica profesional. Es de sumo interés que la expresión "Task Force" [cuerpo especial o comando] sea un término de la burocracia militar, usado por primera vez por el Ejército Naval de Estados Unidos para designar un particular grupo de distinguidos especialistas que están bajo el liderazgo de un comando (véase la entrada de "Task force" en *The Random House Dictionary*). El fundador y líder adjunto de la NGTF es el Dr. Bruce Voeller, un ex-genetista de la Rockefeller University, un prominente centro de investigación independiente financiado por el sistema militar-industrial y científico.



Los liberales gays se han mostrado indiferentes en relación al modo en que el movimiento ha sido cooptado por los propietarios gays de bares, saunas y negocios. Estos propietarios han capitalizado la nueva tolerancia hacia gays y lesbianas creando una red de negocios diseñados para ganar todo el dinero que sea posible. Como se han enriquecido gracias a ello, ahora controlan la más amplia fuente de dinero de la comunidad gay. De modo que son ellos quienes marcan el tono y la atmósfera reinante de publicaciones como *The Advocate*.

Los capitalistas gays están preparados para invertir un buen fajo de billetes en los “derechos civiles” de gays y lesbianas (que ellos entieneden como el derecho a regentar negocios gays que estén libres de acoso). Pero ponen el grito en el cielo si el movimiento gay plantea cuestiones de clase. Dos ejemplos de este tipo de liberalismo propio de un bar gay son Dale Bentley y Emerson Propps, un duo de Reno, propietarios de la rama Oeste de la cadena de Club Baths (que no hay que confundir con la del Este). Estos dos capitalistas hacen alarde de haber invertido un montón de dinero para hacer que los gays y las lesbianas de Denver e Idaho tuvieran las cosas más fáciles. Y ya en 1976, iniciaron la política de negar la admisión en sus saunas de San Francisco a cualquiera que llevara la camiseta del Bay Area Gay Liberation (BAGL). En su opinión, los miembros del BAGL eran “buscabregas” y “comunistas”. Las bregas a las que se referían era la reciente protesta del BAGL contra el racismo y el sexismo en un bar gay local, el *Mindshaft*. Bentley y Propps también fueron acusados de dsicriminación contra los hombres gays afeminados, de la tercera edad o del Tercer Mundo (un extremo que negaron). Fueron demandados

frente al tribunal en relación al incidente con el BAGL y perdieron. Hay otra demanda por otras formas de discriminación que está aún pendiente de resolución. Para Bentley y Propps, la liberación gay parece significar hacer que el mundo sea más seguro para los propietarios de bares y negocios gays. Personas de este tipo son quienes sufragan los gastos –y por tanto, marcan el tono– de muchas organizaciones de activistas liberales gays.

Las organizaciones liberales gays tienden a buscar a hombres gays “respetables” (esto es, burgueses) para que ejerzan como sus portavoces. Desgraciadamente, se sabe que estas personas oprimen a los gays y lesbianas que no pueden o no quieren encajar en el sistema. Hemos visto al Dr. Howard Brown, anteriormente citado, rico burócrata de Nueva York, yendo de aquí para allá en representación de la National Gay Task Force. Se le puso en el cargo atendiendo tan sólo a sus credenciales y conexiones con la clase media. Poco después de salir del armario en las páginas centrales del New York Times, dio una charla ante un grupo de gays del Medio Oeste ¡en la que procedió a decirles que había que alejarse del *cross-dressing* porque ofendía a la América de clase media!

De modo que, en conjunto, el liberalismo gay tiene todas las ventajas y desventajas propias de cualquier movimiento de clase media: por un lado, tiene accesibilidad a los medios de comunicación, a los políticos consolidados y a los creadores de opinión de las clases profesionales privilegiadas. Por el otro, se muestra insensible ante las luchas de las personas que no pertenecen a esa clase y generalmente permanece impasible a la hora de penetrar en cuestiones que giren en

torno al estilo de vida. En tanto que da por sentado el industrialismo burgués, nunca es revolucionario. En efecto, no es nada más que un movimiento en defensa de los hombres blancos, de clase media y que se identifican con lo masculino.

La segunda gran fuerza progresista de los tiempos modernos ha sido el socialismo industrial. Históricamente, el socialismo industrial se ha asociado con el proletariado urbano y con quienes se reivindican como sus líderes. Alcanzó su expresión clásica en el siglo XIX en los escritos de Karl Marx. En general, aboga por el derrocamiento del poder de la burguesía y que un partido altamente disciplinado se apodere de los medios de producción.

El socialismo industrial ha sido la fuerza más poderosa del siglo XX en pro de la liberación humana. En casi todos los casos en los que ha llegado al poder y ha logrado mantenerse en él ha expulsado a los explotadores extranjeros (normalmente a los intereses de negocios norteamericanos), ha terminado con el hambre de las masas y ha brindado los medios necesarios para la supervivencia de sus gentes. Ese ha sido el caso, por ejemplo, en Rusia, China y Cuba.

Pero, desgraciadamente, el socialismo industrial ha presentado algunas lagunas, especialmente en lo que concierne al sexo, la familia, la naturaleza, la ciencia, el estado y el industrialismo mismo. Estos puntos débiles están interconectados.

Una de las primeras cosas que hicieron los bolcheviques en Rusia tras apoderarse del poder en 1917, fue derrogar las antiguas leyes zaristas, incluyendo las leyes contra la homo-

sexualidad. Durante un tiempo, pareció que el régimen fomentaba un estatus más libre para las mujeres y una atmósfera más humana para gays y lesbianas. En 17 años, todo eso cambió. En enero de 1934, Joseph Stalin realizó una detención masiva de gays en Moscú, Leningrado, Krakovia y Odesa (Lauritsen, 68). En marzo de 1934, Rusia ilegalizó de nuevo la homosexualidad (Lauritsen, 69).

En correspondencia con este drástico giro se produjeron otros ultrajes. En 1929, Stalin emprendió una guerra contra los campesinos, que en aquella época constituían el 80% de la población. Las familias campesinas fueron deportadas, su tierra fue confiscada, y muchos fueron enviados a campos de concentración. Los que no fueron apresados fueron enviados a unidades agrícolas industrializadas a gran escala. Stalin comparó esta guerra contra los campesinos con la guerra de Rusia contra los Alemanes (Nove, 160-177).

El objetivo de Stalin era industrializar Rusia a cualquier precio, y eso es lo que hizo. La industrialización de Rusia fue posible gracias a la sangre de sus campesinos, exactamente como la industrialización de Europa occidental fue posible mediante la aniquilación de la religión antigua y sus culturas, y la industrialización del continente norteamericano se hizo posible mediante la esclavización de los negros y la usurpación de las tierras índias.

Aunque Stalin fuera el ejemplo más extremo de la violencia industrial en Rusia, las raíces de sus acciones se remontan tanto a Lenin como a Marx, que nunca cuestionaron que el industrialismo y la ciencia fueran inevitables o deseables. Lenin, en particular, creía que existía un vínculo necesario

entre el industrialismo y la necesidad de un poderoso estado centralizado. En 1917, muy poco después de que los bolcheviques llegaran al poder, dijo: “Ni el ferrocarril ni tampoco el transporte, ni ninguna maquinaría a gran escala ni empresa en general puede funcionar correctamente sin vincular toda voluntad individual con la totalidad del personal de trabajo dentro de un órgano económico que opere con la precisión de un reloj. El socialismo tiene su origen en la maquinaria industrial a gran escala” (Nove, 57). Desde los primeros tiempos de la revolución, Lenin fue acusado de hacer que Rusia tomara la dirección del capitalismo de estado, una crítica que él rechazaba como “un infantilismo de izquierdas” (Nove, 58).

Karl Marx arguyó que la civilización industrial era la última fase y la más alta de la dialéctica progresiva de la civilización humana. Contemplaba todas las demás formas como desfasadas, primitivas o salvajes. Marx tenía fe en la ciencia y a su teoría la llamó *socialismo científico*. Ridiculizaba a los socialistas que cuestionaban la naturaleza misma del industrialismo como “utópicos”.

Muchos marxistas actuales siguen considerando a las sociedades naturales con desdén. Un ejemplo de ello es George Thomas –un conocido historiador marxista que ha escrito sobre el matriarcado en la Grecia temprana– ha dicho, en lo que concierne a los pueblos naturales en general, que “las primitivas culturas que aún sobreviven en otras partes del mundo son productos de un retraso o una detención en su desarrollo” (Thomas, 35). Este tipo de pensamiento deriva directamente de la teoría del materialismo dialéctico de Marx. Según esta teoría, las sociedades naturales están en

un nivel inferior de la escala de la evolución social. Más tarde o temprano, como resultado de la lucha de clases interna, se desarrollan en la dirección de la civilización industrial blanca, que se considera que está en un lugar elevado dentro de esa escala. El desarrollo en esa dirección se considera como inevitable, deseable y progresista. Esta teoría, además de ser falsa, es inherentemente racista.

Ni Marx ni Engels tienen una trayectoria positiva en lo que atañe a los derechos de gays y lesbianas. Nunca levantaron un dedo para ayudar a la lucha gay en su época, a pesar de que ambos eran conscientes de ella (Kennedy, 6). De hecho, incluso eran homófobos. Engels creía que la homosexualidad masculina estaba históricamente vinculada con el desprecio hacia las mujeres, como cuando dijo en relación a la Atenas antigua: "esta degradación de las mujeres se vengaba en los hombres y les degradaba hasta el punto de que cayeron en la abominable práctica de la sodomía, y degradó igualmente a sus dioses y a ellos mismos con el mito de Ganímedes" (Engels, 128). Marx, como Engels, solía referirse a los hombres gays con términos despectivos. Tildó a Karl Boruttau, un temprano defensor de la libertad sexual, de "golfo" (Kennedy, 6).

El socialismo industrial en Rusia se convirtió en capitalismo. La sociedad rusa ahora está muy industrializada y urbanizada, tanto como Estados Unidos, pero los medios de producción son propiedad del estado en vez de quienes dirigen los negocios empresariales. El estado mismo es el capitalista en jefe de Rusia, y el estado ruso compite con otros estados (tanto capitalistas como socialistas), exactamente como los capitalistas de las empresas compiten entre

ellos en Occidente. La tecnología industrial ha tenido el mismo impacto en Rusia que está teniendo en todas partes: la represión de la sexualidad, la reglamentación de todo aspecto de la vida, y la reducción de la población a la condición de zombis emocionales.

En tanto que los socialistas no se cuestionan la naturaleza del industrialismo mismo, creo que el socialismo siempre terminará convirtiéndose en capitalismo de estado. Esto sucederá porque hay ciertos rasgos del industrialismo que son de por sí capitalistas. Para entender esta idea, recordemos que el industrialismo es el sistema en el que las personas dejan de hacer cosas para cubrir sus propias necesidades inmediatas. En su lugar, las cosas las producen instituciones especializadas y centralizadas (como fábricas). Que a estas instituciones se les llame socialistas o no no las hace diferentes en relación a una cuestión, y es que no pueden existir a menos que el trabajo de los trabajadores genere una plusvalía que sobrepase lo que los trabajadores necesitan para sobrevivir. Esta plusvalía no puede devolverse a lxs trabajadorxs mismxs; de otro modo, no habría medios para pagar la fábrica o su expansión. De modo que emerge la necesidad de gestionar y planificar el uso de ese exceso de capital. Si estas fábricas están integradas en un grande y complejo sistema económico, es necesario un grupo especial de expertos que realice esa gestión y planificación. Así, en una sociedad socialista, surgen los planificadores, que se convierten en agentes del estado (si no hay agentes del estado, existe el riego de volver al capitalismo empresarial). Y así el estado mismo emerge como el director y responsable de todas las decisiones importantes

en relación al capital y, por tanto, se convierte en el capitalista en jefe.

Siempre que cualquier sociedad socialista emprende deliberadamente su indusrialización, es sometida inmediatamente a una tremenda presión por parte del capitalismo de estado. El ejemplo clásico de nuestro tiempo es la República Popular de China. Bajo el Presidente Mao, China se acercó más al ideal de una verdadera sociedad socialista que ningún otro país. Los académicos y otros tipos profesionales dedican parte de su trabajo anual en fábricas o trabajando la tierra. Se eliminaron las diferencias de salario. Y lo más importante de todo, Mao hizo hincapié en la gran importancia de los campesinos, a quienes Stalin aniquiló en Rusia y a quienes Marx, en su época, consideraba no mucho mejores que un saco de patatas.

Pero este impulso socialista se ha mantenido sólo a coste de un gran trastorno interno tras la revolución y se enfrenta a una rígida oposición. Desde el 1966 hasta 1969, Mao impulsó la Gran Revolución Cultural Proletaria. Se trató, de hecho, de una guerra civil en China, cuyo propósito era detener la escalada en el poder de las clases profesionales privilegiadas. Estas clases privilegiadas se estaban haciendo cada vez más fuertes al tiempo que China avanzaba en su carrera hacia el industrialismo. Al final, las fuerzas derrotadas por la revolución cultural parecen haberse convertido en una amenaza para el propio estado chino. Finalmente fueron eliminadas por el ejército siguiendo las órdenes de Mao (Macciocchi, 59).

Nadie puede decir qué pasará en China ahora que Mao ha muerto, pero las fuerzas que trabajan en pro de un capitalismo de estado aún existen. Esta amenaza se ha intensificado en la actualidad por medio de la estructura del Partido Comunidtsa Chino, que está enormemente en deuda con el ideal de organización y disciplina que toman prestado de los misioneros cristianos y las órdenes monásticas tempranas (Fitzgerald, 133). Resulta concebible que el comunismo en China pueda terminar convirtiéndose en otra religión patriarcal, como ya sucedió en la URSS. O tal vez China seguirá planteando profundas cuestiones en torno al industrialismo, conduciendo así el socialismo por un camino nuevo y sin precedentes.

El socialismo industrial de toda índole ha sido siempre muy envarado en relación al sexo. Como hemos visto, la homosexualidad es ahora ilegal en Rusia. En China se decía que no existían los gays y las lesbianas y el tema no se mencionaba públicamente. En Cuba la homosexualidad fue declarada en 1971 una "patología social" y se envió a muchos gays y lesbianas a campos de concentración. Ninguna sociedad socialista industrializada nunca ha cuestionado a la familia nuclear -que es la sangre vital de la civilización patriarcal-, y de hecho, se ha reforzado en gran medida.

Además, el socialismo industrial abraza con ansia la ciencia, considera el industrialismo como algo deseable e inevitable y ridiculiza a las antiguas religiones animistas que han existido en cada uno de los países en los que ha llegado al poder (cosa que resulta irónica, dado que estas antiguas religiones, en todo caso, han representado durante siglos los valores básicos de la masa campesina). Los líderes del socialismo

industrial han sido por lo general hombres que se identifican con lo masculino y que poseen éxito y el poder sobre ejércitos organizados.

En el contexto del movimiento gay, los socialistas industriales suelen ser poco sensibles en relación a la identidad gay y suelen tener un vago concepto de la cultura y de la espiritualidad gay. Generalmente, consideran que la revolución gay significa apoyar los programas de la *New Left*, sólo que añadiéndole el sexo gay. Muy a menudo, creen que lo único que tienen en común los hombres gays es la sexualidad (¡que, de hecho, ya es mucho!).

Exactamente como los liberales, los socialistas industriales gays también se han mostrado insensibles a la verdadera profundidad de la corrupción de la civilización occidental. Esta insensibilidad se percibe en eslóganes como "¡El socialismo es la respuesta!". Esto implica que todo lo que tenemos que hacer es favorecer que los trabajadores tomen el control de las fábricas y todos los medios de producción. De todos modos, como hemos visto, el problema no es sólo quién controla los medios de producción, sino los propios medios de producción. Los socialistas industriales se arredran ante la conclusión de que lo que necesitamos no es una nueva administración en Washington o una nueva política económica, sino una nueva civilización.

Al plantear esta crítica no estoy diciendo que el socialismo industrial no haya ayudado a las personas. Sin duda lo ha hecho, mucho más de lo que jamás lo hizo o pudo hacer el liberalismo burgués. Pero lo que estoy diciendo es que el socialismo industrial no es necesariamente la forma más

elevada o la única de socialismo revolucionario. Incluso en los casos en los que ha sido absolutamente necesario (como en China), podemos considerarlo como algo de lo que partir, sobre lo que construir, en vez de como una conclusión absoluta o el fin de toda la lucha humana hacia su liberación. La revolución no debe terminar cuando los revolucionarios toman el poder.

Creo que es necesario desarrollar un nuevo socialismo, uno que tenga en cuenta los fracasos del socialismo industrial y que haga espacio para las especiales constribuciones de los gays, las lesbianas, las mujeres y las antiguas culturas del Tercer Mundo. En lo que queda de este capítulo, trataré de subrayar los rasgos principales, tal y como yo los veo, de este nuevo socialismo.

Para empezar, creo que debemos retirarnos masivamente de toda alizanza con las instituciones dominantes del industrialismo. Todos hemos sido asaltados con la incesante propaganda industrial y las mentiras de los periódicos, las revistas, la televisión, las escuelas y universidades. En consecuencia, la mayoría de nosotrxs aún sentimos cierto sentido de la lealtad en relación a aspectos como la educación formal, la medicina industrial y las profesiones. Casi todos los americanos aún siguen conservando algo de fe en el gobierno de su país, la religión cristiana y el estilo de vida americano. Pero como hemos visto a lo largo de todo este libro, las instituciones dominantes del industrialismo emergen de una cultura patriarcal opresiva y siguen funcionando hoy en día como opresoras. Como nuevos socialistas, no debemos dejar de exponer el fraude inherente de los abogados, doctores, académicos, policía, políticos, sacer-

dotes, psiquiatras, generales y profesionales de los negocios. No debemos desperdiciar ni una sola oportunidad de denunciar sus privilegios y su poder y socavar todos los vestigios de su autoridad moral. Y debemos desmitificarnos a nosotrxs mismxs para superar la creencia que nos han infundido de que no podemos curarnos a nosotrxs mismxs, ocuparnos de nuestra educación, crear nuestra propia religión o luchar en nuestro propio beneficio. Podemos hacer todas estas cosas -¡y mucho más!- Debemos trabajar para ganar confianza en nuestras propias necesidades y para deshechar el yugo de los parásitos profesionales que viven ahora de nuestras energías vitales.

El modo de hacer estas cosas es a través del trabajo colectivo. Me refiero a un verdadero trabajo colectivo, no a la colectividad forzada del socialismo industrial (que a menudo no es más que control estatal enmascarado como colectividad). Por ejemplo, podemos conformar pequeños colectivos para empezar a conseguir comida por nosotrxs mismxs en las ciudades (como las muchas cooperativas de alimentos sin ánimo de lucro de la costa oeste). Podemos unirnos para publicar nuestros propias revistas y libros. Podemos estudiar las plantas y la medicina popular para curarnos a nosotrxs mismxs. Podemos conformar colectivos de trabajo para satisfacer prácticamente cualquiera de nuestras necesidades y podemos hacerlo mejor de lo que los profesionales privilegiados lo hacen (he sido testigo de ello).

De este modo, empezamos a reemplazar la tecnología industrial por la tecnología de las personas. En lugar de enormes empresas controladas por inversores y con un equipo formado por una élite de expertos, creamos unidades

productivas descentralizadas que están integradas en los barrios a los que sirven. Redescubrimos las alegrías de aprender y compartir misterios artesanos y sentir amor hacia los productos de nuestro trabajo. Fomentamos métodos técnicos que son humanos y democráticos (como la energía solar y el poder eólico) y rechazamos aquellos métodos que fomentan el control centralizado y la reglamentación (como el poder nuclear). Por supuesto, algunos pueden objetar que tales métodos son totalmente inapropiados para la sociedad "contemporánea". ¡Pero de eso se trata! El trabajo no alienado siempre será irrelevante, y será así mientras la sociedad esté basada en la dominación de clase, en la explotación de la naturaleza y en la superpoblación.

El lugar más favorable para dicho trabajo colectivo es el campo. Allí nos podemos apartar tanto como sea posible de las influencias industrializadoras y empezar a luchar colectivamente junto a la tierra, aprendiendo de nuevo cómo convertirnos en campesinos. Si dichos grupos colectivos se cimentan juntos por medio de la magia (cosa que discutiré a continuación) podremos empezar a construir las células de una nueva sociedad dentro de la vieja. Nosotrxs, gays y lesbianas (como las personas industrializadas del Tercer Mundo), hemos permanecido durante demasiado tiempo encerrados en las ciudades. ¡Tenemos vía directa con el campo! Pero si no podemos o no queremos abandonar las ciudades, podemos también organizarnos aquí. Las ciudades de hoy en día son comparables con el campo antiguo, en el sentido de que es donde vive la mayor parte de la población más oprimida.

Los nuevos colectivos de trabajo que formamos deben ser más que meros grupos funcionales. La experiencia muestra que dichos grupos funcionales suelen durar poco y son débiles. Si pretendemos derrocar el patriarcado industrial, creo que debemos recurrir a energías más profundas, energías que las clases dirigentes del cristianismo y el industrialismo siempre han tratado, desesperadamente, de negar y reprimir. Esas son las energias de la magia.

La magia es el arte de comunicarse con los poderes espirituales de la naturaleza y de nosotrxs mismxs. Las sociedades naturales, a lo largo de la historia, han sabido que los árboles, las estrellas, las rocas, el sol y la luna no son objetos sin vida o meros recursos, sino seres vivos que se comunican con nosotrxs. También han sabido que existen poderes misteriosos y no racionales dentro de nosotrxs mismxs. El sistema de poder cristiano, por otro lado, ha enseñado que el espíritu y la materia son dos categorías rígidamente separadas y que el espíritu emana de un ser que existe por encima y más allá de la naturaleza. El industrialismo ha persistido en esta misma distinción entre materia y espíritu, pero la ha modificado considerando al espíritu tanto como una ilusión como una cualidad de ciertos estados mentales subjetivos (y por tanto, motivo de sospecha). En consecuencia, a todos nos han enseñado desde la niñez a reprimir, negar, ocultar y terminar con nuestras habilidades naturales para comunicarnos con los espíritus naturales y con nuestras propias energías espirituales internas (del mismo modo que nos han enseñado a negar y reprimir nuestra sexualidad). Esta represión se ha visto favorecida por el hecho de forzar a las personas a vivir en grandes páramos urbanos, donde no nos encontramos ni

siquiera precariamente con la naturaleza, ya no hablemos de comunicarnos con ella. Los páramos urbanos también nos atomizan, manteniéndonos en conflicto entre nosotrxs, y ajenos al contacto con nuestros centros de poder colectivo.

Esta represión ha sido muy útil para las clases dirigentes del sistema de poder industrial. La luna, por ejemplo, deja de ser la trascendental diosa a quien veneramos con rituales en el silencio de la noche para convertirse, en cambio, en una propiedad más en la que plantar una bandera americana o soviética. Dado que hemos perdido el contacto con nuestros centros reales de poder colectivo, no disponemos de entidades colectivas con las que identificarnos al margen de una serie de entidades enormes, impersonales, industriales y falsas como es el Estado.

La magia es una actividad inherentemente colectiva, y su práctica depende de los cantos, la danza, el sexo y el éxtasis grupal. Es a través de la magia que las denominadas sociedades "primitivas" son capaces de mantenerse unidas y funcionar en perfecto orden sin prisiones, manicomios, universidades u otras instituciones del estado. Hasta tiempos muy recientes, la magia era un derecho inalienable de toda persona. Hace tan sólo unos pocos cientos de años que sociedades enteras han empezado a llevar una vida sin magia.

La magia es uno de nuestros aliados más poderosos en la lucha contra el industrialismo patriarcal. Una de las razones, como acabamos de ver, es que la magia mantiene nuestros colectivos de trabajo unidos y nos da un gran poder interno. Pero hay una segunda razón. El industrialismo patriarcal ha

llegado al poder no sólo reprimiendo y matando a un gran número de personas, sino también violando la naturaleza. Nadie ha registrado jamás (o ha podido registrar) la cantidad de atrocidades cometidas por el industrialismo contra los animales o las plantas. Desde la aniquilación de animales para conseguir sus pieles en la primera América colonial hasta la difusión de la grotesca experimentación animal en la actualidad, el industrialismo en América ha diezmado cruelmente los reinos animales. Además, la sociedad industrial en general, en todas las épocas y lugares, ha mancillado todo el entorno y ha considerado a la naturaleza como algo a conquistar. De hecho, el sistema cristiano/industrial en su conjunto, en toda su extensión temporal y espacial, ha constituido un gran crimen contra la naturaleza.

Recurriendo a la magia interpelamos el propio poder de la naturaleza para protegerse a sí misma, su remedio ante la "civilización". Le brindamos vías de expresión a una fuerza natural que corrige y equilibra algo de lo que de otro modo nunca seríamos conscientes. Nos aliamos con los recuerdos del bosque y nuestra propia y olvidada naturaleza de hada, ahora desaparecida en el mundo subterráneo. Vamos a invocar a nuestrxs amigxs, a los espíritus proscritos y prohibidos de la naturaleza y del ser, así como a los fantasmas de los índios, de las mujeres sabias, de los jotos y las bolleras, del mago negro y del brujo. Ellos oirán nuestra profunda llamada y vendrán. Los espíritus hablarán de nuevo a través de nosotrxs.

Una genuina contracultura que afirma la magia de la vida humana es una ominosa amenaza para todo el orden industrial. Una vez que empecemos a crear dicha contracultura,

podemos esperar encontrarnos con una vasta barrera de resistencia por parte del sistema. Las autoridades industriales tratarán de arrebatarnos a nuestros niños y mandarlos a las escuelas de sus páramos. Tratarán de acabar con quienes se dedican a la medicina y forzarnos a acudir a los profesionales colegiados de la medicina industrial (que curan a través de la violencia y las drogas químicas). Si vivimos en el campo, tratarán de forzar nuestros refugios y seguir los códigos de construcción industrial. Si nos organizamos en las ciudades, encontrarán cientos de maneras de acosarnos. Si tratamos de celebrar abiertamente nuestra magia y sexualidad, nos mandarán a la policia. Incluso si reclamamos simplemente que se respeten los derechos humanos, las fuerzas cristianas/industriales se organizarán contra nosotrxs. Vean la coalición de iglesias y empresas que se hallan tras Anita Bryant en Florida o John Briggs,[3] en California.

Entonces surge la necesidad de la resistencia política. Por el bien de nuestra supervivencia necesitaremos aliados. Nuestrxs aliadxs naturales -aquellas personas que el industrialismo ha victimizado, exactamente como ha hecho con nosotrxs- son las mujeres, las personas del Tercer Mundo, lxs pobres, lxs paradxs, lxs no aptxs para trabajar y lxs locxs.

A pesar de que América está controlada por quienes se identifican como heteros y de clase alta, estas clases no

[3] John Briggs fue un político del estado de California, conocido sobre todo por la Propuesta de Ley 6, en 1978, tambiñen conocida como *Briggs Initiative*, que pretendía arrebatarles el empleo a todos los gays y lesbianas que trabajaran en las escuelas e institutos o quienes les apoyaran; no logró aprobarse [N. de la Trad.].

controlan al resto del mundo, y el resto del mundo está actualmente al borde de la revuelta. Es en nuestro propio interés que debemos brindar apoyo (y reclamar que se apoye) a las víctimas del industrialismo de todo el mundo. Y es en interés del movimiento internacional contra el imperialismo que debemos invertir nuestra energía, críticas y aportaciones, especialmente en relación a los asuntos sexuales y familliares. Hay una lucha difícil que subyace a la formación de estas alianzas. Muchos líderes de la izquierda son hombres que provienen de una dura y masculina tradición dentro del socialismo industrial. ¿Pero cuál es la alternativa a la cooperación con otras personas oprimidas?

El patriarcado industrial se ha mantenido a sí mismo en el poder por medio de la más increíble violencia, como hemos visto en los capítulos anteriores. Cazas de brujas, tortura y genocidio han sido los rasgos naturales del arsenal patriarcal desde la época de Constantino hasta los tiempos de Richard Nixon. Estas tácticas han sido eficaces. De todos modos, dudo personalmente de que basten, por nuestra parte, meras buenas intenciones, educación y organización. ¿Creemos realmente que estas cosas pueden detener a una civilización que fue capaz de borrar a las brujas del mapa? ¿O que asesinó a los índios? ¿O que mandó a los judíos y a los gays y las lesbianas a los hornos crematorios? ¿O que bombardeó Vietnam hasta reducirla a la edad de piedra? ¿O que se infiltró en los grupos de protesta del país y asesinó a sus líderes? Lo dudo. Dudo que podamos nunca detener al patriarcado hasta que no nos diseminemos como virus en el cuerpo político, cuando sea el momento, llevando con nosotrxs nuestras armas secretas, y ataquemos sin previo aviso a las instituciones que nos dirigen, así como a los políticos, los

industriales, los señores de la guerra y los académicos que las dirigen. Sin duda habrá muchos que no estén de acuerdo, pero temo que sin una base revolucionaria, vayamos a perecer de nuevo como jotos en la hoguera.

Admito que la violencia contra otros seres humanos es una terrible profanación de la vida. ¿Pero qué podemos hacer frente a las atrocidades del patriarcado, cuando estamos entre la espada y la pared? ¿Creer en el liberalismo? ¿Rezar? ¿Abandonar? Todo movimiento de base importante que planteara una reforma en los Estados Unidos durante la pasada década ha sido o aniquilado o cooptado. Cuando leemos *The Pentagon Papers*[4] o seguimos el escándalo Watergate, no resulta complicado entender el porqué.

La violencia contra los seres humanos parece peor cuando es una violencia institucionalizada (como cuando sucede con la de un ejército). Entonces se convierte en la base de la economía de la sociedad. Se convierte en algo que se perpetúa y se justifica a sí misma. Además de la muerte y la destrucción que provoca, refuerza entre las personas una personalidad machista. Esa no es la violencia de la que hablo, sino más bien de la violencia espontánea y de choque de los colectivos anarquistas autónomos. No contra la población general, sino contra quienes tienen el control. La violencia anarquista también mata, pero se trata de algo bastante diferente respecto a la violencia masiva, científicamente planeada y objetiva de instituciones como el Pentágono. Es más como la violencia de un animal con

[4] Documento secreto del Ministerio de Defensa que relata la implicación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam entre 1964 y 1965 [N. de la Trad.].

cuernos mientras se defiende a sí mismo. Aun así, quienes matan se mancillan a sí mismxs, y deben estar preparados para aceptar las consecuencias de esa mancillación. Pero en este estadío de la crisis del industrialismo internacional, no veo ninguna alternativa efectiva a la violencia revolucionaria. Y la violencia revolucionaria es efectiva; por eso pone tan nervioso al gobierno de Estados Unidos. A pesar de la gran publicidad de los periódicos que entra en erupción cada vez que se atrapa a los miembros de algun colectivo *underground*, de hecho son pocos los terroristas a los que se logra rastrear y detener.

No estoy diciendo que la violencia revolucionaria sea la única forma de resistencia o ni siquiera la forma más importante en cualquier momento dado. Pero juega un papel, dependiendo de las circunstancias. La revolución es un acto tanto de creación como de destrucción.

A quienes detestan el mero hecho de pensar en la violencia, que tomen en consideración por un momento que la clase dirigente de los Estados Unidos está ya asentada encima de un polvorín. Estados Unidos en la actualidad es un país cuya economía está basada en una abominable explotación de personas de todo el mundo. No sólo las empresas estadounidenses explotan el trabajo de estas personas, sino que usurpan lo mejor de sus recursos naturales, los convierten en mercancías y los venden a los Estados Unidos o a otros países, en los que se convierten rápidamente en basura. Como resultado de este imperialismo, el hambre de las masas acecha al Tercer Mundo. Dentro de las propias fronteras de Estados Unidos, la clase dirigente y las clases privilegiadas de profesionales viven como zombis, completa-

mente alienados respecto a su sexualidad, respecto a la naturaleza, y respecto a ellos mismos. La gran clase media americana vive en una burbuja de plástico, rodeada por sus barrios residenciales y la televisión, totalmente indiferente al dragón cuya cola está aplastando. En el otro extremo, las clases bajas arden de resentimiento. Cada año que pasa, los cielos se van enegreciendo cada vez más por la polución, y la tierra se atraganta con los deshechos. Las clases privilegiadas envejecen, rellenas de grasa y cáncer.

¡Estos ultrajes no pueden durar para siempre! Más tarde o más temprano, algo va a ceder, y cuando lo haga, el debate sobre la violencia no será, ciertamente, académico.

La justificación de todas estas luchas es la nueva sociedad que ansiamos. ¿Cómo podemos describirla? ¿Qué aspecto tiene? En muchos aspectos, es prácticamente lo opuesto a la sociedad en la que ahora vivimos.

Ansiamos la defunción del estado, de la iglesia, de la universidad, de las grandes empresas, de la cárcel, del manicomio, y de todas las demás instituciones que le roban a la gente el sentido de la vida. Estas instituciones sólo son necesarias dentro del marco de los supuestos básicos sobre los que se asienta el patriarcado industrial. Por ejemplo, el industrialismo ha difundido la heterosexualidad compulsiva y ha reprimido la homosexualidad, dando pie así a la desastrosa superpoblación y a los espantosos páramos urbanos. El industrialismo ha sido promovido por la clase de la élite dirigente, haciendo así que sea necesaria la existencia de cárceles, prisiones, escuelas y otras instituciones coercitivas para mantener a la gente "en su lugar". No han ninguna

razón natural por la que estas prácticas e instituciones deban ser parte de la experiencia humana. Ha habido muchas sociedades en las que han estado ausentes.

¿Qué significa arrebatarle el lugar a estas instituciones estatales y totales? Ansiamos el renacimiento de la tribu y del comunalismo tribal. Ansiamos una miríada de tribus autónomas, con una población reducida, que crezcan como plantas de la tierra. Ansiamos una sociedad en la que todo el mundo dedique algún tiempo a trabajar la tierra con sus propias manos para que podamos gozar de la comida necesaria para nuestra supervivencia. Ansiamos una reducción gradual de la importancia de los libros, y el resurgimiento de la tradición oral, en la que cada colectivo tribal transmita su sabiduría acumulada a través de la poesía, la canción y la danza. Ansiamos el resurgimiento del aprendizaje personal y sexual, como la practicaban en su momento Safo y Sócrates y los índios nativos americanos. Ansiamos liberar la competencia técnica del control institucional y transportarnos a los días en los que los colectivos locales tribales forjaban sus propios metales y fabricaban máquinas que servían a las personas en vez de dominarlas. Ansiamos liberar el espíritu del arte, para que llegue el día en que todos nos convirtamos en artistas porque todos participamos en la creación de nuestro entorno.

Ansiamos el restablecimiento de nuestra comunicación con la naturaleza y con la Gran Madre, para sentir el vínculo esencial entre el sexo y las fuerzas que mantienen unido el universo. Al hacerlo, recordamos la profecía de Edward Carpenter, el historiador gay y profeta. En 1889, contemplando el páramo industrial que le rodeaba, dijo, de este

hombre preocupado (y nosotrxs podemos añadir, de estas mujeres preocupadas también):

> *El significado de las religiones antiguas volverá a él. En las altas cumbres en un tiempo más elevadas, él celebrará con bailes, desnudo, la gloria de la forma humana y las grandes procesiones de las estrellas, o recibirá los brillantes cuernos de la joven luna con tales asombrosas asociaciones -todos los deseos y los sueños y la maravilla de generaciones de hombres- la veneración de Astarte y de Diana, de Isis o de la Virgen María; una vez más en sagrados círculos reunirá la pasión y el goce del amor humano con sus más profundos sentimientos de santidad y de la belleza de la Naturaleza; o a cielo abierto, erguido sin cubrir frente al Sol, adorará el emblema del duradero esplendor que resplandece dentro*" (Carpenter, *Civilisation: Its Cause and Cure*, 57).

Ansiamos la creación de una genuina cultura gay, una que esté libre de la explotación de los bares, de las saunas, de los propietarios de negocios gays. Ansiamos el restablecimiento de los misterios de las mujeres y de los misterios de los hombres como la más alta expresión de una cultura y una sexualidad gay colectiva. Ansiamos recuperar nuestros roles antiguos e históricos como curanderos, sanadores, profetas, chamanes y hechiceros. Ansiamos un proceso sin fin e insondable para salir del armario como gays y lesbianas, como animales, como humanos, como espíritus misteriosos y poderosos que se mueven a través del ciclo de la vida del cosmos.

De modo que vemos que el nuevo socialismo es un movimiento que no es sólo político, sino también mágico y sexual. Rechaza las tradiciones dominantes de las clases dirigentes occidentales, incluyendo el industrialismo y el urbanismo masivo. En su lugar, reivindica estos rasgos: la

creación de colectivos tribales que se mantengan unidos mediante el trabajo compartido, el sexo y la magia; la liberación de la competencia técnica respecto al control institucional; la puesta en libertad de los cautivos poderes del arte; la cooperación asertiva entre todos los grupos oprimidos por el industrialismo; la violencia revolucionaria y la creación de una sociedad natural post-industrial y comunista donde la cultura gay pueda florecer libre de la represión y de la explotación.

Acudismos en tropel al margen de la choza del patriarcado industrial. Como mariposas, estamos emergiendo de los cascarones de nuestra restringida existencia pasada. Estamos redescubriendo la antigua magia que fue en un tiempo la cuna de todos los seres humanos. Estamos reaprendiendo a cómo hablar con los gusanos y las estrellas. Estamos emprendiendo el vuelo con las alas de la autodeterminación.

Ven, bendita Señora de las Flores, Reina del Cielo, creadora y destructora, Kali. Bailemos la gran danza de tu llegada.

APÉNDICES

ACONTECIMIENTOS INTERESANTES DE LA HISTORIA DE LA HEREJÍA Y LA BRUJERÍA

399 a C. el filósofo Sócrates es condenado a muerte por corromper a hombres jóvenes y creer en dioses en los que el estado no cree (Platón, 24B).

186 a C. El senado de Roma proscribe las Bacanales, aduciendo la acusación de que dichos ritos socavan el militarismo y vuelven a los hombres afeminados (Partridge, 54).

169 a C. El Senado de Roma proscribe la homosexualidad masculina entre los ciudadanos romanos (Meier, 179).

122 a C. La ciudad de Roma empieza a conquistar a la civilización celta (Hatt, 305 ss.).

58 a C. Julio César conquista a los celtas de Gaul (Hatt, 305 ss.).
28 a C. El emperador César Augusto ordena que todos los templos de la diosa Isis desaparezcan de la ciudad de Roma (Angus, 38).

13 a C. El emperador Augusto adopta el título de Pontifex Maximus (Sacerdote Supremo), un título adoptado por todos los emperadores subsiguientes y más tarde por los Papas (Angus, 37).

12 a C. El emperador Augusto empieza una campaña para reprimir la religión celta (Chadwick, Druids, 71 ss.).

0-100 d. C El gnosticismo, una religión clandestina que combina elementos del cristianismo y del

paganismo, surge en Asia Menor (Obolensky, 3).

19 d C. El emperador Tiberio desmantela el templo de Isis que había quedado (Angus, 38).

100 d C.-200 d. C. El gnosticismo se difunde rápidamente por el Imperio Romano (Runciman, 6).

190 d. C. Clemente de Alejandría, un prominente teólogo cristiano, condena la práctica pagana de veneración de imágenes de órganos sexuales humanos, así como la promiscuidad sexual ritual entre ciertas sectas gnósticas (Benko, 113, Summers, History, 99).

242 d. C.-276 d. C. Mani, una gnóstico persa cristiano, funda el maniqueísmo como un poderoso rival del cristianismo (Runciman, m12-26; Loos, 23).

296 d. C. Amobio, un propagandista cristiano, condena el uso de dildos en el culto pagano de Cibeles, la Gran Madre de los Dioses (Summers, History, 99).

300 d. C. El Consejo de Elvira decreta que los últimos ritos de la Iglesia deben negarse a cualquiera que sea culpable de pederastia (Vanggaard, 139). Desde esta fecha en adelante y por muchos cientos de años, numerosos sínodos de la iglesia condenaran repetidamente la práctica continuada de ritos paganos y la supervivencia de cultos de la naturaleza (Russell, 55, n. 12; 58, n. 19 & n. 20; Cohn, Demons, 157).

312 d. C. Constantino, con el apoyo del partido cristiano, se convierte en el único emperador de Occidente tras el periodo de guerra civil que marca el

inicio de la era cristiana en la historia occidental.

313 d. C.- Constantino declara el cristianismo una religión legal, coloca a los cristianos en elevados puestos de gobierno y pone los cimientos para hacer del cristianismo la religión de estado del Imperio Romano.

342 d. C. El código legal de los emperadores Constantino y Constans condena la homosexualidad masculina y urge para que los sodomitas sean sometidos a "exquisitos castigos" (Bailey, 70).

350 d. C. El obispo Epifanio publica su Panarion, en el que condena a ciertos agnósticos por practicar la promiscuidad sexual ritual (Benko, passim).

350-400 d. C. Los masalianos, un prominente grupo de gnósticos cristianos, absorben las tradiciones paganas y enseñan la revelación mística a través de la experiencia sensual (Obolensky, 49-50; Loos, 72).

382 d. C. Agustín de Hipona se convierte del maniqueísmo al cristianismo tradicional (Runciman, 16).

390 d. C. El emperador Teodosio I declara que el cristianismo sea la religión de estado del Imperio Romano y prohibe todas las demás religiones. También aprueba una ley que convierte la sodomía en un delito castigado con la pena capital (Barnett, 82, n. 45).

414 d. C. Nicetas repite la condena por la veneración de imágenes sexuales (Summer, History, 99).

430 d. C. Agustín ataca a los maniqueos por liber-

tinos (Cohn, Demons, 17; Summers, History, 99).

431 d. C. El Consejo de Efeso declara que la Vírgen María es la Madre de Dios, en la misma ciudad antes conocida por su veneración pagana de la Madre de los Dioses (Branston, 197).

438 d. C. El emperador Teodosio II publica el Código Teodosiano, en el que se declara que la pena para la sodomía y también para la herejía es la hoguera (Barnett, 80).

447 d. C. El Consejo de Toledo establece la doctrina del Demonio, que subsiguientemente se identifica con el dios cornudo celta.

450-600 d. C. Los autores de Europa occidental condenan la pervivencia de la veneración de la diosa Diana (Cohn, Demons, 212; Russell, 57 y 58, n. 21).

572 d. C. Justiniano se convierte en el emperador del Este y rápidamente reestablece el Imperio Romano. Dirige un pogrom contra los hombres gays, a quienes tortura y castra (Bury, 412, n. 5).

550 d. C. La ley visigótica cristiana condena a quienes ofrecen sacrificios de noche a los “demonios” (Cohn, Demons, 157).

660-700 d. C. Los búlgaros paganos se mudan a los Balcanes eslavos y establecen el reino pagano de Bulgaria (Runciman, 4 y Obolensky, 63). El paulicianismo, un movimiento hostil a la jerarquía de la Iglesia y en favor del retorno a un cristianismo temprano, rebrota cerca de Armenia (Obolensky, 28).

689 d. C. Kilian, el misionero cristiano, es asesinado por tratar de convertir a los francos del este y alejarlos de la veneración de Diana (Grimm, 237; Russell, 61, n. 25; Cohn, Demons, 212).

690 d. C. Un penitencial del arzobispo de Canterbury es el primero que menciona el lesbianismo (Hyde, 31).

693 d. C. El Consejo de Toledo condena la homosexualidad masculina (Bailey, 63).

700 d. C. Los masalianos armenios son acusados de celebrar orgías y venerar a Satanás (Cohn, Demons, 18).

744 d. C. Una nota adjunta a las regulaciones del Sínodo de Septimes condena la práctica que consiste en que los hombres se vistan como mujeres en ocasión de las fiestas paganas (Russell, 67).

787 d. C. Carlomagno decreta que todo aquel que realice sacrificios al "Diablo" será castigado con la muerte (Cohn, Demons, 157); más tarde proscribirá la sodomía (Hyde, 31).

864 d. C. Boris, el Rey de Bulgaria, es obligado a convertirse al cristianismo tras la invasión cristiana de Bulgaria (Obolensky, 71). Él trata de imponer el cristianismo en el resto del país. El paulicianismo penetra en Bulgaria y empieza a difundirse (Obolensky, 82; Loos, 42).

866 d. C. El Papa Nicolás I le escribe al Rey Boris de Bulgaria, lamentando que muchos búlgaros sigan practicando el paganismo (Obolensky, 85; Loos, 242; Runciman, 5).

889 d. C. Boris se retira del trono de Bulgaria en favor de su hijo Vladimir, que trata de restaurar el paganismo como religión oficial. Boris retorna de su retiro, vence y deja ciego a su hijo y restaura el cristianismo (Loos, 42; Obolensky, 87).

906 d. C. Regino de Prüm publica una ordenanza del siglo IX que no se ha conservado, el Canon Episcopi. Se mofa de la difundida creencia de que hay mujeres que "declaran que cabalgan en horas nocturnas sobre ciertas bestias junto a Diana, la diosa de los paganos" (Russell, 75-76).

950 d. C. Teofilacto, Patriarca de Constantinopla, le escribe al Zar Peter de Bulgaria mencionando que allí existe una nueva herejía, que él define como el maniqueísmo mezclado con el paulicianismo (Runciman, 76; Loos, 47; Obolensky, 112 y 112, n. 7).

969-972 d. C. El sacerdote Cosme condena una nueva herejía búlgara llamada bogomilismo, que él dice que reconoce a dos dioses y rechaza a la Iglesia y sus sacramentos (Loos, 50-59; Runciman, 68-69; Obolensky, 117-122).

1000 d. C. Burchard de Worms llama a la diosa de las que cabalgan de noche "la bruja Holda" (Russell, 81).

1000 d. C. Adam de Bremen describe que en la ciudad de Upsala aún se venera a una gran figura de un dildo, conocida por el nombre de Fricco (Wright, 26).

1022 d. C. Se descubre a unos herejes en Orleans de los que se dice que practican orgías de sexo ritual, que veneran al

Diablo y que tienen visiones de viajes tras haber comido un "alimento celestial". Se les llama "maniqueos" (Wakefield y Evans, 75-81; Lerner, 33-34; Cohn, Demons, 20-21; Russell, 86-87).

1050 d. C. El teólogo bizantino Michael Psellus afirma que los masalianos practican orgías sexuales rituales y veneran al Demonio en tanto que hermano de Cristo (Obolensky, 185-187). El catarismo, una herejía maniquea derivada del bogomilismo, se difunde por Europa occidental (Loos, 115).

1054 d. C. Peter Damiani escribe su Liber Gomorrhianus, en el que afirma que la homosexualidad se está difundiendo y alcanzando unos índices alarmantes entre los miembros del clero (Bailey, 111-114).

1091 d. C. Orderico Vitalis narra la existencia de creencias populares en jinetes fantasmagóricos y nocturnos que siguen a "Harlequín" (Lea, v. I, 171).

1100 d. C. Eutimio Zigabeno describe que el bogomilismo de Constantinopla es una mezcla de paulicanismo y masalianismo, y que consideran al Demonio como al hermano de Cristo (Oboilensky, 206-214; Loos, 67-70; Runciman, 73-78).

1112-1220 d. C. Peter de Bruys, un sacerdote influido por herejías de los Balcanes, critica la necesidad de una Iglesia organizada o de los sacramentos (Wakefield, 23).

1114 d. C. Se descubre la existencia de campesinos herejes en Sue-Ie-long y se les acusa de practicar el lesbianismo ritual y la homosexualidad mascu-

lina. Desde entonces, las acusaciones de actos homosexuales rituales se convierte en un lugar común en los juicios por herejía (Russell, 94-95 y 95, nota; Wakefield y Evans, 102104; Runciman, 120).

1150 d. C. El catarismo se convierte en un fenómeno muy arraigado en Languedoc (Sur de Francia) y se constituye como un rival organizado del cristianismo tradicional (Wakefield, 3031). Geoffrey de Auxerre acusa a los cátaros de predicar el sexo libre (Russell, 128).

1150-1170 d. C. Los herejes de Alemania son acusados de celebrar orgías y de comerse el semen por considerarlo un alimento sagrado (Russell, 129).

1156-1159 d. C. El filósofo John de Salisbury ridiculiza a las mujeres que afirman que cabalgan de noche con una diosa (Grimm, 235; Cohn, Demons, 218219).

1157 d. C. El Sínodo de Reims condena el catarismo, muy difundido, acusando a los cátaros de celebrar orgías sexuales. También se queja de que el maniqueísmo se ha difundido por la diócesis por parte de seguidores que condenan el sacramento del matrimonio y promueven la promiscuidad sexual (Runciman, 121; Russell, 128; Loos, 117; Cohn, Millenium, 153).

1163 d. C. Hildegarda de Bingen registra que hay herejes que rechazan el sacramento del matrimonio, abogan por la libertad sexual y dicen que su dios no es invisible (Cohn, Millenium, ISS). Once seguidores herejes son quemados en Colonia

por abogar por la libertad sexual (Cohn, Millenium, 153-154).

1167 d. C. Los cátaros celebran un gran encuentro en San Felix de Caraman, cerca de Tolosa, con representantes de Francia, Italia y Constantinopla (Loos, 127 y: Runciman, 72).

1173 d. C. Peter Waldo (o Waldes) funda a los Pobres de Lyon (valdenses). Aboga por el retorno al cristianismo temprano y se opone tanto al cristianismo tradicional como al catarismo (Cohn, Demons, 32).

1175 d. C. Unos herejes en Verona son acusados de celebrar orgías en una sala clandestina (Russell, 126).

1179 d. C. El Tercer Consejo Lateraniense condena la difusión de la homosexualidad entre el clero (Bailey, 127). Alan de Lille dice que ciertos herejes, para liberarse de su preocupación por el cuerpo, practican relaciones sexuales casuales (Russell, 129; Cohn, Demons, 22).

1182 d. C. Walter Map acusa a los herejes de celebrar orgías y de besar los genitales y el agujero del culo de "un gato negro" (Russell, 131; 22 ss.) y de celebrar veladas (Cohn, Demons, 22).

1184 d. C. El Papa Lucio III condena a los valdenses y autoriza el uso de métodos inquisitoriales por parte de los obispos para lidiar con los herejes (Wakefield, 44 y: 133).

1190 d. C. Joaquín de Fiore predica que no hay necesidad de leyes, de gobierno ni de iglesias (Russell, 138).

1198 d. C. Lotario di Segni, un aristócrata

romano y un amargo enemigo de la herejía, se convierte en el Papa Inocencio III, el Papa más poderoso de la historia de la Iglesia (Wakefield, 86).

1200-1300 d. C. Surge un nuevo movimiento en el que las mujeres y los hombres conforman grupos separados y sexuales de iniciados que son independientes del control de la Iglesia. Se les llama beguinas y begardos (Lerner, passim).

1206 d. C. Muerte de Amaurio de Bene, líder de los amaurianos, un grupo de herejes que tienen trances, afirman tener poderes milagrosos y dicen que todo lo que existe es Dios (Cohn, Millenium, 157-161, 166). Popularmente se les denomina empleando nombres que normalmente sólo se aplican a las mujeres (Cohn, Millenium, 166; Lerner, 13).

1208 d. C. El Papa Inocencio III, temiendo a los cátaros del Sur de Francia (albigenses), llama a una cruzada para borrarlos del mapa (Wakefield, 68).

1209-1229 d. C. Se libra una cruzada contra los cátaros del Sur de Francia que conduce a una sangrienta guerra civil y termina con el derrocamiento de la civilización cátara (Wakefield, 97).

1211 d. C. El Sínodo de Tirnovo repite la definición de bogomilismo como una combinación de masalianismo y paulinismo (Obolensky, 238).

1212 d. C. El Consejo de París condena los casos de homosexualidad entre el clero (Bailey, 127).

1214 d. C. El Consejo de Rouen condena los casos de homosexualidad entre el clero (Bailey, 127).

1221 d. C. El Papa Gregorio IX llama a una cruzada contra los campesinos rebeldes en Alemania (Wakefield, 134).

1222-1224 d. C. Gautier de Coincy publica un poema afirmando que la homosexualidad es común entre los begardos (Lerner, 39).

1227 d. C. El Papa Gregorio IX lanza su bula Extravagantes, que reproduce las condenas de los consejos de la Iglesia original contra la sodomía (Bailey, 98).

1227-1235 d. C. El Papa Gregorio IX aprueba una legislación que funda la Oficina de la Santa Inquisición, un cuerpo especial de cazadores de herejes profesionales controlados de forma centralizada por el Vaticano (Russell, 158).

1231 d. C. William de París acusa a los herejes de venerar al Demonio bajo la forma de un animal y de celebrar orgías (Cohn, Demons, 22).

1233 d. C. El Papa Gregorio IX lanza su bula Vox in Rama, en la que acusa a ciertos herejes de celebrar orgías en las que se mantienen relaciones bisexuales (Russell, 161). También envía a los inquisidores dominicos al Sur de Francia para dar caza a todos los cátaros que hubieran pervivido a la cruzada (Wakefield, 140).

1235 d. C. Stephen de Bourbon, un inquisidor de Francia, habla de vagabundos de la noche que se visten como mujeres y a quienes se les denomina, popularmente, como “las buenas mujeres” (Russell, 157).

1240 d. C. César de Heisterbach dice que los

demonios recogen todo el semen que se eyacula “de forma contraria a la naturaleza” (Lea, v. I, 152).

1245 d. C. La Inquisición en Tolosa descubre a muchos seguidores cátaros que afirman que la homosexualidad no es pecado (Borst, 182 y 182, n. 7).

1249 d. C. William de París menciona la existencia de creencias populares en una diosa -Abundia o Satia- que viaja de noche con una banda de seguidores (Ginzburg, 49).

1256 d. C. El Papa Alejandro IV permite a los inquisidores utilizar la tortura para extraer confesiones (Wakefield, 179, n. 7).

1259 d. C. El Obispo Bruno de Olmutz condena a las beguinas por negarse a obedecer las órdenes de los hombres (Cohn, Millenium, 167).

1260 d. C. El código legal de Orleans proscribe la homosexualidad masculina y el lesbianismo, recomendando las mutilaciones corporales cuando se trata de un primer o un segundo delito y la hoguera cuando ya es el tercero (Bailey, 142).

1261 d. C. El Obispo de Amiens y el gobierno de esa ciudad discuten sobre quién tiene la autoridad apropiada para procesar a los sodomitas (Bailey, 143).

1268 d. C. La Crónica de Lanercost describe que algunos sacerdotes del distrito escocés de Lothian urgen a los campesinos para que yergan una imagen fálica para salvar a su ganado de una incontrolada enfermedad (Wright, 31).

1270 d. C. Jean de Meung, autor de la segunda parte del Roman de la Rose, ridiculiza la creencia popular de que un gran número de personas anda sin rumbo fijo con Domina Abundia (Russell, 135).

1272 d. C. Las leyes de Orleans, Anjou y Marne llaman a la quema de cualquiera que esté convicto por mantener sexo anal (Bailey, 141-142).

1279 d. C. Un estatuto episcopal de Auger de Montfaucon condena a las mujeres que afirman cabalgar de noche con Diana, Herodias o Bensozia (Alford, 355).
1282 d. C. Un sacerdote escocés, John de Inverkeithing, dirige un baile alrededor de la figura de un dildo, y, cuando su obispo lo interpela, dice que es la antigua costumbre del país (Wright, 31-32).

1290 d. C. Aumenta el número de beguinas y begardos. Entre algunos de ellos aparece una nueva herejía, el movimiento del Libre Espíritu. Los Libre Espíritu son acusados de atacar todas las instituciones existentes y decir que no se halla ningún pecado “bajo el cinturón”. Se detiene a los primeros begardos acusados de herejía (Lerner, 16-20 y 44; Cohn, Millenium, 164).

1290 d. C. El rey Eduardo I de Inglaterra decreta la pena de muerte para todo aquel que esté convicto acusado de hechicería, apostasía, herejía o sodomía (Bailey, 145, 146).

1292 d. C. Estalla un escándalo homosexual en la Universidad de París, y muchos profesores son

apartados de la docencia (Lea, Templars, 155).

1296 d. C. El Papa Bonifacio VIII lanza una bula que condena a una secta de la que se dice que sus miembros rezan desnudos (Lerner, 79).

1300 d. C. Un acusado cátaro llamado Lepzet confiesa ante una corte secular que en las reuniones de su grupo religioso se practica el lesbianismo y la homosexualidad masculina ritual (Russell, 162).

1307 d. C. El rey Felipe de Francia detiene a todos los templarios franceses y les acusa de herejía y sodomía (Lea, Templars, 158).

1307-1314 d. C. Mediante una conspiración urdida entre el rey Felipe de Francia y el Papa Clemente V, se da caza a los Templarios por toda Europa, y la orden es abolida (Russell, 195).

1307 d. C. el Arzobispo Enrique de Virneburg condena a las beguinas y begardos por rechazar el concepto de pecado y decir que la simple fornicación no es pecaminosa (Lerner, 66-67).

1310 d. C. Margarita Porete es ejecutada por el rector de la Universidad de París por practicar el misticismo herético (Lerner, 71-72). El franciscano Nicolás de Lyra escribe que los nuevos heréticos aparecieron para decir que la gente no debe obedecer a los profetas sino vivir libremente para la carne (Lerner, 79). De nuevo en virtud de una conspiración del rey Felipe, el Papa Bonifacio VIII es acusado de manera póstuma de practicar la magia ritual, la sodomía y el asesinato (Cohn, Demons, 180-185).

1310-1315 d. C. Los herejes son acusados de venerar a Lucifer y practicar orgías en Austria, Brandemburgo, Bohemia, Praga y Krems (Russell, 177-179; Lerner, 28).

1311 d. C. El Papa Clemente V, actuando a través del Consejo de Viena, lanza la bula Ad Nostrum. Esta bula condena la herejía del Libre Espíritu, acusando a sus defensores de rechazar el concepto de pecado y de creer que ningún acto sexual es pecaminoso por sí mismo (Lerner, 81-84).

1317 d. C. El obispo de Estrasburgo organiza una persecución inquisitorial contra el Libre Espíritu en su diócesis (Cohn, Millennium, 170; Loos, 85-87).

1320 d. C. El inquisidor Bernard Gui menciona a unas mujeres a las que se llama “la buena gente” y que vagan de noche (Russell, 175) El Papa Juan XXII otorga poderes a los inquisidores para actuar contra los practicantes de magia ritual como los herejes, al tiempo que amplía el concepto de herejía (Cohn, Demons, 176).

1323-1328 d. C. Los campesinos de Flandes organizan una revuelta (Cohn, Millenium, 126).

1324 d. C. Lady Alice Kyteler de Kilkenny, Irlanda, es acusada de hechicería, de mantener relaciones sexuales con un demonio, y de celebrar orgías (Cohn, Demons, 198201; Russell, 189-192).

1325 d. C. Los herejes del Libre Espíritu son espiados mientras celebran uno de sus encuentros en Colonia y son arrestados y quemados por celebrar una orgía sexual comunal

(Cohn, Millenium, 190-191).

1327 d. C. El abad asutríaco John de Viktring describe que los herejes están celebrando orgías en cuevas (Lerner, 25-26 y 30-31).

1332 d. C. Las beguinas de Silesia, en Bohemia, confiesan que el lesbianismo es aceptado en su comunidad (Lerner, 117-119).

1338 d. C. Los herejes de Brandenbrugo son quemados por celebrar reuniones nocturnas bajo la batuta de un "líder de chicos" (Russell, 181, n. 25). El franciscano John de Winterthur afirma que los herejes suizos celebran orgías homosexuales (Cohn, Demons, 35; Lerner, 25).

1339, d. C. La gente del sur de Bohemia se rebela contra la Inquisición. El Papa manda a las tropas y reprime la revuelta (Lerner, 107). Dos ex-herejes de Checoslovaquia, John y Albert de Brunn, dicen que mientras eran herejes creían que toda pasión de la carne era permisible, incluyendo la homosexualidad (Lerner, 109110).

1350 d. C. Daniel de Thaurizio afirma que hay herejes hablantes de armenio en Tondray, cerca de Manzikert; que no son ni cristianos ni judíos, que veneran al sol y que practican el sexo indiscriminadamente (Russell, 93, n. 49).

1353 d. C. El Decamerón de Bocaccio menciona una sociedad secreta que se reúne dos veces al mes para festejar y celebrar orgías (Russell, 193). El Papa Inocencio VI nombra al primer inquisidor papal en Alemania; su propósito es suprimir al Libre

Espíritu (Cohn, Millenium, 171).

1355 d. C. Lazaro, un bogomil búlgaro, se niega a retractarse de su defensa del nudismo y del sexo libre y lo marcan con hierro candente en la cara y lo condenan al exilio (Runciman, 97).

1358 d. C. Se producen revueltas campesinas en Francia (Cohn, Millenium, 216).

1365 d. C. El Papa Urbano V ordena que la Inquisición francesa esté alerta de las beguinas y begardos herejes (Lerner, 52).

1367 d. C. John Hartman de Ossmannstedt confiesa de forma entusiasta y sin ser torturado ante la Inquisición de Alemania que cree que ningún acto sexual es pecaminoso por sí mismo y que a Dios se lo encuentra en el placer (Lerner, 135-139).

1370 d. C. La Inquisición, en Milán, condena a una mujer por ser miembro de la “sociedad de Diana” (Russell, 210).

1375 d. C. Gabrina Albetti, una anciana, es condenada por una corte secular en Reggio por enseñar a otras mujeres cómo rezarles a las estrellas. La marcan con hierro candente y le cortan la lengua (Russell, 210).

1381 d. C. Se producen revueltas de campesinos en Inglaterra (Cohn, Millenium, 216). Un mendigo alemán es acusado de ser “un pervertidor de chicos jóvenes” y entonces se le ejecuta por herejía, a pesar de no estar implicada en ninguna disputa doctrinal (Lerner, 145).

1384 d. C. Una mujer llamada Sibillia admite ante la corte secular de Milán y la Inquisición que ella y otras mujeres acostumbran a viajar de noche con Signora Oriente, a quien homenajean; ella insiste en que no hay nada pecaminoso en ello. Es sentenciada a una pena relativamente ligera y liberada (Russell, 211-212; Kieckhefer, 21-22; Cohn, Demons, 217-218).

1387 d. C. La Inquisición de Turín acusa a los herejes de practicar orgías. Se descubre a unos seguidores del catarismo que dicen que la homosexualidad no es pecado (Russell, 220-223; Borst, 182 y 182, n. 7).

1390 d. C. Sibillia es procesada de nuevo en Milán, y dice que sus prácticas se remontan a su niñez. Otra mujer, Pierina de Bugatis, también admite que viaja con Signora Oriente y roba en las casas de los ricos. Dice que la Signora Oriente gobierna su sociedad del mismo modo que Cristo gobierna el mundo (Russell, 212-213).

1396 d. C. John Wasmod, un inquisidor de Hamburgo y más tarde rector de la Universidad de Heidelberg, escribe un libro acusando a los begardos de practicar la homosexualidad (Lerner, 57-58). El Sínodo de Tours repite la condena de aquellos que veneren imágenes sexuales (Summers, History, 99).

1400 d. C. Aparecen grupos de herejes llamados fraticelli y se les acusa de practicar orgías (Cohn, Demons, 43-48).

1411 d. C. Un grupo de Hermanos del Libre Espíritu llamados Hombres de Inteligencia son condenados en

Cambrai, tras ser acusados de predicar el nudismo y el amor libre (Russell, 224; Lerner, 158-161).

1421 d. C. La crónica de Laurence de Brezova describe que los herejes en Bohemia son acusados de practicar el nudismo, bailar alrededor del fuego y de sodomía. Son exterminados por el cristiano John Zizka (Lerner, 123; Russell, 224-225).

1428 d. C. Los primeros procesos de brujería debidos a métodos inquisitoriales son instigados contra los campesinos de Syliss. En estos procesos, la figura de Diana es reemplazada por el Diablo (Cohn, Demons, 225-226).

1431 d. C. Juana de Arco es quemada viva en la hoguera por practicar el travestismo como un deber religioso y por creer que sus visiones personales son más importantes que lo que instituye la Iglesia.

1435 d. C. Una mujer de Colonia es excomunicada por llevar ropa de hombre imitando a Juana de Arco (Kiekhefer, apéndice bajo 1435).

1435-1337 d. C. Johann Nider habla de mujeres campesinas que en el documento de su proceso explican que creen en el "sabbat" de las brujas y que vuelan con la diosa Diana. Posteriormente, Alfonso Tostato, Bartolommeo Spina y Johann Weyer narrarán historias similares (Cohn, Demons, 219-220).

1438 d. C. Pierre Vallin de la Tour du pin es procesado por brujería. Sometido a tortura, confiesa entregar su cuerpo y alma a un demonio masculino (Cohn, Demons, 230). En 1439 d. C., Thomas Eben-

dorfer, en su De Decem Praeceptis, condena la práctica de dejar comida de noche fuera de las casas para Perchta o Habundie (Ginzburg, 51).

1440 d. C. Gilles de Rais, un amigo íntimo y personal y escolta de Juana de Arco es ejecutado, tras haber sido acusado de sodomía, herejía y asesinato y abuso de niños.

1450-1460 d. C. Las cazas de brujas hacen su primera aparición en el norte de Italia (Cohn, Demons, 145).

1451 d. C. El Papa Nicolás V declara que la hechicería estará sometida también a la Inquisición, aunque la herejía, tal y como antes se la entendía, no estuviera implicada (Robbins, 272).

1455 d. C. El Papa Calixto III condena la práctica de celebrar ritos religiosos en cuevas decoradas con imágenes de caballos (Rawson, 10).

1460 d. C. Aparece un popular tratado que acusa a los brujos y brujas de Arras de practicar el lesbianismo y la homosexualidad masculina, respectivamente (Robbins, 468).

1475 d. C. Por primera vez, se hace referencia en un documento procesal al “sabbat” de las brujas (Russell, 249).

1484 d. C. El Papa Inocencio VIII lanza su bula Summis desiderantes. Acusa a las brujas y brujos de mantener relaciones sexuales tanto con demonios masculinos como femeninos y brinda todo su apoyo a una caza de brujas masiva en Alemania. Este supone un punto y aparte importante en la historia de la

brujería, dado que establece la idea de que la brujería, por sí misma, es herejía y por tanto está sujeta a la Inquisición.

1487 d. C. El Papa Inocencio VIII organiza una cruzada contra los valdenses de Dauphine y Savoya (Lea, v. 1, 204). Tomás de Torquemada, el Gran Inquisidor de España, declara que "Diana es el Diablo" (Russell, 235, nota).

1500 d. C. Se construye un reino de terror masivo contra las supuestas brujas que perdura durante 200 años. Un terror que apoyan tanto los católicos como los protestantes y que respaldan la mayoría de los intelectuales y miembros de las clases profesionales privilegiadas.
1514 d. C. John Panter de Inglaterra es acusado de consultar a los demonios cerca de donde se hallan montículos funerarios de la Edad de Bronce (Grinsell, 73).

1532 d. C. Domenica Barbarelli de Novi, Italia, admite que viaja con Diana, a quien ella llama Señora del Juego (Ginzburg, 36, n. 3).

1533 d. C. El rey Enrique VIII de Inglaterra proscribe la sodomía (Barnett, 80).

1542 d. C. John Calvin, el líder protestante, condena a los miembros del Libre Espíritu como "libertinos espirituales" (Cohn, Millennium, 178).

1542 d. C. El rey Henry VIII de Inglaterra aprueba una ley que hace de la brujería un delito castigado con la pena capital (Summers, Popular History, 216).

1562, d. C. Los protestantes usurpan y queman un gran dildo de madera y cuero, que era venerado en la iglesia católica de San Eutropio, en Orange (Wright, 51).

1566 d. C. John Walsh de Netherburg, en Inglaterra, dice que consigue el poder de la brujería de las hadas que residen en montículos funerarios prehistóricos (Grinsell, 73-74).

1573 d. C. Una mujer suiza a quien se conoce con el sobrenombre de Seelenmutter ("Madre de las Almas") es arrestada y procesada por una corte secular por "fantasías no cristianas" y quemada por bruja. (Ginzburg, 59).

1575 d. C. Los miembros de una pervivencia del culto a la diosa Diana son descubiertos en Friuli, Italia. Se les tortura hasta que confiesan que son brujas y brujos que veneran al Diablo (Ginzburg, XV).

1576 El inquisidor Bartolomeo Spina dice que la diosa de la caza que cabalga de noche es venerada por "brujas" (Lea, v. I, 178).

1582 d. C. La Inquisición condena a las brujas y brujos de Avignon por haber cometido "sodomía y los crímenes más indecibles" (Lea, v. II, 485).

1589 d. C. Un panfleto anónimo acusa al rey Enrique III de Francia de ser homosexual y brujo (Summers, A Popular History, 164-165).

1600 d. C. Desde esta fecha en adelante, muchos procesos de Guernsey mencionan que se celebran sabbats en las proximidades de emplazamientos funerarios de la Edad de Piedra (Grinsell, 77, n. 18).

1612 d. C. En Lisboa emerge el conflicto entre las autoridades seculares y religiosas sobre el método adecuado para ejecutar a los sodomitas (Lea, v. II, 485).

1615 d. C. El reputado brujo Gentien le Clerc de Orleans confiesa la práctica de lesbianismo y homosexualidad masculina ritual entre sus correligionarios (Murray, Witch Cult in Western Europe, 249).

1619 d. C. Henry Bourget, un juez implicado en un gran número de procesos de brujería, dice que en los rituales de las brujas y brujos se suele practicar la sodomía (Summers, History, 157).

1620 d. C. Manual do Valle de Moura, un inquisidor portugués, condena la conexión entre sodomía y brujería (Lea, v. II, 485).

1625, d. C. Paul Laymann, un jesuita publica su Theologia Moralis, en la que dice que la sodomía y el adulterio son crímenes que conducen a la brujería (Lea, v. II, 680).

1630 d. C. Diel Bruell de Assia afirma haber viajado al Monte de Venus y haber visto a Frau Holt (Ginzburg, 64).

1650 d. C. Aparecen numerosos ranters en Inglaterra. Son una pervivencia del Libre Espíritu y abogan por la libertad sexual y el comunismo sexual (Cohn, Millennium, 317; 319-320). El parlamento aprueba una ley para acabar con ellos, y los llama “obscenos, licenciosos, impíos herejes” (Cohn, Millennium, 325).

1660 d. C. Aún se registran celebraciones paganas fuera de Edimburgo, en Escocia (Hope, 118-120).

1661 d. C. Florence Newton, en Irlanda, es acusada de besar y hechizar a jóvenes criadas (Robbins, 352-252).

1670 d. C. Thomas Weir, un soltero de 70 años, dejó estupefacta a la opinión pública confesando, por iniciativa propia, que practicaba la brujería, la fornicación y la sodomía (Robbins, 534).

1694 d. C. Un grupo de hombres llamados la Hermandad de Juan son procesados en Leopoli, Italia, y afirman que han visitado las almas de los muertos en el Monte de Venus y que tienen el poder de evocarlas (Ginzburg, 64).

1780 d. C. Aún se veneraba un antiguo dildo conocido por el nombre de San Cosme en Isernia, Nápoles (Hamilton, 18-21).

1794 d. C. Se registró que aún se producían celebraciones paganas en Pertshire, Escocia (Hope, 73).

1801 d. C. La diosa Démeter aún se veneraba con su propio nombre en la forma de una estatua en Eleusis, Grecia. Dos ingleses, Clarke y Cripps, acompañados por un guardia del ejército, se llevan a la fuerza la estatua. Los campesinos se amotinan (Briffault, v. III, 182).

BIBLIOGRAFÍA

Alford, Violet y Rodney Gallop, "Traces of a Dianic Cult from Catalonia to Portugal" Folk-Lore, v. 46, 1935, 350-361.

Angus, Samuel, The Mystery-Religions and Christianity, University Books, New Hyde Park, Nueva York, 1966.

Apuleyo, The Golden Ass, Loeb Ed., G. F. Putnam's Sons, Nueva York, 1928 [La metamorfosis o El asno de oro, traducción atribuida a Diego López de Cortegano (1500), corregida y revisada por C., Madrid, Calpe, 1920].

Aristóteles, The Politics, Loeb Ed., G. F. Putnam's Sons, Nueva York, 1932 [Política; ed. trilingüe por Valentín García Yebra, Gredos, Madrid, 2010].

Agustín [San], Concerning the City of God, Penguin, Baltimore, 1972. [Id. La Ciudad de Dios; Montes de Oca, Fco. de, Porrúa, México, 1994 (12 ed.)].

Aurand, A. Monroe, Jr., Witches in Our Hair, Aurand Press, Harrisburg, Pa., n.d.

Bachofen, Johann, Myth, Religion and Mother Right, reimpreso por Routledge & Kegan Paul, Londres, 1967 [El Matriarcado: una investigacion sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica, Akal, Madrid, 1992].U 334 u

Bailey, Derrick, Homosexuality and the Western Christian Tradition, Anchor, 1975.

Barnett, Walter, Sexual Freedom and the Constitution, Univ. de Nuevo México, Albuquerque, 1973.

Baroja, Caro, The World of the Witches, Univ. de Chicago, Chicago, 1961 [Las brujas y su mundo, Alianza Editorial, Madrid, 2006].

Baumann, Hermann, Das Doppelte Geschiecht, Dietrich Reimer, Berlín, 1955.

Benko, Stephen, 'The Libertine Gnostic Sect of the Phibionites According to Epi phanius," Vigiliae Christianae, v. 21, 1967, 103-119.

Bethe, E., "Die Korische Knabenliebe," Rheinisches Museum fur Phiioiogie, v. 62, 1907.

Bloch, Iwan, Anthropological Studies, Falstaff, Nueva York, 1933.

Bober, Phyllis, "Cernunnos: Origin and Transformation of a Celtic Divinity, " American Journal of Archaeology, v. 55, 1951, 13-5l.

Bogoras, W., 'The Chuckchee," Part 2, Memoirs of the American Museum of Natural History, v. 11, G. E. Steckert, Nueva York, 1907.

Borst, Arno, "Die Katharer," Schriften der Monumenta Germaniae Historica, v. 12, Stuttgart, 1953.

Branston, Brian, The Lost Gods of England, Oxford, Nueva York y Londres, 1974. U 335 u

Braverman, Harry, "Labor and Monopoly Capital," Monthly Review, Edición Especial, Verano, 1974.

Briffault, Robert, The Mothers, 3 volúmenes, ampliado y reeditado por Johnson Reprint Corp., Nueva York, 1969 [Las madres (la mujer desde el matriarcado hasta

la sociedad moderna); trad. Martín Gerber, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, (1974) 1999].

Brown, Sanger, The Sex Worship and Symbolism of Primitive Races, Richard Badgen, Boston, 1916.

Burland, Cottie, "Middle America," Primitive Erotic Art, ed. Philip Rawson, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1973. Burland, Cottie, "North America," Primitive Erotic Art, Ibid.

Bums, Arthur, "The Defense Sector", The War Economy of the United States, ed. Seymour Melman, St. Martin's, Nueva York, 1971.

Burr, George, Narratives of the Witchcraft Cases, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1914.

Bury, John, History of the Later Roman Empire, v. 2, Macmillan, Londres, 1923.

Butterworth, E.A. S. , Some Traces of the Pre-Olympian World, Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1966.

Campbell, Joseph, The Masks of God: Occidental Mythology, Vol. 3 of 4 vols. Viking Press, Nueva York, 1969 [Las Máscaras de Dios: mitología occidental; versión española de Isabel Cardona, Alianza Editorial, Madrid, 1992].

Carpenter, Edward, Civilisation: Its Cause and Cure, reimpreso por Tao Books, Boston, 1971 [Crítica a la civilización, a la moral y al comercio; prólogo de Marta Pessarrodona, Editorial Hacer, Barcelona, 1980].
, Intermediate Types Among Primitive Folk, George Allen & Co., Londres, 1914.

Castaneda, Carlos, The Teachings of Don Juan,

Ballantine, Nueva York, 1968 [Las enseñanzas de Don Juan: una forma yaqui de conocimiento, Fondo de Cultura Económica, México, 2000].

Catlin, George, Letter and Notes on the Manners, Customs, and Condition of the North American Indians, v. 2, 4ª ed., Wiley & Putnam, Nueva York, 1842.

Chadwick, Nora, The Celts, Penguin, Baltimore, 1970
, The Druids, Univ. de Gales, Cardiff, 1966.

Cipolla, Carlo, ed. , Fontana Economic History of Europe, vols. I y II, Collins-Fontana Books, Londres, 1972 [Historia económica de Europa, vols. I y II, Ariel, Barcelona Caracas-México, 1979].

Cles-Reden, Sibylle von, The Realm of the Great Goddess, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1962.

Cohn, Norman, Europe's Inner Demons, Univ. de Sussex, Londres, 1975 [Los Demonios familiares de Europa; trad. Oscar Cortés Conde, Altaya, Barcelona, 1997].
The Pursuit of the Millennium, Essential Books, Fairlawn, Nueva Jersey, 1957 [En pos del milenio: revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media, Alianza, Madrid, 1985].

Comnena, Anna, Alexiad, Barnes and Noble, Nueva York, 1967.

Czaplicka, M.A. , Aboriginal Siberia, Clarendon, Oxford, 1914.

Davis, E., The 1st Sex, Penguin, Baltimore, 1971.

Dawson, Christopher, The Age of the Gods, Howard Fertig, Nueva York, 1970.

De Riencourt, Amoury, The American Empire, Delta, Nueva York, 1968.

Dibble, Vernon, "The Garrison Society, " The War Economy of the United States, ed. Seymour Melman, St. Martin's, Nueva York, 1971.

Dillon, Myles and Nora Chadwick, The Celtic Realms, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1967.

Diodorus Siculus, Library of History, v. 3, Loeb Ed., Harvard, Cambridge, Mass., 1961.

Dodds, E. R., Euripides' Bacchae, Oxford, Nueva York, 1960.

Dorsey, George, Traditions of the Caddo, Carnegie Inst. of Washington, 1905.

Driver, Harold, Indians of North America, Univ. de Chicago, Chicago, 1961.

Dulaure, Jacques-Antoine, The Gods of Generation, reimpreso por Panurge Press, Nueva York, 1933.

Dupouy, Edmund, "Prostitution in Antiquity" en The Story of Phallicism, v. I, ed. Alexander Stone; Pascal Covici, Chicago, 1927.

Ellul, Jacques, The Technological Society, Vintage, Nueva York, 1964 [La edad de la técnica, Octaedro, Barcelona, 2003].

Engels, Friedrich, The Origin of the Family, Private Property, and the State, International Publishers, Nueva

York, 1972 [El Origen de la familia, de la propiedad privada y del estado, Fundamentos, Madrid, 1987].

Finley, M.I., The Ancient Economy, Univ. de California, Berkeley, 1973 [La Economía de la antigüedad, Fondo de Cultura Económica, México, 2003].

Fitzgerald, C.P., The Birth of Communist China, Penguin, Baltimore, 1964.

Fontana Economic History of Europe véase Cipolla, Carlo.Ford, Clellan and Frank Beach, Patterns of Sexual Behavior, Harper, Nueva York, 1951 [Conducta sexual, Fontanella, Barcelona, 1978].

Galbraith, John, The New Industrial State, Signet, Nueva York, 1967.

Gellen, Martin, "Whither California," The War Economy of the United States, ed. Seymour Melman, St. Martin's, Nueva York, 1971.

Gibbon, Edward, The Decline and Fall of the Roman Empire, 3 volúmenes, Modern Library ed., Nueva York [Decadencia y caída del Imperio romano, Atalanta, Vilaür, 2012].

Gilbert, Felix and others, The Norton History of Modern Europe, Norton, Nueva York, 1971.

Ginzburg, Carlo, I Benandanti, Guilio Einaudi Editore, Turín, 1966 .

Graves, Robert, The Greek Myths, 2 volumes, Penguin, Baltimore, 1955 [Los mitos griegos, Barcelona, Ariel, 2007].

Greek-English Lexicon, ed. Liddell & Scott, Oxford, Nueva York y Londres, 1966.

Grimm, Jakob, Deutsche Mythologie, v. I, 4th ed., reimpreso por Wissentschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1965.

Grinsell, L.V., "Witchcraft at Some Prehistoric U 340 u Sites", The Witch Figure, ed. Venetia Newall, Routledge and Kegan Paul, Boston, 1973.

Hacker, Louis, The Triumph of American Capitalism, McGraw-Hill, Nueva York, 1947 [Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano, Sudamericana, Buenos Aires, 1942].

Halliday, W.R., The Pagan Background of Early Christianity, Hodden and Stoughton, Londres, 1925.

Hamilton, William, "An Account of the Remains of the Worship of Priapus," reimpreso en Sexual Symbolism, Julian Press, Nueva York, 1957.

Hammer-Purgstall, Joseph von, "Die Schuld der Templer," Denkschriften der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-Historische Classe, v.6, Viena, 1885.

Hammond, N.G.L., A History of Greece, Clarendon, Oxford, 1967.

Hansen, Chadwick, Witchcraft at Salem, Signet, Nueva York, 1969.

Hamer, Michael, Hallucinogens and Shamanism, Oxford, Nueva York y Londres, 1973.

Harrison, Tom, "Equatorial Islands of the Pacific

Basin,” Primitive Erotic Art, ed. Philip Rawson, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1973.

Hatt, Jean-Jacques, Celts and Gallo-Romans, Nagel, Ginebra, 1970 [Los Celtas y los Galo-romanos, juventud, Barcelona, 1976].

Hawkes, Jacquetta, "Prehistory," History of Mankind, v. 1, ed. Hawkes y Leonard Woolley; Harper y Row, Nueva York, 1963.

Herbig, Reingard, Pan, der Griechische Bockgott, Vittorio Klostermann, Frankfurt- am-Main, 1949.

Hope, A.D., A Midsummer Eve's Dream, Viking, Nueva York, 1970.

Howard, Clifford, Sex Worship, publicado por el autor, Washington, DC, 1897.

Hughes, Pennethorne, Witchcraft, Penguin, Baltimore, 1965 [La brujería, Bruguera, Barcelona, 1974].

Hyde, Montgomery, The Love That Dared Not Speak Its Name, Little, Brown and Co. , Boston, 1970.

Irving, John, Indian Sketches, Univ. de Oklahoma, Norman, 1955.

Jacobus [seudónimo], Untrodden Fields of Anthropology, Falstaff, Nueva York, n.d.

James, Grace, Joan of Arc, Methuen, Londres, 1910.

Karlen, Arno, Sexuality and Homosexuality, Norton, Nueva York, 1971.

Katz, Johnathan, Gay American History, T.Y. Crowell, Nueva York, 1976.

Kennedy, Hubert", J. B. Schweitzer," Fag Rag, No. 19, Boston, Mass., primavera, 1977.

Kieckhefer, Richard, European Witch Trials, Univ. de California, Berkeley, 1976.

Kinsella, Thomas, Tain Bo Cuailnge, Oxford, Nueva York y Londres, 1969.

Kittredge, George, Witchcraft in Old and New England, Harvard, Cambridge, Mass., 1929.

Kors, Alan y Edward Peters, Witchcraft in Europe, Univ. de Pennsylvania, 1972.

Kott, Jan, Shakespeare Our Contemporary, Doubleday, Nueva York, 1966 [Apuntes sobre Shakespeare, Seix Barral, Barcelona, 1969].

Latin Dictionary, ed. Lewis Short, Oxford, Nueva York y Londres, 1966.

Lauritsen, John and David Thorstad, The Early Homosexual Rights Movement, Times Change Press, 1974 [Los primeros movimientos en favor de los derechos homosexuales: 1864-1935; prólogo de Juan Gil-Albert, Tusquets, Barcelona, 1977].

Lazonick, William, "Karl Marx and Enclosures in England", The Review of Radical Political Economics, vol. 5, n. 2, 1974.

Lea, Henry, A History of the Inquisition of the Middle Ages, v. 3, Harbor Press, Nueva York, 1955.
Materials Toward a History of Witchcraft,

v.1, Univ. de Pennsylvania, Philadelphia, 1939.
Materials Toward a History of Witchcraft,
v. 2, T. Yoseloff, Nueva York, 1957.
"The Innocence of the Templars, " The
Guilt of the Templars de G. Legman, Basic Books, Nueva York, 1966.

Legman, G., The Guilt of the Templars, Basic Books, Nueva York, 1966.

Lerner, Robert, The Heresy of the Free Spirit, Univ. de California, Berkeley, 1972.

Lethbridge, T. E., Witches, Citadel, Seacaucus, Nueva Jersey, 1968.

Levy, Jean-Philippe, The Economic Life of the Ancient World, Univ. Chicago, Chicago, 1964 [La Economía antigua, Columba, Buenos, Aires, 1969].

Licht, Hans, Sexual Life in Ancient Greece, Barnes and Noble, Nueva York, 1952 [Vida sexual de la antigua Grecia, Felmar, Madrid, 1976].

Lightbody, Charles, The Judgments of Joan, Harvard, Cambridge, Mass., 1961 [Juana de Arco, Timun Mas, Barcelona, 1964].

Loos, Milan, Dualist Heresy in the Middle Ages, Martinus Nijhoff, The Hague, 1974.

Macciocchi, Maria, Daily Life in Revolutionary China, Monthly Review Press, Nueva York, 1972.

Malleus Maleficarum , Pushkin Press, Londres, 1951.

Markale, Jean, Women of the Celts, Gordon Cremonesi,

Londres, 1975 [La Mujer celta, mito y sociología, MRA, Barcelona, 2005].

Mather, Cotton, Magnalia Christi Americana, Silas Andrus, Hartford, 1820.

Meier, M. H. E. , Histoire de l'Amour Gree, Stendhal, París, 1930.

Melman, Seymour, "From Private to Pentagon Capitalism, "The War Economy of the United States, ed. Melman; St. Martin's, Nueva York, 1971.

Our Depleted Society, Delta, Nueva York, 1965.

Pentagon Capitalism, McGraw-Hill, Nueva York, 1970 [El Capitalismo del pentágono: la economía política de la guerra, S. XXI, México, 1972].

Michelet, Jules, Satanism and Witchcraft, CitadeL Nueva York, 1949 [La Bruja: una biografía de mil años fundamentada en las actas judiciales de la Inquisición, Akal, Torrejón de Ardoz, 1987].

Mueller, E.O., The History and Antiquities of the Doric Race, John Murray, Londres, 1839.

Murray, Margaret, The God of the Witches, Oxford, Nueva York y Londres, 1931 [El Dios de los Brujos, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2008].

The Witch-Cult in Western Europe, Oxford, Nueva York y Londres, 1921 [El culto de la brujería en la Europa occidental, Labor, Barcelona, 1978].

Murray, T. Douglas, Jeanne d'Arc, McClure, Phillips, and Co. , Nueva York, 1902 New American Bible, P. J. Kennedy & Sons, Nueva York, 1970.

Notestein, Wallace, A History of Witchcraft in England, T. Y. Crowell, Nueva York, 1968.

Nove, Alec, An Economic History of the U.S.S.R., Penguin, Baltimore, 1969 [La economía soviética, Gredos, Madrid, 1965].

Obolensky, Dmitri, The Bogomils, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1948.

Osborne, Harold, "Central Andean Region", Primitive Erotic Art, ed. Philip Rawson, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1973.

Oxford English Dictionary, revisado, Oxford, Nueva York y Londres.

Parker, Thomas, The Knights Templars in England, Univ. de Arizona Press, Tucson, 1963.

Partridge, Burgo, A History of Orgies, Crown, Nueva York, 1960 [Historia de las orgías, Ediciones B, Barcelona, 2005].

Piggott, Stuart, Ancient Europe, Aldine, Chicago, 1965.

The Druids, Praeger, Nueva York, 1975.

Platón, Apologia, Loeb Ed., Harvard, Cambridge, Mass.,1960 [Apología de Sócrates, Alhambra, Madrid, 2003].

Plutarco, Lives, v. I, Loeb ed., Harvard, Cambridge, Mass , 1967 [Vidas paralelas, vol. I; introd. trad. y notas de Mercedes Abad, Gredos, Madrid, 1987].

Quispel, G. , "Gnosticism and the New Testament," Vigiliae Christianae, n. 19, 1965, 65-85.

Random House Dictionary, Random House, Nueva York, 1967.

Rawson, Philip, "Early History of Sexual Art," Primitive Erotic Art, ed. Rawson; G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1973.

Reich, Charles, The Greening of America, Bantam, Nueva York, 1971.

Reich, Wilhelm, The Mass Psychology of Fascism, Farrar, Strauss and Giroux, Nueva York, 1964 [La psicología de masas del fascismo, Bruguera, Barcelona, 1980].

"Report of the House Select Committee on Intelligence," Village Voice, v. 21, n. 7, Nueva York.

Robbins, Rossell, Encyclopedia of Witchcraft and Demonology, Crown, Nueva York, 1959 [Enciclopedia de la brujería y demonología, Debate, Madrid, 1992].

Ross, Anne, "Celtic and Northern Art," Primitive Erotic Art, ed. Philip Rawson, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1973.

Everyday Life of the Pagan Celts, Putnam, Nueva York, 1970.

Pagan Celtic Britain, Columbia Univ. Press, Nueva York, 1967.

Rostovtzeff, M. , The Social and Economic History of the Roman Empire, Clarendon, Oxford, 1926 [Historia económica y social del Imperio romano, Espasa-Calpe, Madrid, 1981].

Roszak, Theodore, Where the Wasteland Ends, Doubleday, Nueva York, 1972.

Runciman, Steven, The Medieval Manichee, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1947 [Los maniqueos de la Edad Media: un estudio de los herejes dualistas cristianos, Fondo de Cultura Económica, México, 1989].

Runeberg, Arne, "Witches, Demons, and Fertility Magic", Societas Scientiarum Fennica, Commentationes Humanarum Litterarum, V 14, No. 4, Helsingfors, 1947.

Russell, Jeffrey, Witchcraft in the Middle Ages, Univ. de Cornell., Ítaca, Nueva York, 1972.

Schoff, Wilfred, "Tammuz, Pan and Christ," The Open Court Magazine, v. 26, no. 9,1912.

Scott, George, Phallic Worship, Mental Health Press, Westport, Conn., n. d.

Scott, W. S., The Trial of Joan of Arc, The Folio Society, Londres, 1956.

Showerman, Grant, "The Great Mother of the Gods," Bulletin of the University of Wisconsin, Philology and Literature Series, v. 1, No. 3, 1898-1901.

Steiner, Stan, The Islands, Harper, Nueva York, 1974.

Stone, I.F., 'The War Machine Under Nixon," The War Economy of the United States, ed. Seymour Melman; St. Martin's Press, Nueva York, 1971.

Strabo, Geography, v. 2, Loeb ed., Harvard U, Cambridge, Mass., 1960.

Summers, Montague, The Geography of Witchcraft, Citadel, Secaucus, Nueva Jersey, 1965.
The History of Witchcraft, Citadel, Secaucus, Nueva Jersey, 1971.
A Popular History of Witchcraft, E. P. Dutton, Nueva York, 1937.

Symonds, John, A Problem in Greek Ethics, Areopagitica Society, Londres, 1908.

Szasz, Thomas, The Manufacture of Madness, Delta, Nueva York, 1970 [La fabricación de la locura: estudio comparativo de la Inquisición y el movimiento en defensa de la salud mental; trad. Ramon Ribé, Kairos, Barcelona, 1981].

Taylor, G. Rattray, Sex in History, Vanguard, Nueva York, 1954.

Thomas, George, Studies in Ancient Greek Society, Citadel, Nueva York, 1965.

Thompson, James, An Economic and Social History of the Middle Ages, The Century Co., Nueva York, 1928.

Trevor-Roper, H.R. , The European Witch-Craze, Harper and Row, Nueva York, 1956.

Turcan, Robert, "Les Religions de I'Asie dans la Vallee du Rhone," Etudes Preliminaires aux Religions Orientales dans l'Empire Romain, v. 30, E. J. Brill, Leyden, 1972.

Van Alstyne, R.W., The Rising American Empire, Quadrangle, Chicago, 1960.

Van Gennep, Arnold, The Rites of Passage, Univ. de Chicago, Chicago, 1960 [Los Ritos de paso; trad. Juan Ramón Aranzadi Martínez, Alianza, Madrid, 2008].

Vanggaard, Thorkil, Phallos, International Universities Press, Nueva York, 1972.

Von Cles-Reden, Sibylle véase Cles-Reden, Sibylle von.

Wakefield, Walter, Heresy, Crusade and Inquisition in Southern France, Univ. de California, Berkeley, 1974.

Wakefield, Walter and Austin Evans, Heresies of the High Middle Ages, Universidad de Columbia, Nueva York, 1969. Wason, Margaret, Class Struggle in Ancient Greece, Victor Gollancz, Londres, 1947.

Williams, William A, The Contours of American History, New Viewpoints, Nueva York, 1973.

Winthuis, J., "Das Zweigeschlechterwesen bei den Zentral australiern und andern Volkem," Forschungen zur Volkerpsychologie und Soziologie, v. 5, 1928.

Woolley, Leonard, "The Beginnings of Civilization," History of Mankind, v. 1, ed. Jacquetta Hawkes y Woolley; Harper and Row, Nueva York, 1963.

Wright, Thomas, "The Worship of the Generative Powers During the Middle Ages of Europe," reimpreso en Sexual Symbolism, Julian Press, Nueva York, 1957.

SOBRE LA PRIMERA EDICIÓN 1978

¿Qué ha sucedido con la historia gay?[1]

Érase una vez, el alcalde de Nueva York, John Lindsay, quién "invitó"a todos los funcionarios de la ciudad a la Radio City Music Hall para que contribuyeran económicamente a su campaña para convertirse en el Presidente de los Estados Unidos. Cuando el honorable llegó al teatro, tuvo que entrar por la puerta de atrás porque había una rabiosa manifestación frente a la puerta, organizada por la Gay Activists Alliance.[2] Cuando finalmente pudo abrirse camino hacia el escenario, fue detenido de forma traumática por las

[1] El autor emplea el término *gay*, *gay history* y *gay people* para referirse al colectivo al que actualmente solemos mencionar como LGTBQ. Por un lado, porque en inglés *gay* se emplea como sinónimo de "homosexual" -mientras que en castellano es exclusivamente masculino-, y por otro lado, porque Evans escribe en 1975, un momento en el que la reivindicación del lesbianismo de forma específica y separada del movimiento de liberación gay era aún incipiente. Por último y no menos importante, no se puede descartar un posible ejercicio de invisibilización de la especificidad lésbica en el uso que hace el autor del neutro concepto de *gay*. Para no alejarnos demasiado de la realidad de Evans y no caer en el anacronismo se ha optado por traducir *gay people* como "gays y lesbianas", aunque, como decíamos, el término de "lesbiana" aparezca en el presente libro en muy contadas ocasiones, y lo que es más urgente: esta expresión no incluya todas las demás identidades y variaciones de género. No cabe duda de que si Evans hubiera escrito su texto en 2015, hubiera optado por el uso del término *queer* [N. de la Trad.].

[2] Organización militante no violenta, fundada en 1969, por miembros disidentes del Gay Liberation Front, centrada en el objetivo de asegurar la libertad y los derechos de los gays. Estuvo particularmente activa entre 1970 y 1974 y se disolvió en 1981 [N. de la Trad.].

acciones de Cora Rivera, una lesbiana, y Morty Manford, un gay. Ambos se encadenaron a sí mismxs al anfiteatro clamando y gritando: "¿Por qué no apoyas los derechos de gays y lesbianas?".

Alarmado, Linsday pasó y subió a dar su discurso para recaudar fondos, mientras la audiencia elevaba un murmullo de confusión. El activista Ernest Cohen corrió hacia el anfiteatro a voz en grito y lanzó hacia abajo una lluvia de panfletos que explicaban la interrupción: al hacerse pasar por liberal, Linsday se estaba negando a apoyar el sencillo listado de derechos de gays y lesbianas antes de que estos llegaran al Ayuntamiento.

A pesar de los esfuerzos de gays y lesbianas por comportarse de forma educada, ha habido una conspiración de silencio en los medios de comunicación de Nueva York alrededor de sus derechos. Esta disrupción pretendía forzar que el asunto de los derechos de gays y lesbianas entrara en la arena del debate público. Como de hecho sucedió, una televisión dio una cobertura competente (a pesar de que se refirieran a Cora Rivera como "una aparente lesbiana"). Pero resulta más prototípica de lo que ha sido nuestra experiencia pasada la actuación de otra televisión, que falsificó totalmente las noticias. El presentador no sólo no mencionó el asalto, sino que añadió, faltando a la verdad, que Linsdsay fue bien recibido y "completó su discurso como se había planificado". Su relato era una ficción total.

Esta no era la primera vez que los periodistas profesionales falsificaban las noticias. Anteriormente, The New York Times imprimió una completa lista de las reivindicaciones

introducidas en la legislatura mencionando todas las reivindicaciones excepto aquellas que abordaban los derechos civiles de gays y lesbianas. Y en su reportaje anual sobre la homosexualidad (realizado por su editor médico), el Times no hizo ninguna mención a la actividad política y militante del GAA. A los ojos de la mayoría de periodistas profesionales, lesbianas y gays no eran más que una diminuta minoría de pervertidos.

Los historiadores, exactamente como los periodistas profesionales, han falsificado el relato gay con tanta maldiciencia como aquellos. En 1972, a una autoridad capital de la historia gay, dijo:

> *Prácticamente toda persona que haya escrito sobre la vida gay la ha tildado de pretenciosa, absurda, patética y repugnante.. La gran mayoría de homosexuales parece dar fe de la precisión de su representación en* The Boys in the Band*, una obra de teatro repleta de celos, competitividad, inseguridad, malicia, rabietas e histéricos cambios de humor* (Karlen, 526).

Se puede encontrar un tono similar bajo la superficie de los escritos de los denominados historiadores liberales. Un buen ejemplo de ello es la obra ampliamente leída de un sacerdote liberal anglicano. Este concluye su justificación de las atrocidades cometidas por la Iglesia contra las personas gay con esta afirmación: "La perversión homosexual, por tanto, no es por sí misma una fuente de influencia corruptora, sino una ineluctable consecuencia de una corrosión que ya había dejado su marca en la vida conyugal y familiar y que, de no revisarse, puede en última instancia socavar el conjunto del orden social y conducir a la anarquía sexual" (Bailey, 166).

Tan malo como este es el planteamiento liberal que se halla en un popular estudio histórico de un psicoterapeuta danés. Al tiempo que le asegura al lector que no tiene prejuicios, el autor conlcuye diciendo que la historia gay no existe como tal y que los hombres que son exclusivamente gays sufren de una "incapacidad para ir adaptándose a sí mismos a la heterosexualidad" (Vanggaard, 52).

Los profesionales han reprimido la historia gay, igual que reprimieron la verdad sobre las personas del Tercer Mundo, las mujeres, los pobres, los encarcelados y los locos. Todos ellos han sido cooptados, no sólo mediante el soborno, sino de maneras más insidiosas. A través de su largo "entrenamiento" han ido perdiendo la habilidad de ver otras realidades más allá de las oficiales, y han interiorizado dentro de sí mismo los valores de las clases dominantes. Han sido anestesiados tanto intelectual como espiritualmente.

Nosotrxs debemos escribir nuestra propia historia, y cuando digo "nosotrxs" me refiero a cualquiera de nosotrxs que tenga el interés y la energía para hacerlo. Tenemos que desmitificarnos a nosotrxs mismxs y liberarnos de la ilusión de que sólo los profesionales bien pagados pueden realizar ese trabajo. En muchos aspectos, los formados profesionales, incluidos los gays y las lesbianas, son los menos preparados para enseñarnos, porque en su mayoría han sido asimilados a los estilos de vida y valores de las clases dominantes.

Este libro es un intento de registrar algunas de las cosas que los historiadores profesionales normalmente dejan fuera del relato. Es unilateral, en tanto que está más preocupado por

las víctimas de la civilización occidental, que por sus dirigentes. Es subjetivo, en tanto que refleja mis propios juicios de valor y emociones. Es arbitrario, en tanto que selecciona y escoge entre todos los materiales y fuentes, aceptando pocas cosas de aquí y de allá, pero rechazando la mayoría de ellas por sesgadas o poco fundamentadas.

Sea como sea, el presente libro, es tan verdadero como cualquier otra obra histórica. Es verdadera porque *todas* las obras históricas son unilaterales, subjetivas, y arbitrarias. Todo historiador trabaja de ese modo. La verdadera falsedad se produce cuando los historiadores ocultan sus valores, emociones y elecciones bajo un revestimiento de "objetividad". Una obra de historia no puede evaluarse al margen de los valores de la persona que la escribió.

Puede que este libro horrorice a los historiadores profesionales. Es probable que presenten objeciones a mi uso de los mitos como fuentes históricas. Y aun así, los mitos pueden tener un mérito histórico si aprendemos cómo evaluarlos, del mismo modo que The New York Times puede tener un valor histórico si sabemos cómo evaluarlo. Estos se sentirán ofendidos por mi fundamentada aceptación de la teoría del matriarcado. Las autoras feministas están actualmente demostrando que el prejuicio masculino ha distorsionado en gran medida la escritura de la historia. Mi desdén por la profesionalidad académica y sus métodos les causará enojo. Y aun así a menudo surgirán nuevas revelaciones, incluso provenientes de las ciencias físicas, más *a pesar de* lxs profesionales que *gracias a* ellos.

No existe una historia gay y lésbica definitiva, pero pueden existir tantas historias gays y lésbicas como visiones haya. Quizás todas puedan escribirse.

Arthur Evans

SOBRE LA EDICIÓN GRINGA DE 2013

En primer lugar debemos dejar claro al lector que esta edición de la notoria obra de Arthur Evans, *Brujería y contracultura gay* es, en todos los aspectos, una iniciativa *underground.* No tenemos permiso del autor para reproducirla, ni tampoco tenemos interés alguno en ese tipo de marco legal. El propio proceso de reproducción ha sido un asunto ilícito a cada paso del camino: el texto ha sido obtenido, mecanografiado, impreso y religado por activistas queer implicados en la edición clandestina. Decidimos adoptar este planteamiento por varias razones. Primeramente, porque este libro significa mucho para nosotrxs, y queremos reconocerle ese significado a través de nuestros métodos. En segundo lugar, porque no sentimos ningún respeto por las leyes y procesos que rodean la propiedad intelectual de los textos. Y en último lugar, porque este libro se ha hecho increíblemente difícil de encontrar, y no creemos que las palabras que contiene deban constituir esos secretos bien guardados que atesoran los coleccionistas y académicos que dejan que sus andrajosas ediciones saquen raíces en sus estanterías. Lejos de eso, creemos que este libro se merece ocupar un lugar en un canon queer contra el orden civilizado.

En el contexto de un renovado interés en la historia de la caza de brujas[1] y el surgimiento de la civilización cristiana,

[1] La presente traducción del texto de Evans se ha inclinado por emplear principalmente el término de "caza de brujas" y referirnos en general a "las brujas" y no a "los brujos", un masculino falsamente universal (empleado por ejemplo en la traducción castellana al uso de la obra de referencia de Margaret Murray [Id., *El*

este libro ofrece una significativa contribución. En años recientes, los anti-capitalistas y los paganos han explorado un análisis radical de estas historias y han trabajado para comprender las condiciones que hicieron que el capitalismo y el patriarcado se desarrollaran juntos, como las dos cabezas de una misma monstruosidad. Esta línea de indagación tal vez queda mejor ilustrada por la relativamente amplia lectura de *Calibán y la bruja*, de Silvia Federici, y el debate que ha generado, y también la renovada excitación que despierta la obra *Against His-story, Against Leviathan!* de Fredy Perlman.

Este libro cuenta un relato congruente, pero desde una posición única. Aunque aborda la misma historia que Federici, Arthur Evans se distancia de ella de forma bastante marcada. Subtituló su libro como "Una visión radical de la civilización occidental, y de algunas de las personas que trataron de destruirla", en un intento de escuchar y de compartir la perspectiva de aquellas personas que fueron aniquiladas en las cazas de brujas. Este esfuerzo es algo que está trágicamente ausente en los escritos condescendientemente materialistas de *Calibán*. Mientras Federici critica la separación capitalista entre mente/cuerpo y material/espiritual que partió en dos el mundo, convirtiéndolo en un infierno alienado, su metodología está arraigada en los polos mentales y materiales de esas violentas dicotomías. Esta perspectiva, intrínsecamente domesticada, puede criticar duramente las cazas de brujas, y aun así seguir siendo una

dios de los brujos, Madrid, FCE, 2008] que no responde a la realidad histórica del fenómeno, que fue, como es sabido, predominantemente femenino. En algunos casos en los que el autor hace hincapié en los seguidores masculinos de dichas prácticas, se utiliza "brujos" o "brujas y brujos" [N. de la Trad.].

aceptación tácita de la ideología que ha alimentado siglos de genocidio. En su lamento por el mundo desbancado por la civilización y su celebración de las voces de los vencidos, la crítica de Evans tiene más cosas en común con la de Fredy Perlman. Ambos describen el surgimiento del material de Leviatán como algo inseparable de la pobreza sensual y espiritual que se ha aplicado como castigo sobre la biosfera.

Su narración difiere tanto del *Calibán* como del *Leviathan* en tanto que es explícitamente queer. El libro de Fredy Perlman describe el ascenso del patriarcado desde un marco de género implícitamente esencialista y no hace absolutamente ningún análisis de la existencia de luchas por parte de las personas queer, cosa que equivale a una desafortunada mancha sobre lo que, de no ser así, sería un texto brillante. El libro de Federici también está lamentablemente empañado por un esencialismo de género más explícito. En la introducción a *Calibán* ella argumenta que "Desde este punto de vista, los debates que han tenido lugar entre las feministas postmodernas acerca de la necesidad de deshacerse de las «mujeres» como categoría de análisis y definir al feminismo en términos puramente agonísticos, han estado mal orientados" y que "entonces «mujeres» es una categoría de análisis legítima, y las actividades asociadas a la «reproducción» siguen siendo un terreno de lucha fundamental para las mujeres —como lo eran para el movimiento feminista de los años setenta— y un nexo de unión con la historia de las brujas".[1] Su deliberado rechazo a comprometerse con los pensadores anti-esencialistas queer y trans se

[1] Se cita de la traducción de Verónica Hendel y Leopoldo Sebastián Souza para la ed. castellana; Federici, Silvia, *Calibán y la bruja*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2004 [N. de la Trad.].

hace aún más siniestra por la omisión de las historias de esas personas dentro de las cazas de brujas. De hecho, a las personas queer se les dedica poco más que una sola nota al pie en el largo y académico libro de Federici. De modo que *Brujería* es un refrescante correctivo de aquellos aspectos en los que *Calibán* se queda corto. En primer lugar, porque en tanto que documento histórico, el libro demuestra que el naciente movimiento de Liberación Gay también se conectó a sí mismo con sus predecesoras brujas. En segundo lugar, al contar la historia de la brujería desde la perspectiva de las personas queer, trans, y de género variado que estaban dentro de la lucha, Evans muestra un implícito rechazo de las "mujeres" como categoría natural y hegemónica mucho antes de los denominados "debates postmodernos" que Federici conjura para descartar esa perspectiva. Y, por último, porque este libro es quizás el primero en situar claramente el ascenso de la heteronormatividad en tanto que inseparable al patriarcado, al industrialismo y al Estado. Así, para aquellos que no se satisfacen con un mero estudio de la civilización industrial/de la supremacía blanca/patriarcal, *Brujería* podría demostrar ser un arma en una lucha que concurra en el ataque simultáneo contra los órdenes industriales, raciales y de género.

Nada de esto, desde luego, quiere decir que *Brujería* sea ajeno a toda crítica. El libro tiene defectos y está anticuado y lo está de un modo que no se puede ignorar. Además, entre estos problemas está la ambigua relación de Evans con las disciplinas de la Antropología y de la *His-story.* Al tiempo que critica a menudo los sesgos y cosmovisiones de los antropólogos blancos en los que se basa, a menudo se percibe que sus críticas son, como mínimo, superficiales. Él

implica a estos antropólogos e historiadores en una heteronormatividad más general, pero nunca lleva esta idea a una crítica más profunda de la antropología misma (como si estos científicos pudieran ser más aceptables si, sencillamente, fueran más *gay-friendly*). La antropología, como disciplina de la supremacía blanca y civilizada, puede mirar tan sólo al pasado, y de forma inherente, a través de una lente domesticada y racista. El resultado de dicha indagación siempre estará entonces mitificada a través de un paradigma racista y esencialista. Muchas de las afirmaciones de los antropólogos blancos que Evans reproduce, deben tratarse por tanto con aún mayor escepticismo del que él emplea, y deben estar siempre sujetas a crítica.

En la introducción del propio Evans, él mismo denuncia a los historiadores académicos y a los antropólogos. En su lugar, celebra la mitología y el folklore como algo significativo y vital para la comprensión de nuestro pasado colectivo. Es triste, por tanto, que no llevara esta alternativa a su conclusión. De hecho, abordar seriamente una crítica al planteamiento académico del pasado debería significar ser lo suficientemente humilde como para admitir las limitaciones de nuestra domesticada manera de contemplar y reverenciar a ese desconocido como una caótica maravilla a explorar. Rechazar esta cosmovisión académica es igualmente importante si pretendemos reconocer que las luchas de los indígenas, *queers y* de las brujas no son una reliquia del pasado; sino que estas culturas sobreviven en el presente y continúan con su lucha por la supervivencia.

Aun así, sigue habiendo un beneficio crucial del estudio de la guerra entre la Civilización y las culturas naturales que

esta ha luchado por erradicar. Dicho beneficio es la perspectiva de que la trayectoria continua de la *His-story* y su Civilización se ha ganado a expensas de un sinnúmero de *queers*, brujas, personas que no se conformaban con la identidad de género trans, herejes, culturas indígenas y salvajes. Y es así que este relato demuestra que el estimado progreso de la sociedad que nos mantiene sujetos como rehenes es también un relato de violación, tortura, eco-destrucción, esclavitud, asesinato, genocidio y omnicidio. Si comprendemos a la bestia a la que nos enfrentamos, todos estaremos mejor preparados para combatirla sin caer en sus fauces.

Evaluar genuinamente a nuestro enemigo y evitar sus trampas, significaría criticar este libro, llevando sus conclusiones más allá de ellas mismas. Los lectores contemporáneos del texto lo encontrarán muy frustrante por el optimismo naïf de su último capítulo. Evans concluye su extremadamente meticulosa crítica del industrialismo, del militarismo, del estatismo y del patriarcado argumentando, paradójicamente, en pro de una “nueva tecnología”, un “nuevo socialismo” y una “nueva civilización” que no se base en ninguna de las estructuras existentes. Estas esperanzas y vacías afirmaciones sólo pueden leerse como algo sin fundamento y absurdo, después de los duraderos horrores que narra el texto. Quienes viven en la sociedad-cárcel cibernética, post-industrial y masivamente alienada que se ha desarrollado en los últimos 35 años tendrán que admitir que todo optimismo que pudiera existir en torno a la tecnología y el socialismo debe ser abandonardo en el cajón del olvido de la historia. El fetiche contracultural de una “nueva tecnología” que prevaleció en los setenta dio a luz la gobernancia cibernética en la que vivimos ahora. Está muy

claro que quienes fetichizan la tecnología y el socialismo sólo sirven a la construcción de un futuro distópico más abismal y mejor gestionado. Evans se lee, en su simpatía por el maoísmo del pasado, como el más anticuado y loco de los autores de esta línea.

Toda esperanza fuera de lugar en el proyecto maoísta debe confrontarse con las atrocidades industriales y genocidas a las que dicho proyecto dió vida. Podemos descartar con firmeza toda esta ingenuidad y concluir que no hay ninguna "nueva tecnología" ni ningún "nuevo socialismo" que nos redima, siendo únicamente un fuego purificador aquello que puede asistirnos en nuestra autoliberación.

Incluso tras haber extirpado las perspectivas antropológicas y socialistas, este libro aun está dotado de una gran relevancia para quienes ansían ese fuego. La propia argumentación de *Brujería* ofrece una vindicación de la sensualidad queer, de la magia y de la violencia anarquista que habla por sí misma y que puede reseguirse a través de una serie de empresas implicadas en la persecución de la libertad y del estado salvaje. A pesar de nuestras críticas, este texto nos apasiona, por la manera en que estas perspectivas y propuestas revigorizan nuestras propias luchas contra este mundo.

Anónimxs
feral death coven,
Inicios del 2013

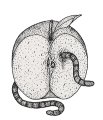
Post-facio: es importante para nosotrxs hacer notar que Arthur Evans dio un desagradable giro en su vida, convirtiéndose en un defensor de la "seguridad" de su barrio en San Francisco a través de la vigilancia policial. No puede ser perdonado por esta ridícula incoherencia. La lucha contra los inquisidores y la policía –es decir, contra la "seguridad" civilizada– debe tener un carácter total.

Citando un par de rebeldes:

> *Quienes ahora trabajan en colaboración (bajo el inocuo término de la "cooperación") con los mismos poderes contra los que una vez ellos mismos se sintieron compelidos a oponerse, contienen en su aviesa apostasía la profanación del sagrado pacto que existe entre la naturaleza y quienes se alinean con el verdadero Elemento del Fuego y la verdadera Esencia de la Destrucción en defensa de lo Salvaje... porque en la hora en la que la lucha volvió a ellos, cuando el depredador se convirtió una vez más en la presa, su espíritu decayó y resolvieron, rompiendo de forma cobarde unos juramentos largamente sostenidos y rogando por la piedad de sus captores, con la esperanza de ganarse su misericordia ofreciendo como sacrificio para el altar de la "pervertida" justicia a sus antiguos amigos, los compañeros que confiaron en ellos y toda dignidad que pudieran haber tenido.*

Material editado por **PENSARÉ CARTONERAS**
pensarecartoneras.wordpress.com

Esta reedición en Argentina es de



CUADERNOS LUMPEN
cuadernoslumpen@gmail.com

La ilustración de portada es de **RAPHA HU**
raphahu.tumblr.com
instagram.com/rapha.hu